ANN RODD

El arca

TRILOGÍA EL DIJE: LIBRO 3

Nova Casa Editorial

Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Andrea Rodríguez Salas**
© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Noelia Navarro

Portada
Angel Blue (@Ang3Blue)

Maquetación
María Alejandra Domínguez

Corrección:
Nathalia Tórtora

Primera edición en formato electrónico: Julio 2020
ISBN: 978-84-18013-48-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Ann Rodd

El arca

Trilogía El Dije: Libro 3

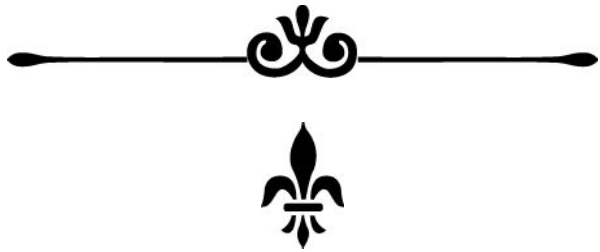
Nova Casa Editorial

«Ducunt volentem fata, nolentem trahunt»
El destino guía a los que están dispuestos
y arrastra a los que no están dispuestos.
Lucius Annaeus Séneca

«Igne natura renovatur integra»
A través del fuego, la naturaleza renace.

«Et lux in tenebris Lucet»
Y la luz brilla en las tinieblas.
Evangelio de San Juan

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Agradecimientos



Capítulo 1

Jessica Hill estaba cansada de quedarse callada y de aguantarse los interrogatorios y los gritos de los adultos. Pero ¿qué podía decir? ¿Que su mejor amiga estaba siendo perseguida por un ser inmortal muy sádico? No. Más allá de que iban a tomarla por loca, no podía exponer a Zoey de esa manera.

Suspiró, exhausta, y mantuvo la mirada en el suelo. Los padres de Zoey no dejaban de gritarle y, aunque ella detestaba la situación, entendía por qué lo hacían. Llevaban horas atormentándola así.

La jaqueca de la chica iba en constante aumento. El oficial intentaba calmar a Helena Scott mientras que la señora Hills exigía a ambos que no le gritaran a su hijita que, después de todo, no tenía la culpa de lo ocurrido. Pero la señora Scott se negaba a bajar la voz, estaba furiosa porque Jessica se rehusaba a decirle por qué su pequeña se había salido del colegio y ahora no aparecía.

—Pero ya te lo ha dicho, Helena.

—¡Zoey nunca se iría! —chilló la mujer.

Jessica se estremeció porque conocía a su mejor amiga tan bien como su madre lo hacía. La señora tenía razón: en situaciones normales, su hija jamás se escaparía.

—Pero lo hizo… —insistió la señora Hills. Aferró el hombro de su hija, pero ni con eso Jessica se sintió más cómoda con la situación.

—¡Ella no lo haría! ¡Y menos con ese muchacho! Con ese… ¡delincuente! —continuó la mamá de Zoey.

Si Jessica no estuviera tan concentrada en serle fiel a su amiga, intentaría decir la verdad.

—¡Mi hija no está mintiendo! —exclamó entonces su propia mamá.

—¡Sí lo está! —Helena Scott casi que escupió al gritar.

—Señoras. —El oficial intentó detener los gritos en vano—. Así no solucionaremos las cosas. Yo hablaré con Jessica a solas esta vez y…

—¡Mi niña no se quedará a solas con nadie! —explotó la señora Hill.

—Con todo respeto, una niña ha desaparecido con un muchacho prófugo, el cual, justamente, fue novio de Jessica.

Con eso, Jessica sí tuvo que intervenir. Ya sabía que el tema saldría a colación, por supuesto: así lo habían planeado junto con Zack y Zoey. Todo tenía que apuntar a Adam para que no pareciese tan extraño.

—Estuvimos juntos por menos de dos semanas —acotó—. Y ya le dije que eso es lo único que sé. Zoey solo dejó ese papel. Cuando me desperté, ella ya no estaba.

—Y es su letra —agregó el oficial, afirmándolo para sí y para la madre de Zoey, que estaba a punto de entrar en coma por la desesperación. El papelito escrito por la chica desaparecida pasaba de mano en mano—. ¿O no lo es, señora Scott? Mírelo de nuevo.

Helena arrugó la nariz, sabiendo que eso era cierto, pero el que respondió fue Francisco Scott.

—Sí, la letra es de mi hija. Pero insistimos en que ella no hubiera hecho algo así —dijo.

—Yo no sé más que eso. —Jessica volvió a bajar la mirada.

—Hablaré con ella a solas —insistió el oficial, suplicando con la mirada a los padres de la menor.

El señor Scott acompañó a su esposa fuera de la oficina y Jessica subió la cabeza para suplicar a su propia madre que cooperara, aunque sabía que no estaba muy dispuesta a moverse.

—Señora Hills —dijo el hombre otra vez, con el tono más duro.

Sin más, la mujer se vio obligada a salir.

Jessica bajó la cabeza otra vez mientras repasaba con prisa la historia que habían armado para cubrir la verdad; reflexionaba sobre cómo la había dicho y qué debía añadir ahora para no estropear las cosas.

El oficial Carlos Mancini, un hombre de mediana edad y aspecto robusto, tomó asiento detrás del escritorio y juntó las manos. Detrás de él, otro oficial, que había permanecido en silencio, se puso a anotar en un papel.

—Jessica —llamó—. Zoey escribió que se iba con Adam Smith. ¿Por qué haría eso?

Ella levantó la mirada y se mostró tan confundida como pudo.

—En verdad no lo sé. Yo tampoco puedo creer que Zoey se fuera con él; en ningún momento vi a Adam cerca de ella como para que eso pasara.

—¿Zoey tenía algo con él?

—Ella y yo hemos peleado por Adam —retrucó ella—, pero no por eso.

Desconcertado, el hombre alzó las cejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Zoey no quería que yo saliera con Adam porque sabía él lo hacía para llegar hasta ella a través de mí —respondió la joven.

Una vez más, el oficial se mostró sorprendido. Ella le sostuvo la mirada.

—¿A ella le gustaba?

—Claro que no —dijo Jessica al tiempo que negaba—. Es sabido por sus amigos que Zoey estaba enamorada de Zackary
Collins. Yo misma sé muy bien que ella no podía superar su muerte. Zoey fue quién lo halló, después de todo, ¿sabe?

El hombre movió su cabeza con pesar, tal vez recordando el terrible caso del adolescente que había fallecido en la escuela tiempo atrás. Luego, puso ambas manos sobre la mesa y suspiró.

—De acuerdo, volvamos a Adam Smith. ¿Por qué dices que te usaba?

—Porque es lo que hacía —respondió ella, con soltura—. Superé la decepción que me causó su abandono con la ayuda de Zoey y de mi novio actual. Pero Adam me dijo algo el otro día…

Allí se generó la reacción esperada. El oficial estuvo a punto de saltar de su silla.

—¿El otro día?

Jessica apretó los labios.

—Entonces, ¿no lo sabían?

—¿Saber qué cosa, Jessica? —insistió el hombre.

—Mi novio, Rick Davenson, otro alumno del colegio y yo vimos a Adam en el pueblo hace unas semanas. Él me amenazó con llevarse a Zoey después de decir que la amaba.

El policía, nervioso, comenzó a pasar las páginas del caso de Adam.

—Sí, hay una denuncia del día 15 de octubre.

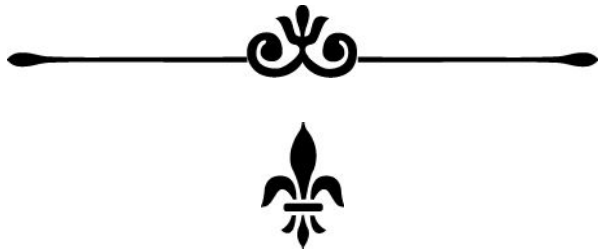
—Nunca pensé… que realmente iba a pasar algo así —siguió la muchacha, con un tono más bajo y cargado de lamento.

—¿Crees que él la secuestró? —preguntó él. Dudaba de la situación porque era casi imposible sacar a una chica, sin que nadie los viera, de un colegio—. ¿Cómo podría haberlo hecho?

Jessica fingió dudar también, pero trató de ser convincente para el

oficial, pues tenía que dejar en claro que Adam había sido y siempre sería el malo de la historia.

—Mire, Zoey estuvo muy rara este año por culpa de lo que vio, pero yo estoy segura de una cosa: ella jamás se iría con Adam Smith a ningún sitio, mucho menos en buenos términos.



Capítulo 2

Zoey tenía frío. Tanto, de hecho, que se sentía incómoda viajando sobre la espalda del chico muerto que no paraba de hacer bromas insulsas y poco decentes sobre la forma de las nubes.

Zackary intentaba quitarle un poco de tristeza al asunto, pero hacía ya un cuarto de hora que a ella no le daba gracia que él encontrara formas de aparatos reproductores masculinos en cualquier masa blanca que viera en el cielo. Había respondido a sus chistes con suaves risas solo por compromiso cuando, en realidad, prefería llorar antes que reír.

Había dejado todo atrás: el colegio, a Jessica, a James, a sus padres e incluso al bodoque de su hermanito. Su vida ahora era un recuerdo de lo que jamás volvería a ser porque, a partir de ese día, ella era la tercera chica de esa escuela en verse inmiscuida en una situación extraña y de gravedad. Era la segunda persona desaparecida.

Apoyó el mentón sobre el hombro de Zack y contuvo el llanto una vez más. Su familia explotaría de dolor cuando supieran que se había ido, si es que no lo sabían ya. Suspiró y miró el cielo, no por las bromas de Zackary, sino para ver la altura del sol.

«Sí, ya deben saberlo», pensó.

Ya había pasado el mediodía y ellos estaban lejos de Villa Elena. Viajaban desde la madrugada y sabían que no había posibilidad de que alguien pudiera encontrarlos si mandaban a buscarlos. Bueno, a buscarla a ella. Zack estaba muerto y nadie notaría su ausencia, así como tampoco notaban su presencia.

Zoey pensaba en qué tan difícil iba a ser para Jessica y para James mantener la historia que habían inventado. En especial para Jessica que, por ser su mejor amiga, cargaría con la mayoría de los interrogatorios.

Era probable que, en poco tiempo, investigaran también la terrible explosión en el bosque y que hallaran el templo destruido. Si los

oficiales eran muy rebuscados, relacionarían su desaparición con ese hecho y Jess también tendría que luchar con los cuestionamientos al respecto. Zoey cerró los ojos por un momento y le pidió al universo que apoyara a su amiga y que no la dejara caer. Y, aunque Jessica se rindiera, ella no la culparía.

A pesar de que le dolía pensar en lo que había perdido, Zoey también era plenamente consciente de que debía concentrarse en lo que se aproximaba. Tenía miles de datos en la cabeza, teorías conspirativas y múltiples hipótesis sobre lo que era el dije y sobre lo que Peat significaba para él.

Y, entre tantas inseguridades, tanto ella como Zack tenían una cosa en claro: Peat estaba herido y se había marchado, pero se recuperaría y volvería por ellos. Y no pensaban esperarlo sentados. Esta oportunidad era la única esperanza que tenían para descubrir la *Ciudad de Cé*sares y para encontrar allí una pista que pudiera indicarles cómo protegerse y cómo deshacerse de la amenaza.

Incluso en lo que refería al dije, seguían avanzando sobre, valga la redundancia, sobre nubes, sobre castillos en el aire. Porque, como siempre, ningún dato era certero y nunca estaban seguros de si algo era real o no. Para peor, el dije había permanecido en absoluto silencio desde la noche anterior. Era como volver tener un objeto muerto colgando del cuello; la incertidumbre de su ausencia desconcertaba a Zoey.

Ella no podía dejar de darle vueltas al asunto, de preguntarse por lo que ocurría y si ese silencio significaba que Peat estaba lejos. Quería creer que sí y, a la vez, no deseaba aferrarse a ninguna creencia. Lo único que sabía era que necesitaba tranquilizarse, que todo estaría bien si iban con cuidado.

—Tal vez deberíamos parar, ¿no? —preguntó Zack, dejando de pronto el chiste de las nubes. Redujo la velocidad y se detuvo en medio del camino de tierra que corría junto a la carretera.

—¿Ahora?

—¿No tienes hambre? —insistió él.

Ella miró nerviosamente a la desolada ruta provincial.

«Tranquilízate», se repitió.

—No es que no tenga hambre, pero aquí me siento muy descubierta —admitió Zoey.

Zackary miró a su alrededor y luego la bajó de su espalda. Se giró y le puso una mano sobre el hombro.

—*Hey*, tranquila, no va a caer la policía tan rápido. No saben a dónde podríamos haber ido.

—A menos que hayan quebrado a Jess…

—Sí, claro, eso —replicó el muchacho y puso los ojos en blanco—. Van a encontrar el pasadizo que lleva a la iglesia antes de que hagan quebrar a Jessica. Además, no le creerían.

El comentario hizo que Zoey sonriera. Su mejor amiga podía ser insoportable y difícil de manejar en ocasiones, pero seguía siendo una chica que aún no había cumplido los diecisiete años y que debería enfrentarse a policías y a detectives, a adultos atemorizantes con estrategias para hacer hablar a la gente.

—Mmm —murmuró ella por fin.

«Deja de ser paranoica, Zoey, cálmate», se suplicó a sí misma.

—¡Por favor! —Zack alzó las manos—. ¡Si ha tolerado a Adam puede aguantar a cualquier policía malote!

Esta vez, la que puso los ojos en blanco fue ella.

—Dame el maldito sándwich de milanesa[1] antes de que te muerda a ti —masculló ella.

Se sentó en el suelo y recibió la mochila que él había llevado colgando sobre el pecho junto al bolsito con su ropa.

—Eso no estaría tan mal —rio Zackary, pero obedeció y se sentó frente a ella. Miró el cielo azul sobre sus cabezas mientras se relajaban un poco—. En unas horas tu cara estará en las noticias. Tendríamos que buscar la manera de que no te reconozcan porque, en algún momento, tendremos que ingresar a las ciudades por refugio y por comida.

Zoey apretó los labios.

—¿Podremos intentarlo esta noche? En verdad estoy demasiado cansada como para dormir en el campo.

Con todo lo que había pasado en la madrugada, era un milagro que Zoey siguiera hablando y coordinando sus movimientos. Se tragó un pedazo de milanesa casi sin masticar y sacó la botella de agua de la mochila.

—Sí, estoy de acuerdo con eso. No me preocupa Peat justo ahora, así que una ciudad no nos delataría con él.

—¿Qué tan lejos estamos de Azul? —murmuró ella, quitándose su propia mochila para ver uno de los mapas.

—El último cartel que vimos decía que estábamos a unos veintitrés kilómetros —respondió Zack, ayudándola a estirar el mapa—. Si tenemos que bajar hasta Río Negro…

Azul era una ciudad pequeña que estaba en medio de la provincia de Buenos Aires, casi a medio camino de Río Negro, que era donde se encontraba el Antiguo Fuerte, cerca de la costa atlántica.

—¿No crees que Peat sabe que iremos allí? —susurró ella.

Los ojos grises del chico se clavaron en los suyos.

—Ya te dije lo que creo —contestó él—. Creo que no está todavía en condiciones de buscarnos, pero tampoco tenemos demasiado tiempo.

—¿Y qué sugieres?

—Comprar boletos para un micro de larga distancia. Viajaremos más rápido, sin riesgos de que nos vean corriendo por aquí, y estaremos en el Golfo de San Matías en lo que se extingue un gas.

Zoey hizo una mueca, con la boca llena de comida.

—Zack…

—Hablo en serio, ¿o tienes otra idea mejor?

—No me refería a eso. —Zoey tragó con dificultad y, antes de agarrar la botella de agua, asintió—. Creo que es lo mejor. ¿Nos pedirán documentos para eso?

Él se encogió de hombros.

—No tengo idea —Sin más, sacó de la segunda mochila sus identificaciones—. Usaremos esto en caso de que sea obligatorio… Yo creo que sí podrían llegar necesitar los datos, pero… —Sonrió y agitó su propio documento de identidad.

—¿Lo quieres sacar con el tuyo? —murmuró ella, que comprendía por fin por qué él había insistido tanto en asaltar su propia casa antes de empezar con el verdadero viaje. No era solamente un intento de tomar objetos de su propiedad a los que no había tenido acceso desde hacía meses, sino que se trataba de recuperar su identidad. Lejos del colegio, él no tenía que seguir estando muerto.

—Si alguien te busca, no te ubicaran por un boleto comprado por Zackary Collins en la terminal de micros en la ciudad de Azul —explicó—. Puedo comprar todo con mi nombre. Para cerciorarse de que realmente estoy muerto, tendrían que entrar a algún registro. Y no creo que lo hagan en el momento.

Ella sonrió en respuesta. Cuando había esperado, agazapada entre los maceteros de la entrada de la casa de los Collins, se había sentido fatal. No le había preguntado si había mirado a sus hermanas y a su madre o si solamente se había limitado a robar sus propias cosas del cuarto, todavía intacto. Tampoco quería ponerse a pensar en qué hubiera hecho ella en su lugar.

—Eso será genial. Si buscan cosas relacionadas con mi nombre, sabrán que me subí a un micro que iba hasta Río Negro. De esta manera, no tendrán ni idea.

Zack asintió y le mostró el cambio de ropa que había escondido en

su mochila, bajo otro sándwich de milanesa hecho por Jessica.

—No tomar demasiadas cosas porque lo notarían, el documento estaba en la habitación de mi mamá. Pero estoy contento de tener algunas pertenencias mías. Todo este tiempo he estado con la misma ropa con la que morí y ni siquiera es real en sí.

Ella terminó de comer, un poco más relajada. Se esforzaba por no pensar en que, en realidad, la situación no era bonita. Intentaba ver solo el lado positivo porque no quería llorar.

—Entonces, ¿Azul?

Zackary estuvo de acuerdo. Ese realmente era el mejor lugar para poner a andar sus planes.

—Azul —afirmó él.

La cargó sobre su espalda una vez más y apresuraron el paso hacia la ciudad. Y, cuando se aproximaron a la entrada, comenzaron a caminar con normalidad porque las sospechas se levantarían en cuanto los vieran moverse a un paso inhumano.

Cansada como estaba, el andar de Zoey se volvió lento y Zack se ajustó al ritmo sin chistar. Así, el campo se convirtió en ciudad; la cantidad casas y el tránsito en las calles aumentaron de golpe. Pidieron indicaciones de la forma más discreta posible y compraron comida antes de detener a un taxi para trasladarse hacia la terminal de buses.

Al llegar, se dirigieron directo al mostrador indicado. Zoey pensó que sentiría nervios, pero enseguida su compañero se hizo cargo de la situación.

—¿Qué tal? —dijo a la señorita que atendía; la chica tendría unos veinticinco años y se notaba que lamentaba ser demasiado mayor para salir con él—. Quería dos pasajes para la provincia de Río Negro.

La chica los miró antes de teclear en la computadora.

—¿A Viedma?

—Exactamente —respondió Zack con confianza—. ¿Para cuándo podría ser?

—Veamos.

Zoey esperó detrás de él mientras miraba a su alrededor, Sabía que estaba siendo paranoica. Nadie allí les prestaba atención, a pesar de que los dos se veían jóvenes.

—Hay un bus que sale hoy a las 3:45 de la madrugada —explicó, entonces, la vendedora—. Son 230 pesos cada pasaje. Si no, hay otro mañana a las 12:50 del mediodía.

—El de la madrugada estará bien, ¿no? —Zackary se giró hacia su acompañante.

Zoey asintió con la cabeza. Cuanto más pronto estuvieran en viaje, mejor. Podría dormir en el micro.

—Voy a necesitar sus números de documento —añadió la empleada. Alzó la vista y los miró con más detenimiento—. Ambos son mayores de edad, ¿cierto?

—Sí, claro. Mi documento es 37.876.344, Zackary Collins —dijo, sin dudar—. Y el de ella es 36.023.250, Samantha Diana Collins.

Zoey abrió y cerró la boca varias veces. Ni de chiste ese era su documento de identidad, y ese no era su nombre. Pero no llegó a decir nada, pues la chica tecleó los números en la computadora sin objetar porque sabía que esos números pertenecían a personas que ya deberían tener más la edad indicada.

—¿Podrías mostrármelos?

Zack le tendió su documento y otro más, salido de la nada.

Zoey tragó saliva, preocupada. Sin embargo, la chica los miró por un instante antes de regresarlos a su dueño. No empezó a gritar ni tampoco los acusó.

—Perfecto. Primero de diciembre a 3:45 am. Dos pasajes a Viedma, Río Negro.

—Sí, así mismo.

Esperaron alrededor de un minuto a que la chica confirmara los datos e imprimiera los boletos.

—Muchas gracias por viajar con Plusmar —dijo mientras les entregaba los pasajes con una sonrisa.

Ambos agradecieron y se marcharon, con ganas de reírse y de respirar aliviados por el logro.

—Bueno, *hermana*, ¿qué hacemos mientras tanto? —consultó él cuando la empleada ya no podía oírlos.

—¿Le robaste el documento a tu hermana? —inquirió ella, incrédula. Zack se encogió de hombros—. ¿Y cómo es que no se dio cuenta de que no me parezco en nada a ella? ¿Qué dirá la verdadera Samantha si se entera de que supuestamente compró un pasaje a Viedma cuando en realidad estaba en su casa, repasando para un examen de la universidad?

Él rio.

—Jamás lo sabrá, creo. Me sé el número por una apuesta que hicimos de pequeños. Ella es la que me sigue en edad y la que más me peleaba. Cuando yo tenía cinco y ella siete, me dijo que yo era adoptado y que mi verdadera madre era un hada del infierno que me había intercambiado por su hermano real. Intentó colgarme por la barandilla de las escaleras… —resumió, sin verse afectado en lo

absoluto, pero perdiéndose bastante en la historia que debía pasar por sus recuerdos.

Zoey hizo una mueca.

—¿Era así de malvada?

—Ahora debe estar más que arrepentida —suspiró él—.
Estoy seguro de que me extraña. Pero, volviendo a lo anterior: sí, se lo robé. Y la chica de Plusmar no se dio cuenta porque usé un pequeño truquito de magia —añadió y le tendió el documento en cuestión.

Zoey lo tomó y se dio cuenta de que la foto tenía su cara. Entonces, Zack lo tocó dos veces con el dedo y la imagen convirtió en el rostro de Samantha.

—¿Una ilusión?

Él se encogió de hombros.

—Me acordé de lo que hice con la pared del sótano y el túnel. Es genial, ¿no?

—Claro que sí —afirmó ella, aliviada y contenta.

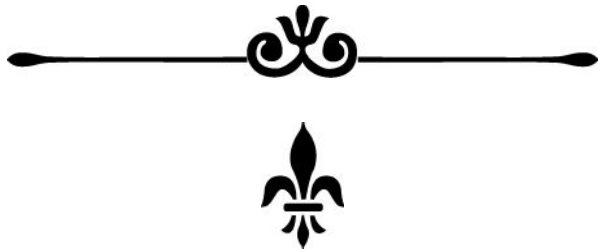
Zack le sonrió y tiró de su mano en dirección al restaurante de la terminal.

—¿Y si te invito a merendar? —propuso, con un gesto galante.

Ella asintió, con ganas de aprovechar sus últimos momentos de normalidad, y entró al establecimiento. En unas horas sería una adolescente prófuga y los pequeños placeres, como comer algo en un sitio público, se terminarían.

---

1 Milanesa: filete de carne empanado. Muy común en Sudamérica.



Capítulo 3

Después de comer algo, y de que Zack bebiera café con leche como si fuese una persona normal y viva de dieciocho años, ambos caminaron por las calles de Azul para matar el tiempo. Faltaban varias horas hasta que el bus saliera en dirección a Viedma.

Pasaron por tiendas de ropa en las que ella se detuvo para ver las tendencias del verano. Las vacaciones y el verano eran dos cosas a las que también tendría que renunciar, no compraría un bikini y era probale que ni siquiera se aproximara a una piscina en el futuro.

Cuando estaban frente al reflejo de ambos en una vidriera, Zack tomó un mechón del cabello de Zoey y lo extendió en el aire. El rizo se estiró con el suave jalón.

—¿Qué piensas de cambiarlo de color? —opinó él—. Si lo oscureces, no será tan fácil que la gente te reconozca una vez que emitan una orden de búsqueda.

Ella hizo una mueca. Nunca lo había pensado y, aunque había odiado siempre su pelo —de tono rubio desvaído y con rulos indomables—, no se veía a sí misma con un color más oscuro.

—No sé cómo teñirme —admitió ella.

—¿Y si buscamos una peluquería?

—¿Ahora?

No podían malgastar el dinero. Teñir el cabello en un salón era mucho más costoso que comprar una tintura e intentarlo en el baño de un hotel. Además, tampoco tenían mucho tiempo.

—Es solo una sugerencia —replicó él, encogiéndose de hombros—. Recuerda que eres menor de edad, ni siquiera tienes diecisiete todavía. En cuanto la orden se emita y llegues a las noticias, porque estoy seguro de que lo harás, cualquier niña rubia se parecerá a ti… y más te parecerás tú a ti —agregó. Hizo un gesto con los dedos y bajó la voz cuando una señora pasó caminando junto a ellos.

Zoey levantó una mano.

—Lo sé, lo sé —contestó, pero suspiró y movió la cabeza para afirmar—. Lo entiendo, pero eso puede ser un potencial desastre.

—Yo puedo ayudarte, siempre que sea necesario —aseguró Zack—. He visto a mi mamá teñirse el pelo.

—Será un desastre —insistió ella, pero no acotó nada más. No podía preocuparse por su cabello en esos momentos.

«Hay cosas más importantes», pensó. Como, por ejemplo, un loco ser milenario que quería matarla.

—Por ahora, compremos la tintura y luego vemos —propuso él. Se giró y señaló una perfumería en esquina opuesta—. Supongo que con decir que quieres un color oscuro bastará, ¿no?

Ella lo miró con la misma expresión estupefacta.

—Ni idea.

Ingresaron a la tienda y se aproximaron a la vendedora. Zoey habló con la mujer, que presentaba una actitud desconfiada, y le expresó su deseo de oscurecerse el cabello. La señora, de mediana edad, le mostró varias cartillas de color y se los quedó mirando con la boca abierta, como si estuviera a punto de hacer una pregunta acusatoria.

Al notarlo, Zack intervino.

—¿Y para mí cuál podría ir?

—¿Tú? —terció Zoey. Se giró y notó que estaba bromeando.

—Para cualquiera de los dos creo que este color quedaría precioso —contestó la mujer, riendo—. Con esos ojos claros que tienen, un negro caoba haría resaltar sus expresiones.

—Ah… —respondió el chico. Frunció el ceño.

Tanto Zack como Zoey querían algo que opacara sus expresiones, no que las resaltara.

—¿No es algo muy… osado?

—Cambiarte completamente el tono podría tomarse así, sí, pero un color lindo y muy clásico.

—Creo que a ella le quedará muy bien —admitió Zack al fin.

Zoey asintió. Si de ella dependiera, se iban a pasar el día entero allí sin que se decidiera por un color. No quería teñirse, aunque fuera una cuestión de fuerza mayor.

—¿Este, entonces? —sonrió la mujer—. ¿Quieres el *kit* listo o todo por separado?

Y, como no tenía ni idea de cuál era la diferencia, optó por la caja ya preparada. Sonaba más sencillo.

Inspeccionaron la caja mientras se alejaban de la tienda y, cuando Zackary volvió a asegurar que quedaría bien, Zoey se sintió un poco más confiada. Guardó la tintura en su mochila y suspiró.

Recorrieron el resto del centro de la ciudad sin apuro y regresaron a la terminal al anochecer. Cenaron en el mismo restaurante en el que habían merendado por la tarde; por segunda vez, Zack comió de verdad, masticando y tragando como si tuviese órganos que pudiesen procesar el alimento.

—Tengo una duda enorme —preguntó Zoey, cuando lo vio mordisquear la orilla de una porción de *pizza*—. ¿A dónde va todo eso?

—Creo que no voy a expulsarlo, pero ni idea —respondió Zack, sin mirarla y con los ojos en otra porción—. ¿Sabes qué es lo más extraño? Le siento algo de sabor.

—¿De verdad?

—Estaba seguro de que no sería así. Ya sabes que no siento dolor y, si te acuerdas de mis teorías con respecto al placer…
—añadió. Alzó los ojos para verla, le guiñó un ojo y ella se atragantó con la gaseosa—. Pero esta parte sí que no le encuentro sentido.

—Bueno, que yo recuerde, nunca habías probado comer.
—Zoey se limpió la nariz, que goteaba después de la tos que le había provocado el accidente con la bebida.

—Creo que no, ¡y está genial! —admitió Zack—. Voy a comer un montón de ahora en más. ¿Qué tal un McDonald's? De seguro hay uno en Viedma, ¿no?

Zoey tomó el último trozo de *pizza* que quedaba. Se encogió de hombros y masticó despacio, sintiendo la garganta raspada y molesta por la tos previa.

—Puede ser… —respondió ella algunos segundos más tarde.

Dejó la *pizza* a medio comer y se encogió en la silla. El cansancio comenzaba a golpearla con fuerza, no podía dar ni siquiera otro bocado. Desvió la mirada hacia la ventana y observó, con expresión impaciente, a los buses que entraban y salían de la terminal.

Lo que Zoey más ansiaba era sentarse sobre la butaca mullida del micro y cerrar los ojos, desmayarse.

—¿Estás cansada? —preguntó Zack, inclinándose hacia ella por encima de la mesa.

—No puedo más.

—Lo estás haciendo bastante bien. Pensé que morirías mucho antes.

—No bromees —terció ella—. Yo también pensé que moriría mucho antes, como por comienzos de este año.

Esta vez, fue Zack el que frunció el ceño.

—¿En serio dices eso?

—¿En serio tú creíste que no iba a morir? —Zoey soltó una carcajada siniestra y se resbaló por el asiento para apoyar la cabeza contra el respaldo.

—Claro que no.

Sin más, ella puso los ojos en blanco. Zack siempre le provocaba las mismas reacciones, en todos los sentidos.

—Por supuesto, tu ego nunca falla —musitó ella.

Zoey guardó silencio mientras él se acababa la *pizza*; observó sus manías a la hora de comer, maravillada, en cierta forma, de contemplar acciones que nunca antes había podido apreciar de cerca. Así, él volvía a parecer vivo, mucho más que la mayoría del tiempo. Se veía normal, humano, mortal, necesitado de una cuestión tan básica como el alimento.

La chica sonrió y estrechó los ojos cansados.

—¿Qué? —preguntó él, tragándose la gaseosa—. No voy a engordar.

Zoey negó con la cabeza.

—No es eso. Estaba pensando en lo vivo que te ves ahora —suspiró, todavía con la sonrisa en la cara—. Y en que de verdad me gustas mucho.

Zackary esbozó una sonrisa enorme y cargada de orgullo. Entrelazó sus dedos con los de ella por encima de la mesa y rio suavemente.

—Sí, tú también me gustas mucho. Especialmente cuando estás tan cansada que pareces drogada —se burló.

Zoey lanzó un manotazo débil al aire.

—¿Drogada?

—¡Pareces una china!

—Qué tonto eres —replicó ella, pero continuó sonriendo.

El cuarto de hora que faltaba para las doce de la noche se hizo eterno y todavía faltaba mucho para subir al bus.

Zack se cambió de silla para sentarse junto a Zoey, se convirtió en una cama humana por las horas restantes. Aunque pareciera increíble, ella se durmió sobre su regazo, en esa pose tan incómoda, y no despertó hasta que él la obligó a hacerlo. Faltaba media hora para la salida del bus y, al parecer, este ya estaba en una de las plataformas y pronto abriría las puertas a los pasajeros.

Pagaron la cuenta y se alejaron del restaurante sin dejar propina, no podían malgastar el poco dinero que tenían. Caminaron hacia el

bus y aguardaron allí, con los boletos en mano, hasta que pudieron abordar e instalarse en los lugares indicados.

Zack ocupó de inmediato el sitio junto a la ventana porque, a pesar de su confianza, prefería vigilar el exterior y que ella estuviera más segura del lado del pasillo.

No pudieron conversar más porque Zoey volvió a dormirse apenas comenzó el viaje, la cómoda butaca y el sonido del motor ayudaron. Dos horas después, sin embargo, despertó con las voces de los ocupantes de los asientos detrás del suyo. Giró la cabeza para ver a Zack que, obviamente, estaba despierto.

Él tenía los mapas en las manos y uno de los cuadernos en los que Jessica había estado trabajando con las traducciones sobre el regazo.

«Habría sido ideal traerla también a ella para que siguiera traduciendo», pensó Zoey en ese instante. Se pasó las manos por la cara para aclarar su visión antes de llamar la atención de su acompañante.

—¿Y qué buscas? —preguntó, somnolienta.

—Quiero ver si hay algo aquí que corrobore lo del grial y lo de la ciudad oculta. Han sido todas teorías relacionadas con lo que Jess sacó e intuyó con la información de internet.

—Pero lo que decía en el templo…

—Lo de la piedra filosofal —contestó Zack, sin levantar la vista—. Sí, hay unas tantísimas teorías sobre la piedra filosofal. En cuanto lleguemos a Viedma, deberíamos buscar una computadora con buena conexión.

—¿En dónde se relaciona el tema del grial con la piedra y, de ahí, al dije? —murmuró ella, mirando brevemente hacia su alrededor. Las personas que hablaban detrás se habían callado.

Zack chistó, frustrado con los papeles.

—Ay, esa será la cuestión. ¿Confiamos en todas esas teorías locas de internet o no?

Todavía adormilada, Zoey se pasó la lengua por los labios antes de responder.

—¿Escritas por algún otro loco? —musitó—. Perfecto.

Se rieron por lo bajo, tratando de no despertar a nadie como la habían despertado a ella. Recién se asomaba el sol por el este, justo del otro lado del pasillo del bus.

—Pero ¿y si algo de eso resulta ser cierto? Es muy probable que los templarios realmente hayan ocultado el grial allí —continuó él, sin mencionar el lugar. Otra vez, la gente de atrás estaba muy callada—. Tendríamos que ver…

—Para empezar, no tenemos ninguna otra cosa que hacer. Es nuestra única posibilidad para no andar vagando de un lado a otro. Si el dije tiene algo que ver con los templarios y, por ende, con la copa, y llegásemos a dar con ella, o con cualquier otro tipo de información, tendremos algo, al menos.

Zack giró la cabeza hacia ella y la miró con las cejas arqueadas. Zoey bufó cuando esa mirada se transformó en un gesto pícaro.

—¿Han pasado cientos de siglos y dos adolescentes van a dar con una copa milenaria en el proceso?

Ella soltó una risita baja y se acomodó en la butaca para girarse hacia él y darle la espalda al sol.

—¿Qué? ¿No somos dos adolescentes geniales que superan la vida y la muerte? —murmuró.

En ese momento, Zack acortó la distancia para plantarle un beso casto en los labios.

—Sí, lo somos. Y por eso la encontraremos —afirmó él, completamente convencido de repente.

A partir de allí, para Zoey fue difícil volver a dormir, entre el sol y la gente a su alrededor, cada vez más charlatana.

«¿Es que ellos no están cansados?», se preguntó. Tal vez sí lo estaban, pero no tanto como ella, que solo había dormido cuatro horas en los últimos dos días.

Se resignó cuando, en los carteles de la ruta, Zack comenzó a señalar los kilómetros que faltaba para llegar a Viedma. Sabían que desde allí deberían trasladarse todavía más hacia el sur, hacia el Golfo de San Matías, para hallar la manera de acceder al Antiguo Fuerte. Según lo que había buscado Jessica, el lugar estaba cerca de Las Grutas. Pero, en lo inmediato, el plan era bajarse de ese bus y descansar.

Cuando estaban por llegar, Zack acomodó los papeles, que había releído varias veces, y los guardó en la mochila de azul.

—McDonald's, yo quiero un McDonald's —murmuró él.

Ella tuvo un ataque de risa que se le quedó pegado en la garganta. Los ojos irritados no le permitieron apreciar Viedma con la emoción requerida.

Tardaron una eternidad para alcanzar la terminal y otra eternidad para descender. Al final, cuando bajaron con los bolsos colgados, Zoey sentía que se iba a desmayar por el sueño. Miró a Zack y buscó su apoyo para arrastrarse a donde fuera.

Solo con gestos, él la ayudó a llegar al escritorio de información. Sabían que, al preguntar, corrían el riesgo de exponerse demasiado,

pero necesitaban hallar un hotel económico, de fácil acceso y con internet lo más pronto posible, y solo lo obtendrían si consultaban con un local.

Zoey se apoyó contra el hombro de Zack mientras él se inclinaba sobre el alto mostrador de la cabina de Información. Escuchó sin prestar atención hasta que la mujer preguntó si estaban solos en la ciudad.

Zackary, hábil como siempre, respondió que él y su hermana estaban viajando al sur para visitar a su tía abuela. No aclaró nada más y la señora tampoco preguntó, pero fue evidente que no les creía cuando les marcó los hoteles en el mapa que tenía en la mano.

—No vayamos a ninguno de ellos —dijo Zoey al alejarse de la cabina de Información—. No nos ha creído y estoy segura de que, si llega a sospechar algo más o, por ejemplo, si ve mi foto mañana en las noticias, nos denunciará. Podría decirle a la policía los hoteles que nos mencionó.

Mientras él la ayudaba a llegar hasta los taxis, se volteó para ver la cabina y a la señora, que los seguía con la mirada.

—No he actuado tan bien, ¿no? —respondió Zack. Abrió la puerta de un taxi y metió los bolsos dentro—. Buscaremos cualquier otro. Esta noche jugaremos a la peluquería.

Una vez dentro del automóvil, pidieron indicaciones al chofer2. Muy amablemente, y sin dudar tanto, el hombre los llevó a un hotel de dos estrellas que estaba alejado de los que la señora les había dicho en la terminal. Antes de bajar, Zack se sostuvo de los asientos delanteros y le preguntó muy seriamente al conductor si había un McDonald's en la ciudad.

—Lo siento, muchacho, pero no.

De seguro la ciudad tendría sitios de comida rápida que podrían reemplazar a la franquicia, pero Zack se mostró desilusionado.

Bajaron del auto con desgano y entraron al hotel. Era un sitio económico, por lo que no conseguirían una computadora y una buena conexión, al menos ese día.

Pidieron una habitación con dos camas, todavía simulando ser hermanos, y fueron conducidos a una pieza pequeña, pero con un baño limpio y un televisor moderno. Era más que suficiente para lo que les quedaba del día.

Acomodaron sus pocas cosas antes de que ella pudiera relajarse en una de las camas.

Se durmió a los pocos minutos, aunque la almohada estaba dura y el colchón tenía un bollo a la altura de los omóplatos. El cansancio era

superior y cualquier cama era lo bastante buena para ella en esos momentos.

Sus sueños estuvieron llenos de imágenes inconclusas.

Horas después, cuando el anochecer se dejaba ver por la pequeña ventana de la habitación, Zoey abrió por fin los ojos y se dijo que todas esas escenas llenas de luces, de ráfagas y de exaltaciones tenían que ver con la pelea con Peat. Antes había estado demasiado cansada como para soñar con ellas, ahora, su cuerpo estaba más repuesto.

Bostezó y se giró para ver a Zack que, sobre la otra cama, revisaba los papeles de la logia y la información que Jess había recolectado, otra vez.

—¿Tienes hambre? —preguntó él cuando la vio despierta—. Estaba esperando para salir por algo de comida. En la recepción decía que no se puede traer la cena a las habitaciones, pero nadie va a saber que he metido un par de hamburguesas —aseguró.

Contagiada por su buen humor, ella le devolvió el gesto.

—La verdad es que me comería una docena de hamburguesas en estos momentos —admitió.

Zack apartó los papeles y se levantó de un salto, alegre.

—No serán hamburguesas de McDonald's, pero prometo que será algo rico igual. ¿Con queso?

Zoey asintió.

—Con mucho queso.

—¡A sus órdenes, señorita!

Cuando él se encaminó a la puerta, y mientras guardaba dinero en el bolsillo trasero de los vaqueros, ella se dio cuenta de que Zack se había cambiado de ropa. Se había puesto lo que había robado de su casa. Se veía muy… normal.

—Trae papas, por favor —pidió en voz baja.

Antes de salir y de dejar un lindo escudo protector alrededor de la habitación, él le guiñó un ojo y le recordó que no se bañara todavía. Necesitarían el cabello sucio para poder teñirlo después de comer.

Una vez sola, Zoey tomó el control remoto que descansaba sobre la pequeña mesa que dividía la habitación en dos. Apuntó a la televisión, pero dudó antes de apretar el botón. Un montón de preguntas y de dudas pasaron por su cabeza. Tragó saliva y empujó la ansiedad a un lado. Encendió el aparato diciéndose a sí misma que era algo que debía enfrentar tarde o temprano. Además, era mejor estar informada de lo que la gente sabía sobre ella.

El canal que apareció en pantalla era de documentales. Zoey resistió el impulso de poner el noticiero durante algunos minutos,

hasta que se rindió. Apretó sus labios y bufó al darse cuenta de qué tan ansiosa estaba y de que retrasar lo que sabía que haría no tenía sentido.

Buscó por fin un canal de noticias las 24 horas. Lo miró en silencio. Se llevó los dedos a la boca y se mordió las uñas por unos veinte minutos, hasta que el periodista cambió la expresión de su rostro y, desde la capital del país, anunció otra extraña desaparición en un colegio del interior de la provincia.

La chica apretó el control remoto con ambas manos cuando en la pantalla apareció una foto que su madre había sacado en el sillón de la casa algunos meses antes.

—Zoey Scott, de 16 años, desapareció este pasado 17 de noviembre en la localidad de Villa Helena. Es la segunda desaparición del año en la escuela pupilo Santa María del Valle. Hace menos de un mes, Adam Scott, de 17 años, también desapareció sin dejar rastros y, aunque la policía y la familia consideran que el adolescente se ha fugado, las sospechas no dejan de sobrevolar el colegio. A principios de este año, otra tragedia se produjo dentro de las instalaciones escolares. Zackary Collins, compañero de clase de Adam Smith, falleció tras un accidente dentro del edificio. Ahora, la policía está indagando entre los familiares y los amigos de Zoey Scott, quienes señalan a Adam Smith como posible culpable, aumentando así las sospechas de que él también esté involucrado en la accidental muerte de Zackary Collins. —La mirada del periodista pareció trabarse con la suya. Zoey suspiró—. *Se solicita que, ante cualquier información que usted pueda proveer, llame a este número. Si usted ve o sabe algo de Zoey Scott no dude en comunicarse al número en pantalla o al 911.*

Salió de la cama y caminó frenéticamente por el cuarto. Rezaba para que nadie en ese hotel estuviera viendo la televisión justo en ese canal. Estaba bien jodida. Necesitaba quitarse el rubio del cabello lo más rápido posible. No podría calmarse hasta que Zack regresara y la ayudara con ello.

Muchas cosas más pasaron por su mente mientras analizaba el tema. Pensó en sus padres y en lo que debían estar sintiendo. Se aliviaba de que la carta que había dejado hubiera funcionado para desviar la atención hacia Adam, un joven al que no encontrarían jamás.

Zoey se sentó sobre la cama y allí se quedó hasta que Zack regresó, con deliciosa comida caliente que había mantenido oculta con su magia del recepcionista del hotel.

—¡Qué cara! —exclamó él, mostrándole las enormes hamburguesas con queso que había conseguido—. Pensé que estarías emocionada por algo como esto. Yo lo estoy.

Zoey tomó la comida sin decir nada. La ansiedad le había dado hambre… Además del hambre que ya tenía, claro. Comieron en silencio porque, hasta que ella no se terminó las papas fritas, no estuvo dispuesta a comentar lo que había visto y sus temores.

—Salí en las noticias. Si me ven, piden llamar al 911 —contó por fin mientras se pasaba una mano por el cabello—. Necesito quitarme esto ya.

—Podemos raparte también —se carcajeó Zack, como si el asunto no le preocupara tanto—. Anda, lo arreglaremos rápido. Soy un maestro con estos asuntos de los cabellos.

Por desgracia, Zoey estaba acostumbrada a que Zack fuera un completo desastre en todo lo que aseguraba ser bueno. Ella se sentó en una banqueta, en el baño, y dejó que él hiciera su trabajo cuasi improvisado. Le pintó hasta las orejas, pero eso fue lo de menos. Cuando terminó de aplicar el color, ambos miraron sus reflejos e inspeccionaron el fino trabajo que había logrado el muchacho.

—Demonios —dijo ella, frotándose la ceja—. Tengo la cara llena de manchones.

—Son artísticos —se defendió Zackary con sarcasmo—. Vamos, que te verás genial —agregó y le robó un beso.

Eso la relajó por un momento. Sin embargo, cuando él se alejó y la dejó sola en el baño, el estrés, las dudas y las preocupaciones volvieron a asaltarla. Comprendió que cambiar el color no iba a solucionar nada. Era apenas una ínfima ventaja pues Peat, el mayor peligro, podía estar todavía muy cerca y de seguro la reconocería de todas formas. Para peor, el dije seguía en silencio.

A la hora de enjuagarse, Zoey elevó plegarias al cielo. Esperaba que no le quedara el cabello verde, o algo por el estilo, pues lo único que le faltaba era conseguir más atención de la deseada. Se lavó sola y no le importó manchar la toalla del hotel con el color caoba que había puesto sobre su cabeza.

Los mechones oscuros de cabello todavía escurrían cuando ella se observó al espejo. Zoey hizo una mueca, pero lo aceptó. El color no estaba parejo, algunas zonas se veían más oscuras que otras. Había un sector en particular que parecía más rubio. Sin embargo, a pesar de todo, creía que funcionaría.

—¿Listo? —Zack abrió la puerta y soltó unos cuántos comentarios halagadores—. ¡Podría vivir de esto!

Zoey negó, divertida, y le dio un pellizco cariñoso en la mejilla.

—Por supuesto, ¡Peluquerías El conejo loco volador*!*

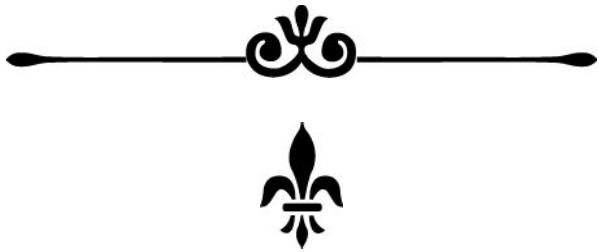
Ella se rio tanto como él, aunque seguía agotada.

Se acostaron en sus respectivas camas poco después. Zoey cerró los ojos de inmediato, tratando de mantener la mente en blanco y de alejarse de todo aquello que la asustaba.

Un cuarto de hora más tarde, se levantó y se acurrucó junto a Zackary, buscando en su compañía un consuelo ante todo lo que había perdido.

---

2 Chofer: conductor. Palabra tomada del francés chauffeur.



Capítulo 4

Zoey durmió como un tronco. Zack la despertó cuando ya no podía dejarla en la cama ni un poco más. Debían abandonar la habitación antes de las once de la mañana y no estaban dispuestos a perder dinero por un descuido.

A pesar de la reparadora cantidad de horas que había descansado, ella no se sentía del todo bien. Sus músculos seguían agotados, pero no se quejó mientras se vestía y peinaba su nuevo cabello en una coleta alta.

Al salir del hotel, en una mañana cálida y normal para el resto de las personas, los dos miraron hacia los lados en busca de una nueva dirección. Necesitaban una computadora y, como no sabían dónde encontrarla, caminaron hasta las calles más transitadas. Llevaban las mochilas en sus espaldas y se sentían más seguros que antes gracias a la tintura de Zoey.

Nadie los miró, nadie se preguntó nada, y con eso llegaron a una avenida que tenía varios puestos de internet y de telefonía pública. Ingresaron al primero que pasaron y se acomodaron frente a una de las pantallas.

—Bien —dijo Zack mientras abría el navegador—. «Antiguo Fuerte», ¿no es así?

Zoey repasó con la vista los resultados de la búsqueda, había algunos sitios web para turistas al respecto.

—Genial, ¿excursiones? —murmuró cuando leyó que la única forma de ingresar a los terrenos aledaños al antiguo fuerte era a través de recorridos para turistas que eran muy costosos—. No podemos gastar el dinero en eso.

—Ni por casualidad —contestó Zack mientras leía un blog que mencionaba algo sobre la posible presencia de antiguos templarios en el lugar—. Nos colaremos, claro.

—Ya quiero ver cómo lo haremos —suspiró Zoey, recargándose

contra la silla—. Será divertido.

—Como siempre.

Se aseguraron de averiguar tanto como pudieron. Desde Viedma, tendrían que buscar un bus que los alcanzara a la localidad de Las Grutas, un balneario turístico en la costa atlántica que estaba a pocos kilómetros del Antiguo fuerte. Si podían hacerlo todo en un día, mucho mejor.

El problema era, por supuesto, la locación de su destino en sí. La zona parecía ser difícil de acceder sin un vehículo y sin guías. Ella no podría subirse a la espalda de Zack bajo la luz del sol para recorrer el terreno, pero tampoco era seguro pasar allí la noche.

Al final, después de debatir en voz baja sus opciones, resolvieron decidirlo cuando llegara el momento. Una vez que estuvieran allí y pudieran ver con sus propios ojos cómo era el lugar y de qué manera acceder, lo intentarían.

—Bueno, morena infartante —dijo Zack, palmeándole el hombro—. ¿Lista para salir de aquí?

No les costó mucho conseguir un bus que los llevara a Las Grutas. Pagaron por los boletos y se acomodaron en la pequeña terminal de corta distancia a esperar el siguiente horario de partida.

Una vez a bordo, el viaje transcurrió en paz —salvo por un grupo de adolescentes que parecían haberlos tomado de punto y que no dejaban de soltar comentarios burlones por lo bajo—.

Casi llegando a su destino, Zack no toleró más la situación. Movió los dedos, sin decir nada, y aguardó con una sonrisa. De pronto, uno de los jóvenes molestos se puso a llorar porque no podía controlar su propia mano, que le golpeaba el rostro una y otra vez.

—Zack —reprendió Zoey.

Él se limitó a reír por lo bajo mientras el bus se detenía. Le puso fin a la magia antes de descender.

Allí, en Las Grutas, comenzaba la verdadera aventura.

Pidieron mapas en una cabina de información turística y fingieron estar interesados en todas las excursiones al Antiguo Fuerte —o Fuerte Argentino, como le decían los locales—. Los contingentes salían del centro y atravesaban el campo en vehículos 4x4.

—Tendremos que seguir el mapa —dijo Zoey mientras Zack inspeccionaba.

—¿Te gustaría caminar, entonces?

—No podemos gastar tanto dinero, es la única opción —recordó ella, con una mueca—. Las excursiones cuestan muchísimo, podríamos necesitar lo que nos queda más adelante.

—Pues intentemos con un taxi, que nos deje lo más cerca posible y… veremos. Dijimos que lo resolveríamos en el momento, ¿verdad? —añadió él. Guardó el mapa y se aproximó a la esquina para detener un taxi.

Esa idea no funcionó tan bien cómo esperaban. Pasados varios minutos, tuvieron que caminar hasta encontrar una agencia de remises[3] para solicitar que un coche los acercara por al Fuerte Argentino. El hombre que los atendió, extrañado, aceptó y condujo por la Ruta 3 hasta la altura indicada por el GPS.

En medio de la nada, el vehículo se detuvo y los chicos miraron la calle de tierra que iba hacia el océano con extrañeza.

—¿No quieren que los lleve de regreso?

—No —dijo Zack al tiempo que le pagaba por el viaje.

Sin esperar por el cambio, descendieron con prisa y se colocaron las mochilas.

—No es una zona para que vayan solos —insistió el hombre a través de la ventanilla.

—En realidad, solo estaremos por aquí, cerca de la carretera. Queremos tomar fotos —añadió Zoey, con una sonrisa genuina—. Tenemos el número de teléfono de la remisería para cuando queramos volver.

—Se va a hacer de noche y nadie va a venir para este lado —avisó el conductor—. Chicos, mejor regresen conmigo.

—Estaremos bien —zanjó Zackary mientras cerraba la puerta trasera.

Sin más, comenzaron a caminar hacia la calle de tierra. Al remisero no le quedó más que aceptar y marcharse.

Era una zona extraña. Estaba totalmente despoblada y el camino era polvoroso y seco.

—Bueno, morena, tenemos mucho que avanzar. ¿Te subes? —propuso él. Dejó caer el bolso al suelo y señaló su espalda.

No había ni una sola alma dando vueltas por allí, así que estaban seguros. Parecía que, a esa hora de la tarde, ya no había excursiones vigentes.

—Si nos cruzamos con una 4x4 dando la vuelta desde el Fuerte, tenemos que aparentar ser normales —recordó Zoey mientras se subía y se acomodaba para poder cargar las mochilas de ambos durante el trayecto.

Zack volvió a tomar el bolso antes de continuar.

El primer tramo lo hicieron en silencio. Él corría, su ropa se ensuciaba con el polvo que levantaban sus pasos. En algún punto,

alcanzaron una bifurcación que los obligó a sacar el mapa y decidirse por el camino de la izquierda. Mucho después, cuando ya estaban totalmente sucios y Zoey tosía como loca, notaron que habían conseguido llegar a una zona con rastros de presencia humana, con árboles y casetas que estaban cerradas y vacías.

—¿Hoy no era día de excursión? —preguntó ella.

Más allá de los árboles, imponentes y asombrosos, se delineaba el fuerte que solo habían visto en fotos.

Zack ayudó a Zoey a poner los pies sobre la tierra y luego se sacudió el polvo de los pantalones. Con la boca abierta, negó a modo de respuesta.

—Vaya, es enorme —exclamó al alzar la vista.

—¡Es muy alto! —reafirmó ella. Sin dudas, no se lo había imaginado así.

—Hay que recorrerlo.

Despacio y sin prisas, caminaron por los terrenos hasta acercarse tanto como pudieron a la base del Fuerte Argentino. Se trataba de una meseta junto al mar, estaba llena de historias antiguas que ellos ansiaban descubrir.

A medida que sus pies atravesaban el sitio, se encontraban con más rocas y dificultades para avanzar.

—Ten cuidado —dijo Zack, señalando un pozo antes de que ella lo viera—. Supongo que los turistas no vienen por aquí… ¿por el otro lado, quizás? El lado del mar, digo.

El Antiguo Fuerte medía cerca de cien metros de altura y parecía ser un sitio natural y alejado de las leyendas de internet.

Zoey no solo prestó atención al lugar por donde pisaba y a las indicaciones de su compañero, sino que también se mantuvo al tanto del dije. Esperaba percibir alguna señal de su parte, teniendo en cuenta que ese podía ser el lugar de otro templo o secreto oculto que tuviera una estrecha relación con el collar. Sin embargo, el dije estaba en silencio dentro de ella, sin ninguna señal para su alma. No había pensamientos fuera de lugar, visiones, sueños o palabras con otra voz.

—¿Qué piensas? Todo se ve normal, e igual de terroso que nosotros —murmuró Zack, después de que bordearan la enorme meseta hacia el lado del mar.

—No tengo ni idea, ¿qué podría haber aquí que nadie más haya encontrado antes?

—Quizá nada. Tal vez sí hemos seguido las teorías más bobas del universo.

—Sí, pero pensé que nosotros, que éramos los adolescentes que

desafiaron a la muerte y que tienen poderes mágicos, podríamos… percibir algo más —dijo ella, tentada a reírse por la frustración que sentía. Habían sacrificado mucho para huir de Peat y, a la vez, para encontrar algún arma para defenderse de él. Si el viaje no valía la pena para nada, sería una pérdida de tiempo soberana. Un error imborrable.

Zack ladeó la cabeza. Se trepó a una roca y miró hacia la cima.

—¿Qué tal si probamos la magia por allí arriba?

Zoey siguió la línea de su mirada. De escalar, ni hablar. Seguramente tendrían que llegar hasta allí como tantas veces lo habían hecho para alcanzar la ventana de la escuela.

—Tú me subes —avisó ella.

Zack se tronó los huesos de la mano mientras analizaba la altura que tenía por delante. Nunca había llegado tan alto, era un gran desafío. En cualquier otra circunstancia, ella tampoco estaría dispuesta a algo así. Pero ya habían llegado hasta el fuerte, tenían que intentarlo.

Ella trepó a la espalda de él y se aferró con todas sus fuerzas mientras escondía el rostro en su nuca. Zackary se inclinó un poco hacia abajo y luego saltó, con tanto poder que el aire voló sus cabellos y a ella la impulsó hacia atrás, hacia el suelo. Nunca le había puesto semejante fuerza a un brinco antes.

Zoey no quiso ver; si no llegaban, prefería no presenciar la caída.

Zack no parecía contrariado por nada. Un nuevo sacudón y una exclamación victoriosa hicieron que ella levantara finalmente la cabeza y comprobara que lo habían logrado. Habían saltado más de cien metros sin ningún problema.

—¡SÍ! —gritó él, dando un puñetazo en el aire—. Soy genial.

Zoey, en cambio, continuó aferrada a su espalda sin poder moverse.

—Mierda, sí —contestó en voz baja, dándole la razón. Nunca hubiese imaginado que él fuese capaz de eso.

Un par de segundos después, Zoey fue capaz de bajarse sin mareos ni vértigo. Entonces, pudo admirar la enorme planicie sobre la que estaban parados.

Allí arriba hacía calor, había viento y todo parecía todavía más seco. La meseta era imponente y el silencio de la ausencia de vida, además de ellos, por supuesto, era atronador. Se sintieron decepcionados por no ver nada más que rocas y tierra, aunque ambos quedaron maravillados por la vista. El mar se extendía mucho más allá de lo que eran capaces de vislumbrar, era un paisaje hermoso.

—Bueno, al menos la vista valió la pena. Tomémoslo como un

paseo —dijo él, reteniendo un suspiro.

Zoey, en cambio, lo dejó salir. Allí tampoco era capaz de percibir nada, ni una sola pista del dije.

—Lástima que corremos de un demonio milenario y que esto era lo único que teníamos como esperanza —murmuró, apoyando la cabeza sobre el hombro de él.

Zackary no contestó. Lo más probable es que no supiera qué decir en esas circunstancias, cuando no había ningún plan B.

En ese lugar, aunque todo el mundo se abría para ellos, con su inmensidad y su imponencia, sus pensamientos iban de un lado a otro de todos sus problemas. En aquel momento, Zoey se preguntó qué hubiera sido de ellos si Zack nunca hubiese conseguido el dije. Los muertos serían otros. Pero, si Peat conseguía el dije, al final, ¿el resultado podría ser el mismo?

—¿Qué crees que hará él con el poder del dije? —preguntó ella, abrazándose al brazo de él.

Zack hizo una mueca y despegó los ojos del océano.

—¿Destruirnos a todos? —contestó, con un escalofrío—. ¿Qué puede querer un demonio de este mundo? Tan solo míralo —dijo mientras extendía la mano libre—. Todo esto tiene siglos y siglos de antigüedad, nosotros poseemos apenas un puñadito de años. Pero Peat tiene mucho más que eso. Ha visto esto gestarse y seguramente lo verá destruirse. ¿Por qué dominar algo que tiene ya puesta la fecha de caducidad?

Zoey lo abrazó con más fuerza.

—Hablas como todo un adulto —replicó ella—. No sé qué querrá Peat de todo esto. En parte, es cierto lo que dices, ¿qué sentido tiene domar algo que es breve? Tiene que haber otra cosa.

Si la había, no podían imaginar qué era.

Zoey le dio vueltas a la idea por todo el tiempo que estuvieron allí y lo que se le ocurrió temió decirlo en voz alta. Era demasiado irreal pensar en que Peat podía querer algo extraterrenal y que el dije pudiese darle el poder para tomar todo lo de ese mundo y más.

Siguió a Zackary por la meseta, mientras rebuscaban entre las rocas cualquier tipo de señal. Mantuvo la boca cerrada, pero estaba cada vez más segura de que Peat no podía simplemente desear algo del mundo mortal.

Cuando el sol de la tarde comenzó a descender, ellos también lo hicieron. Caminaron un poco más lento, por el cansancio que ella tenía en las piernas, hacia el mar. Allí, la marea subía y llenaba las piletas naturales que se habían formado entre las rocas con el paso del

tiempo. Era un lugar bonito. Cuando estuvieron en la orilla, Zoey comprobó que el agua no estaba tan fría como en otras partes de la costa atlántica. El área de Las Grutas tenía la fama de ser una de las playas más bonitas de América del Sur y ella no la había conocido hasta entonces. La afirmación de que el agua era tibia era cierta.

—Zoey —llamó Zack, golpeándole el hombro y señalándole el Fuerte Argentino, ahora a sus espaldas—. ¿Ves esa cosa de ahí?

No le costó nada darse cuenta. Había una apertura en las paredes altas del fuerte, que se veía tétrica y fantasmagórica a esa hora, con el atardecer sobre ellos.

—Una gruta, ¿no? —dijo ella con una sonrisa y la emoción a flor de piel.

Aunque la entrada era amplia, no se podía el interior desde allí, tenían que aproximarse.

Llegaron con alegría, pero pronto se dieron cuenta de que el espacio era complicado para recorrer a esa hora y de que, aunque Zack pudiera ver en la oscuridad, para Zoey sería difícil no tropezar ni dañarse con las salientes y los huecos en la cueva.

—Por otra parte —dijo, él, inspeccionando el interior, apenas unos metros dentro—. ¿Qué puede haber aquí que no hayan encontrado antes?

Zoey se encogió de hombros. Estaba empezando a refrescar y el hambre, que no había estado presente durante la tarde, comenzaba a atacarla.

—¿Qué hacemos?

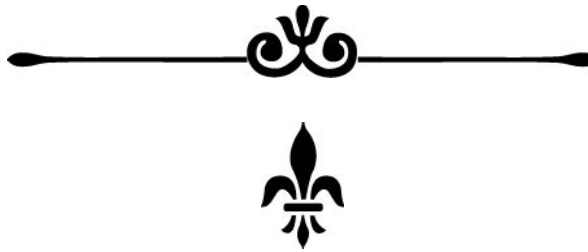
—¿Qué tal si descansamos? Sé que no te gusta dormir a la intemperie, pero ya mañana temprano podremos ocuparnos de esto. No es bueno que fuerces tu cuerpo —recomendó él.

Acamparon allí, con lo que tenían. Ella comió lo que habían traído empacado desde Viedma y cerró los ojos, acostada entre los brazos y las piernas de Zackary. Después pasar el día dando vueltas por sitios desconocidos, estaba agotada y decepcionada. Se acomodó, sabiendo que no podía estar más segura en un momento como ese, y se durmió.

Tuvo numerosos sueños sobre cosas que nunca había vivido.

---

3 Remís: coche de alquiler similar al taxi, muy común en Sudamérica. La palabra ha sido tomada del francés remise, que es la elipsis de voiture de remise (coche de alquiler que se guarda en un garaje).



Capítulo 5

Alguien gritaba. Otra persona golpeaba algo con un hacha. Oía el sonido de picos, de rocas que se partían y que se reventaban al medio. De repente, imágenes serpenteantes se hicieron presentes en su mente. Había un camino que seguir y sus pies no dudaban; el mareo que sentía a causa de la velocidad no le impedía continuar.

Entonces, sus dedos —gruesos y varoniles— se aferraron a un muro de piedra con una cruz tallada. Accionó un mecanismo que solo ella conocía; luego, claro, se dio cuenta de que esos no eran sus dedos y de que ella no había estado jamás en ese lugar.

Una roca, como una puerta oculta, se separó del resto del muro y, en un instante, antes de ver qué aguardaba del otro lado, el panorama se volvió un océano de oscuridad.

La cabeza le daba vueltas. El mundo a su alrededor daba vueltas.

Zoey despertó en los brazos de Zack poco después de la medianoche. Él la miró, preocupado, y le quitó el pelo mojado de la frente.

—¿Estás bien? Casi me meo[4] del susto. No podía despertarte.

—¿Qué? —Zoey se incorporó. Estaba transpirada, aun con el aire frío de la costa.

—Estabas teniendo una pesadilla.

Ella apretó los labios y se quitó el sudor de la cara. Se sentía asquerosa y enferma.

—Creo que voy a vomitar —murmuró. Salió de entre los brazos de él y se arrastró hacia el agua.

Puso las rodillas sobre la arena y bajó la cabeza hasta el mar. Allí, se sintió un poco mejor. Se lavó y se refrescó, justo antes de que Zackary se aproximara para llevarla de vuelta a la gruta.

—No hace calor ahora, me parece —recordó él mientras le

colocaba la manta sobre los hombros y la sostenía para regresar—. Si te desabrigas estando sudada, te enfermarás.

Zoey asintió y le hizo caso. Volvió al refugio de sus brazos y se acurrucó entre ellos hasta que la sensación de malestar fue lo suficientemente leve como para relajarse. Zack no insistió sobre la pesadilla, paciente, y la instó a dormir un poco más para recuperarse.

Pero, después de ese sueño turbio y extraño, ella no era capaz de pegar un ojo. Los mantuvo abiertos, clavados en las paredes y en las rocas salientes de la cueva, como si pretendiera encontrar esa cruz tallada en cualquier lado.

—Creo que vi algunas cosas —murmuró.

Él la abrazó.

—¿Cosas… malas?

—Creo que son pistas, pero el sueño iba muy rápido. Fue dentro de la cueva, de eso sí estoy segura —explicó Zoey.

—Mañana —respondió Zack.

Pasó otra hora más hasta que ella pudo dormir. Después de todo, la montaña rusa imaginaria que había experimentado dentro de sus sueños había sido como un palazo en la cabeza.

Apenas el sol asomó, ambos se alistaron para encarar la siguiente parte de la aventura. El interior de la cueva estaba apenas un poco más claro, pudieron avanzar unos cuantos metros con la luz natural antes de que Zack optara por caminar por las zonas más planas, las que denotaban evidencias del paso humano.

—Creo que por aquí está bastante liso. E igual, siempre puedo cargarte —ofreció él.

Pero eso era algo que ella no quería. Necesitaba caminar por sí misma, necesitaba sentir y tocar. El dije no enviaba ningún tipo de sentimientos a su corazón y no podía fiarse de lo que había visto en sueños. El tema era que, con poca luz, no veía bien y no reconocía el paraje.

—Hay que encontrar alguna ruta más angosta —dijo a Zack—. Algo por lo que solo pase una persona.

Él frunció los labios y miró a su alrededor.

—No veo nada así por aquí.

Sin más opciones, Zoey se sentó en el suelo y sacó las sobras de la cena anterior.

—Ve a buscar, yo esperaré aquí. Cuando hayas encontrado algo, ven por mí —propuso—. Con mi nula capacidad para ver y para moverme con prisa, no encontraremos lo que buscamos ni en miles de años.

Zoey se dio cuenta enseguida de que a él no le gustaba ni un poco la idea. La verdad era que a ella tampoco, pero no tenían otra salida. Si Peat los alcanzaba, Zack no podría vencerlo.

—De acuerdo —suspiró él—. Correré.

—Mejor aún. —le sonrió.

Zack tomó aire y, después de dirigirle una larga mirada a Zoey, se esfumó. El sonido de sus veloces pasos se perdió en el interior de la cueva y ella captó atisbos de pequeños movimientos mucho más allá. En algún momento, lo oyó hablar. El eco era impresionante.

A solas y a oscuras, ella tuvo que dejar de prestar atención a los pasos. Juntó las manos e invocó los poderes del dije que no usaba desde la otra noche. El fuego cobró vida entre sus dedos, sin quemarla y proporcionándole la suficiente luz como para evaluar el interior de la cueva por primera vez. No estaba en un lugar especial, por supuesto, pero se sentía mejor al verlo.

Bajó los dedos, las llamas flotaban en el aire a pocos centímetros. Casi que ni se sorprendió de poder despegar el fuego de su mano; después de todo lo que había hecho en la pelea con Peat, pensaba que podía lograr incluso más y que no había límites para la magia del dije. Solo tendría que ser creativa y practicar.

En esos momentos, se preguntó cosas banales para distraerse de la soledad. Iban a necesitar comprar más que solo la comida del día. Mientras masticaba lo último que le quedaba, notó qué tan mal estaba su vida como para considerar el alimento algo banal.

Dos segundos después de considerar, otra vez, lo que había perdido, Zack se detuvo frente a ella.

—Encontré un pasadizo —dijo con una amplia sonrisa, sin dejar de mirar de reojo el fuego flotante—. ¿Lista, niña maga?

Zoey asintió. Ya no valía la pena lamentase; se levantó y tomó la mano de Zack antes de que la llama que había convocado se extinguiera.

Comenzaron el nuevo trayecto con cuidado. Pasaron primero por varios sectores que pertenecían al recorrido turístico mientras conversaban entre murmullos sobre lo que él había podido descubrir. Pasados los minutos, sin embargo, y con Zoey caminando detrás de él e intentando seguir sus pasos, se sumieron en silencio.

Entonces, algún tipo de animal emitió un sonido escalofriante. Zoey se detuvo y miró a Zack. Él, con tranquilidad, se encogió de hombros.

—Debe ser un murciélago.

—Bromeas —contestó ella, preocupada.

Le creía porque el tono de su voz evidenciaba que él los había

visto. Zack no dijo nada más, tiró de su mano, instándola a seguir. Al parecer, cuanto más se internaban en los pasadizos, más murciélagos había, porque los chillidos iban en aumento.
Él intentaba no apresurarse y avanzar al mismo ritmo que Zoey.

—Esto no me gusta —balbuceó ella—. En especial si no puedo verlos.

Zackary le palmeó la espalda.

—Es mejor no verlos, créeme. ¿Quieres que te cargue?

—No. Tengo que ver y tocar el túnel por mí misma. Necesito vivirlo así —intento explicar ella.

—El pasadizo está aquí nomás.

Pronto alcanzaron la diminuta ramificación. Zoey convocó nuevamente una flama en el aire y Zack hizo un gesto, con los brazos extendidos, para presentarle su hallazgo.

—Es realmente pequeña —musitó ella, un poco extrañada—. En el sueño me había parecido más amplia.

—Es la única que encontré y solo se puede pasar de a uno. ¿Prefieres ir delante o detrás?

—Iré al frente —aseguró ella. Después de todo, lo que hubiera más allá no podía ser peor que los murciélagos.

Sin temor, Zoey pasó las manos por las paredes con un sentimiento genuino de confianza que la asaltó de inmediato. Sonrió cuando la llama la siguió por inercia. Esa podía ser la ruta, algo en su corazón se lo decía.

Zack fue quien la siguió en silencio esta vez. Y ella, a sabiendas de que la extraña sensación no era suficiente, le pidió que buscara una cruz tallada en la pared. La llama tampoco alcanzaba para obtener una visión ideal.

—Esto ha sido transitado poco —dijo él—. Pero alguien sabe que existe este túnel.

—No lo dudo. Sin embargo, ¿ves magia?

—No. —El chico negó—. No hay rastros de magia. Si alguna vez hubo, tuvo que haber sido hace mucho tiempo. Con una estela ya de unos meses estaríamos igual. No podría ver nada de ella. Si fuera de Peat… No lo sé, quizás. La suya es otra clase de magia y creo que ahora podría reconocerla. Pero no sé cuánto duraría.

Zoey negó con la cabeza.

—Eso no importa. Lo que sí importa es que tenemos un margen de seguridad.

El túnel comenzó a descender hacia la profundidad del fuerte. Ella

pensó que, si había sido excavado a mano, de seguro habrá tomado muchos años. Un trabajo semejante, y en una época pasada, habría sido realmente una obra de ingeniería antigua magistral.

—Ten cuidado adelante —señaló Zack—. Creo que se termina.

En efecto, había un escalón y una cámara al final del trayecto. La llama de Zoey se elevó sobre sus cabezas, arrojando tanta la visibilidad como podía al entorno.

—¿Eso es una cruz? —preguntó a su compañero, con esfuerzo—. ¿La ves?

En el muro frente a ello había un tosco dibujo. Se acercaron para comprobar sus sospechas, ella más bien a tientas. La llama empezaba a apagarse y la oscuridad amenazaba otra vez con dominar el espacio.

—Esto es muy, muy viejo —notó Zack—. ¡Mucho más que las habitaciones de la logia bajo la iglesia! La gente debe creer que es una cámara de culto o algo.

Zoey asintió, pero se concentró en analizar el grabado en la pared. La cruz era profunda y, a pesar de que había sido hecha con precisión, estaba gastada. Fue en ese instante que las imágenes del sueño regresaron, superponiéndose con su realidad con nitidez. Los dedos gruesos del caballero templario ponían el dije contra la roca y la puerta secreta se revelaba. ¿Pero cómo hacerlo, si ella era el dije? Decidió empujar parte de su magia hacia la cruz.

La cámara se iluminó, justo cuando la llama se extinguía sobre sus cabezas. Una roca secundaria se partió y se salió de su sitio, mostrando una puerta que había permanecido invisible por siglos.

—Sí, deben creer que es una cámara de culto —soltó ella—, pero no lo es.

Más allá de la roca que se había desplazado, lenta y trabajosamente, había un fascinante camino de piedra tallada y refinada, de columnas y de arcos que se perdían en una extraña penumbra.

—Está lleno de magia ahí dentro —exclamó Zackary, sin moverse —. ¡Llenísimo!

—¿Y de dónde viene esa luz? Es muy suave, como si alguien tuviera velas encendidas… velas de luz blanca —musitó Zoey, asomándose apenitas—. Es como una lámpara de papel, ¿no?

Ninguno de los dos se atrevió a avanzar de inmediato.

—¿Es la entrada a la ciudad? ¿A la Ciudad de Césares? —preguntó Zack mientras aferraba la de Zoey—. ¿Debemos suponer que la ciudad en sí es mágica? ¿O más bien que alguien prendió esa lamparita para nosotros?

Desde la cámara —o desde la antecámara, más bien—, el camino de bienvenida no parecía tener la presencia de ningún ser. La tenue luz provenía del recorrido mismo, del aire, como si el espacio los recibiera.

—Esta es la parte en la que nos preguntamos si tenemos algo que perder… —susurró Zoey, sin mover los ojos de aquel sitio. Esperó sentir algo en el pecho, una señal del dije, tal y como la sentía cuando se acercaba al templo en el bosque, pero no sucedió. No captó nada en particular, no estuvo la sensación de llegar a casa, de felicidad y de necesidad apremiante que esperaba. Nada, tal y como había sucedido cuando llegaron al fuerte. Quizá, por eso mismo, no había peligro alguno al frente.

Zack apretó los labios.

—Yo ya estoy muerto. Y, de todas formas, tú también lo estarás si Peat nos atrapa.

Ella bufó.

—Es verdad. No veo por qué no entrar. Además, atrás hay murciélagos.

—Y policías buscándote.

Zoey suspiró.

—Mejor entremos —terció ella, decidida, y apretó la mano de él antes de dar un paso adelante.

Ambos contuvieron la respiración, quizás esperando trampas de defensa contra intrusos inoportunos como en las películas de *Indiana Jones*. Sin embargo, nada pasó.

—Bien —festejó Zack, con tono duro—. ¿Qué tal unos pasos más?

Caminaron prestando exhaustiva atención a su alrededor. Las columnas se veían profesionales, hechas con esmero, al igual que los arcos que culminaban en ornamentos sobre ellos. Ya no era un túnel apretado y tosco, sino un *hall* digno de cualquier castillo medieval en excelente estado de conservación. Y, efectivamente, la luz provenía del lugar mismo. No había lámparas ni antorchas, ni velas ni candelabros.

—¿Dónde ves la magia?

—Está en el aire, flotando. De allí debe venir la luz.

El camino se extendía mucho más allá. Y, cuando empezaban a pensar que parecía no tener fin, llegaron a un arco de roca cuya pared interior estaba llena de escrituras. Era la culminación del pasadizo.

—Son iguales a las letras del templo —señaló Zoey.

—Necesitaríamos a Jessica aquí. Quién sabe qué dice, y no tenemos tiempo como para averiguarlo —se quejó Zackary.

—Hay que arreglarnos sin ella.

Tomaron los cuadernos y los papeles del código para intentar obtener pistas, pero, por alguna razón, eso parecía ser más difícil de leer que los textos del templo. Y el problema no tenía nada que ver con sus habilidades para descubrir qué significaban las palabras.

—Es como si fuera un nivel más complejo. Ya sabes, como cuando sabes inglés, pero te dan un texto lleno de vocabulario técnico.

Zoey apartó los cuadernos cuando comprendió que no entenderían nada. Miró a su alrededor y se preguntó qué hora era y también qué deberían hacer a continuación. Tal vez podrían volver al exterior, ir a la ciudad por comida y regresar allí para acampar, cerrando la puerta de la antecámara para que nadie los descubriera.

—¿No es como una puerta? —dijo entonces Zackary, caminando de un lado a otro—. Creo que es como la puerta anterior.

Ella frunció el ceño, pensativa. Miró el arco en la pared, directamente tallado sobre ella, y las palabras escritas. Sin más que hacer, y con esa posibilidad en la cabeza, se acercó y pasó los dedos por la superficie, entre la unión del arco con el plano escrito. No había ninguna fisura, pero en la puerta de la antecámara tampoco.

—No tengo dudas de que esto debería llevar a algún lugar —dijo por fin—. Tendría mucho sentido que así fuera.

—Prueba hacer lo que hiciste antes, empuja con el poder del dije —recomendó él.

Zoey lo hizo, pero no hubo respuesta del muro. Lo intentó varias veces más hasta rememorar lo ocurrido la última noche en el colegio durante la pelea con Peat.

—¿Recuerdas que el dije hablaba conmigo?

Zack asintió.

—Nos hizo volver al templo. Dijo que había un portal que nos llevaría a un sitio seguro.

—Y esto claramente podría ser un portal también, ¿no? —siguió él, palmeándole la espalda—. ¿Por qué tardamos tanto tiempo en llegar a esa conclusión?

—Sin el dije, no tengo ni idea de cómo abrirlo.

Se quedó callada, esperando en vano por ayuda. Ni siquiera cuando se dirigió directamente al dije logró obtener una respuesta. Cerró los ojos y le envió unos cuántos reproches, hasta que recibió un pellizco en la cintura.

—¡Ay! —gritó ella, volteándose para encarar a Zackary, que la miró estupefacto—. ¡Me dolió!

—¿Qué?

—¡Me pellizcaste!

—¡Obvio que no! —exclamó el muchacho, sorprendido.

Zoey se llevó la mano a la cintura, incrédula. Si no había sido Zackary, allí había algo o alguien más. Y eso la asustaba.

—Pues, algo me lastimó —dijo y se levantó la ropa. En efecto, tenía un círculo rosado en ese sector.

—Yo nunca haría eso —replicó Zack, con los ojos muy abiertos.

—Lo siento —contestó ella, frotándose la zona—. Pero alguien lo hizo. Alguien más.

No había nadie allí, estaban completamente solos. Zack lo corroboró al analizar su alrededor y jurar que no había más magia que la que siempre había estado. Salvo que esa misma magia tuviera vida propia, no podían pensar en ninguna opción más.

—Quizá debamos irnos. —La preocupación se hizo evidente en el tono de voz de él.

Zoey estuvo a punto de aceptarlo, cuando otro pellizco, esta vez en la mano, la hizo gritar.

—¡¿Qué?! —soltó él.

—¡Otra vez!

Un tercer pellizco tiró de su pierna hacia la pared escrita, y ella soltó una palabrota. Ya no dolían tanto, pero los ataques aumentaron hasta que a Zack no le quedó otra opción más que apartarse para no recibir los manotazos al aire que ella comenzaba a lanzar. Zoey intentó liberarse, insultando a quien fuera, pero no se detuvo hasta que se cubrió de llamas de los pies a la cabeza.

—¡Mierda! ¡Déjame en paz! —gritó, molesta y adolorida.

Zackary alzó las manos en el aire, mostrando su inocencia.

—Te juro que no hice nada.

—Ya sé que no fuiste tú —espetó ella, convertida en una antorcha andante.

—Estás llena de magia a tu alrededor, magia que no es tuya. La misma magia que flota en el aire se concentra junto a ti.

Zoey apretó los dientes y se cruzó de brazos. Al parecer, el fuego mantenía ese poder a raya, pero le quedaba claro que era el mismo ambiente quien la atacaba. La magia estaba viva y se la estaba liando con ella.

—¿Y qué es lo que pretende?

—No tengo ni la menor idea. No sabía que la magia daba pellizcos. —Zack bajó lentamente los brazos, observando los puntitos de colores brillantes que se reunían alrededor de ella, danzando sin poder

atravesar el fuego—. Si no fuera porque no se ven a simple vista, hasta creería que son hadas.

—¿Hadas?

Zackary asintió.

—Por la forma en la que se mueven alrededor de ti. Son como miles de estelas pequeñas que brincan a tu alrededor. Son adorables.

—No me parecen adorables. Pero entonces, ¿no son fantasmas? —suspiró ella, relajando los hombros. Si llegaba a ver otra vez algo como a la chica de la iglesia del pueblo, moriría de un paro cardíaco.

—No creo. Fantasmas de hadas, tal vez —soltó él, encogiéndose de hombros.

Guardaron silencio, sin saber qué hacer. Zoey detuvo las llamas durante unos segundos, esperando ser atacada otra vez. Los puntos alrededor de ella, según Zackary, se quedaron quietos.

Ella volvió a cubrirse de fuego, por si acaso.

—Creo que esperan a que te aburras —sugirió Zack.

Confundida, ella volvió a apagar las llamas. Y, pasados un par de minutos, la magia del lugar volvió a pellizcarla, aunque con menos rudeza.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

Zack se hubiera encogido de hombros otra vez, de no ser porque sus ojos pudieron captar mejor lo que sucedía. Los puntos chocaban con la piel de Zoey con menos ansiedad que antes, pero, al alejarse, lo hacían más brillantes que cuando llegaban. Pudo también vislumbrar pequeños hilos plateados que se escapaban de Zoey e iban hacia los puntos.

—Están robando tu magia —musitó él, sorprendido y, a la vez, asustado—. Roban tu magia, ¡pon el fuego otra vez!

Ella obedeció, con las manos extendidas, solo para que él comprobara que los pequeños puntos ya no se le acercaban.

—¿Y ahora? No puedo ser Lavagirl el resto del camino.

—Lo único que se me ocurre es que estas luces llevan aquí siglos sin una fuente de magia de la cual alimentarse —dijo Zack, agitando la mano cerca de las motitas invisibles—. Quizá no es que el sitio en sí sea mágico, sino que estas «hadas» son magia en sí misma. Magia que vive aquí y que se apaga de a poco. Es posible que haya notado que tú eres el dije y que por eso se hayan vuelto locas.

Eso hizo que ella apretara los labios. Los fantasmas de hadas parecían histéricos, pero eso no explicaba por qué no habían actuado así desde el principio. Lo único que se le ocurrió es que habían notado su poder recién cuando intentó abrir el supuesto portal.

—Creo que lo mejor es que nos vayamos, por ahora —admitió Zoey —. No puedo estar así todo el tiempo. No quiero ser la antorcha humana.

Él asintió.

—¿El dije nunca te dio información sobre cómo abrir el portal del colegio? ¿No te orientó ni un poco? —preguntó.

A pesar de lo incómoda que estaba, ella respondió.

—No. Dijo que necesitaría a Jessica para traducir, ¿recuerdas?

—Jessica tradujo y no abrimos ningún portal —insistió Zack.

Se miraron en silencio, buscando sentido a lo ocurrido.

—¿Habrá que traducir y hacer magia al mismo tiempo?

—¿O decir las palabras correctas al mismo tiempo? —corrigió Zack —. ¿Cómo era lo dicho por Jess?

Él se apresuró a tomar las notas de Jessica en el cuaderno de traducciones. Por supuesto, esa última noche ella había anotado lo traducido del templo del colegio. Lo había aprendido de memoria en esos momentos extremos, a pesar de que ahora ellos no podían recordar exactamente cómo iba.

—«Lapis Exilis es el santo grial de la vida eterna. La vida se sentará en el trono de oro y reinará con el bastón de mando en su mano derecha. La oscuridad no tendrá cuórum, pues la vida supera toda sombra y toda tristeza. Este es el reino perdido, esta es la profecía de la sangre eterna» —leyó—. «Lapis Exilis es el santo grial de la vida eterna» —repitió al final, mirándola.

—Si eso es lo que quería que tradujera, ¿podemos suponer que funcionaría como un conjuro?

Zack alzó las cejas, mostrando su incertidumbre.

—Repite después de mí y has tu magia —pidió él.

Zoey no apartó el fuego, por las dudas. Puso ambas manos sobre la roca escrita y cerró los ojos, buscando concentrarse en el poder que venía desde lo profundo de su alma, desde el dije.

—«Lapis Exilis es el santo grial de la vida» —dijo antes de que él se lo recordara. Infundió magia a la piedra, considerando que eso era siempre mucho menos trabajo que pelear con Peat. El cansancio del día y del viaje no podían vencerla.

—«La vida se sentará en el trono de oro y reinará con el bastón de mando en su mano derecha» —siguió Zackary, pero de allí en más Zoey repitió la frase como si la conociera de memoria. Al final, él guardó silencio y presenció cómo su magia se deslizaba por el arco y lo transformaba a cada palabra dicha en voz clara y precisa. No había ninguna fuera de lugar, no había equivocaciones.

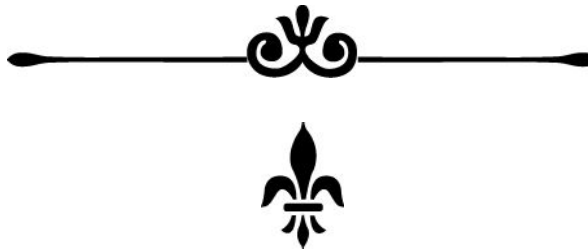
—«… la vida supera toda sombra y toda tristeza». —Zoey abrió los ojos, justo cuando la pared bajo sus dedos desparecía y mostraba un espacio que alguna vez había sido inmenso, fuerte, poderoso y mágico.

Con la boca abierta, Zackary llegó a su lado.

—«Este… este es el reino perdido. Esta es la profecía de la… sangre eterna» —terminó ella, con la impresión impidiéndole concentrarse en algo más—. Este es el reino perdido —afirmó entonces, ante lo que sus ojos observaban.

---

4 Mear: orinar.



Capítulo 6

La Ciudad de Césares era real. Como lo decía la profecía, se trataba de un reino abandonado y perdido de gran tamaño, se veía hasta perderse en las tinieblas, por debajo y por encima de colinas, entre montañas, riscos y pozos profundos; un paisaje surcado por puentes de piedra llenos de escombros y de raíces secas de viejos árboles.

Era claro que aquello no podía caber dentro del fuerte. Aquel sitio no estaba bajo la tierra, sino que era otro plano. Acababan de abrir un portal y lo que veían al otro lado existía, quizás, en un mundo olvidado y muerto.

Y estaba muerto en verdad porque, tan pronto como la sorpresa inicial disminuyó, Zackary pudo comprobar que allí no había ni un solo gramo de magia. Toda estaba con ellos, en el pasillo, retenida y sin poder cruzar al otro lado.

—Está totalmente vacío —insistió él—. No hay nadie allí. No hay nada.

—¿Qué hacemos? —musitó Zoey, dejando ir el fuego.

No volvió a sentir pellizcos. Si las hadas fantasmas seguían robando su magia, ella ya no lo sentía.

—No lo sé. Es inmenso, es prácticamente una tierra entera. Un país, una provincia. O capaz un mundo. No se ve qué tan grande es desde aquí. —Zack se estremeció.

Notaron que había bruma en lo alto, allí en donde estaría el cielo. Un crepúsculo permanente que generaba una impresión extraña y peligrosa. Observaron. No se movieron por un minuto entero, mirando de aquí para allá, buscando indicios de vida sin cruzar el portal.

—Deberíamos ir. Repito la pregunta, Zack, ¿tenemos algo que perder?

—No, no tenemos nada que perder, pero ¿hasta dónde podríamos llegar? Temo que es un mundo entero. ¿Qué podríamos buscar ahí? Yo

pensé que hallaríamos una ciudad construida debajo del fuerte, algo así como una tumba, un castillo o una cosa así. No un plano completo, ¿entiendes? —exclamó, preocupado, y se giró hacia ella con los brazos extendidos—. ¡Un mundo completo, tan grande quizá como el nuestro!

Él tenía un buen punto.

Zoey también sentía inseguridad al respecto, pero sabía que era la única opción que les quedaba. No había nada más en su propio mundo que pudiera ayudarla a salvar lo que quedaba de su vida. De otro modo, solo restaría esperar sentada por la muerte a manos de Peat, y ella no estaba dispuesta a permitir ese final.

Cerró los ojos y, sin dar su opinión al respecto, cruzó el portal. Al otro lado, notó unas escalerillas que no había visto desde su posición y las tomó. Zack dijo una mala palabra y la siguió a las corridas. A los pocos pasos, los restos de un caballero templario casi los hicieron regresar a la seguridad del *hall*.

—Por los clavos de… —soltó Zack, tocando con la punta del pie un casco de hierro y una malla medieval que no estaba oxidada.

—¿Y los huesos? —preguntó Zoey, pegándose a él. Si bien quedaba cabello dentro del casco, cuya visera estaba abierta, no había ningún cráneo.

—¿Por qué quieres saber dónde están los huesos? —Zack la miró como si ella estuviera loca—. Mejor no verlos.

Zoey bufó.

—¿No es raro? ¿Es que quedó nada más que la peluca del tipo cuando murió?

—Podría haberse quitado la ropa y haberse cortado el cabello antes de irse de aquí —trató de razonar él, pensativo, aun dando cuenta de lo estúpido que sonaba.

Ella chistó, molesta, sin decir nada más.

No volvieron a mencionar el tema y continuaron con el descenso. Notaron que, al final de las escaleras, había un montón de elementos que obviamente habían sido apilados allí por alguien. Había cajas de madera con la cruz templaría que las identificaba, espadas contra los muros y arcones viejos que tenían candados; eso y más había sido dejado allí, posiblemente por los mismísimos templarios, hacía unos cuántos siglos. Eran objetos que no tenían relación alguna con el resto de ese mundo, el espacio había sido utilizado como depósito para guardar y esconder *ítems* que no pertenecían allí.

Al final de las escaleras, varios metros más abajo, un puente enorme de piedra conducía al resto de aquel mundo, por encima de un abismo oscuro y siniestro.

—No deberíamos continuar —dijo Zack, dubitativo. Más allá de donde estaban había otra montaña de cascos y de mallas medievales. Quizás otros restos sin huesos.

—¿Qué otra cosa hacemos, entonces?

—Revisar estas cajas y baúles —contestó él, llevando el pulgar hacia atrás por encima de su hombro—. Puede haber mucha información sobre lo que los templarios trajeron aquí. Yo miraría eso antes de meterme más adentro de este sitio.

Si bien él tenía razón, Zoey no se sentía segura al respecto. El lugar le causaba miedo y conmoción a la vez, y no sabía exactamente cómo reaccionar. Era turbio y maravilloso al mismo tiempo.

—Está bien —aceptó por fin—. Veamos estas cosas primero.

—Y debemos decidir qué vamos a hacer a continuación. No tenemos más comida para ti, el resto de nuestras cosas están en ese *hall* y la puerta de la antecámara sigue abierta —recordó él—. Si seguimos sin prestar atención a eso, el portal podría ser descubierto por la gente de las excursiones.

—No sé ni cuánto tiempo llevamos aquí.

Zack miró su reloj de pulsera.

—Llevamos más de cuatro horas. Casi cinco desde que empezamos la excursión por el Fuerte.

Eso hizo que ella se llevara de forma automática una mano al estómago.

—Con razón creo que tengo hambre otra vez.

—Te lo dije. No tenemos más comida. —Se giró, dispuesto a regresar por donde habían llegado.

—Pero, si nos vamos ahora, se nos hará mucho más difícil volver —insistió ella—. Volver a la ciudad, con más gente que vea mi cara y note que somos dos adolescentes van y vienen solos al fuerte, esquivando también las excursiones, será un problema. Tendríamos que abrir y cerrar los pasadizos y el portal, y no podremos estar aquí mientras los excursionistas pasean.

Zack se detuvo junto unas cajas.

—¿Y entonces qué? ¿Sugieres quedarnos aquí? —preguntó él.

—No. Sin comida y sin agua no llegaremos a ningún lado. Moriré antes de que encontremos algo —aceptó ella—, pero pensémoslo bien.

Zack no respondió. Se agachó y arrancó uno de los candados de los arcones. Luego, levantó la tapa. Allí solo había papeles viejos y raídos, muchos cuadernos de cuero.

Zoey suspiró y esperó a que él saldara su curiosidad.

Él revisó otras dos cajas. Halló algunas piezas de valor, como copas de plata y otro tipo de vajilla, además de lingotes de oro con sellos de la realeza española de antaño.

—Zack —insistió ella—. Volvamos al *hall*.

Él aceptó, justo cuando un casco rodó por el suelo. Solo.

Zoey se congeló. Él se enderezó. Unos segundos después, una criatura extraña y del tamaño de un perro mediano se arrastró hacia ellos a gran velocidad.

Ella no perdió tiempo, corrió hasta Zack; juntos, retrocedieron hasta el *hall* y atravesaron el portal. La criatura subió las escaleras y, cuando ellos vieron que no iba a detenerse, Zack invocó un campo de fuerza justo en el portal.

Observaron. Aquella era, sin dudas, la cosa más espantosa que habían visto jamás. Era una mezcla extraña entre un cráneo, un animal vivo y un bicho bolita[5]. La criatura pegó la cara al campo de fuerza y empezó a murmurar en un idioma extraño primero. Después, en español.

—Huesos, huesos, queridos huesos.

Los chicos no se movieron, ansiosos y sorprendidos. Las cuencas vacías del animal no parecían mirar a ninguno en particular, pero, de pronto, deslizó el morro por la pared invisible hacia Zoey.

—Huesos, huesos... Ah, y magia.

Sin bajar la guardia, ellos intercambiaron una mirada cargada de confusión. No sabían qué esperar y tampoco sabían si era buena idea cerrar el portal. Lo único que lograban comprender era que esa cosa estaba ansiosa por algo que solo Zoey tenía. Creían comprender qué había pasado con los huesos del caballero templario en la armadura vacía.

—Huele mi magia —dijo ella mientras la criatura aspiraba en su dirección—. ¿Qué diantres es?

—Da igual. No va a pasar.

La criatura continuó murmurando y soltando palabras en la mezcla de idiomas que conocía. Evidentemente, había aprendido el español de algunos caballeros; eso se hizo más evidente cuando también dijo cosas en inglés, en francés y en italiano.

—Los templarios tenían muchos orígenes, ¿verdad? —susurró ella.

—Esta cosa debe ser de ese mundo. Reconoce la magia, la huele en ti.

—¿Con eso que tiene por nariz?

Su estructura era extraña. La cabeza era un cráneo de perro o de algo similar, pero parecía tener una pequeña nariz de chanchito que

no se ajustaba al resto de la estructura. También tenía orejas peludas, que salían la parte lisa y blanca de su cabeza. Las patas delanteras las había apoyado también contra el campo de fuerza y daban todavía más espanto porque eran en parte hueso, en parte cartílago y pelo.

—Habla, entonces ¿razonará?

—No sé si me importa —respondió Zoey. No le gustaba para nada y, aunque la forma en la que giraba la cabeza parecía la actitud de un perrito, nunca iba a resultarle simpático. No lo quería cerca. Lo mejor sería cerrar el portal para apartar aquella cosa antes de que aparecieran más.

—Lo intentaré —afirmó Zack.

—¿Y si hay otros? —siseó ella, retrocediendo un paso—. Se comió a un templario.

Zack hizo una mueca, pero avanzó hasta el campo de fuerza. El bicho le prestó atención solo por un segundo, con su nariz aún sobre Zoey.

—Buenos días —saludó él con un tono afable, el bicho giró para verlo—. ¿Hablas o solo repites palabras?

El extraño ser lo olfateó.

—No hay huesos —dijo para sí mismo—. No hay huesos ahí.

—¿Ahí? —replicó Zackary, poniendo los brazos en jarra—. Soy un ejemplar de ser humano, muerto y perfecto. ¿Cómo qué *ahí*?

Enseguida, Zoey puso los ojos en blanco; el extraño animal olfateó una vez más.

—No huele a humano. Ella sí, ella huele a humano, a huesos —contestó, otra vez para sí mismo.

Con simpleza, Zack se agachó delante de él.

—Huesos que no vas a obtener. ¿Qué eres? ¿De dónde has salido? ¿Cómo sabes hablar tantos idiomas?

El bicho arrugó la nariz.

—Yo salir de aquí. Aquí vivo. No hay muchos huesos, tengo hambre.

Y, sin dudas, por eso mismo nunca lo dejarían ir más allá del portal. En el mundo que conocían había miles de huesos para que se alimentara.

—¿Desde cuándo vives aquí? —insistió Zack mientras el bicho se sentaba con aplomo, como si estuviera agotado de olfatear y de jadear tanto.

—Mucho, mucho.

—¿Te comiste a esas personas? ¿A los templarios? ¿Hay otros como

tú?

El rabo del animal, de puro hueso también, se agitó.

—Estoy solo. Y tenía hambre, ellos ya no necesitaban sus huesos. Se habían ido.

—¿Se habían muerto ya cuando te los comiste? —siguió Zack, curioso, intentando comprender los hechos del pasado. El animal no parecía tan amenazante ahora que se sentaba a hablar con ellos, aunque era feo como él solo.

—Sí, sí. No me gusta la carne, es demasiado húmeda. Deug, deug —añadió.

Zackary giró la cabeza lentamente hacia Zoey en busca de una reacción de su parte, pero ella tampoco sabía qué pensar sobre el asunto. La criatura no parecía agresiva, pero ya habían aprendido que nunca había que confiarse.

Se miraron, confundidos y extrañados, hasta que Zack decidió volvió a buscar una respuesta. El animal otra vez miraba a Zoey, que no decía nada.

—Y…, entonces ¿hablaste alguna vez con esos hombres?

—Muchas, muchas. Me traían huesos a cambio de cuidar sus cajas —explicó la criatura—. Un día, no vinieron más. Unos se fueron corriendo, otros se echaron aquí hasta que dejaron de sangrar. Yo esperé a que la carne se fuera. ¿Traen huesos ustedes también?

Zoey alzó las cejas. Al parecer, el extraño animal era como una mascota para los templarios. Zack, por su parte, hizo un gesto de disgusto, pero continuó, a sabiendas de que allí había pasado algo importante.

—¿Por qué sangraban esos hombres?

—«¡Traición!» Eso gritaban. Gritaban: «¡Traición, traición! ¡Horrible traición!» —confesó la criatura, ladeando la cabeza otra vez, como un perrito.

—Bien —dijo Zack, mientras Zoey se acercaba, despacio—. ¿Sabes qué guardaban esos hombres aquí?

—Cosas mágicas, cosas secretas. Me pedían que las cuidara, pero igual aquí no hay nada.

—¿Cosas mágicas como qué? —interrumpió ella desde detrás de Zackary.

El bicho olfateó en su dirección.

—Cosas que huelen como ella. ¡Mmm, magia! —expresó.

Zack asintió, satisfecho.

—Usaban el dije, guardaban el dije aquí. Claro que reconoce su

magia.

—Sí, eso está claro —replicó ella, cruzándose de brazos—, pero ¿qué más? Al final esto, este sitio en sí, ¿se relaciona con el dije o no?

Esas teorías parecían ser coherentes y podrían ser ciertas, no sería sensato descartarlas. Después de todo, ellos habían llegado hasta ahí en busca de soluciones y de respuestas al asunto que los aquejaba.

—¿Qué hay con la piedra filosofal? —dijo Zack, de acuerdo con ella. Luego, se giró hacia el animal consultó—: ¿Sabes lo que es el Lapis Exilis?

La criatura se rascó la oreja con la pata trasera. Era *casi* un perro feo.

—Lapis Exilis es la vida —respondió con naturalidad.

—Sí, bueno. —Zack hizo un gesto con las manos—. La fuente de la vida eterna, si uno la usa bien, ¿no? Pero ¿lo conoces de verdad?

—Lapis Exilis nació aquí, como yo.

Zoey se agachó también, interesada.

—Entonces ¿lo viste alguna vez?

—Muchas, muchas. Se fue por muchos años, y regresó, y se fue de vuelta. ¡Y volvió otra vez! —exclamó la criatura, pegando la nariz contra el campo de fuerza, justo delante de ella—. ¿Te quedarás ahora?

Los chicos fruncieron el ceño.

—¿Te refieres a ella?

—Lapis Exilis —asintió el bicho.

Zoey abrió boca y cerró la boca varias veces, sin saber cómo formular la afirmación. Zack, en cambio, parecía tener una especie de regresión al pasado. Un poco afectada, ella le tocó el brazo y lo sacudió, pero fue en vano.

—¿Lo escuchaste? Dice que soy…

—Dice que el dije es… —corrigió él, poniéndose de pie de un salto —, el dije es la piedra filosofal, ¿la piedra filosofal? ¿En serio? Mata más que de lo que da vida, ¡y nunca hizo oro! Se supone que la piedra filosofal crea oro y brinda la fórmula para la vida eterna.

—¿¡Y eso qué!? —cortó ella, parándose otra vez, con una sensación extraña en el pecho. No sabía si debía estar asustada, aliviada, feliz o enojada—. ¡Yo soy el dije ahora! Da igual lo que digan o no digan las leyendas. ¿Soy una maldita piedra filosofal?

Tratando de calmarse también, ante la atenta mirada de la criatura, Zack alzó las manos. Zoey cerró la boca, pues se dio cuenta de que cada vez subía más el tono de voz. Estaba a punto de gritar y de

ponerse como loca.

—Bien, está bien. Solo…, supongamos que eres una roca mágica, ¿no?

—¡No quiero ser una roca! —espetó ella—. Ya era bastante malo ser un dije andante, ¿ahora encima tengo que ser una piedra? ¿Qué pasará conmigo?, ¿eh? ¿Convertiré cosas en oro y haré a la gente inmortal?

La criatura, mirándolos con tranquilidad, estornudó.

—No, oye, eso no tendría mucho sentido. Más que hacer a las personas inmortales, cuando te pones loca, los destrozas —recordó Zack, en referencia a Jude—. Lo que se sabe sobre la piedra claramente no concuerda con las habilidades del dije. Realmente no tiene mucho sentido, Zoey. Si fueras «Lapis Exilis» —siguió él, haciendo comillas con los dedos—, entonces, serías la vida eterna, como lo dice la frase, y sin dudas Peat está muy seguro de poder matarte. Además, ¿por qué confiaríamos en esta cosa?

Ambos miraron, más resueltos, al animal extraño que aguardaba al otro lado del portal. No podían confiar en él.

—Está bien, no saquemos conclusiones apresuradas sobre lo dicho por un perro que no es perro.

—¿Qué es un perro? —dijo el animalejo al darse cuenta de que hablaban de él—. ¿Tiene huesos?

—No —respondió Zack, volviéndose hacia él—. Entonces, dices que Lapis Exilis fue creado aquí, al igual que tú. ¿Quién lo creo? ¿Y la gente que vivía aquí?

El animal volvió a rascarse la oreja.

—Mmm, mucho, mucho tiempo. La gente se fue, todos se fueron. Quedaron huesos por todas partes. Me los comí.

—¿La gente murió o se fue? —intervino Zoey.

—La gente murió y se fue —replicó la criatura—. Yo vine después. Ya no quedaba carne.

Zack frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo es que viste el Lapis Exilis ser creado, si viniste cuando ya estaban todos muertos desde hacía rato?

La pregunta pareció descolocar al animal, que se quedó callado y sin respuesta alguna, solo mirándolos. Los chicos esperaron hasta el bicho se rascó la oreja por tercera vez y resopló por decimoquinta.

—¿Lo ves? —Zack bufó—. No sabe ni de lo que habla.

—Evidentemente, no nos entiende bien.

—Es… ni siquiera sabemos lo que es, ¿qué podemos esperar?

¿Siquiera tiene ojos? —siguió Zackary, mirando las cuencas vacías del cráneo del animal.

—Seguro que no es el único —agregó Zoey—. Quizás en esta zona esté solo, pero el sitio es tan grande que puede haber otros.

Volvieron a guardar silencio, incluso cuando el animal parecía seguir tranquilo, como si nada ocurriera y como si la pregunta anterior no hubiese sido difícil para él.

—¿Viste el Lapis Exilis ser creado? —replanteó ella, a ver qué le decía esta vez.

—No —respondió.

—Entonces —siguió ella—, ¿cuándo lo viste?

—Fue y vino muchas veces. Por otros portales.

—¿Y cómo sabes que era siempre la misma cosa y que esa cosa nació aquí? —añadió Zack, sentándose en el suelo.

El animal se acomodó, parecido como el chico había hecho.

—Lo que nace aquí tiene siempre el mismo olor.

Ambos guardaron silencio y trataron de entender. Por el momento, lo único que podían hilar era que el dije había sido, aparentemente y según la criatura, creado allí y que había entrado y salido varias veces en el transcurso de muchos siglos. También estaba la idea de los portales, que comenzaba a parecer lógica porque el mismo dije le había hablado a Zoey sobre ellos.

La chica se llevó una mano al pecho, como si esperase encontrar el collar colgando de su cuello, un impulso extraño que hacía meses no tenía.

—El templo del colegio —recordó ella—. El templo es un portal. El dije quería que lo usáramos para escapar de Peat y es probable, entonces, que nos fuera a traer hasta aquí, ¿o no?

—Esto es lo que buscábamos, después de todo —corroboró él—. Pero ¿habrá algo allí dentro que nos sirva? No sabemos si Peat puede seguirnos hasta aquí. Quizá no pueda atravesar los portales y por eso el dije quería traernos.

Zoey observó más allá, a la inmensa ciudad olvidada que parecía no tener fin. Pensó en sus sueños y en cómo los asociaba con ese lugar y con la posibilidad de que el rey traicionado por Peat fuese justamente un antiguo líder de esa tierra.

—No sé… Si esto tiene relación con lo que el dije me mostró en mis sueños, si este es el reino de aquel rey perdido al que destruyeron, Peat sí podía entrar, al menos en aquel entonces
—confirmó ella.

Zack suspiró.

—Es como darle vueltas y vueltas a la misma idea. Y nunca tenemos nada seguro.

—En primer lugar, lo único seguro es que estás muerto y que yo voy a morir —replicó ella, encogiéndose de hombros.

Zack le dirigió una mirada iracunda, pero no contestó.

Se quedaron viendo cómo la criatura iba y venía, con el hocico pegado al escudo, mientras murmuraba en otros idiomas hasta cansarse y dejarse caer por las escaleras para hurgar más allá. Fue en ese momento cuando ella, sabiendo que la idea era malísima y peligrosa, tiró de la ropa de Zackary para llamar su atención.

—Eh —dijo él—. ¿Qué piensas?

—Que debemos entrar.

—Estás borracha —se rio el muchacho—. ¿Con esa cosa?

—Dijo que no le gustaba la carne. Solo come huesos que están limpios desde hace tiempo.

Zackary hizo una mueca y se fregó el rostro con las manos, frustrado.

—No sabemos qué puede pasarnos allí.

—No llegamos hasta acá para nada, ¿o sí? —contestó Zoey, con una leve sonrisa. A ella tampoco le hacía mucha gracia la situación, entendía que tal vez estuvieran metiéndose en el horno hasta el fondo. Pero tenían una mínima pista y debían seguirla; habían hecho lo mismo con el diario de la logia y no iban a retractarse—. Podemos hacerlo.

—Zo, recién hablamos sobre esto. No queda comida y tú tienes hambre.

—Ya sé. Pero quizás haya árboles con frutas ahí —murmuró—. Esa gente vivía de algo, ¿o no? —añadió, mirando más allá del puente.

El reino estaba casi en penumbra y eso le hacía dudar sobre lo dicho. Todo se veía destruido y ni siquiera había un sol, ¿cómo podía quedar algo para comer u otro ser vivo? Además del perro extraño, claro.

Zack arqueó una ceja.

—Lo dudo. No estamos preparados para esto —contestó él, pero Zoey había tomado una decisión e iba a hacer lo que fuera para convencerlo.

—Mira, quizá podemos dar una vuelta, él podría ayudarnos. Debe conocer la ciudad, saber dónde hay comida. Incluso si no queda nada, podría contarnos sobre los otros portales y su ubicación. Hay que avanzar, Zack, y no solo en sentido literal, sino en el figurativo. No podemos estancarnos. Crucemos, aunque sea, ese puente y veamos qué

hay más allá.

Él apretó los labios y lo pensó por algunos minutos. Al final, asintió, acomodó los bolsos contra una pared y le hizo un gesto a Zoey, señalando el *hall*.

—Habría que cerrar la antecámara, si es que vamos a entrar al portal. Luego, deberíamos pensar qué vamos a hacer y cómo.

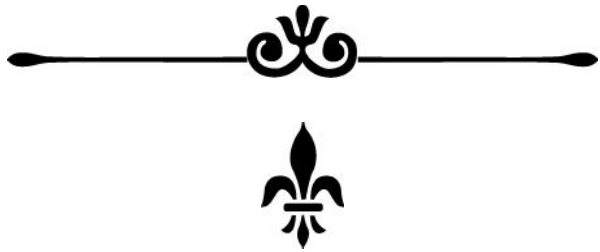
—Podemos intentar obtener más información sobre la criatura —dijo ella.

Zackary se mostró bastante incrédulo al respecto, pero no la contradijo. Atravesaron juntos el recinto hasta alcanzar la compuerta de piedra —que todavía seguía abierta— y la observaron. Zoey tomó una gran bocanada de aire y empujó su magia hacia la roca, pensando cómo se veía cerrada. La compuerta obedeció
y los dejó allí adentro.

—*Okay*, ahora estamos atrapados —bromeó Zack, palmeándole el hombro a Zoey—. Vayamos a conversar con el bicho.

---

5 Bicho bolita: manera informal de llamar a la cochinilla en algunas partes de Sudamérica.



Capítulo 7

Agotados, regresaron al portal y, con una mano extendida, Zack se dirigió a la criatura que aguardaba al otro lado.

—Hazte a un lado o te lastimaremos —advirtió él, pero el animal solo ladeó la cabeza, se rascó y estornudó otra vez.

Exasperado, Zack se volteó hacia Zoey.

—Pff, te das cuenta de que todo ahí adentro me sigue señalando que no hay nada vivo, ¿verdad? Esta cosa ni siquiera debe ser mortal —añadió—. Esto es una mala idea.

—Tienes razón, dudo que haya algo vivo —corroboró ella—; por eso, entra tú primero.

Mientras debatían, el extraño ser decidió alejarse un poco, sin rumbo. Parecía aburrido.

—Yo no soy el problema —señaló él, pero quitó el escudo e ingresó de todos modos.

Zoey se cubrió de llamas, por las dudas, y también cruzó el portal.

Desde el inicio de las amplias escaleras de piedra, ya al otro lado, observaron el mundo que se expandía unos dos metros por debajo de ellos y que solo se podía percibir hasta las penumbras que cubrían el puente —construido de la misma roca tallada— que se encontraba un poco más allá.

En silencio, comenzaron a descender.

La presencia de Zoey y el calor que su cuerpo emitía llamaron pronto la atención de la criatura, que dejó de corretear de forma errática a su alrededor, como un perro, y se quedó observándola con curiosidad.

—Mmmm, huesos, huesos. Magia, mucha magia —dijo, poniendo una pata en alto en dirección a la chica.

Zack fue rápido y se interpuso entre ambos. Infló el pecho y llenó sus manos con magia para enfrentarlo y verse lo suficientemente

agresivo como para asustarlo. No podía bajar la guardia con la actitud tan desconcertante que la criatura presentaba.

Con cuidado, el animal bajó la pata y se alejó un poco.

—Lapis Exilis no se toca —dijo, captando la indirecta, y se alejó otra vez.

Zoey se detuvo junto al muchacho y frunció el ceño. De repente, algo que habían estado pasando por alto volvía a su mente. Pensativa, se giró para ver el portal, latente detrás de ellos.

—Zack, él dice que yo soy Lapis Exilis, es decir, el dije. ¿Cómo se condice eso con lo que tradujo Jessica en el templo? —Zoey sabía la respuesta, pero quería ver qué decía él al respecto.

El chico se detuvo mientras el animal metía la cabeza dentro de un yelmo olvidado sobre el puente y olfateaba como un loco.

—Lapis Exilis es la vida eterna —repitió él, tal y como antes—. ¿Significa que eres inmortal?

Ella apretó los labios.

—La parte siguiente. O la anterior, en realidad. Lo que sea —balbuceó Zoey, sacudiendo las manos—. La frase dice que Lapis Exilis es la vida eterna, sí. Pero también dice que Lapis Exilis se sentará en un trono y que… reinará.

—Lapis Exilis es el santo Grial de la vida eterna —corrigió Zack, girándose hacia ella, pensativo—. La vida eterna, reinará con el…

—…, con el bastón de mando —completó ella—. Y la oscuridad será vencida. Eso es básicamente la profecía.

—Supongamos que la oscuridad es Peat —continuó él, un poco más relajado ahora que la criatura se encontraba a varios metros de ellos —. Y, como mencionó este bicho, suponiendo que sepa realmente de qué habla, el dije sería la vida eterna o algo relacionado con el santo grial; si es que eso tiene sentido, claro. ¿Verdad?

—Sí —susurró ella mientras bajaba más escalones. El fuego que la envolvía tornaba las ruinas desoladas de naranja—. Lapis Exilis es el dije, ¿y es también el santo grial? ¿Qué sentido tiene eso? ¿Cómo puede una piedra ser una copa?

El muchacho negó, más confundido que antes.

—Quizás haya otra interpretación. Como que el dije, la piedra filosofal y el santo grial tienen algo en común. En cualquier caso, la piedra filosofal es conocida por dar inmortalidad. Y el santo grial fue usado por alguien que resucitó y consiguió la vida eterna. Por lo que el dije también aplicaría a eso. Quizá se refiere a que el dije otorga inmortalidad —razonó él, cuando ella llegaba a su lado—. Y, si tú eres el dije, entonces quiere decir que podrías ser inmortal de algún modo

que no terminamos de entender ni que Peat tampoco comprende. No sé, quizás.

Zoey se llevó una mano al pecho, tenía el impulso de recoger el collar que ya no estaba ahí. Se quedó callada, evaluando las palabras de Zack mientras recorría el lugar con la mirada. Cuanto más observaba, más la abrumaba lo grande que parecía ser el sitio.

—Recuerda que el dije me salvó la vida cuando los demonios de Jude me acuchillaron. Tal vez se refiere a eso, a que el dije en sí no puede morir, ¿no? Y yo, estando fusionada con él, seguramente podría salvarme de un montón de heridas. Es decir, si me acuchillaras ahora mismo de gravedad, el dije me curaría.

—Claro, de esto estoy casi seguro. Pero, si Peat absorbe tu alma, con el dije incluido, no creo que suceda lo mismo.

—Tampoco lo creo —contestó ella, un poco atemorizada—. Pero, si la profecía se sigue entendiendo como dijimos…, suponiendo que el dije, la piedra filosofal y el santo grial están relacionados con la inmortalidad y que por ello está frase sobre la vida eterna, entonces…, ahí viene lo de que la vida reinará y la oscuridad será vencida. Dice algo también de la sangre eterna. No entiendo.

—Puede seguir siendo una alegoría —replicó él—. Una alegoría de que el dije podría ganarle a la oscuridad, a Peat.

—¡O quizá se refiere a que se necesita al dije, a la piedra y al santo grial juntos! —exclamó ella, como si hubiese encontrado la respuesta exacta—. Que, con esas cosas, creas la verdadera vida eterna o la fórmula para tenerla. Quizá sea alguna clase de poder que pueda derrotar a Peat.

Zack se giró hacia ella, con la misma emoción, y le puso las manos en lo hombros sin preocuparse por el fuego.

—¡Quizá, si juntamos el dije con el santo grial, podrías vencer a Peat!

—¡Sí!

Estuvieron a punto de saltar a causa de la emoción, cuando Zack se dio cuenta de que su ropa mortal, aquella que había sacado de su casa, sí no era inmune al fuego de Zoey. Tuvo que retirar las manos de los hombros de ella antes de que se le chamuscara por completo el atuendo.

—Y, entonces —añadió él mientras sacudía la manga de chaqueta de algodón—, cabe la increíble posibilidad de que el santo grial esté aquí.

Zoey apagó las llamas al notar lo que había pasado. Luego, alzó la vista y notó que el bicho había estado pendiente de sus gritos y que

los observaba. Le restó importancia.

—Somos unos genios adolescentes que han superado a la muerte —bromeó ella, alzando la mano para que él la chocara—. Dame esos cinco.

—Tu mente es brillante, morena —replicó él, chocándosela antes de tomarla por la cintura. Le plantó un beso profundo—. Y me encantas.

—Gracias, gracias —dijo ella, con soltura—. Ahora, es momento de buscar nuestro grial.

Se sonrieron y se giraron al mismo tiempo hacia la criatura, que ladeó la cabeza una vez más al darse cuenta de que iban hacia él.

—No morder Lapis Exilis —avisó, por las dudas.

—No, no vas a morderme. —Zoey se quedó a una prudente distancia de tres metros. Se agachó y chasqueó los dedos para llamar su atención—. ¿Sabes lo que es el santo grial?

La criatura la miró —o, al menos, eso parecía— a través de las cuencas vacías y negras que tenía por ojos. Se quedó en silencio, como si intentase comprender de qué le hablaban. Pasado un momento, se puso a olfatear el aire.

—Ey, Ey —dijo Zack, palmeando el aire—. No te distraigas, cosa…, cosita —añadió cuando obtuvo su atención otra vez—. Nos referimos a una copa. ¿La has visto alguna vez? Es como esas que están allá, de plata, dentro de los baúles. Pero esta tiene que ser especial, podría tener magia, ¿comprendes? Como Lapis Exilis.

El bicho pegó el hocico al suelo.

—No hay nada como Lapis Exilis. Nada, nada.

Zoey suspiró, pero no se rindió.

—¿Parecido? Quizá sea una copa con un poder distinto.

—No, no —insistió la criatura.

Zack giró la cabeza hacia ella y negó, dándole a entender que él consideraba que hablar con el bicho era una pérdida de tiempo.

Probablemente tuvieran que poner otras cosas en juego. Quizá debían preguntar por otras historias sobre ese lugar para obtener pistas. Si los rumores escritos en internet sobre el santo grial apuntaban al Antiguo Fuerte, sin duda era a causa de los templarios y de esa ciudad escondida detrás del portal. Tenían que estar, de algún modo, un poco más cerca.

—Bueno, no importa —aseguró ella—. ¿Qué pasó con la gente de aquí, la que vivía en esta ciudad? ¿Por qué se fueron? ¿Y por qué murieron?

La criatura no dudó en responder.

—¡Guerra! Se olía la guerra, la sangre, los huesos —explicó, acomodándose en el piso—. Muchos huesos.

—Eso nos quedó claro —replicó Zack—. ¿Qué clase de guerra fue? ¿Quién podría atacarlos aquí?

No obtuvieron nada. Lo más seguro era que la criatura no lo supiera.

—De acuerdo. —Zoey se irguió—. ¿Los soldados que vinieron, esos cuyos huesos te comiste, guardaron más cosas en este mundo?

El animalito levantó la cabeza y agitó lo que parecía ser el rabo esquelético. Se puso de pie y caminó alegremente hacia el inicio del puente, más allá del yelmo que había estado olfateando. Zack hizo una mueca y, cuando Zoey se puso de pie, la tomó la mano.

—Allí, allí, allí —señaló el bicho—. Cosas secretas. No se dice nada, no se dice nada.

—¿D*ónde?*

—En el arca.

Sin comprender, los dos se quedaron en silencio. No pasó mucho más, sin embargo, para que Zack se llevara una mano a la sien e intentara sacar alguna conclusión.

—Un arca… ¿Los templarios guardaron cosas en un arca? —murmuró. El animal se giró hacia él y movió la cabeza de calavera de arriba abajo—. ¿El arca… de la alianza?

Zoey bufó.

—No entiendo —replicó.

—El arca de la alianza es como una especie de baúl que Dios le mandó construir a Moisés para que guardara cosas allí, como las tablas con los mandamientos y las leyes, si no me equivoco —explicó él—. Lo curioso es que lleva cientos y cientos de años perdida. Nadie sabe dónde está.

—Como el santo grial —apuntó ella.

Él dejó caer la mano y chasqueó los dedos, indicando la certera conexión entre ambas cosas.

—Como el santo grial —añadió Zack—. Todo apunta a que los templarios escondieron la copa aquí. Y pudieron haber escondido el arca también.

—Si es que el bicho no se refiere a otra arca.

—Hay que ver —murmuró él, y se dirigió otra vez a la criatura—. ¿Dónde está el arca?

El extraño animal empezó a caminar por el puente, alejándose unos

metros de ellos. Ninguno quiso seguirlo. No sabían qué tanto peso resistía la construcción y, además, no parecía haber más que un vacío aterrador debajo.

—En el reino —explicó el bicho.

—¿No estamos ahí ahora? —consultó Zoey.

—No, reino estar allá, montañas allá. Lejos, lejos —replicó la criatura mientras se sentaba el medio del puente y los observaba.

Los chicos levantaron la mirada. Notaron que se podían apreciar las siluetas de dichas montañas a lo lejos; Zoey era incluso capaz de vislumbrar algún tipo de construcción sobre sus laderas. Pero estaban lejos, lejísimos. Si Zack corría, seguramente tenían posibilidad de llegar ese mismo día. ¿Deberían ir? Era arriesgado, no sabían qué iban a encontrarse y no tenían comida. Cruzar el puente era una cosa, adentrarse en ese mundo sin estar preparados era otra.

—No puedo llevarte hasta allí —murmuró Zack, como si leyera los pensamientos de la chica—. Si queremos hacerlo, tenemos que alistarnos

Zoey lo pensó con cuidado. Repasó los problemas que podía traer regresar hasta Las Grutas, buscar comida, agua y otras cosas para luego volver al Fuerte. Temía que la vieran y que la policía los detuviera.

Se frotó la cara con las manos, tratando de encontrar la mejor solución; luego, se giró y se dirigió hacia las escaleras.

Apresurado, Zack fue tras ella.

—¿Y? —preguntó él.

—Irás tú solo —explicó ella mientras cruzaba el portal—. Podrás moverte mucho más rápido que si te acompaño. Y nadie sospecharía de ti. Puedes comprar un montón de comida, incluso galletitas y lo que encuentres que sea envasado para que dure más tiempo, una bolsa de dormir y cualquier cosa que necesitemos. Yo me quedaré aquí —dijo, ya en el *hall*—. Te esperaré. Cerraré el portal mientras tanto.

Él tomó aire, pero no dijo nada de primer momento. Trató de evaluar la idea, sabiendo que tenía sus puntos fuertes y sus puntos débiles.

—¿Cómo te avisaré que he vuelto a la cámara? —preguntó Zack.

—La dejaré abierta.

—¿Y si alguien viene?

—¿Puedes poner una ilusión? —consultó ella.

Con esa idea, él pareció ligeramente más cómodo.

—Pero si Peat viene…

—Si Peat viene, no habrá nada que tú puedas hacer tampoco —contestó ella—. En todo caso, lo mejor que puedes hacer ahora mismo es darme un abrazo, un beso y correr —añadió, con un poco de angustia—. Quiero verte de vuelta, ¿sí?

Zack volvió a tomar aire. Le hizo caso: la abrazó fuerte, la besó con intensidad y comenzó a vaciar el bolso de ropa, para poder llevarlo consigo. Cuando eso estuvo listo, Zoey lo acompañó hasta el pasadizo y recibió otro beso y otro abrazo antes de que él pusiera un escudo y una ilusión, por si algún turista o guía llegaba por error.

Se miraron a los ojos una última vez, antes de que él desapareciera por el enrevesado túnel.

Zoey se quedó sola, sintiéndose insegura y preocupada. Nada en ese lugar la hacía sentir cómoda y lo único que podía hacer era regresar hasta el portal y cerrarlo con la falsa idea de que así estaría mejor protegida.

Cuando llegó hasta el arco y las escaleras, se dio cuenta de que el extraño animal había atravesado el portal y estaba hurgando entre sus pertenencias.

—¡Oye! —espetó la chica, envolviéndose en llamas y amedrentándolo—. ¡Sal de ahí!

La criatura se encogió y corrió de regreso a su mundo, donde se dedicó a mirarla con su usual expresión de nada.

—No hay huesos.

—Obvio que no.

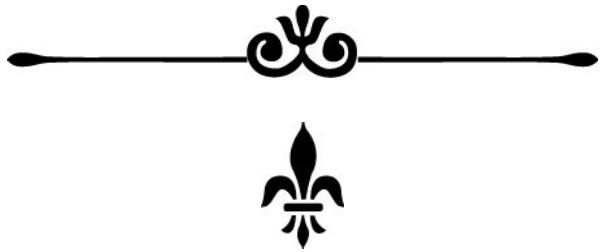
—Los soldados me daban huesos —insistió la criatura.

—Pues yo no tengo —replicó Zoey, caminando hacia el portal—. Y ahora, quédate de ese lado. Volveré en unas horas, ¿de acuerdo? Quiero que estés allí. Vas a guiarnos al arca.

La criatura estornudó a modo de respuesta, y Zoey puso los ojos en blanco. Extendió las manos hacia el portal y repitió lo que se acordaba de la profecía.

—Esta es la profecía del reino perdido.

La Ciudad de Césares desapareció y se vio reemplazada por un sólido muro. Realmente cansada, ella se sentó en el suelo y comenzó a sacudir su ropa y a acomodarla, porque sabía que iba a tener un largo tiempo de espera.



Capítulo 8

El paso de las horas fue tortuoso. Zoey se movió, inquieta, por el *hall* mientras controlaba la antecámara a cada rato. En algún momento, le pareció escuchar voces, ecos lejanos que supuso pertenecerían a algún guía o grupo de excursionistas. Sabía que ninguno se metería allí porque, al parecer, estaba fuera de recorrido y ella solamente tenía que temerle a la gente con magia. O a Peat, pero, por lo que el dije había sentido la noche en la que huyeron, creía que todavía les quedaba algo de tiempo.

Para pasar el tiempo, volvió al gran arco de piedra y sacó los cuadernos de la mochila para ver si podía traducir algo más. Sin embargo, al igual que ocurrió antes, le resultó difícil. Anotó cosas sueltas que no tenían ni pies ni cabeza y se preguntó si lo que decía allí estaba asociado con la profecía del templo.

Además, incluso del templo mismo Jessica había traducido solo una parte; era enorme y se había destruido por completo. Tal vez se habían perdido frases importantes, y en ese arco podía pasar lo mismo. Por eso, decidió empezar por otro extremo, donde tampoco obtuvo un texto lógico. Pudo ordenar apenas una oración que, para ella, no significaba nada importante.

—El árbol… —murmuró, mirando sus hojas escritas—,
¿tiene semillas? ¿Ah?

El estómago le rugió, desesperado, en ese momento. No le encontraba sentido a la frase, por lo que se dejó caer de espaldas al suelo y abandonó las hojas de traducción para acariciarse la barriga. Ya no sabía qué hacer para aguantar hasta que Zack volviera.

Observó el elaborado techo de recinto y buscó formas al azar entre los dibujos. En algún momento, antes de adormilarse, aún en el suelo duro, le pareció que uno de los grabados se veía como un árbol.

—Nah —dijo cuando espabiló unos minutos después—. Debo ser yo que estoy buscándole sentido a la frase.

—¡Zo!

Escuchó que alguien gritaba. Se puso de pie de un golpe y corrió hasta la antecámara. Zack apareció unos segundos después, con el bolso lleno de cosas y otro bolso extra, nuevo.

—Ya estoy aquí —dijo él, quitando el escudo y la ilusión.

Zoey se echó a sus brazos antes de que realmente entrara en el *hall* y él dejó las cosas en el suelo para corresponderle.

—¡Tardaste un montón! —gimió ella.

—Lo sé, perdón. Tuve que ir y venir, tener cuidado con la gente… robar una tienda.

Ella se separó, con una expresión contrariada, hasta que bajó la vista al bolso extra.

—¡¿Robaste?!

Zack hizo una mueca.

—No tenemos mucho dinero —explicó, mientras ella trataba de recuperar el aire que acababa de soltar—. Intenté ahorrar lo más posible, pero comencé a gastar mucho en comida y…, no me alcanzaba para otras cosas vitales y más caras —añadió, agachándose para sacar un cilindro esponjoso y brilloso—, como la bolsa para dormir.

—¿Tenías que robarla? ¿De verdad? ¡Eso está hipermal!

Él asintió y le puso la bolsa en las manos. También tenía elementos de aseo, una nueva manta y dos botellas de agua de dos litros que, al parecer, no habían entrado en el primer bolso.

—Lo sé, pero pensé, para sentirme mejor, que en nuestras manos está que Peat no destruya a todo el mundo. Así que, haber robado la bolsa de dormir y la manta, no es nada comparado con que explote el mundo entero, ¿no?

Cuando él lo ponía así, era lógico, pero no se sentía cómoda.

—Vamos a devolver el dinero —dijo ella, dando vuelta a la bolsa de dormir en sus manos—, cuando podamos.

Ella revisó la comida que Zack había traído. Encontró paquetes de galletas de agua, saladas y dulces, cajitas con cereales, muchísimas más botellas de agua y dos cajas de leche larga vida. Después, encontró cosas más frescas, como pan, sándwiches de miga empaquetados, comida elaborada bien envasada y medialunas[6] en un sobre de papel.

—Deberé comer lo fresco primero.

—Sí —corroboró él, señalando los paquetes de plástico transparente con la comida envasada—. Yo te diría que empieces por

esto. Los sándwiches tienen una fecha de vencimiento posterior, aunque sin frío no vayan a durar más que unos días, claro.

Zoey agarró uno de los paquetes y se quedó pensando en lo dicho. Giró el envase y se dio cuenta de que, si podía hacer fuego de la nada, seguramente podría congelar algo. Con esa idea en la cabeza, impulsó su magia en el objeto, esperando no destruirlo en el proceso. Enseguida, el envase se cubrió con una fina capa de escarcha, débil, pero era un comienzo.

—¡Ey! —exclamó Zack, quitándoselo de las manos para verlo—. Excelente idea, *lavagirl* —dijo, con una sonrisa—. Podemos congelar algunos productos. Estás mejorando mucho, eres increíble.

Ella le sonrió en respuesta, halagada y bastante satisfecha. Desde la pelea con Peat, perecía no tener problemas para usar la magia, incluso la que nunca había practicado antes. Si podía congelar parte de la comida y se alimentaba con lo justo y necesario, tendría para un montón de tiempo. Podrían llegar lejos.

Después de mirar sobre su hombro, Zack señaló la antecámara.

—Hoy sí hay turistas.

—Me pareció oírlos —contestó Zoey mientras cerraba la compuerta secreta de piedra casi sin pensarlo.

Guardaron las cosas y marcharon por el *hall*. Conversaron sobre lo que Zack había tenido que hacer para salir del fuerte, ir a Las Grutas y volver en medio de las excursiones que se estaban dando.

Acomodaron la ropa revuelta en el nuevo bolso y congelaron la comida que faltaba. Y, luego de un rato, Zoey volvió a abrir el portal. Al otro lado, se encontraron con el extraño animal. Estaba sentado, rascándose; había esperado, como ella le había indicado.

—Pensé que se iría —admitió Zack.

Zoey se rascó la frente, sorprendida por la orden acatada del animalito.

—Parece bastante obediente. No creo que sea agresivo en absoluto. Salió del portal para olfatear mis cosas.

—¿Y no te hizo daño?

—Para nada —contestó Zoey, cruzando el umbral del portal y deteniéndose a pocos metros de la criatura—. Solo corrió de vuelta aquí.

Bajaron las escaleras después del animal, que tomó la delantera, y miraron hacia atrás varias veces. Dudaban sobre su decisión, pero ninguno se animó a decir qué era lo mejor. Podían estar metiéndose en una trampa terrible; en ese caso, cerrar el portal los dejaría atrapados, quizá para siempre.

—Si Peat nos está siguiendo… —dijo Zack, apretando los labios. No terminó la frase.

Ella asintió y regresó hasta el portal. Puso la mano sobre el aire que se veía ligeramente de otro color. Empujó sus poderes hacia allí y el espacio se transformó en roca sólida un segundo después. Ya estaban jugados, se encontraban en otro mundo.

Zoey volvió a bajar las escaleras y le tendió la mano a su compañero, que no dudó en estrechársela. Se sonrieron, a pesar de los miedos, para darse la confianza mutua que a cada uno le faltaba.

—Podemos hacerlo —dijo ella, dando un paso decidido hacia delante.

Zack le besó el dorso de la mano y la siguió.

La criatura se los quedó viendo hasta que llegaron al puente. Allí, empezó a correr lejos, sin preguntar nada ni tampoco hablar. Los chicos suspiraron y cruzaron los dedos para que realmente pudiese ayudarlos y no los estuviese abandonando. Pero, cuando empezaron a cruzar el puente, despacio, fijándose dónde pisaban, notaron que el bicho se frenaba un poco más allá.

Escucharon un par de crujidos, aunque el puente parecía sólido. Zack caminó por delante y le indicó a Zoey que lo siguiera. Cuando estaban por la mitad, se les ocurrió asomarse por la gruesa barandilla de piedra tallada.

El abismo era impresionante y los dos se quedaron sin aire.

Zoey hizo una mueca y codeó a Zack.

—Si nos cayéramos, ¿podrías ser un héroe sin accidentes y salvarnos?

Zack arqueó las cejas.

—¿Qué clase de referencia es esa? Te estuve salvando todo el año —contestó él, pero ella solo negó con la cabeza.

Siguieron caminando, a pesar de haber perdido de vista al perro del infierno. Solo cuando terminaron de cruzar el largo puente y estuvieron en lo que parecía ser una calle principal rodeada de casas abandonadas, con la misma estética arquitectónica, lo vieron de vuelta. Estaba por allí, correteando.

Avanzaron por el centro, mirando a su alrededor, aunque sin atreverse a acercarse a las casas. Se mantuvieron en la calle, esquivando piedras rotas y algún que otro yelmo vacío.

—Oye —dijo él cuando el bicho apareció de la nada y se sentó en el camino, a verlos, a esperarlos—. ¿Habrá más como él?

—Ni idea. Dices que aquí dentro está todo muerto.

—Si, pero a él no lo sentí —explicó Zack—. Como decíamos antes,

es probable que esta cosa tampoco esté viva y que haya muchas iguales.

—¿Y si le preguntamos?

Llegaron hasta la criatura e intercambiaron miradas. La verdad era que, aun siendo tan feo, era simpático después de que uno se acostumbraba a verlo. La forma en la que corría podía parecer hasta graciosa.

—¡Ey! —Zoey llamó su atención—. ¿Tú eres el único por aquí?

—Todos muertos —resumió la criatura—. Me comí todo.

—Qué agradable —musitó Zack—. ¿No hay otros como tú?

—No, más para mí. Muchos huesos, huesos, huesos.

—Ya. —Zoey se rascó la frente—. Y…, este… ¿Tienes un nombre?

La criatura ladeó la cabeza, estornudó y luego se rascó con la pata trasera. No sabía qué contestar o no había entendido.

—Los soldados, ¿te llamaban de alguna manera? ¿Te decían de alguna forma? —siguió Zackary, inclinándose un poco hacia él.

El bicho estornudó, otra vez.

—Cranium —respondió.

Zoey alzó las cejas.

—Eso es latín, ¿no?

—Cráneo —respondió el muchacho—. Qué original.

—Al menos, suena mejor que en español —replicó ella, agachándose y juntando las manos sobre sus rodillas—. Bueno, Cranium. Dijiste que más allá de las montañas está esa arca y que hay cosas allí. Entonces, ¿qué hay detrás de las montañas?

—El reino.

—¿No estamos en el reino ahora? Digo, cruzamos el puente y esto parece ser una ciudad —insistió ella.

Cranium miró a su alrededor, como buscando entender qué era una ciudad.

—En el reino está el arca, todos los secretos, secretos —replicó—. Más allá de las montañas, lejos, lejos, está el reino y el trono roto.

Zack le tocó el hombro a Zoey.

—Puede que no sepa lo que es una ciudad en sí y que todo lo que diga sean cosas que recuerda de los templarios. Si ellos trajeron el arca aquí, aunque no sabemos cómo, es probable que hablasen sobre el lugar. Quizá se refiere a un reino por algún tipo de… capital. Este mundo puede ser enorme, tal vez esta es solo una ciudad limítrofe.

—Si hay un trono, puede referirse a un palacio, un lugar

importante donde esconder un arca, ¿no? —contestó ella, mirando de reojo a Cranium—. Puede ser el trono que vi en mis sueños.

Zack suspiró y se rascó la cabeza antes de dirigirse a la criatura que, como siempre, no había participado de su conversación.

—Cranium, ¿podrías llevarnos hasta allí? Suponemos que no tienes otra cosa que hacer, ¿verdad?

—Sí, por el camino, por el camino —contestó antes de darse vuelta y echarse a caminar.

Los chicos se apresuraron a seguirlo. Durante el siguiente tramo del trayecto, entre casas y calles que se bifurcaban en la oscuridad y el silencio, lo perdieron de vista otra vez. Notaron que el ambiente parecía suspendido en el aire. Allí abajo no hacía calor, tampoco frío; no había viento que moviera ni una rama seca y muerta en el suelo. Todo era gris y sombrío.

Zoey trató de imaginar cómo hubiese sido ese lugar en su época de gloria. Imaginó gente yendo y viniendo, imaginó las paredes con colores, con luces. Pero era solamente una idea alegre de algo que ahora se veía destruido. Se detuvo a mirar una columna, apreciando el trabajo de construcción en ella. Pasó los dedos por los grabados en la piedra. Era magnífica y diferente a todo lo que había visto antes, como si hubiese una columna por debajo y cintas ornamentadas, o decoraciones festivas, la envolvieran por encima, solo que todo en sí era de piedra.

—¿No es increíble? —le dijo a Zack—. Mira cuántas cosas hay aquí que muestran qué grandes artistas eran.

Él observaba una curva de la calle en la que Cranium andaba husmeado entre los restos.

—Lo cierto es que no parece que la ciudad haya sido atacada…, ¿o sí? —Dejó caer los bolsos al suelo por un momento—. O sea, sí, hay escombros, pero… no es como si las casas estuviesen destruidas.

Zoey se separó de la columna y miró a su alrededor.

—Sí, es como si todos hubiesen huido —murmuró ella.

Zack se agachó a recoger algo del suelo. Zoey se acercó y notó que era un objeto de metal, con forma de pluma, que en algún momento habría tenido piedras, seguro preciosas. Era un prendedor; lo tomó e inspeccionó el reverso, la parte del alfiler, ya rota hacía tiempo.

—Es como si todo hubiese sido abandonado de golpe, de repente —insistió Zoey.

Zackary suspiró.

—Me da un poco de impresión, la verdad. Esta es una de las cosas más raras que hemos hecho —dijo él, agarrando los bolsos otra vez

para seguir a Cranium, que había empezado a moverse y que ya se encontraba a más de cien metros de distancia.

Ella se quedó allí un poco más, viendo el prendedor que después regresó al suelo, donde le parecía que debía estar. Alcanzó a Zack y estuvo muy de acuerdo con él. Estar en otra dimensión, en un mundo muerto y con un extraño perro, era extraño.

—A ver —siguió diciendo el muchacho—, enumeremos las cosas raras que sucedieron este año.

—A ver —contestó ella.

—Número uno, estoy muerto —puntualizó.

—Es lo más raro —replicó ella—, pero a veces me olvido de eso.

Zack ignoró lo último y siguió enumerando:

—Dos: en Villa Helena había una logia, mafia o lo que sea. Descubrimos túneles que ellos construyeron. Tres: aprendimos que existen los demonios y los fantasmas —añadió, arqueando las cejas—. Cuatro, puedo convertirme en conejo.

—Ay, Zack —replicó Zoey, tapándose la boca con las manos para no reír—. Eso ya no es raro. Y, en cualquier caso, la pondría como número dos porque viene justo después del punto de que estás muerto.

—De forma objetiva, sí es raro.

—Está bien —contestó ella.

Alcanzaron finalmente a Cranium, que mordisqueaba algo. Los dos se detuvieron y pensaron que se trataría de un hueso, pero no era más que una vara de metal que parecía ser un viejo bastón.

—En forma objetiva, lo es. ¿Qué sigue? —preguntó Zoey.

—Estás viva.

—¿En serio? ¿Esa es la quinta?

—Creo que, con el ataque de los demonios, ya deberías estar muerta —confesó él, aunque más de una vez había asegurado que nunca permitiría que ella muriera bajo su cuidado.

El hecho de que lo estuviese admitiendo hablaba de lo mucho que habían cambiado las cosas. Por eso mismo, Zoey no discutió.

Siguieron caminando en silencio hasta que la calle comenzó a subir. La ciudad se trasladaba ladera arriba. A lo lejos vieron otro puente, que tenía forma curva y que cruzaba hacia otro sitio que no podían ver. Sin notarlo, se relajaron un poco más al comprender que el camino sería, en verdad, muy largo.

Se aproximaron y treparon por el puente, subiendo los escalones de piedra mientras Zack seguía enumerando las cosas raras del año. Pasó por la muerte de Jude y por la faceta de diosa asesina de Zoey,

mencionó la aparición de Lucas, la existencia de Peat y la muerte de Adam.

—Y no olvides la explosión, la huida y que estemos aquí dentro —recordó ella, cuando llegaron a la cima del puente. Parecía cruzaba por encima de otro abismo, a otra parte de la misma ciudad.

—Esto es lo más extraño de todo —corroboró él.

El tema de conversación se desvió cuando, luego de recorrer otro tramo en subida, Zoey pidió que descansaran porque en verdad no aguantaba más el hambre que había estado controlando por horas. Todavía era de día, así que se sentaron sobre el polvoriento suelo.

Ella sacó del bolso el único envase con comida elaborada que no había congelado y comió con unos cubiertos que Zack había robado también de un supermercado. Ella pensaba mantener su promesa de devolver el dinero, por lo que no sintió culpa. Si no devolvía la plata, sería porque todos, incluidos los dueños de la tienda, estarían muertos.

Con la comida en la panza, sintió que la energía volvía a ella y que podría continuar caminando por un buen rato más. Estiró los brazos y las piernas y se puso de pie. Curioso, Cranium se acercó para olfatear y luego se alejó cuando percibió los restos de pollo cocido y de arroz.

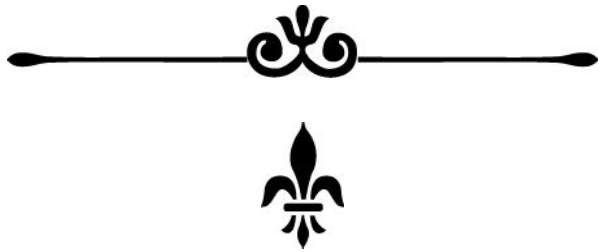
—Fea, fea, carne muy fea —musitó, estornudando sin parar como si tuviera alergia.

La criatura volvió a alejarse.

—¿Sabes? —dijo Zack, colgándose los bolsos al hombro—. Creo que hasta es divertido el bicho este.

---

6 Medialunas: variación de las croissants francesas. Es muy común en Argentina.



Capítulo 9

Allí dentro era difícil saber si era de día o de noche. Por fortuna, el reloj de Zack marcaba las 8 pm, debían detenerse. Parecía que la ciudad se terminaba y que el camino de piedra que habían estado siguiendo se hacía cada vez más pequeño, perdiéndose colina arriba, entre rocas y árboles secos. Habían dejado atrás la última casa y Cranium tenía la cabeza entre las raíces de un tronco.

—Creo que deberíamos dormir —dijo Zack—. Al menos, tú deberías. ¿Quieres hacerlo aquí afuera o…? —Se giró para ver la última casa—. ¿Ver si adentro hay buen lugar?

Decidieron regresar hasta la casa más cercana y se metieron por el hueco de la puerta. Dentro, no había nada, salvo por los restos de una mesa de piedra en la primera habitación. La construcción era más pequeña que las del centro de la ciudad, poseía solo un cuarto más, con restos de lo que parecía ser una cama de madera.

—Está destruida —comentó Zoey, entrando después de él—. Mira, se está haciendo polvo.

—Debe tener siglos y siglos de antigüedad. ¿Milenos tal vez? Lo que no entiendo es por qué esos árboles secos tampoco se deshacen —contestó Zack, agachándose para agarrar un trozo de la madera. La hizo trizas con los dedos en un segundo.

Ella no tenía una respuesta para eso, así que solo se limitó a observar por la apertura que era la ventana. Desde allí, se podía apreciar la ciudad que estaban dejando atrás, cruzada por abismos tenebrosos. Se puso en puntas de pie para intentar ver algo más y solo comprobó que, desde donde estaban, ya no se podían ver ni el portal ni el primer puente.

—Si estás muy cansada mañana —dijo Zack, sacando la bolsa de dormir y estirándola lejos de las maderas—, puedo cargarte.

—¿Con todos los bolsos? —contestó ella mientras se alejaba de la ventana.

Se sentó sobre la bolsa de dormir y se comió la mitad del siguiente envase de comida. La milanesa de pollo estaba un poco dura y no le quedó otra que intentar calentarla con el fuego de sus manos. Obviamente, tuvo el cuidado de no poner la llama justo debajo del plástico.

A Zack se le ocurrió cercar el envase con un escudo, junto con la llama, y dejarlo allí por unos minutos. Se rieron ante el improvisado horno mágico que habían inventado entre ambos.

Con eso, la milanesa se ablandó y Zoey pudo comerla mucho mejor.

—Espero que la comida alcance. —Zackary acomodó las cosas dentro del bolso con alimentos mientras ella enfriaba agua y la bebía directamente de la botella—. Tenemos ocho platos envasados, ocho y medio —añadió, señalando lo que Zoey había dejado—. Lo que nos alcanzará para algunos días más. Allí, dependerás solamente de las galletas y de los sándwiches de miga. Siento que compré poco.

Ella contó con la cabeza. Iba a tener que racionar incluso mejor.

—Comeré mitad en cada almuerzo o cena. Por suerte, si guardamos las botellas, podría rellenarlas, ¿no?

Enseguida, él puso mala cara, dividido entre la idea de las botellas —que le parecía genial— y el asunto de dejar de comer —que no le gustaba para nada—.

—Tampoco es para que te mueras de hambre.

—Estamos tratando de sobrevivir, ¿o no? No sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí.

Zack no discutió, guardó lo que sobraba de la cena mientras que Zoey se quitaba la ropa sucia y la hacía a un lado. Cuando ella terminó, él le pasó un paquete con toallas húmedas, de esas que se usan para limpiar a los bebés, para que ella se frotara algunas partes del cuerpo.

Ya un poco más limpia y con nueva ropa interior, Zoey se acomodó dentro de la bolsa de dormir y lamentó no poder cepillarse los dientes. Sabía que no podía malgastar el agua en eso. Además, dudaba que para Zack fuese un problema.

Ella suspiró, mirando el techo de piedra por algunos instantes, y se preguntó quién habría vivido allí. Sin embargo, pronto bajó la vista y se giró porque sintió que Zackary se recostaba a su lado.

—¿En qué piensas? —preguntó el muchacho.

—En la gente que vivió alguna vez aquí —musitó ella—. No puedo evitarlo.

—Yo tampoco, pero supongo que se nos pasará pronto.

Ella se acurrucó, desde dentro de la bolsa de dormir, contra él.

Entonces, Zack se giró sobre su costado y pegó su rostro al de Zoey, frente con frente. Se miraron por un minuto entero, con la mente lejos de la ciudad y más centrada en ellos mismos.

Zack se estiró para besarla, y Zoey le correspondió con anhelo. En esos días, apenas si se habían dado cortos besos y ella quería algo más, algo que le entibiara el cuerpo y le reconfortara el alma. Pero, cuando el afecto empezó a ponerse intensó, él se alejó un centímetro.

—Zoey.

—¿Sí? —preguntó ella.

Zack se mojó los labios.

—Quiero decirte algo… —comenzó, un poco dudoso.

Ella esperó, en silencio y sin moverse mientras él buscaba las palabras correctas y cerraba, durante un momento, los ojos.

—Quiero que sepas que… A pesar de todo lo que pasó, yo no me arrepiento de nada —soltó él por fin.

Zoey lo miró en silencio, tratando de entender a qué se refería. Pasados algunos momentos, llegó a la conclusión de que él hablaba sobre aquello que habían mencionado durante la tarde: las cosas raras, las muertes, la maldición y todo lo demás. Y le dolió, porque significaba que él estaba aceptando su propia tragedia, al final de cuentas.

—Zack —empezó la muchacha, pero no sabía qué decir. Llevaban meses juntos, enfrentándose a miles de cosas y preguntándose qué hubiese sucedido si él no estuviera muerto y ella estuviera libre del dije—. Yo no sé…

Él se estiró para darle un corto beso, cortando sus intentos por decir algo.

—Sé lo que piensas —murmuró el chico—. En que estoy muerto y en que quizá parezca mentira lo que digo. Claro que desearía estar vivo. Desearía que todo hubiese sido distinto en mi vida y en mi familia. Pero, al final, cuando soy sincero con lo que siento por ti, me doy cuenta de que, si no estuviese muerto, esto entre nosotros no existiría. Y, por más egoísta que suene, para ti y para mí, yo te quiero conmigo.

Ella apretó los labios y contuvo las ganas de llorar. Muchas otras veces durante ese largo año Zack le había dicho que preferiría haberla dejado al margen de los problemas, a pesar de que eso hubiese significado que jamás en la vida hubieran tenido una relación. Zoey lo había entendido, porque comprendía que él la quería lo suficiente como para pensar por encima de lo que podía sentir. Estar sanos y salvos era lo primero y, para alguien que había muerto y vuelto a la

vida con la única misión de protegerla, era lógico.

Pero ahora, que él pronunciaba esas palabras, ella también comprendía que él la quería lo suficiente como para decirle que no se imaginaba la vida sin ella. Zoey derramó una lágrima, aunque no supo si de pena o de emoción, porque se sentía exactamente igual. Ya no podía configurar su vida sin él.

—No quería hacerte llorar —susurró Zack, pero Zoey negó—. Es que, pase lo que pase, sea como sea que termine esto, yo siempre voy a quererte conmigo.

—Yo te quiero conmigo también —contestó ella, apretándose contra él—. A pesar de todo y con lo que eso significa. No podemos cambiar lo que ocurrió.

Zack suspiró.

—No… —Apoyó su frente contra la de ella una vez más y sonrió—. Te amo, ¿lo sabes?

Ella asintió.

—Yo también te amo.

En algún punto, cuando empezaron a besarse como hacía mucho tiempo no hacían, Zoey se preguntó en qué iba a terminar su situación y si, algún día, tendrían otra oportunidad. No podía responderlo porque, cuanto más se pegaba a su pecho, más su corazón intentaba convencerla de que así sería.

Sin embargo, en el fondo, ella sabía que no era cierto. Que no había posibilidades.

Zoey comió menos y caminó menos. Se sentía agotada mientras avanzaban por el camino de piedra y adoquines, entre las laderas de unas montañas rocosas. Llegado un momento, Zack la cargó sobre su espalda.

Cranium iba a su ritmo, como siempre, y ellos, con afán de ser cuidadosos, más atrás.

Zoey apoyó el mentón sobre el hombro de Zackary y bostezó. Comenzaba a extrañar dormir sobre un buen colchón y tener una mullida almohada, pero en esos últimos dos días dentro del extraño mundo sin sol, cuya única fuente de luz era tenue y parecía venir de la nada misma, había optado por poner la bolsa de dormir sobre Zack para acurrucarse entre sus brazos.
Era lo más cómodo que conseguiría y en la escuela ya había dormido muchas veces así.

—Extraño a Jess —dijo ella, bostezando una vez más—. Extraño oírla hablar sin parar y me decirme qué hacer. Y extraño también a James, con sus tonterías… —suspiró.

Zack no le contestó, siguió caminando, ajustándola sobre su espalda con un movimiento de los brazos, de los cuales colgaban también los dos bolsos llenos de cosas. El pobre chico parecía una mula.

—¿Qué crees que estén haciendo? —insistió Zoey.

—Mmm… No lo sé. ¿Quizá están viendo televisión en sus casas? Podemos imaginarnos en su lugar, ¿no? Mirando *The Walking Dead*, para reírnos un poco de la situación.

Zoey puso los ojos en blanco y luego se los frotó. Estaba destruida.

—A Jessica no le gusta y creo que a James le daría miedo.

—Qué aburridos.

Siguieron a Cranium hasta que el animal se detuvo de golpe, alzó el hocico y comenzó a olfatear el aire. Desde donde estaban, los dos jóvenes se quedaron quietos y evaluaron su actuar hasta que, como si nada, la criatura bajó la nariz y siguió correteando hasta desaparecer detrás de una curva poblada por árboles viejos y grises.

—Vaya, me asustó —dijo ella, abrazándose al cuello de su compañero—. ¿Viste cómo se detuvo de la nada? No había hecho eso antes.

—No… —Zack frunció el ceño—. Me huele raro.

—¿Ves magia por algún lado?

—Para nada, pero hay algo en este lugar…, no sé, no me confío. El bicho ese puede ser el único en la zona, pero llevamos tres días de caminata aquí dentro, si no me equivoco.

—Tres y medio. Hoy sería el cuarto en realidad.

—Tres y medio —repitió él—. Dejamos atrás una ciudad y hemos atravesado, al menos, dos montañas. O sierras o lo que sean.

Zoey giró la cabeza y miró ladera abajo. Lo poco que se podía ver dejaba en evidencia cuánto camino habían atravesado. La primera ciudad, cerca del portal, se había dejado de apreciar hacía tiempo.

—Y quedan todavía muchas montañas al frente —musitó ella cuando alcanzaron la curva y vieron lo que todavía les deparaba el trayecto: numerosos picos rocosos y una larga línea que se perdía en la lejanía y que marcaba el camino—. Al menos se tomaron el trabajo de construirlo…

Continuaron en silencio, atentos a Cranium y a su actitud. La criatura volvió a detenerse de golpe, de forma violenta, y a olfatear el aire sobre sus cabezas. Zack miró hacia arriba, cuando se frenaron para mantener una distancia segura, y Zoey lo imitó.

Por encima de ellos no se veía un cielo, pero tampoco roca, como si estuvieran debajo de la tierra. Era algo inexplicable a lo que ya habían dejado de buscarle sentido.

—Ey, Cranium —llamó el muchacho, cuando no encontró nada extraño—. ¿Qué pasa?

El bicho se volteó y corrió hacia ellos como si fuesen amigos de toda la vida.

—Huele a fuego, fuego —contestó, sentándose frente a ellos, que se miraron extrañados y luego tuvieron que escudriñar su alrededor. No había ni siquiera humo en el aire—. ¿No tienen huesos?

—No —contestó Zoey—. ¿Cómo que fuego?

—Fuego, fuego que atacó.

Zack arqueó una ceja, en el único momento de silencio que hubo antes de que Cranium empezara a correr de nuevo.

—Sí, ¿sabes qué? Está pirado[7].

Ella ahogó una risa con la mano y luego suspiró.

—Mira, estos árboles están tan grises y secos que quizás hace mucho tiempo sí se quemaron. Quizá él huele el fuego de esa época, así como huele mi magia y sabe que no estás vivo.

Ante la teoría, Zack puso los ojos en blanco y también rio.

—¿El fuego de hace siglos? Tú también estás pirada.

Esa noche, cuando llegaron a la cima de la siguiente montaña y Cranium se revolcó entre la tierra suave y sedosa, comprobaron que sí había existido un incendio. El polvo bajo sus pies estaba mezclado con cenizas y llevaba tanto tiempo allí que no tenía el color que hubiesen esperado. Prometieron confiar más en el perro y tomarse la delicadeza de preguntarle cosas más seguido. Sin embargo, cuando Cranium marchó hacia ellos, completamente sucio —hasta el punto de que sus partes blancas se veían grises—, para preguntar si tenían huesos, los chicos le pidieron que mantuviera distancia.

—No podemos acampar aquí —replicó ella. Las zapatillas se le estaban empolvando, aun cuando estaba parada sobre los adoquines del camino—. Tenemos que buscar un lugar más firme.

Zack asintió.

—Vamos a tener que seguir por un rato más. Súbete a mi espalda otra vez. Si tienes sueño, solo duérmete.

La opción le pareció buena, pero resistió el cansancio. Zoey

permitió que él la cargara, aunque no se durmió ni por un instante. Él continuó caminando, adentrándose cada vez más en la zona del incendio antiguo.

Eran pasadas las once de la noche en su mundo.

—Tenemos que mantener los horarios para no perder la noción del tiempo —sugirió Zack, cuando comprendió que ella no iba a dormir—. Hoy estamos a, ¿8 de diciembre? ¿No?

—Supongo —replicó Zoey, dejando caer los brazos a los costados y anclando el mentón en el cuello de él.

—Llevamos lejos de casa más de una semana. Y estaríamos armando el arbolito de Navidad de no vivir todo esto. El año pasado le tocó a mi hermana elegir los adornos. Era un año cada uno. Este hubiera sido el mío —contó Zack, con un tono neutro.

Para Zoey no pasó desapercibido el anhelo contenido que él se esforzaba por ocultar.

—Tienes razón, en eso estaríamos —afirmó. Ella no quería recordar otra vez lo mucho que extrañaba su vida. Esa hubiera sido la primera Navidad con su hermanito—. Pero, si son las once, ya casi es nueve de diciembre. ¿Cuántos días más pasaremos aquí? ¿Faltará mucho para llegar al supuesto reino?

Cranium volvía a revolcarse en la tierra con ceniza cuando lo buscaron con la mirada.

—Ni idea. —Zack se encogió de hombros—. Correría, pero él no sigue mi velocidad y, además, no conozco el terreno. No es como correr por nuestro mundo. Aquí no sabemos nada, ni qué pasó ni qué tan peligroso es este camino. Quizás, en otra ciudad podamos avanzar un poco más rápido. Dependerá del lugar.

—Si es que hay otra ciudad.

Pasado un rato, arribaron a una especie de valle y les sorprendió encontrar el cauce de un río seco. En verdad, todo estaba muerto allí. Decepcionados, continuaron el viaje con una sensación de desasosiego, preguntándose si el mundo había perecido antes de que la gente se fuera, obligándolos por eso a huir, o después, cuando ya no quedaba nadie.

Zack caminó por tres horas más, con Cranium siguiéndolos esta vez. Zoey se dejó vencer por el sueño, dormitó sobre la espalda de él hasta que se detuvieron.

El muchacho la bajó y la sentó en el suelo con cuidado. Ella se despabiló de repente y se tambaleó, comprendiendo unos segundos después que estaba apoyada contra una piedra.

—El suelo no está limpio —susurró él—, pero tienes que descansar

de una vez.

Zack preparó todo y la metió dentro de la bolsa de dormir. Zoey pidió un poco de agua antes de acurrucarse dentro y, por primera vez en esos días, la bolsa le pareció cómoda. Prácticamente se desmayó y solo se despertó cuando le gruñó el estómago, recordándole que no había cenado.

En ese momento se sentó, envuelta por la bolsa como una oruga, y miró a su compañero, sentado a su lado.

—¿Cuándo te convertirás en mariposa? —bromeó él—. Buen día, dormiste como un tronco. Más que estos —señaló con el dedo a un árbol petrificado—. ¿Tienes hambre?

Ella asintió y se frotó la cara.

—¿Qué hora es?

—Casi el mediodía —respondió él mientras le pasaba el bolso con comida.

Ella tomó los sándwiches de miga por puro antojo. A pesar de todo lo que había decidido sobre la supervivencia, se comió el paquete entero sin arrepentirse.

—Así me gusta —bromeó él, tendiéndole la botella de agua que ella enfrió en un instante—. Me agrada que comas bien. Sé que hay que guardar lo que queda, pero tampoco puedes dejar de alimentarte.

Zoey bebió con apremio y le sonrió al bajar la botella de su boca.

—Tienes razón, no puedo dejar de comer, pero tengo que ser cuidadosa. Y necesito energía si quiero continuar porque estoy hecha percha8. —La muchacha estiró las piernas y los brazos. A pesar del sueño reparador, le seguía doliendo el cuerpo entero.

Zack se rio y la ayudó a guardar la bolsa de dormir. Justo cuando se preguntaba dónde estaba Cranium, este apareció por detrás de una roca. El chico lo saludó con la mano y el bicho ladeó la cabeza, sin entender.

Zoey se puso de pie y pidió caminar por un rato para estirar los músculos; enseguida, Cranium los siguió casi a la par, hasta que se metió entre otras rocas y sacó de allí un yelmo.

—Ey, ¿de dónde salió eso? —replicó Zack, deteniéndose en seco.

Zoey frunció el ceño, pero se alejó de un salto cuando la criatura se giró y reveló que, dentro del yelmo, había un cráneo humano.

—¡¿Qué demonios?! —exclamó ella.

Los muchachos se giraron y se taparon los rostros, más por la sorpresa que por el pavor. Eso no era peor que ver a Adam muriendo en manos de Peat, pero no lo habían esperado.

—Huesos, huesos —canturreó Cranium, feliz.

—¡Cómetelo lejos de aquí! —exclamó Zoey mientras empezaba a caminar velozmente por los adoquines para alejarse—. ¡Por Dios, qué horror!

Zack cogió los bolsos y corrió detrás de ella.

—¿De dónde demonios salió eso?

Se sorprendieron cuando escucharon extraños sonidos a sus espaldas, pero ninguno se volteó. Se miraron con una mueca de asco, Zoey tenía deseos de vomitar. Se tapó la boca con las manos y trató de concentrarse en otra cosa.

Se alejaron bastante, hasta que Zack decidió detenerse. Con una expresión contrariada, dejó los bolsos en el suelo y se giró. Notó que Cranium caminaba hacia ellos, simplón y tranquilo.

—Ricos huesos —dijo.

—Es un asco —murmuró ella mientras Zack se plantaba delante de la criatura.

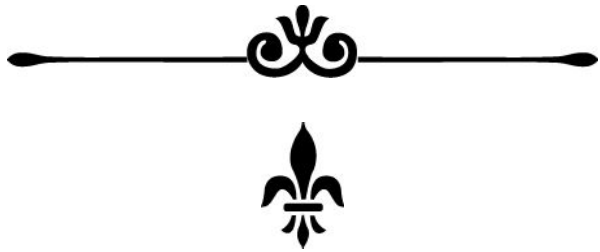
—¿Qué hacía un yelmo de un templario aquí? —le preguntó.

—Eh, Zack —Ella tiró de la remera[9] de él y logró recuperar su atención.

Cuando él se giró y vio hacia donde la chica señalaba, se quedó mudo. Fuera del camino, un poco más abajo en el valle, entre las rocas, había dos o tres restos más, armaduras enteras y telas raídas con una cruz roja.

---

7 Pirado: persona que ha perdido el juicio hasta caer en la locura. Término del lunfardo, una jerga de Buenos Aires que deriva del cocoliche.
8 Estar «hecho percha»: expresión que se utiliza para decir que el cansancio es insoportable. Similar a «estoy agotado», pero con mayor exageración.
9 Remera: camiseta o playera, prenda de vestir.



Capítulo 10

Ambos guardaron silencio y trataron de controlar sus emociones, las dudas que esos cuerpos les generaban. Cranium levantó el hocico y marchó, corriendo, a buscar nuevos huesos mientras ellos seguían estupefactos.

—Templarios —dijo Zack, boqueando.

—¿Aquí? —susurró ella, aferrándose a su torso—. ¿Cómo llegaron tan lejos?

—No lo sé.

Observaron cómo la criatura se metía entre una cota de malla y arrancaba una costilla del esqueleto. Hicieron una mueca de disgusto y se alejaron al notar que la criatura regresaba a ellos como si llevase un juguete entre los dientes.

—Cranium, ve a comer eso lejos —pidió Zoey.

—Regalo para Lapis Exilis —dijo la criatura, soltando la costilla sobre las zapatillas de la chica.

Ella apretó los dientes. No sabía qué demonios hacer, pero de una cosa estaba segura: no iba a tocar eso con las manos.

—Ah, ¿gracias? Pero yo como comida para humanos. No puedo comer huesos —dijo ella y empujó la costilla con el pie hacia él.

Pero Cranium insistió y lo acercó de vuelta las zapatillas de la chica.

—Regalo, regalo.

—Zack… —Zoey suplicó por ayuda.

El muchacho, que había estado parado a su lado con una expresión contrariada también, se agachó para agarrar la costilla del difunto caballero templario con la punta de los dedos.

—Es un muy lindo detalle. Cranium, amigo —dijo, agachándose—. Y Zoey ahora te lo regala de nuevo a ti, por ser tan buen guía. Ten.

La criatura ladeó la cabeza, un poco confundida. Olfateó la costilla como si nunca la hubiese visto y pareció alegrarse.

—¿Regalo de huesos para mí?

—Claro —sonrió Zack—, te los mereces. Puedes comer todos esos de por allá. Claro, si nos cuentas después qué demonios hacían aquí.

Cranium agarró la costilla con suma alegría y correteó hasta donde estaban los esqueletos. En ese momento, Zoey se relajó y Zackary se sacudió las manos, con un poco de asco.

—Por favor, vayamos más allá, donde no lo veamos triturar los esqueletos —pidió ella.

Se alejaron tanto como pudieron, pero, para su desgracia, descubrieron otra armadura tirada en el suelo, con un posible muerto adentro, y tuvieron que avanzar todavía más.

Recién cuando estuvieron a unos doscientos metros de Cranium, allí donde valle comenzaba a ascender hacia una nueva montaña, se sentaron sobre una roca y suspiraron. La criatura tendría para entretenerse durante un buen rato y ellos no podían continuar sin él. El bicho ese seguía siendo el único que conocía los recovecos de ese mundo.

Zoey bebió un poco de agua para sacarse el malestar que los cadáveres le habían provocado. Luego, miró la botella, que tenía menos de la mitad del contenido, y apretó los dedos sobre el plástico, pensando gráficamente en llenarla con agua fría.

La magia del dije funcionó y la botella quedó fresca y helada en sus manos.

—¿Te resulta difícil? —preguntó Zack.

—No, para nada.

Él miró hacia la lejanía.

—A pesar de que sé que esto se debe a que el dije y tu están funcionados, sin dudas hay que reconocer que tienes una conexión especial con él. Puede que siempre hubieses estado predispuesta a la magia, no como yo —agregó el muchacho con una sonrisa.

—De seguro no eras tan malo —reconfortó ella, aún incapaz de creer que él no hubiera podido hacer magia bien—. ¿Crees que Adam era mago?

Zack arqueó una ceja hacia ella.

—No sé, supongo que sí. ¿Por qué esa pregunta ahora?

Zoey se encogió de hombros.

—Me quedé pensando en todos aquellos que murieron por el dije. En los templarios, en Adam, en Lucas, en ti e incluso en Jude.

Él negó con la cabeza.

—Algunos de esos no hay que lamentarlos.

Se quedaron en silencio hasta que notaron que Cranium avanzaba hacia ellos por el camino. Al menos, ya no llevaba huesos en la boca. Sin embargo, mientras Zack guardaba la botella de agua, el perro se distrajo con el siguiente templario muerto.

Zoey apretó los labios.

—¿Qué hacían esos templarios aquí?

—No sé. Podrían haber muerto de hambre o de sed. Cranium sugirió que ellos habían guardado el arca. Lo que no pensé era que el viaje podría haberlos dañado tanto.

—Sí —aceptó Zoey, apoyando la cabeza sobre el hombro de él—. Si ellos guardaron cosas en este mundo, es de esperarse que hayan pasado por aquí.

—Es probable que encontremos otros. Hay que tener el estómago preparado.

Ella asintió y se puso de pie. Cranium parecía haberse aburrido del último esqueleto y se acercaba a los humanos con prisa.

—Nada es peor que lo de Adam, la verdad —replicó ella. Y, cuando la criatura estaba a solo unos metros, se dirigió a ella—. ¿Terminaste?

Cranium estornudó.

—No hay más huesos. Traje regalo —contestó y escupió una piedra redonda y pulida.

Zack se estiró para verla y Zoey la levantó con menos terror que el hueso.

—Ah, gracias.

—Y otro regalo —añadió la criatura, escupiendo otra cosa, sin saliva ni nada.

Esta vez, Zack se puso de pie y se acercó a revisar el objeto. Era una cruz pequeña de oro y con piedras preciosas incrustadas. De seguro se trataba de alguna pertenencia de uno de los cuerpos de los templarios.

—Se ve que para ti el asunto de regalar cosas es importante, eh.

Cranium se rascó una oreja con la pata trasera y se irguió para contestar su pregunta.

—Los soldados regalaban muchas cosas, yo regalo también.

—¡Qué tierno! —exclamó Zoey, guardándose la piedra redonda en el bolsillo. Prefería mil veces eso antes que las pertenencias de un hombre muerto—. Gracias.

Recogieron las cosas y retomaron el viaje. Zack se proponía

entrevistar más seriamente a Cranium. Incluso comenzó a hablar como él, a ver si así podía obtener respuestas. Durante varios minutos, el bicho solo respondió a lo que quiso y afirmó cosas como que los templarios daban huesos, que guardaban cosas, que eran buenos, que le palmeaban la cabeza y que le daban más huesos.

—No te pienso palmear la cabeza —replicó Zack, irguiéndose y dejando de lado su tono amigable.

Zoey rodó los ojos y decidió intentar otra técnica, porque no era que Cranium no quisiera hablar, sino que no llegaba a comprenderlos por completo. No era una persona, después de todo.

—Cranium —saludó ella. Se detuvo y se colocó a su altura—. ¿Estaban ricos los huesos?

—Ricos, ricos, sí.

—¿Y no sabías que estaban ahí?

—No, no —aseguró la criatura.

—Así que no comías huesos desde que los templarios cerraron el portal, ¿verdad? —inquirió ella.

—Muchos, muchos, muchos años. Tengo panza llena, llena.

—Ah, sí, ahora debe estar llena —replicó ella, mirando de reojo a Zack, que sacó la lengua para fingir asco—. Entonces, ¿qué crees que estaban haciendo esos templarios aquí cuando murieron? ¿Estaban llevando el arca a ese lugar que dices?

Cranium levantó el hocico hacia ella.

—Lapis Exilis no sabe, no sabe.

—¿Qué no sé? —insistió Zoey.

El bicho se sentó sobre sus patas traseras y la miró, ladeando la cabeza.

—¡Templarios venían de más allá! Más y más allá de las montañas, más y más allá del reino.

En ese momento, Zack soltó los bolsos y ella se quedó viéndolo, con la boca abierta.

—¿Más allá? —preguntó Zack.

—¿Qué hay más allá? —siguió ella.

—¿Te refieres a otra ciudad? —Zack se acercó—. Pero los templarios son de nuestro mundo, no de este.

Cranium miró a uno, luego al otro, y no se inmutó ni un poco por la ansiedad que crecía en los humanos.

—Los templarios vienen del otro mundo, sí, sí, sí. Mundo con muchos huesos, más que aquí.

—Sí. —Zoey alzó las manos—. Eso nos queda claro. Pero ¿a qué te refieres con que vinieron de más allá del reino? —añadió—. ¿No vinieron por donde entramos nosotros?

Cranium negó lentamente.

—Por el portal se fueron y nunca más volvieron.

Los chicos se miraron, con varias ideas fluyendo por sus mentes. Intentaban decidir si creerle o no. Si Cranium no mentía, los templarios podrían haber entrado a ese mundo por otro sitio y haberlo recorrido en la dirección contraria que ellos llevaban.

—Puede ser —dijo Zoey, pensativa, después de que Zack dijera en voz alta justo lo que ella estaba pensando—. Porque puede haber más portales. El del colegio era uno, este sería otro.

—¿Y podría haber uno en Europa? —musitó Zack—. ¿Un portal que haya traído a los templarios desde Europa, hace siglos, para sacar de allí todas las reliquias religiosas: el arca, el santo grial y el dije?

Ella comenzó a caminar de un lado a otro.

—No sería tan descabellado, después de todo. Ellos podrían haber dejado esa arca en el reino, tal y como dice Cranium, y luego haber buscado una salida diferente —dijo.

—Y en Europa no eran recibidos porque el papa disolvió la organización, así que sí huyeron…, pero por el lugar menos pensado —continuó él, acercándose a Cranium—. ¿Y se llevaron
a Lapis Exilis cuando se fueron por el portal? —preguntó.

Cranium estornudó.

—Lapis Exilis ya volvió.

Esa era toda la confirmación que recibirían, y parecía ser suficiente. Después de todo, necesitaban al dije para abrir los portales. Con esa idea dándole vueltas en la cabeza, Zoey se llevó una mano al pecho. Parecía que el dije no era algo que pudiese ser guardado y protegido tal y como el santo grial o el arca de la alianza. Era algo que sí o sí debía usarse.

—Suena como si el dije fuese una llave ¿Cómo un guardián de este lugar, tal vez? Dejaron todo menos el dije porque, sin él, no podrían haber salido. Guardaron otras cosas que eran invaluables, aunque el dije, que es también un gran tesoro, es más poderoso que el arca o el grial y no lo podían dejar atrás. ¿No es irónico?

Zack suspiró, siguiéndola con la mirada hasta que ella dejó caer la mano, sin respuestas.

—Es irónico, sí. Quizás es que, los que saben sobre el dije, entienden que posee magia mientras que las otras cosas son solo reliquias. Existe esa posibilidad. Sabemos que nos metimos aquí a

buscar un grial que bien puede no existir o bien puede ser una copa común y corriente.

Ella se llevó una mano a la boca y, sin darse cuenta, comenzó a morderse la uña del dedo pulgar. No sabía bien por qué, pero estaba nerviosa. Sentía que tenía algo en la punta de la lengua, un mapa con información y detalles, pero que no podía completarlo porque le faltaban unas pocas fichas.

—La profecía dice que Lapis Exilis es el santo grial de la vida eterna. Tiene que haber un grial, ¿o no? —contestó.

—Pero Cranium no sabe qué hay dentro del arca.

—Sí. Okey, y también es posible que esa arca no sea el arca de la alianza. Pero, si no lo es, ¿qué vamos a hacer luego?

Zackary se mordió el labio inferior y miró brevemente al animal, que seguía parado junto a él.

—Supongo que tratar de encontrar otras pistas. Si Peat no nos puede alcanzar aquí, todavía tenemos tiempo. Y, si hay otros portales, podemos salir por ellos a nuestro mundo y seguir investigando. Lo bueno de este sitio es que estamos solos.

Parecía ser el único plan lógico y válido que tenían, incluso cuando no era un plan B sólido. En eso, Zoey se dio cuenta de que las piedras sueltas del camino alrededor de sus pies estaban agitándose a causa de sus nervios. Parecía que la magia que estaba en su interior se descontrolaba; se le ocurrió que, a pesar de que el viaje no era complicado, al estar allí, después de todo lo que había pasado en los últimos días, su cuerpo y su mente se encontraban bajo un gran estrés.

De pronto, se sintió muy cansada. No solo físicamente, sino de ánimos. Realmente extrañaba a Jessica, extrañaba su casa, su vida normal, el colegio, a sus padres. Haberlo dejado todo y seguir ese ritmo le estaba pasando factura y la idea de no conseguir nada, ni una respuesta, ni una solución, destruía su optimismo.

Miró a Zack con una expresión agotada y contuvo un suspiro, porque no quería ponerse a llorar ni tampoco quería seguir nerviosa. Trató de pararse derecha. Se frotó la cara con las manos para relajarse; había mucho camino por recorrer y todavía no podía rendirse. Ya había sobrevivo a Peat, debía aprovechar la oportunidad que tenía.

—¿Estás bien? —preguntó él, estirándose para tomarle la mano. Su cariño fue lo que, en ese momento, la reconfortó.

—Sí, es solo que estoy muy cansada y me entró miedo de que no podamos lograrlo.

Zack la atrajo a su pecho y la abrazó. La estrujó con delicadeza y la

mantuvo allí un largo rato mientras ella trataba, todavía más, de no llorar.

—Sé lo que sientes. Solo tenemos que ser realistas. Tener fe y luchar, pero ser realistas.

—Sé que Peat puede matarnos en cualquier momento —contestó ella, con la cara contra su camiseta—. Pero es que siempre andamos entre las nubes. ¡Nunca tenemos nada claro! Siempre son corazonadas y me gustaría alguna vez tener algo firme en lo cual basarnos.

Él le besó la cabeza y la dejó ir solo cuando ella pareció más recuperada. Cranium se había sentado a verlos, como si estuviese observando una roca más del paisaje sin decir nada, ni siquiera una simple acotación sobre lo que habían charlado.

El bicho no era de los que acotaban, estaban convencidos de ello. Sin embargo, aun así, cuando se separaron y decidieron continuar, volvieron a dirigirse a él.

—Entonces, vinieron de más allá, hicieron este camino y se fueron por otro lado. ¿Tú los seguiste?

Cranium estornudó.

—Yo los seguí desde el reino —explicó, levantándose al notar que reanudarían el viaje—. Me daban huesos.

—¿Y no sabías que habían muerto? —dijo Zack, señalando hacia atrás.

La criatura siguió la línea que apuntaba su dedo.

—Yo fui con los primeros.

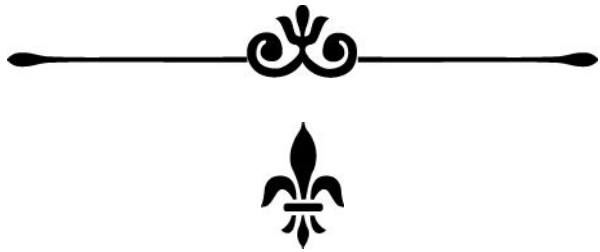
Zoey frunció el ceño, a medida que Zack avanzaba cuesta arriba, para comenzar con la siguiente y más alta colina.

—¿Los primeros templarios? ¿Hablas de dos grupos?

—Antes de que se fueran todos, llegaron otros sin huesos, sin regalos. No me dieron nada, nada.

Era evidente que esos templarios fallecidos habían aparecido después, claro, por eso Cranium no sabía ni de sus muertes ni de sus apetitosos restos.

Solo les quedaba pensar en lo que encontrarían en el reino; ya fuera el arca, el grial o alguna solución mágica a sus problemas. Algo que los ayudara a destruir a Peat.



Capítulo 11

Después de atravesar dos montañas más, que Zoey no caminó, llegaron a un pequeño valle en gran altura. Algunas casas todavía se mantenían en pie alrededor y era evidente que los templarios también habían pasado por allí, cientos de años atrás, porque todavía quedaba intacto el círculo quemado en el suelo que alguna vez había sido un fogón.

Zoey sacó su cena congelada del bolso, optó por comer bien antes de refugiarse en una casita con Zack durante las horas que equivaldrían a la noche. Sin un reloj, hubiera sido imposible comprender si era de día o de noche. Allí estaba siempre igual, en un crepúsculo continuo y sin fin.

Tampoco tenían idea de qué tanto se habían alejado del portal de entrada y apenas controlaban la cantidad de días que habían transcurrido. Estaban casi seguros de que era el 10 de diciembre y que, según el reloj digital de Zack, eran las 10:50 de la noche.

El cansancio que había acumulado después de tantos días empezaba a mellar en el sistema de Zoey. Ella agradecía que su novio siempre la cargara, mitigando de esa forma los kilómetros que debería caminar si no fuera así.

Al menos, parecía que reino no estaba tan lejos como antes, porque Cranium caminaba más despacio y contestaba preguntas fáciles sobre el lugar. Ya no decía «*¡más, más, más allá!*»

—Podrían faltar días aún —musitó Zack, pensativo.

Zoey lo escuchaba mientras comenzaba a ducharse en el interior de una de las casitas.

Hizo llover agua tibia desde el techo y se lavó incluso la cabeza con *shampoo* y crema de enjuague. Eso alivio mucho más sus tensiones y amarguras, incluso el sueño se mitigó un poco.

—¿Será mucho problema si nos quedamos un día entero?
—propuso ella al terminar y mientras se preparaba para dormir.

Él no tenía problemas para avanzar por los sinuosos caminos como una máquina, pero Zoey sentía que necesitaba pasar algunos momentos quieta en un solo lugar.

Zack le tendió la bolsa de dormir.

—No para mí, claro. Si lo necesitas, está bien; quizá puedas descansar un poco. El asunto es la comida.

—Comeré menos —contestó ella—. Y quizá podamos ir más rápido en el viaje luego. ¿Crees poder correr?

Él miró por la ventana, hacia el sendero de piedra que se perdía en la siguiente colina.

—No lo sé. Si el camino no es demasiado escarpado, podría mantener un trote seguro. Pero con los bolsos en ambas manos no podría sujetarte si algo pasara.

—Quizá… quizá yo pueda usar magia —contestó ella, pensativa—. ¿Un hechizo para levitar? ¿Para hacer que los bolsos nos sigan? Así podrías cargarme como siempre. ¿Conoces algún hechizo sobre eso? ¿Crees que sea posible?

—No, no se me ocurre nada. Pero, haciendo lo que haces —comentó Zack mientras señalaba con la cabeza el pequeño charco que había quedado en el suelo a causa la ducha—, creo que no tendrás problema alguno en inventar algo.

—El tema es que siempre hago magia con los elementos. No se me ocurren otros hechizos, no sé cómo.

—No debería ser complicado. Por ejemplo, creo que formar un escudo no representaría un problema para ti. O podrías probar con las cosas que yo hago; Ilusiones, por ejemplo. Si en algún instante no estoy contigo y necesitas de mis hechizos, los usarías.

La idea de aprender nuevas formas de magia era tentadora y a Zoey le gustaba. Si se quedaban allí por un día más, ella podría practicar en paz y poner a prueba su plan con los bolsos. De esa forma, Zack no parecería una mula de carga y los dos podrían viajar más cómodos.

Ella se recostó y él se ofreció a acomodarse debajo de la bolsa de dormir para protegerla de la incomodidad del suelo.

—Estoy bien, no te preocupes—contestó Zoey, negando con la cabeza—. Si mientras duermo parece que me duele algo, tienes permiso de moverme y de acostarme sobre ti.

Él escondió una sonrisa y le dio un tierno beso en los labios antes de que ella se durmiera, ya con menos tensión que los días anteriores.

Todo estaba oscuro a su alrededor, se escuchaban distintas voces. Zoey fue consciente de que esa era la primera vez en más de diez días que

soñaba con ese lugar. Sabía que estaba relacionado con el dije, con Peat y con el rey. Y ahora era capaz de percibir una extraña energía atada a esos sueños de la que antes no había sido consciente.

Se giró sobre sí misma, esperando reconocer la voz de alguno de ellos entre los que hablaban en la lejanía, pero estuvo parada en medio del estupor durante un buen rato. Al final, no pudo definir quiénes eran los extraños ni qué decían entre los restos del pasado que percibía.

Como nada más ocurría, trató de caminar. Se dio cuenta de que podía hacerlo y miró el vacío sobre el que pisaba hasta que encontró formas bajo sus pies. Poco a poco, y con pasos más seguros, entendió que estaba viendo baldosas —o adoquines— de piedra con dibujos que le resultaban vagamente conocidos. Lo cierto era que podría haberlos visto en miles de lugares durante la última semana.

Cuando comprendió que no iba a sacar nada su análisis, levantó la cabeza y trató de prestar atención a las voces otra vez. Le llegaban en forma de susurros, algunas parecían más cercanas a medida que ella avanzaba.

De repente, supo que no eran las voces ni del dije, ni del rey ni de Peat.

—¡Clarence! ¡Clarence!

Se detuvo. Ese nombre le sonaba familiar, aunque tardó en reconocerlo. Lo había leído en el libro de la logia alguna vez. Escuchó, mientras el sonido iba y venía con mayor frecuencia y poder, hasta que fue capaz de comprender algo más.

—¡Clarence! ¡Huye ahora!

Algo pasó zumbando junto al oído de Zoey y la hizo retroceder de un golpe. Apenas un segundo después, comprendió que había sido una bala. La explosión del arma de fuego, algo que ella jamás había oído así antes, llegó después.

—¡Maldito seas!

El sueño se apagó. Zoey se hundió en un sopor extraño que perduró hasta que pudo abrir los ojos; Zack estaba a su lado, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Ya no tienes más sueño? —preguntó él, alzando su muñeca para ver la hora en el reloj—. Son las ocho.

Habían pasado varias horas y, gracias a Dios, ella no se sentía cansada a causa de lo que había visto en su mente. Trató de retener lo visto en su cabeza. Cerró los ojos durante unos segundos antes de hablar con Zack, y se aferró al recuerdo de la extraña explosión.

—¿Zo?

—Tuve un sueño —fue lo único que le dijo antes de girarse hacia él

—. Escuché a alguien pidiéndole a un tal Clarence que huyera. Y luego, una explosión, como de un arma, pero no las armas que conocemos. No una pistola. Era diferente.

Él asintió.

—¿La viste?

—No, pero sé que era un arma porque sentí como si la bala me pasara por aquí —dijo ella, marcando la distancia entre su cabeza y lo que recordaba—. Alguien le disparó a ese Clarence.

—¿J. D. Clarence?

Zoey asintió.

—Seguimos sin saber quién es —murmuró ella, reteniendo un suspiro.

Zack se giró y miró el techo.

—Solo que ahora parece que es relevante. Si no, ¿por qué soñarías con él? Se relacionó con la logia, por supuesto, pero algo más con el dije debe tener que sea importante para nosotros. Puede que el arma fuera antigua y por eso el sonido te resultase distinto. —Hizo una pausa—. Lo único que nos queda es seguir traduciendo y ver qué es lo que el mismo libro nos puede decir sobre él.

Ella asintió y suspiró. A decir verdad, Zoey seguía teniendo sueño y, aunque creía no poder dormir más, trató de acomodarse y de relajarse otra vez. Fue en vano, claro, porque quedó tan picada con el asunto que se levantó a buscar el nombre de Clarence en el libro y no paró hasta encontrarlo.

Zack lavó la ropa y la tendió sobre las piedras del exterior mientras que Zoey pasó el resto de su mañana traduciendo bajo un foco de luz que ella misma había creado; quería hallar algún pasaje que fuese relevante. Comenzó justo después de lo último que Jessica había marcado, con la esperanza de volver a cruzarse en algún momento con J. D. Clarence en las páginas siguientes. La mención previa al nombre ya había sido traducida antes y era un fragmento en el que se hablaba sobre la posesión.

Su corazón dio un vuelco unas dos páginas más tarde cuando encontró una fecha en la traducción: 21 de enero de 1856. Zoey contuvo los deseos de llamar a Zack porque, a pesar de que esa era la primera vez que obtenía algo tan sólido como una fecha real, sabía que ello no significaba demasiado.

Continuó traduciendo unas líneas más y se llenó de emoción al entender que el nuevo portador había dejado de debatir sobre las ciudades de césares y sobre cuestiones más mágicas. Ahora hablaba de hechos tangibles.

Zoey se levantó de un salto y corrió hasta Zackary para mostrarle lo que había obtenido. Después de dos hojas enteras de traducción, que iban y venían sobre lo mismo —el santo grial, lo que se sentía el ser portador y demás nociones que ella ya conocía—, había encontrado el nombre que buscaba.

Él tomó la hoja y ella se sentó a su lado, sobre la piedra donde tenían la ropa tendida. Al oírlos, Cranium se acercó con una roca más pequeña en la boca; la escupió y dijo: «Regalo para ti» a la chica, pero ellos estaban demasiado ocupados como para notarlo.

—A ver —Zack extendió el papel y leyó—. «… el incendio ha destruido gran parte del viejo archivo. Lo que nos dejaron nuestros antecesores es ahora ceniza y solo podemos basarnos en los documentos rescatados o en aquellos que nuestros compañeros han logrado memorizar. Sin embargo, lo que más nos preocupa es la pérdida de la declaración de nuestro inspirador. Sin él, estamos perdidos y lo que se recuerda será olvidado. Estoy seguro de que ha sido intencional, de que hay un traidor entre nosotros y de que lo que desea es destruir nuestra causa y aquello que nuestro fundador nos dejó hace más de doscientos años. Quieren destruir nuestra misión. Pero, en honor a Clarence, jamás la dejaremos hundirse». Vaya…

—¿Será así? —consultó ella—. ¿Clarence fue el fundador de la logia?

Zackary bajó el papel.

—Si Clarence fundó la logia, entonces debe tener relación con los templarios. La logia tenía bases templarias.

—Algún descendiente, supongo —contestó ella.

—Y, por la época, que dice que fue hace más de doscientos años, esa arma de fuego no sería rara.

—Espera. —Ella regresó a la casa corriendo, tomó el libro y regresó a la piedra—. ¿En qué se relaciona la posesión con J. D. Clarence? ¿Por qué están escritos en la misma hoja?

Él arrugó la nariz.

—¿Quizás él fue poseído alguna vez? —intentó razonar él.

Aunque sonaba posible, por alguna razón que ella no comprendía, no se convenció.

—Esto está dos hojas después de lo que dejó Jessica —explicó Zoey —. Si bien cambia de tema en un inicio, como había dicho Jess, y habla sobre su responsabilidad como portador y menciona que nadie lo sabe, excepto el líder de la logia y alguien más…, luego vuelve a mencionar la existencia del santo grial como si fuese una certeza. Siempre dijimos que eran unos locos fanáticos, pero estamos dentro de

la locura misma, ¿no? —añadió Zoey, señalando a su alrededor—. Si buscaban el grial, debía ser por la profecía. Quizás entendieron lo mismo que nosotros, que hay que juntar el dije con el santo grial.

Zack asintió y agarró el libro para buscar alguna otra anotación que les sirviera. Pasado un rato, se rindió porque no halló nada. La fecha solo podía servirles para ubicarse en el tiempo y para saber qué tan lejos había estado la logia de los templarios. Al menos, casi cuatrocientos años.

Cuando ella se lo hizo notar, él asintió lentamente.

—La fecha de disolución oficial de la organización fue en el 1300, antes de que llegaran a América. Pero nada dice que los templarios no hayan seguido moviéndose por mucho tiempo más de forma ilícita. Tal vez cruzaron por aquí antes de que Colón llegara a América.

—Las teorías de internet dicen eso mismo —apuntó ella, inclinándose hacia él para ver el libro—. Es probable que los templarios que salieron de aquí hubiesen tenido algún tipo de comunidad. Siendo todos hombres, no creo que hayan durado mucho.

—Es difícil saberlo. Podrían haberse entendido con comunidades aborígenes locales. Podrían haber tenido hijos con mujeres indígenas y haberles trasmitido a sus descendientes lo que sabían. El dije tuvo que haber pasado de mano en mano.

Zoey asintió y recuperó el libro. Regresó a la página que hablaba sobre el incendio. Habían pasado más de quinientos años desde que los templarios habían sido renegados, y allí estaban ellos, rodeados de restos y de pistas, con un animal extraño que había aprendido lo que era regalar gracias a ellos.

—Creo que es lógico —dijo Zoey un poco después, cerrando el cuaderno—. Incluso si vinieron luego, podrían haberse mezclado con la población, con las colonias.

Dejaron el tema ahí cuando se cansaron de conjeturar. Al menos, sabían que J. D. Clarence podía ser justamente el fundador o el inspirador de la logia. Todavía no estaban seguros de para qué les servía tener esa información, pero conectar hilos era satisfactorio cuando se estaba metido en medio de otro mundo.

Zoey le entregó el libro a Zack y, al intentar pararse para ver si la ropa lavada se había secado, pateó un montoncito de piedras que Cranium había dejado junto a sus pies mientras hablaban.

—¡Ay! —chilló ella, tropezando.

Zackary la agarró del brazo antes de que se cayera.

—Cra… —empezó a decir la chica, quería soltar una maldición. Sin embargo, al ver la expresión siempre vacía y desconcertada del

animal, cerró la boca. Traía otra piedra para ella—. Me asusté —dijo por fin, cuando pudo apoyar ambos pies sobre el suelo.

—Más regalos tengo —avisó él.

Zoey hizo una mueca. Si seguía así, iba a enterrarla bajo los obsequios.

—Oye, gracias. Es muy lindo de tu parte —agradeció porque, a pesar de todo, seguía siendo un gesto dulce de su parte.

Zack negó con la cabeza, divertido, mientras miraba a Cranium con simpatía.

—No es un perro, pero es gracioso.

Zoey aceptó la siguiente piedra y la criatura salió corriendo otra vez.

—Ahora entiendo por qué los templarios medio que lo adoptaron. Quizás él se sentía solo —contestó ella.

—¿Crees que tenga sentimientos? —apuntó él, rascándose el cabello—. No sé, para mí es que imita comportamientos. Los aprende y los reproduce. Mira cuántas piedras ha traído y sigue pensando que son regalos.

Ella dejó el último obsequio en el montoncito. Luego, por fin chequeó su ropa. La dio vuelta y, al notarla todavía húmeda que antes, consideró aplicar calor. Si para la noche no se secaba, estarían en problemas y tendrían que quedarse un día más allí

De pronto, la chica giró la cabeza hacia la casa, donde el foco de fuego que flotaba dentro seguía intacto. Tuvo una idea repentina y maravillosa. No tardó en juntar las manos para formar una enorme llama nueva, casi tan grande como su cabeza.

Desde donde estaba, Zack arqueó las cejas, pero no dijo nada, atento a lo que ella planeaba hacer. Decidida, Zoey impulsó la bola de fuego hacia arriba y la hizo flotar a unos cuántos metros. Enseguida, el valle entero se iluminó, como si hubiera una lampara gigante. No era lo mismo que tener un sol, pero quizás, en una de esas, el calor que trasmitía podría secar más rápido la ropa —además de darles la luz que hacía tantos días no tenían—.

Zoey tuvo que achicar los ojos, tardó bastante en acostumbrarse. El pequeño foco que había hecho dentro de la casa no era lo mismo que esa bola enorme de llamas; pasado un rato, pudo sentarse con Zack sobre la piedra para almorzar y para charlar sobre lo que harían durante el día. Cranium no se acercó, tal vez por miedo.

Convinieron en que probarían la levitación y el escudo antes de meterse con las ilusiones. Si ella podía lograr lo primero, no veían por qué no lo segundo. Con la luz en el ambiente, se sintieron hasta

animados a intentarlo todo y, cuando Cranium por fin se acercó y se sentó a un lado de la roca, casi pareció que estaban de pícnic y que no había tantos problemas por los que luchar.

Después del almuerzo, Zoey se puso de pie sobre la piedra e intentó hacer levitar uno de los bolsos. Extendió una mano e impulsó sus pensamientos hacia el equipaje, tal y como lo hacía con el resto de la magia, dejando que fluyera de una manera natural. Como resultado, la maleta se agitó, pero no se levantó. Ante ello, la chica bajó el brazo y suspiró.

Enseguida, Zack se levantó de su lugar. Se subió también a la piedra y apartó a su novia con cuidado.

—Me toca a mí, a mí —bromeó él.

—¡Ey! —Zoey quiso resistir—. ¡Es mi turno de tener los poderes!

Él la ignoró, ocupó su lugar y ella se vio obligada a bajarse de la roca. Se sentó, ofuscada. E incluso más ofuscada se sintió cuando la maleta se elevó del suelo ante la magia de él.

Zoey dejó caer la mandíbula, indignada, y le dio un codazo en la pierna al chico.

—¡Mira eso! —celebró Zack, moviendo la maleta por el aire como si esta fuese un avión.

—¡Ya basta! ¡Tenía que hacerlo yo! —gaznó ella, tirando del pantalón de él—. Y bájala, o vas a quemarla con mi fuego.

Zack rio y suspendió la maleta sobre ambos. Zoey dejó de tironearlo y observó, muy insegura, la situación.

—Sostenla —pidió él, liberando el bolso de su magia para que se precipitara hacia el suelo.

Ella chilló y se encogió, rogando que, por voluntad divina, no la lastimara.

Unos segundos después, se dio cuenta de que nada la había impactado. La maleta estaba a un par de centímetros de su cabeza.

—Te dije que la sostuvieras —murmuró Zack, que la agarraba por las manijas—. No que te hicieras un bicho bolita.

Enojada, Zoey aprovechó para darle un buen golpe en la pierna. Sabía que no lo sentiría, claro, pero esperaba que comprendiera su molestia. ¿Cómo iba a sostenerla así de la nada cuando ni siquiera había estado preparada? En cuánto se lo dijo, en medio de gritos, Zack señaló que ese era el punto.

—Nunca estamos preparados.

—No estamos en una situación de vida o muerte ahora —espetó Zoey, alejándose al fin.

—Pero podríamos estarlo. ¿Y si Peat apareciera ahora? ¿Qué harías? Es probable que él esté preparado para que lo que hicimos la última vez no funcione. Quieres ser la que tiene los poderes ahora —la obligó a razonar el muchacho, bajándose de la piedra y sentándose en ella—, así que tienes que hacerlo de verdad. Seriamente.

Zoey se frenó a mitad de camino. Bufó y dejó caer los brazos. Él tenía razón, tenía toda la jodida razón. Ella debía estar preparada para todo, incluso para bolsos voladores.

—Bien —aceptó y se giró—. Lánzamelo y trataré de frenarlo.

—Sin prenderlo fuego —avisó Zack en broma.

El chico levantó el bolso y lo elevó despacio para que ella estuviese mediamente preparada. Iba a empezar así. Luego, se lo lanzaría cuando no estuviera lista.

Zoey asintió y se concentró. Se imaginó el bolso deteniéndose delante de ella y, cuando él lo impulsó directo hacia su cara, estuvo a punto de flaquear. Por impulso, se corrió hacia un costado y vio la maleta seguir de largo hacia la casa, dispuesta a estrellarse contra la pared. La chica movió los brazos y actuó por precaución. La detuvo en el aire antes de que chocara y se fuera el suelo. Y se quedó allí, con los brazos extendidos, observando su truco mágico.

—No tenías que esquivarla —se rio Zack.

—Perdón, fue un reflejo.

—Pero no la dejaste caer —añadió él, dando una palmada en el aire —. Bien hecho.

Contenta, ella le sonrió y bajó la bolsa lentamente hacia el suelo. Una vez hecho esto, ya no le parecía difícil. La levantó una vez más y la movió de un lado al otro hasta decidir dejarla a metro y medio del suelo.

Luego, comenzó a caminar mientras arrojaba su magia para que el bolso la siguiera. Como eso no funcionaba a menos que ella estirara las manos y la moviera, intentó un nuevo hechizo: empujó sus poderes hacia la maleta y le ordenó moverse detrás de ella hiciera lo que hiciera.

Esa vez, cuando Zoey caminó sin hacer magia directamente, funcionó.

—¡Sí!

Zack aplaudió y la siguió con la mirada mientras ella daba una vuelta por los alrededores, probando la resistencia de su hechizo. Una vez que comprobó que podía hacerlo y que no había ningún problema, regresó a la piedra donde estaba sentado él y le sonrió.

—¿Estás contenta? —le preguntó Zack.

—Obvio que sí. ¿Probamos con los escudos ahora?

Zackary chistó y negó con la cabeza, divertido, pero le propuso un juego interesante que involucraba las piedras de Cranium. Al principio, Zoey se mostró renuente, pues temía no hacerlo bien y salir golpeada, pero cuando él insistió en que seguro le saldría rápido, se convenció.

Él empezó a arrojarle las piedras, sin mucha velocidad ni fuerza, y ella no pudo detener ni una. Terminó esquivándolas y corriendo lejos, incluso metiéndose dentro de la casa.

—Zo, páralas a mitad de camino, no cuando ya están llegando a ti —pidió él, teniendo cuidado de no lastimarla. Apuntaba para que las piedras nunca la tocaran.

—¡No me sale! —refutó Zoey desde el umbral—. Te juro que lo intento. Me imagino un campo de fuerza, con color y todo, entre nosotros, y nada aparece. Impulso la magia y nada sucede.

Así siguieron el resto del día, hasta que Zoey se cansó y se dejó caer entre las piedras, junto a su ropa a medio secar. Por alguna razón que no comprendía, hacer escudos no se le daba bien y llegó a pensar que no estaba entre sus habilidades.

Probó diferentes técnicas, desde visualizar en su mente un muro hasta tratar de construirlo con sus poderes, como si pusiera capas. Incluso trató de hacer levitar las piedras para detenerlas, pero no lo logró.

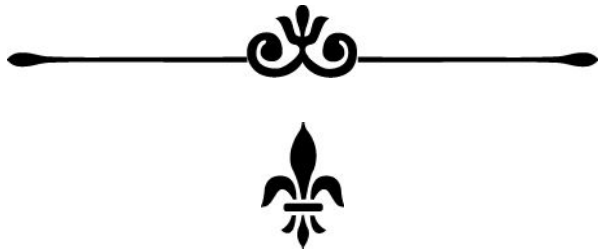
—Quizás estás cansada —sugirió Zack cuando se hicieron las siete de la tarde—. Ese sol estuvo encendido todo el día, probaste algo nuevo, tradujiste durante mucho rato...

Cuando se lo dijo, ella pensó que podría ser cierto y que quizás estaba presionándose demasiado. En una de esas, al día siguiente podría lograrlo.

—Practicaré en el camino —afirmó ella, antes de cenar unas galletitas de agua.

Zoey apagó el sol de forma lenta cuando fue la hora de dormir. Juntos, se refugiaron en la casita. Allí dentro, apenas hablaron y no se inmutaron por la repentina presencia de Cranium en el umbral, que se echó a descansar cerca de ellos.

La chica se metió en la bolsa de dormir y cerró los ojos, rodeada por los brazos de Zackary y acunada por su respiración. Justo antes de dormirse, se preguntó si volvería a soñar algo relevante o si alguna vez podría saber quién había sido realmente J. D. Clarence.



Capítulo 12

Zoey caminaba detrás de Zack mientras arrojaba un puñado de piedras al aire una y otra vez e intentaba detenerlas antes de que le cayeran encima. Algunas las esquivaba entre gritos, otras las podía detener a tiempo; a veces tenía que empujar a Cranium para hacerse a un lado a tiempo y otras veces conseguía que las rocas levitaran sobre su cabeza, al igual que las maletas que los seguían.

—¡No estoy cansada! —renegó ella cuando el camino volvió a ponerse plano cerca del pico de la siguiente colina y Zack le ofreció ayuda—. Al menos, no hoy.

—Déjame llevar las maletas e intenta detener las piedras así —propuso él—. Te resultará más fácil.

Zack avanzaba al frente, libre al fin del peso de su equipaje. Los bolsos flotaban con lentitud unos metros más atrás.

—No —insistió ella—. Tengo que poder con todo al mismo tiempo, ¿o no?

Él arqueó las cejas, pensativo, y se giró un poco, sin dejar de caminar.

—Sí, se supone.

—Usé más magia con Peat y con mi ducha que con estas valijas —aseguró ella.

Y era cierto. El hechizo en los bolsos perduraba por sí solo, no había tenido que poner más magia que la inicial.

—Okey, solo te pido que no pierdas un ojo —advirtió él, risueño.

Continuaron caminando en silencio durante un rato. Cranium optó por avanzar delante de Zack, lejos del Lapis Exilis y de sus piedras voladoras.

Se detuvieron a descansar recién a la hora del almuerzo. El muchacho le sacó las piedras de la mano a su novia y le puso un sándwich de miga entre los dedos.

—Hoy comiste un par de galletitas y nada más —le recordó él.

—Estoy bien. Hay que guardar la comida.

Cuando él se sentó, los bolsos descendieron también hasta el suelo. Zack revisó las provisiones y apretó los labios. Ya solo quedaba una única comida envasada y congelada. Ese paquete de sándwiches era el último. A partir de ese momento, Zoey iba a tener que sobrevivir con los paquetes de galletas y *snacks*.

—Cranium —llamó él, girándose para ver al animal mientras Zoey masticaba—. ¿Cuánto falta para que lleguemos al reino?

La criatura lo observó por algunos segundos. Luego, levantó el hocico hacia el aire, como inspeccionando su alrededor.

—Mucho, mucho…, un poco menos.

Zoey frunció el ceño.

—¿Cómo hicieron los templarios para atravesar este mundo? La comida para todas esas personas ha de agotarse rápido. No entiendo cómo lo lograron.

Cranium no tenía una respuesta, por eso ella solo podía planificar cuánto iba a comer a partir de ese entonces. Aunque Zack quería verla bien llena, debería racionar incluso más.

—Te voy a cargar —avisó él cuando el almuerzo llegó a su fin—. Tenemos que apurar el paso. Mientras más kilómetros puedan recorrer, mejor. No solo hay que encontrar el arca, sino el siguiente portal para poder volver a nuestro mundo y conseguir comida.

Ella hizo una mueca de preocupación. Dudaba que Cranium pudiera seguirles el paso si ellos corrían. Además, así no iba a poder practicar su hechizo. Pero, aunque lo lamentaba, también sabía que Zack tenía razón. Las necesidades básicas tenían que estar cubiertas, esa era la prioridad. Iba a tener que practicar en otro momento.

—¿Y Cra? —dijo Zoey, mirando al bicho de reojo, que no se dio por aludido ante el diminutivo.

Zack tampoco pareció entender, porque la miró como si estuviera loca.

—¿Cra?

—Él —apuntó Zoey—. Lo dejaríamos atrás si corres a tu ritmo de siempre.

Al comprender, Zackary bufó. Desvió la mirada hacia la mascota que el dúo había conseguido, pensativo. Lo único que se le ocurría era trotar sin apurarse porque no pensaba cargarlo, no quería tocarlo siquiera. Cranium era como un perro. Podía resultar simpático, pero seguía siendo feo y tétrico como él solo.

—Supongo que podemos intentar mantener un ritmo que pueda seguir —dijo él por fin—. ¿Estás lista?

Zoey asintió. Se puso de pie y subió a la espalda de Zack. Una vez allí, hizo levitar los bolsos detrás de ambos mientras que él la sujetaba de las piernas con cuidado.

Antes de comenzar a moverse, avisaron a Cranium que irían más rápido. El animal no hizo ningún gesto ante la noticia.

Zack suspiró, derrotado, y empezó a correr con un ritmo que consideraba apropiado. A pocos metros, Zoey debió brindar más magia que antes al equipaje para que no se quedara atrás.

—No te agotes —pidió él.

Ella no se sentía cansada. Sin demasiado esfuerzo, puso suficiente magia en los bolsos para que pudieran seguirles el ritmo, a pesar del aumento en la velocidad de Zack.

Cranium, por su parte, intentó avanzar con sus patas tocas y cortas lo mejor que pudo. Al notar la velocidad de los jóvenes, pareció entender por fin lo que le habían dicho porque se esforzó para avanzar detrás de ellos por más de dos horas sin perderse.

Zackary solo aminoró el paso cuando llegaron a un terreno escarpado en el que parte del camino de adoquines estaba destruido. Pasado ese trecho complicado, se apuró otra vez.

Cranium pareció quedarse un poco atrás.

—Oye —reprendió Zoey cuando se volteó—. Lo estamos perdiendo.

—Estoy yendo al mismo ritmo de antes, lo juro.

—Pero quizás él está cansado.

—Tiene cabeza de cráneo, ¿crees siquiera que esté vivo como para cansarse? Comió huesos y, hasta ahora, nunca lo vi cagarse —replicó el muchacho, deteniéndose a pesar de todo.

Zoey apretó los labios y consideró las palabras de Zack.

—Tienes razón, pero no quiero perderlo.

Esperaron allí hasta que Cranium los alcanzó, sin jadeos y sin palabras, y se sentó a su lado.

—¿Estás bien, enano? —preguntó el chico—. Te nos perdiste. ¿Fueron las piedras?

Durante unos segundos, el bicho lo miró, impasible.

—Piedras, piedras, sí, muchas.

—Le costó escalarlas —corroboró Zoey, más tranquila.

Analizaron entonces el camino que tenían por delante. No parecía tener problemas con escombros, aunque iba en subida. Tenían otro pico más que pasar.

Los jóvenes pronto reanudaron la marcha, tanto Cra como las maletas los siguieron. Zoey se giraba constantemente para asegurarse de que la criatura no desapareciera en la lejanía.

Así pasaron las siguientes dos montañas, ambas estaban bastante juntas y los picos parecían ser cada vez más bajos. El camino serpenteaba frente a ellos, no sabían si estaban llegando a un nuevo valle o si la cadena montañosa se acabaría finalmente. Después de tantos días caminando, sin nada más que ver que piedras, adoquines y árboles secos y muertos, ambos deseaban cambiar de paisaje.

Más abajo, el sendero de piedra adosada se ensanchaba y se movía por zonas cada vez más planas. Al notar que ahora estaban sobre laderas de colinas, empezaron a intuir que llegaban a un lugar nuevo y que nada tenía que ver con el anterior.

Fue entonces cuando Cranium se detuvo de repente, entre dos elevaciones que estaban muy juntas, con muros casi rectos que parecían ser las paredes de una calzada.

Zoey se giró hacia atrás, confundida, para verlo. Al frente, al mismo tiempo, Zack salía de aquel angosto pasillo entre colinas y veía lo que parecía ser un nuevo y enorme puente sobre un abismo negro.

—¡Dios! —exclamó él ante lo que les esperaba del otro lado.

Zoey volvió a poner su atención en el camino.

La mirada de ambos se paseó por la silueta de una ciudad mucho más grande que la primera, gigantesca. Las calles se abrían ante ellos, oscuras y abandonadas, como todo lo demás.

Admiraron el desolado paisaje mientras se aproximaban a las construcciones con paso constante hasta que, de repente, el suelo crujió debajo de ellos. El puente de piedra no era tan resistente como parecía.

—¡Cra! —gritó Zoey, alarmada. Pronto notó que el animal había clavado las patas antes de cruzar, que no se movió ni un poco.

—¡Él sabía y no nos dijo nada! —se quejó Zack, midiendo la distancia que quedaba para alcanzar el otro lado—. ¡Voy a saltar!

Tenían al menos cincuenta metros por delante.

Zoey se abrazó al cuello de él y se encogió cuando escuchó que todo a su alrededor empezaba a desmoronarse. Quiso volver a observar a Cranium, pero no le dio tiempo porque Zack saltó en el último segundo, antes de que la piedra se aflojara por completo debajo de ellos y no les diera sostén suficiente para impulsarse.

—¡Usa tu magia! —gritó él.

Sujetó a Zoey en el aire y la lanzó hacia arriba. Ella tardó más de un segundo en comprender lo que sucedía: volaba por el aire en

dirección a una ciudad muerta y sin Zack. Detrás de ella, volando también, iban sus maletas, que logró ajustar al ritmo propio en lugar de al de su novio.

—¡No! —gritó la chica.

Aunque deseaba mirar hacia abajo y buscar a su acompañante, se vio obligada a concentrarse en sí misma para no hacerse tortilla contra el suelo. Extendió las manos a tiempo, cerró los ojos y suplicó a sus poderes —o al dije— que la salvaran de eso; visualizo una de las burbujas acolchonadas de Zack.

De alguna forma, funcionó. Rebotó y, gracias a los cielos, no se golpeó demasiado. Las maletas cayeron con fuerza contra el piso, a su lado.

Zoey se levantó y corrió hacia el borde del puente destruido. Se asomó. No veía a Zack por ningún lado, solo se apreciaba el abismo oscuro que se perdía en la profundidad de ese mundo. Más allá, entre las montañas al otro lado, Cranium caminaba de un lado al otro. Cada varios segundos, dejaba caer la cabeza como si también buscara al chico.

—¡Zack! —lo llamó ella, poniendo las manos alrededor de la boca para aumentar el volumen del sonido.

Él no le contestó y, durante un segundo, ella se preguntó qué tan profundo sería el lugar.

«Zack no puede morir. Sin importar qué tan lejos esté el fondo, él volverá», se dijo a sí misma para tranquilizarse. Estaba convencida de que así sería, aunque quizá a él le tomaría un buen tiempo escalar de regreso.

De todas formas, lo llamó varias veces más, sin recibir ninguna respuesta. Al menos, Cranium sí la escuchaba, atento; estaba sentado en el extremo opuesto a la espera que le dijera algo a él.

—¡No te muevas de ahí! —pidió Zoey—. Iremos por ti.

No tenía ni idea de cómo o cuándo sería eso. Lo único que se le ocurría era que, cuando Zack regresase a la superficie, saltara y fuera por el animal. Por el momento, iba a tener que esperar.

Zoey gritó un par de veces más al abismo, esperando que Zackary le respondiera. Luego, se sentó, al igual que el perrito esquelético del otro lado.

Suspiró y aguardó.

Comenzaba a perder la noción del tiempo. Pasó un buen rato sin noticias, pero mantenía la fe de que Zack iba a resolver el problema de algún modo.

Él no regresaba y ella ni siquiera sabía qué hora era, porque el que

llevaba el reloj era él. Solo notaba que tenía hambre y que, al mismo tiempo, el estómago se le cerraba más y más con cada minuto que él no estaba allí.

Nerviosa, se giró para observar la monumental ciudad que tenía a sus espaldas, tan grande que no era capaz de ver más allá de las primeras casas. El paisaje era tétrico por la penumbra que se alzaba sobre el lugar, y a ella le daba miedo.

Zoey invocó una bola de fuego para darse calor y para animarse un poco. A lo lejos, vio que Cranium otra vez agachaba la cabeza, todavía buscando a Zack por el abismo. Ella decidió ponerse de pie y hacer lo mismo. Con una mueca, optó por crear otra bola de fuego y suspenderla en el aire, sobre el vacío, y hacerla bajar hasta el fondo para apreciar lo que fuese que hubiese debajo.

Lo que vio —o, mejor dicho, lo que no vio— le causó escalofríos. Aunque parecía ser un abismo común y corriente, comprobó que era mucho más profundo de lo que había pensado. Se aferró a la baranda que delimitaba la ciudad y se inclinó un poco más a medida que su bola de fuego descendía hacía, quizás, el mismo infierno.

—Ay, Dios —gimió al notar que su luz se convertía un punto brillante en la lejanía—. Zack...

La cabeza le estalló en pánico. Se preguntó mil cosas a la vez, no podía parar: ¿Y si eso realmente no tenía fin? ¿Cómo diantres él iba a volver de la nada misma? Desesperada, intentó buscar una solución mientras caminaba en círculos por el lugar.

No se le ocurría nada, ni una sola opción para ir por él. Sabía que podría ser un suicidio; si caía y se golpeaba con algo, iba a morir. Tampoco se animaba a levitar hasta el fondo. Ella no era experta en esa clase de magia. Mover una maleta era una cosa, su propio cuerpo era otra.

—Demonios —gruñó y se asomó otra vez.

Su luz parecía una luciérnaga en la noche que bajaba y bajaba hasta desaparecer por completo.

—No puedo creerlo… Tiene que haber una manera.

Zoey estiró las manos hacia arriba y creó varias bolas de fuego nuevas, más grandes. Esperaba que, al hacerlas descender al mismo tiempo, le permitieran ver mejor las laderas del abismo. Si Zack había usado su magia, como lo suponía, debía haberse aferrado a los muros. Solo tenía que averiguar qué tan lejos estaba.

Bajó las bolas de luz despacio, aguzando la vista ante cualquier tímido movimiento que pudiera captar. Esto resultó ser bastante confuso y traicionero porque las escarpadas rocas que definían el abismo creaban miles de sombras en lugares distintos, jugaban con su

percepción.

Frustrada, la muchacha se dejó caer sobre la baranda y apoyó la cabeza contra ella. Si Zack no aparecía pronto, ella iba a bajar por él a como diera lugar. Contó los segundos y los minutos, tamborileando con los dedos sobre la superficie de piedra mientras se ponía cada vez más histérica.

—Ya —dijo pasado un rato.

Si él no subía era porque debía de haber un problema.

Zoey volvió a asomarse, no veía forma segura de descender ni tenía idea de qué tipo de magia podría hacer para ayudarse. Iba a tener que improvisar, y eso le daba incluso más miedo que la incertidumbre. Si se equivocaba, nadie iba a salvarla. Y Zack dependía de ella.

Se sentó en el borde y atrajo la bola de fuego que todo el tiempo había estado a su lado. La usó para iluminar debajo de sus pies, que colgaban sobre el abismo. Pensó que, si podía crear una especie de escudo plano debajo de ella, podría dejarse caer y avanzar con seguridad, pero volvió a tener dudas cuando recordó que, hasta el momento, no había podido hacer algo así.

Apretó los labios, hizo una mueca y se tiró del cabello, producto de la ansiedad. Iba a tener que arriesgarse, no pensaba abandonar a Zackary ahí.

—Sé inteligente —se dijo—. Puedes hacerlo.

Estiró las manos, preparada para intentarlo. En ese instante, sin embargo, un susurro a sus espaldas le puso los pelos de punta. Zoey se giró hacia la ciudad abandonada, tratando de reconocer qué era lo que la voz había dicho. Había llegado desde lejos, rebotando entre las paredes de las casas, sin ninguna brisa que la acercara.

La chica sintió miedo, clavó los dedos en la piedra al mismo tiempo que acercaba su bola de fuego a la ciudad para iluminar mejor la calle adoquinada que se perdía entre los edificios.

—¿Quién es? —preguntó, levantándose de a poco. Si no estaba sola, lo mejor era prepararse para defenderse; sentada no iba a poder hacer mucho—. ¿Quién está ahí? —añadió, reuniendo valor y fuerzas.

Se alejó un poco del borde, por seguridad, y mantuvo el fuego en lo alto, permitiéndole ver.

Allí no había nada o, al menos, eso era lo que le parecía. La ciudad estaba inmutable, como lo había estado por siglos.

Zoey se quedó a la espera, rezando para que no fuese Zack jugándole una broma muy pesada, porque iba a reventarlo a golpes y a tirarlo por el abismo ella misma si ese era el caso.

Pronto supo que Zack no era porque, cuando el eco del susurro

regresó, pudo comprender lo que decía.

—Hija…

Zoey no respondió. Se quedó con las manos levantadas, preparadas para cualquier cosa. Aguardó por más de un minuto, sumida en pleno silencio y sin obtener más información. Llegó un momento en el que creyó que simplemente lo había imaginado.

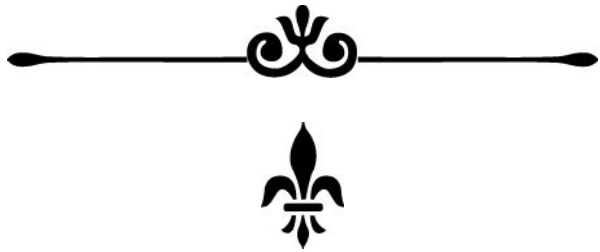
—Me estoy volviendo loca —se dijo cuando todo siguió quieto y no se oyó más nada—. Es el pánico.

Tomó aire y lo exhaló despacio. Era hora de ir por Zack.

Esta vez, antes de colgarse por los extremos del puente roto, intentó hacer un escudo. Se lo imaginó con colores, tal y como lo había intentado la última vez, como una pared brillante e impenetrable. Extendió las manos y trató de que la magia saliera de ellas con la misma facilidad con la que creaba el fuego, trenzándola frente a ella en un muro iridiscente que iluminó el suelo a sus pies.

Cuando vio el resultado, no tuvo tiempo de alegrarse, desconfiaba de sí misma. Agarró un escombro del suelo y, con la poca puntería que tenía, lo arrojó contra su escudo. La piedra golpeó con fuerza el escudo y se partió; parecía resistente.

—Por todo el amor del mundo —musitó Zoey, disolviendo el escudo con un movimiento de los dedos—, espero que esto me aguante.



Capítulo 13

Zoey volvió a sentarse a orillas del abismo y a bajar la bola de luz. Se giró una última vez hacia la ciudad, como si esperase escuchar otra voz. Cuando no lo hizo, se pudo concentrar en su principal objetivo: no matarse.

Creó un escudo, tarea que le resultó mucho más fácil que la primera vez, y tomó aire varias veces, balanceando las piernas. Tendría que saltar más o menos un metro y medio, la tenue luz que despedía su bola de fuego se reflejaba sobre las escarpadas rocas de la ladera.

—¿A quién mierda se le ocurrió construir ciudades cerca de estas cosas? —masculló, sujetándose del borde con las manos.

Cerró los ojos, dijo una mala palabra y se dejó caer.

Aterrizó un poco mal sobre el escudo, con las rodillas contra la superficie y los pies algo torcidos. Jadeó por el impacto y apoyó las manos para poder levantarse. Su creación parecía firme, al menos, por el momento. La luz le daba un poco más de tranquilidad. Si el escudo hubiese sido completamente transparente, como los de Zack, no hubiese sabido donde empezaba y donde terminaba.

Levantó la mirada para buscar a Cranium en el extremo o puesto, lo descubrió todavía sentado del otro lado, acatando sus órdenes.

Zoey estiró los brazos y extendió su escudo hasta la otra ladera para crear un nuevo puente, justo por debajo de la criatura.

—¡Ven! —dijo ella, haciendo señas con las manos—. ¡Camina por ahí! Estarás bien.

Cranium ladeó la cabeza, pero no se rascó ni estornudó. Eso evidenciaba qué tan seria era la situación para él. El perro infernal tardó más o menos un minuto en decidir asomarse por el borde. Se dejó caer y se estrelló contra el campo de fuerza de una manera aterradora.

Zoey se encogió, asustada por el impacto. Las patas de atrás de Cranium habían quedado estáticas hacia arriba y, desde donde ella estaba, podía apreciar que se le había torcido un poco el cuello.

Sin embargo, un momento después, el bicho se sacudió y acomodó sus partes como si nada. Se giró la cabeza hacia delante, a su posición correcta, y comenzó a caminar hacia la chica con su paso rápido de siempre.

Zoey suspiró, aliviada.

—Lapis Exilis —dijo Cranium cuando llegó hasta ella—. El abismo no tiene fondo.

—Lo imaginé —murmuró ella—, pero Zack tiene que estar por algún lado. Voy a bajar por él.

Cranium se sentó sobre el escudo, la miró y luego bajó las cuencas vacías de los ojos hacia el abismo negro que había debajo.

—Lapis Exilis se caerá mucho.

—Oh, sí, ya lo creo que sí —gimió ella, disolviendo el resto del escudo que había creado y dejando solo suficiente espacio para los dos —. ¿Quieres venir conmigo?

Él miró hacia abajo otra vez, sin decir nada.

Zoey dio por sentado que el silencio era una afirmación. Creó otro escudo un metro más abajo, pegado a las laderas, y se deslizó hasta él. Cranium la siguió, estrellándose otra vez contra la superficie. Fue en ese momento que ella hizo una mueca de disgusto al comprender que sería así con cada escalón.

—Despacio, ¿no te duele?

Cranium se reincorporó, acomodando sus partes con crujidos espantosos, y la observó. Ladeó la cabeza sin comprender.

Zoey apretó los labios y se rascó la frente.

—No sabes lo que es el dolor, ¿verdad?

—No, no. ¿Lapis Exilis de qué habla?

—Es difícil de explicar —admitió ella, creando un nuevo escudo debajo—. Es cuando sientes algo que te hace sufrir. Cuando uno se cae o se golpea, siente dolor. Pero supongo que es algo limitado para la gente y para las criaturas vivas. Con sinceridad, dudo que tú estés «vivo».

Cranium no le respondió, y ella no supo si la habría entendido o no.

Sin más, continuaron bajando; cada uno iba a su ritmo y modo, acompañados por el brillo de los escudos y por la luz del fuego que, en lo profundo, todavía se sostenía en el aire.

—¿Sabías que el puente se iba a caer? —le preguntó entonces,

después de mirar las laderas en busca de Zack—. Te detuviste antes.

—Olía a trampa, ¡trampa humana y magia! —exclamó Cranium, antes de dejarse caer sobre el siguiente escudo.

Zoey se golpeó la frente con la mano al verlo, pero recuperó la seriedad.

—¿Trampa humana? ¿De hace cuánto? ¿Lo sabes?

Cra sacudió la cabeza.

—No, no, pero los soldados pasaron por aquí. Y yo también y no estaba la trampa nada, nada.

Zoey frunció el ceño.

—Deben haberla puesto después. Suponemos que otro grupo de templarios llegó más tarde. Quizá no querían que nadie los siguiera… —pensó ella en voz alta.

Por supuesto, él no le respondió. Cra no era de hacer conjeturas; hablaba lo justo y necesario. Ella solo buscaba sacarle conversación porque odiaba estar en silencio en ese lugar. Mientras más hondo se sumergían, parecía que el ambiente se volvía más frío y extraño, como si las paredes y la oscuridad absorbieran los sonidos.

—¡Zack! —gritó ella un rato después, cuando llegó a la altura de sus bolas de fuego—. ¡Zack! ¿Dónde estás?

Al no conseguir una respuesta, levantó la mirada para evaluar cuánto habían bajado. Habían hecho, como mínimo, cien metros. Quizá, más.

Zoey se volvió para mirar a Cranium, que asomaba por el borde del escudo. Él agitaba la nariz, y eso a ella le dio una idea.

—Ey, ¿puedes olfatearlo? ¿Captas tu olor?

Cranium continuó moviendo el hocico hacia abajo y, después de unos segundos de incertidumbre, la miró.

—Abajo, abajo.

Zoey suspiró.

—Okey, andando.

Continuaron el camino directo al interior de la tierra. A cada rato, ella le pedía a él que rastreara a Zack. El bicho seguía apuntando hacia abajo, todavía más abajo. Zoey perdió la cuenta de la cantidad de escudos que había creado y, mirando para arriba, la escalera ya era demasiado larga como para intentar contarla desde cero.

—¡Zack! —siguió gritando ella, hasta que Cranium se enervó de repente y ella prestó atención a la nada—. ¿Lo hueles?

—¡Cerca, cerca!

Zoey se apresuró a bajar todavía más, mirando a su alrededor y

gritando el nombre sin parar. Sin embargo, pasó un rato hasta que obtuvo un sonido en respuesta a sus gritos.

Después de bajar tres peldaños más, acompañada de su sol artificial, captó a lo lejos una figura de cabello rubio que trepaba por las rocas de las laderas con dificultad.

—¡Zack! —repitió ella, emocionada, feliz y aliviada.

Él pareció oírla, levantó la cabeza y sonrió.

—¡Estás bien! —gritó Zoey, emocionada, mientras creaba algunos escudos más para aproximarse a su novio.

—Claro que estoy bien, linda —contestó él, todavía unos cuántos metros más abajo—. Escucha, no desciendas más y hazme una de esas escaleras para que yo te alcance, ya no sé cuánto llevo subiendo.

Con un asentimiento de la cabeza, ella obedeció y aguardo, junto con Cranium.

Cuando Zack llegó hasta su novia, la miró y no pudo evitar sonreír. Ella hizo lo mismo.

—¡Casi me muero de la angustia! —exclamó Zoey de repente, echándose entre los brazos de él—. ¡Estás bien!

—Tranquila. —Zack la separó por un segundo para sujetarle la cara y plantarle un sonoro beso en los labios—. Gracias por venir por mí.

—Es que no subías, y yo no sabía qué hacer —replicó Zoey, anudando los brazos alrededor del cuello de él cuello—. ¿Por qué no saltabas? ¿Por qué no usabas tu magia?

—No podía —admitió él—. No sé qué es lo que pasa aquí abajo, pero mis poderes se volvieron nulos. Al ver tus llamas me sorprendí —señaló una bola de fuego y luego apuntó hacia abajo—. Algunas se perdieron todavía más en lo hondo. —Hizo una pausa—. Mientras, yo tuve que usar parte de los escombros que caían para poder impulsarme hacia las paredes, había caído muchísimo más abajo que esto.

—Cranium te estaba olfateando —indicó Zoey—, no escuchaste cómo te llamaba, ¿no?

—Para nada. No te escuché hasta que estuviste cerca —admitió él, trepando al último campo de fuerza para quedar al lado de ella—. Este abismo es extraño, es como si los sonidos se perdieran con facilidad.

Zack ayudó a Zoey a subir al siguiente escudo para comenzar con el ascenso. Más tranquila, y feliz porque él estaba sano y salvo, la muchacha creó escalones intermedios para que pudieran subir como si estuvieran en una escalera normal.

Conversaron un poco de camino a la superficie, él halagó la mejoría en la magia de ella y señaló qué tan lindos eran sus escudos; también

le preguntó cómo había logrado crearlos. Zoey le contó que se lo había tomado con verdadera responsabilidad y que se había convencido de que él dependía de ella. Enseguida, Zack la rodeó con un brazo por arriba de los hombros.

—Casi que sí, porque a veces no tenía de dónde agarrarme. No estoy cansado, obvio, pero sí me aburría y me preocupaba no poder llegar contigo. Gracias por venir por mí, en serio —repitió él.

—De nada.

—¿Cómo llegaste hasta él? —murmuró Zack, señalando a Cranium, que corría por las escaleras mágicas hacia arriba, delante de ellos.

—Le hice un puente. Me dijo que olió a trampa humana y que por eso no cruzó.

—Y no nos avisó —rezongó Zackary, fulminando al animal con la mirada—. ¡Qué buen compañero!

Zoey le palmeó la mano que él tenía sobre su hombro, calmándolo.

—No creo que lo haya hecho a propósito. Hace siglos que no está con humanos, no debe entender mucho.

Pasaron mucho más de un cuarto de hora subiendo las escaleras, Zoey empezó a arrastrar los pies y a quejarse antes de llegar. Bajar no era tan difícil como subir cientos de escalones, sus piernas empezaron a rendirse.

—Ya que bajé por ti —dijo entonces, colgándose de él—, ¿no quieres llevarme de vuelta hacia arriba?

Zack se carcajeó y la cargó en un instante. Pronto, alcanzó a Cranium, que seguía corriendo, y los tres llegaron a la superficie en tiempo récord, mucho antes de lo que Zoey había calculado.

Una vez arriba, seguros y con más aire fresco —dentro de las limitaciones del lugar—, él bajó a su novia y suspiró.

Podrían relajarse por algunos momentos.

—Todo esto nos llevó horas —dijo Zack, mirando su reloj de pulsera.

Zoey se dejó caer contra la baranda y se pasó las manos por la cara.

—¿Estás cansada?

—Creo que sí —contestó ella—. ¿Qué hora es?

—Casi las nueve. Deberíamos buscar algún lugar para descansar.

Zack acercó a ella y le pasó un brazo por detrás de la cintura. Con poderes del dije, siendo Lapis Exilis o lo que fuera, ella seguía siendo una niña de dieciséis años, y estaba agotada.

Él recogió las maletas con una sola mano para ayudarla, no valía la pena que Zoey usara su magia para que levitaran en esos momentos.

Caminaron despacio por la calle principal de la ciudad. Tal y como en el inicio de ese extraño mundo, las casas estaban mayormente vacías y el polvo se acumulaba sobre las superficies. Por fortuna, no les costó mucho elegir una construcción para refugiarse. Entraron por el umbral y Zack comenzó a preparar todo para su descanso, ayudado por la luz del sol mágico de Zoey, mientras ella apoyaba la espalda contra la pared y suspiraba.

Cranium se acercó y se sentó al lado de ella para esperar también. Entonces, cuando la chica giró la cabeza y lo observó, él le devolvió la mirada.

—¿Lapis Exilis está bien?

—Sí, solo tengo sueño —explicó ella.

Zack le pasó un paquete de galletitas de agua. Esa era toda la comida que obtendría hasta que pudieran salir de allí. Resignada, Zoey comió varias y se arrimó a su novio.

No se metió en la bolsa de dormir de inmediato; en cambio, optó por abrazar al chico con toda su fuerza. Zackary le correspondió, como era de esperarse, pero se alarmó cuando la escuchó gemir.

—No llores —pidió él, pero Zoey dejó escapar algunas lágrimas.

—Perdón —dijo—. Aunque confiaba en ti… por un momento… tuve miedo de que no volvieras.

Él no supo que responder, tan solo la contuvo.

Continuaron abrazados hasta que ella se separó, le agarró la cara y lo besó con fuerza. Hacía demasiado tiempo que no se daban atención mutua de ese modo. Habían pasado diez días de viajes pesados, de preocupaciones y de angustias. Pero allí, ella fue consciente de cuánto lo necesitaba.

Profundizó el beso tanto como pudo y le alegró que él pareciera sentir lo mismo, como una urgencia que habían guardado por prioridades y por cuestiones serias e importantes. En ese momento, ambos pactaron en silencio que nada más era primordial. No después de todo lo que habían pasado y sabiendo que podían morir pronto.

Zoey se separó luego de un rato y lo miró.

—¿Qué voy a hacer si te pasa algo? —preguntó.

Él le acarició la mejilla.

—Seguir luchando, como hasta ahora.

—No es así de simple. ¡No puedo seguir con todo esto sin ti! No puedo hacerlo sola —sollozó ella, apoyando la frente contra el mentón de él.

Zack suspiró, pero la abrazó nuevamente y la atrajo a su pecho, con una sensación de agobio en que no podía describir.

—Zo —murmuró él—, siempre supimos que quizá yo no podría quedarme a tu lado hasta el final. Pero sabes también que, pase lo que pase, estaré contigo en todo momento, aunque no puedas verme.

Ella negó con la cabeza, sin levantarla.

—No digas eso, es horrible. Por favor.

—Pero es la realidad…

—Ya sé que es la realidad —aclaró ella, acongojada—, pero, aunque haya pasado tiempo repitiéndome lo mismo, voy a ser sincera: no estoy dispuesta a aceptarlo. —Levantó la mirada y se encontró con los ojos de él, tristes y preocupados—. Si yo pudiera…, con el poder del dije, revivirte —musitó, poniéndole una mano en el pecho, a la altura del corazón de él—, darle a este cuerpo vida, ¿lo aceptarías? ¿Te quedarías conmigo?

Se dio cuenta apenas un segundo después de que lo dicho podría haberse malinterpretado. Bajó la mirada, se mojó los labios e intentó arreglarse.

Zack sopesaba sus palabras y Cranium los miraba con curiosidad desde un rincón.

—Zo… —murmuró él.

—Quiero decir —interrumpió la chica—. No es que tengas que quedarte conmigo siempre. No es… —Zoey cerró los ojos durante un segundo—. Me refiero a que serás libre, te devolveré tu vida y podrás hacer lo que quieras con ella. Estar conmigo o no, es cosa tuya. Yo solo quiero que estés en este mundo, ¿me entiendes? Vivo, de verdad. Con la oportunidad de crecer y de soñar con el futuro.

Zack esbozó una sonrisa triste. Volvió a acariciarle la mejilla y ella esperó durante un buen rato a que le diera una respuesta, que en el fondo sabía cuál iba a ser.

—No lo sé. Cuando terminemos con todo esto, cuando destruyamos a Peat y seamos libres… —musitó con un suspiro, detuvo lo que iba a decir y cambió la frase—. Yo estoy muerto, quizás este es mi destino. No sabemos el alcance de los poderes de el dije. Crear un cuerpo vivo no debería ser posible, y no podemos dejarnos llevar por ilusiones. No quiero que te aferres a ello cuando podría no ser real.

—Quizá no, quizá sí. Quizá mi destino sea salvarte a ti. Quizá sí sea posible y real —insistió ella.

Zack no respondió de inmediato, solo volvió a apretarla contra él.

—Siempre querré estar contigo —aseguró y besó la frente de ella—. No importa si es en vida, en la muerte, del otro lado o de este. Yo siempre voy a estar contigo —finalizó.

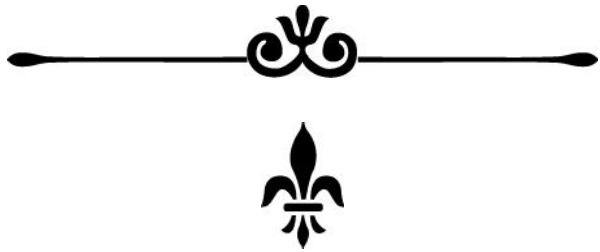
Zoey dejó caer la cabeza sobre el hombro de él y contuvo las ganas

de llorar otra vez. Todo lo que ocurría en su vida era siempre un «tal vez», sabía que ya debería estar acostumbrada a eso, a disfrutar de cada instante, a no planificar más allá, y como Zack lo había hecho siempre. Pero estaba cansándose de la situación.

—Vas a estar conmigo —prometió ella, segura de que, a como diera lugar, iba a revivirlo.

Él se rio suavemente, tal vez para no contradecirla, o quizá porque creía que Zoey lo decía en sentido figurado. Volvió a besarla y le revolvió el cabello con picardía.

—Siempre.



Capítulo 14

Zoey se despertó con brusquedad. Había una voz flotando por el aire, fuera de la casa. Se irguió de entre los brazos de Zack y se levantó sin observarlo. Ni siquiera se fijó en Cranium como para comprobar que no fuese él el que estuviese afuera.

Ella creía reconocer la voz, le había hablado horas antes. En silencio, salió a la casa y siguió el eco del susurro hasta llegar a unas escaleras en medio de la avenida que se abrían hacia el resto de la monstruosa ciudad. Como si no tuviese nada más que hacer que perseguir muertos, Zoey puso un pie en el primer escalón y el mundo oscuro y tenebroso a su alrededor se desvaneció.

Lo reemplazó una urbe alegre, viva y llena de sonidos. Muchas personas pasaban por su lado, con largas túnicas y velos, con jarrones en sus brazos y conversaciones informales que ella no podía entender. Había movimiento y hasta discusiones tontas, pero el ritmo se notaba con cada ser vivo que se cruzaba en su camino. Perros y gatos se perseguían, hombres arrastraban carretas, mujeres llevaban canastas y varios niños hacían volar guirnaldas de papel.

Zoey dio algunos pasos hacia arriba, apenas avanzó unos metros. Nadie la miraba, tal vez porque no estaba realmente allí.
Se giró sobre sí misma, rodeada por una muchedumbre que no tenía nada que temer.

Entonces, mucho más allá, en la escalera siguiente de la gran calle principal, le pareció notar que un par de ojos claros sí se fijaban en ella. Se quedó quieta hasta enfocar bien con la mirada al hombre que la observaba. No lo conocía, jamás lo había visto, pero, al contrario de todo ese recuerdo del pueblo vivo, él sí era consciente de ella.

Justo en ese momento, Zoey notó que el extraño no solo llevaba una capa hermosa y dorada, sino que tenía una corona de espigas de oro sobre el cabello rubio. Su rostro, que se parecía muchísimo al de Zack, era bello y natural, pero parecía preocupado por algo.

—Hija —la llamó el rey desde donde estaba, con el mismo tono que había usado en sus susurros previos.

El sobresalto fue tal que Zoey se despertó de verdad y no dentro un sueño. Zack la miró, confundido, y Cranium levantó la cabeza.

—¿Zo?

—Tuve un sueño.

—Sí, claro que sí —afirmó él, con una media sonrisa—. ¿Qué viste?

Ella trató de despejarse la cabeza para ordenar las ideas. Bebió un poco de agua de la botella que su novio le tendía y luego se serenó, respirando pausadamente antes de poder contarle.

—El rey se parece mucho a ti. Demasiado —fue lo primero que dijo, logrando que Zack arqueara una ceja.

—¿A mí?

—Como su hijito. ¿Lo recuerdas? Cuando te dije que lo vi en un sueño, que el rey le decía que debía irse, también pensé que se parecía a ti —Hizo una pausa—. Bueno, ahora que lo vi realmente de frente, sé que él es como una versión adulta tuya. Estoy segura de que debes tener alguna relación con él. ¿Sanguínea? Debes descender de él, Zack, estoy segura de que sí.

Él arrugó la frente.

—¿Y si es una coincidencia? Porque mira que el dije no estuvo a gusto conmigo, sino más bien contigo.

Zoey frunció el ceño también, pensativa. Por alguna razón, el rey había sido muy directo con ella. La había llamado «hija» y sentía que también significaba algo. Observó a Zack y luego se miró a sí misma, pensando en las posibilidades, aunque pudieran ser una en un millón.

—Él me llamó de una manera… poco común para alguien que en realidad está muerto hace miles de años —contó, mirándose las manos. Tomó la de Zack y la dio vuelta, como si buscara alguna similitud entre sus palmas—. Me dijo «hija».

Se quedaron callados por un rato, él estaba pensando en lo mismo que ella o, al menos, en algo bastante parecido. Zoey consideraba la posibilidad demasiado alocada y no sabía si era buena idea soltar sus ideas al aire. Ya se pasaban casi todo el tiempo debatiendo sobre castillos en las nubes y agregar otra chifladura a la lista le parecía un sinsentido.

—Yo creo que entonces la que desciende de él podrías ser tú —dijo Zack, agarrándole la mano y llevándosela a los labios—. ¿O no? El dije te eligió, se aferró a ti, te mantuvo con vida, se fusionó contigo y te ha hablado y guiado. Nunca hizo eso con nadie más, por mucho que el libro hable de posesiones hacia otros portadores. Tú eres especial para

él.

Sí, en eso tenía razón, pero no ella no se sentía cómoda.

Observó a su novio con una expresión algo cansada porque había dormido muy poco. Luego, suspiró. Si Zack llegaba a tener razón y ella descendía del rey, del niño que se había salvado de las garras de Peat, eso podía explicar por qué el enemigo se había enojado tanto en la pelea. Y, si en realidad no lo sabía, no le gustaría enterarse de que la sangre del rey seguía viva en ella.

—No sé —dijo al final, volviendo a acurrucarse—. Sigues pareciéndote demasiado a él.

Zack no le contestó. La abrazó como siempre y la mimó hasta que ella pudo dormirse otra vez, aunque fuera por un rato.

Cuando Zoey se despertó nuevamente poco después, no fue capaz de conciliar el sueño y ambos optaron por ponerse en marcha. Salieron de la casa, seguidos por Cranium y por sus preocupaciones sobre la comida que les quedaba.

En algunos minutos llegaron a las escaleras que ella había visto en su sueño; se detuvo por pura inercia.

—Este lugar era bastante lindo —comentó sin pensarlo—. Vivía mucha gente aquí.

—¿Qué habrá pasado con ellos? —preguntó su compañero—. Imagino que habrán huido a los portales. —Tomó aire—. Y, hablando de eso… —Se giró hacia Cranium, que subía las escaleras por detrás, y lo encaró—. ¿Tienes idea de cuánto falta para llegar a otro?

Cranium levantó la cabeza.

—¿Portales? Aquí, aquí. Hay uno por aquí.

Zoey sintió un verdadero alivio y pareció que Zack pasaba por lo mismo, porque ambos sonrieron y decidieron, tras cruzar algunas palabras, que saldrían de ese mundo por un tiempo para poder abastecerse.

Cra volvió a liderar el camino, guiándolos por calles y escaleras que serpenteaban constantemente a través de la ciudad, hasta lo que parecía ser un gran arco de piedra en el medio de una plaza circular. Allí no había ninguna pared donde podría haber un portal, pero cuando el perrito se sentó delante de las escaleras que llevaban al arco, no les quedó duda de que se refería a eso.

—Okey —dijo Zoey, poniendo las manos en su cintura—. ¿Y ahora qué hacemos?

Por supuesto, ni el bicho ni Zack tenían las respuestas, no sabían si este portal se abría de la misma manera que el previo.

—Intentémoslo como la otra vez. No olvides que el dije había dicho

que el portal del colegio se habría con lo dicho ahí. Y eso mismo funcionó en el fuerte, así que aquí debe ser igual —sugirió Zackary,

Ella asintió. Subió las últimas escaleras y trató de buscar alguna escritura.

Él la imitó; se aproximó al portal para examinarlo. Sin embargo, cuando notó que Cranium se disponía a seguirlo, lo detuvo.

—Tú no puedes venir con nosotros, amiguito. Eres muy raro para el otro mundo.

Cranium pareció mirarlo, confundido, pero fue evidente que comprendía las palabras cuando dirigió su incógnita a Zoey.

—¿Lapis Exilis? —preguntó, hasta con una nota acongojada.

Ella hizo una mueca. Le daba pena dejarlo allí. Parecía que a Cranium le gustaba estar acompañado y que se había encariñado con ellos tanto como ella con él.

Pero Zack tenía razón.

—Volveremos en unas horas, ¿sí? En nuestro mundo no existe nada como tú, no sabríamos cómo ocultarte para que la gente no entre en pánico. ¿Lo entiendes? Los asustarías.

—Lapis Exilis no está asustada —murmuró él.

Los chicos hicieron una mueca e intercambiaron miradas.

—Creo que ya se olvidó de nuestra primera reacción —contestó Zack antes de dirigirse otra vez al bicho—. Acuérdate que nos aterraste, enano. Y tú también estabas ansioso con nosotros.

Como Cranium no contestó, Zoey apretó los labios y le dirigió una mirada apenada.

—Solo tienes que esperarnos aquí. Volveremos.

Se encaminaron al arco, Zoey extendió las manos hacia él. Zack se paró a un lado, con los bolsos en las manos. Cra caminó hasta detenerse detrás de ambos. En el momento en que ella invocó la profecía y usó su magia, el animalito estiró la nariz y comenzó a olfatear.

—¡Lapis Exilis! —exclamó, de pronto.

Los chicos se voltearon, alarmados, pero Cranium seguía mirando hacia arriba.

—Trampa, trampa humana. ¡Cuidado!

—¿Qué cosa…? —dijo Zack, estirando una mano hacia ella a medida que el portal se abría y dejaba ver, del otro lado, una especie de cueva.

El arco comenzó a agitarse. Al siguiente segundo, se derrumbaba.

—¡Corre! —gritó Zack al comprender.

Zoey no necesitó mucho para lanzarse contra el portal. Atravesó la pantalla brillante que dividía ese mundo del suyo y Zackary la siguió, arrojando los bolsos del otro lado.

Antes de que pudieran preocuparse por algo más, pedazos enteros de roca cayeron sobre la puerta dimensional, bloqueando el paso. Ella logró ver la cara de Cra, asustada, antes de que Zack la empujara fuera del alcance de un pedazo enorme de arco que fue a parar a la cueva con ellos.

En un parpadeo, estaban del otro lado.

Pronto, todo quedó en silencio y en oscuridad. Cuando el polvo se asentó, en medio de jadeos, Zoey entendió que la única luminosidad que había existido antes se debía al tenue resplandor del crepúsculo eterno del mundo abandonado.

—Mierda —gazno Zack, a su lado, estirando una mano para tocarla —. Estás entera, ¿no?

—Sí, ¿y Cranium? —preguntó ella.

Aunque sentía algo pesado sobre las rodillas, asumía que debía ser uno de los bolsos. Zoey invocó una bola de llamas para ver a su alrededor y gritó. El perro infernal estaba sobre sus piernas; había pasado a su mundo en el último segundo, antes de que el portal se viera destruido y la entrada quedara inutilizable.

Era bastante más ligero de lo que parecía. Ella conjeturó que debía ser por su gran falta de cartílagos y músculos. Cranium era, en su mayoría, hueso: como su cabeza, su cola y parte de sus
patas. Dudaba que tuviese órganos como los de un perro de verdad en la parte de su torso, que se parecía a un armadillo. Lo otro que notó fue tenía la barriga peludita.

—¡Carajo! —exclamó Zack, agarrándolo con brusquedad—. ¿Cómo te vas a subir así a ella?

Zoey intentó que no se le notara en la cara lo estupefacta que estaba por ese contacto tan cercano. Sí, le tenía cariño. Sí, seguía pensando que era feo, aunque inofensivo. Pero sí, también era cierto que Cranium era una criatura demasiado rara y tétrica como para querer tenerla encima. El contacto con sus huesos no le gustaba nada.

—Lapis Exilis no iba a poder volver —murmuró Cranium cuando Zack lo dejó torpemente sobre el suelo—. Quería ir con ella. ¿Y si me quedaba solo otra vez? No me gusta, no me gusta. Estuve mucho tiempo solo.

Zack lo miró, contrariado, mientras se sacudía el polvo.

Zoey sintió pena y culpa por seguir considerándolo feo y por no querer tocarlo. Cranium era una pobre criatura condenada a la

soledad, no había elegido ser como era. Además, esa había sido la confesión más grande, sincera y lista que había hecho hasta ahora. Él tenía sentimientos reales.

—Siento haber gritado —le dijo, levantándose—. Perdóname, no esperaba que estuvieras encima de mí. Creí que te habías quedado del otro lado.

Cranium no respondió a las disculpas, pero pareció aceptarlas con un estornudo. Se sacudió y se quedó de pie.

A medida que ellos se recuperaban del susto y de la sorpresa, analizaban en dónde estaban y miraban el resto del portal.

—Una trampa como la del puente —rezongó Zack—. Alguien no quería que lo siguieran.

—Los templarios se cuidaban las espaldas —contestó ella, sacudiéndose el polvo otra vez. Se giró sobre sí misma y envío las llamas hacia las velas derretidas que estaban apiladas en varios huecos en las paredes. La cueva estaba tallada en la roca, similar a los pasajes del antiguo fuerte. Había escrituras en los muros, pero no correspondían al extraño idioma que siempre encontraban en los lugares relacionados al dije. Parecía ser latín, simple y llano latín—. ¿Dónde estaremos?

Zack recogió los bolsos y apretó los labios.

—Tendremos que salir para averiguarlo. Y con Cra, ¿qué hacemos?

Era probable que en la superficie hubiera personas. Suponían que podían estar en algún otro punto de Argentina, teniendo en cuenta las distancias que habían recorrido. Daba igual. Estuviesen donde estuviesen, Cranium aterraría a cualquiera.

Zoey se cruzó de brazos, pensativa, tratando de encontrar alguna solución. Tendrían que disfrazarlo con algo, porque ya no podían obligarlo a esperar allí. No había ningún lugar a dónde volver. Si querían regresar al otro mundo, tendrían que localizar otro portal.

—¡Una ilusión! —dijo ella entonces, dando una palmada—. Disfrázalo con una ilusión, como con el DNI de tu hermana. Haz que vean un perro normal.

Zack le sonrió al instante y envió un hechizo simple a la criatura. Por un segundo, Cranium se vio como un Beagle. Cuando ella pestañó, volvió a ser el de siempre.

—Listo.

—¿En serio? —dijo Zoey, inclinándose hacia el perro—. Lo veo como siempre.

—Parece un Beagle ahora, estoy seguro.

Zoey frunció el ceño y se irguió.

—¿Y por qué la luz azulada? Tus hechizos nunca fueron visibles. Excepto las burbujas.

De la nada, Zack le dirigió una sonrisa espeluznante. La observó de una manera extraña y ella casi que dio un paso hacia atrás.

—¿Qué? —preguntó, confundida.

—Señorita Scott —dijo él, riéndose por lo bajo—. Usted es ahora capaz de ver la magia —explicó—. ¿Recuerdas las veces que te dije que la magia deja rastros, que yo podía verla? Es lo que está haciendo ahora. Mi magia siempre tiene colores para mí. Cualquier persona común lo que verá cuando vea a Cranium será un Beagle. Pero tú ya no ves mis ilusiones. Te estás poniendo fuerte, más de lo que ya estabas —bromeó entonces con doble sentido y se acercó a ella para darle una palmadita en el trasero.

Zoey pegó un brinco y luego le dirigió un golpe en el hombro, bien directo, por atrevido.

—Me estaba preguntando dónde estaba el Zack malpensado de toda la vida —bufó ella, sacudiendo la cabeza.

Sin esperarlo, ella comenzó a caminar por la cueva. Tomaba nota mental de la existencia de antiguas velas olvidadas por siglos a medida que avanzaba con cuidado, seguida de forma automática por Cranium. La chica se preguntaba en dónde podría estar ese lugar que mantenían como un sitio de culto. Supuso que los pasadizos serían largos, pero enseguida sintió una pequeña brisa y pudo notar un halo de luz.

Fue Cranium el curioso que olfateó de aquí para allá, señalando el camino; sin embargo, al llegar al final de la cueva, el pequeño agujero que daba al exterior tenía apenas el tamaño de una pelota de tenis.

Zack metió la mano y empujó con los dedos para agrandar el agujero. Tanto Cra como Zoey se quedaron atrás; entrecerraron los ojos cuando la luz aumentó y el hoyo fue lo suficientemente grande como para que pudieran arrastrarse por él.

—¡Uf! —se quejó ella mientras trepaba trepó por la abertura hasta el campo.

Había estado usando *jeans* y camisetas de manga corta porque en Argentina era primavera, casi verano. Pero allí estaba helando.

—¡Hace frío! —avisó a Zack, que la había dejado salir primero.

Él se miró el reloj de pulsera y luego inspeccionó el ambiente, a plena luz del sol, con el ceño fruncido.

—Creo que no estamos en nuestro país —murmuró él—. A riesgo de sonar como un estúpido, mira la hora que se supone que es.

Estiró la mano y Zoey se acercó a él, gateando por el suelo. Según

el reloj, eran apenas las cuatro de la mañana. Pero en ese lugar el sol estaba bastante alto.

—¿Y dónde podríamos estar?

Se quedaron junto al hueco que llevaba a la cueva, dentro de lo que era una pequeña colina. Cranium se animó a salir poco después, con el hocico hacia arriba y el rabo de huesos entre las patas. No acotó nada sobre lo que olfateaba, para Zoey todo olía a tierra húmeda y a pasto.

—Parece una granja —comentó ella cuando se pusieron de pie y decidieron alejarse un poco para ver mejor el sitio.

Si estaban realmente en el medio del campo, iban a tener que arreglárselas para trasladarse a una ciudad donde pudiesen conseguir comida; una buena cama también era una idea genial.

Zack asintió.

Se alejaron de allí sin dejar de mirar a su alrededor. Dudaban estar en peligro, habían pasado demasiado tiempo dentro del otro mundo y, al salir por ahí, era poco probable que algún enemigo —en especial Peat— pudiese encontrarlos.

Marcharon casi en silencio. Cranium se distraía menos en aquel lugar que en sitio en el que había nacido. Lo interpretaron como una alerta constante de su parte. No corrió ni se alejó, se mantuvo pegado a sus pies como cualquier perro fiel.

Pasado un rato, llegaron a una tranquera. Zack abrió la puerta con magia, sin detenerse demasiado. Volvió a mirar para todos lados, por si se encontraban al dueño de la granja y pensaba que estaban robando, y continuaron por un sendero de tierra con marcas de autos y de tractores. No tenían idea de a dónde ir, pero suponían que, si seguían por allí, podrían llegar a alguna ruta estatal.

Durante el trayecto, Zoey empezó a ponerse más y más capas de ropa encima. Otra camiseta, un saco de lana fino, una campera de algodón y frisa, etcétera. Cuando no le quedaron más opciones, tiritó de frío y se abrazó a sí misma. Ese era un frío invernal e iba a tener que conseguirse algo más grueso.

—Aguanta, tú puedes —pidió Zack, pasándole un brazo libre por encima de los hombros—. Te llevaría de no ser porque temo que nos vean haciendo magia.

—Haz una ilusión sobre nosotros —sugirió ella cuando vieron otra tranquera a lo lejos—. Haznos invisibles. Así puedo tirarme una de las mantas por arriba mientras me cargas, los bolsos irán flotando y avanzaremos más rápido. Tenemos que salir de este campo.

Él no perdió el tiempo. Lanzó otro hechizo, ahora de colores para ella, sobre sus cuerpos. Así, los tres se volvieron invisibles para los

ojos de cualquier ser humano que se cruzaran. Sacaron una de las frazadas de los bolsos y Zoey se envolvió en ella tanto como pudo. Ya sin tiritar, hizo levitar el equipaje y aguardó a que Zack la alzara como si fuese una princesa y comenzara a correr por el camino de tierra.

Llegaron a la siguiente tranquera en menos de un minuto y se detuvieron para esperar a Cranium, que corría detrás. Cuando los alcanzó, el muchacho continuó corriendo hasta que pudo ver una casita y un tractor funcionando en la lejanía.

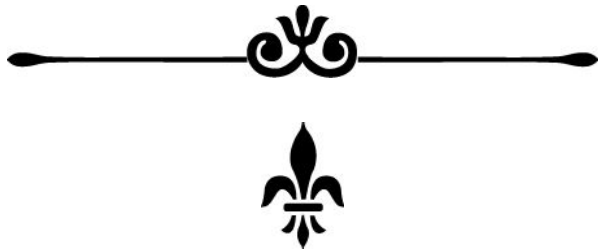
—Vayamos hasta ahí —sugirió ella, con los dientes apretados.

Arribaron a la pequeña vivienda y, al rodearla, se encontraron de lleno con dos mujeres bien abrigadas y con botas de goma altas que tiraban de una vaca. Se quedaron mudos. Cranium clavó las platas en la tierra, llamando la atención de una de las señoras.

—*You saw that?* —preguntó una.

—*Did you see that?*

Zack y Zoey se miraron. Ya sabían que no estaban en Argentina, pero ahora les quedaba claro que estaban muy, pero muy lejos de casa.



Capítulo 15

Rodearon con cuidado a las dos mujeres, tratando de que su movimiento fuera imperceptible. Sin embargo, Cranium volvió a correr, atento a las señoras y bastante curioso; ambas extrañas gritaron al ver las huellas de sus patas aparecer en la tierra.

Zoey hizo una mueca de preocupación y Zack chistó para llamar la atención del bicho, no quería hablar para no aterrar incluso más a las mujeres.

Pero ya era tarde: Cranium había pegado el hocico a la pierna de una de ellas.

—¡Te dije que no, Cra! —gritó Zackary, exasperado.

Con eso último, las señoras soltaron a la vaca y huyeron despavoridas.

—Perfecto. Saldrá en las noticias que había fantasmas en una granja —murmuró él, malhumorado.

—Además de una cueva con velas antiguas que llevaba a otro mundo, no lo olvides —susurró Zoey con sarcasmo—. Ah, y añade que los fantasmas hablaban español.

—Hablando de eso —mencionó él mientras señalaba a las pobres mujeres que seguían corriendo—. ¿No parecían inglesas? Digo, por el acento. ¿Estaremos en Inglaterra?

Mientras Zoey sopesaba la posibilidad, él volvió a chistarle a Cranium para que los siguiera. Frente a ellos iniciaba un camino que de seguro llevaba a alguna ruta o autopista mayor.

—¿Cruzamos el océano en solo diez días? —musitó ella cuando Zack volvía a correr—. Es increíble.

Luego de algunos minutos en movimiento, llegaron a una ruta poco transitada y lamentaron no tener un GPS o un mapa para saber hacia dónde era mejor ir. Apostaron al azar y viraron hacia la derecha, manteniéndose a un costado de la carretera. Solo podían cruzar los

dedos y desear haber elegido la dirección correcta para llegar al pueblo más cercano. Necesitaban abastecerse, descansar y averiguar qué hacer a continuación.

Zack corrió por casi una hora, no podía dejar de preguntarse cuánto hubiese corrido de haber ido hacia la izquierda. Ya no importaba. Al final, arribaron a un pequeño pueblo y él bajó a Zoey, todavía envuelta en la manta, para poder quitar la ilusión que los había protegido durante el trayecto.

Cuando el pueblo fue consciente de ellos, los jóvenes se arrepintieron de su decisión. Después de todo, eran dos extraños con un perro Beagle que hablaban español, su edad no ayudaba.

Algo no estaba bien allí, ellos lo notaban en la mirada de la multitud.

Consternada, Zoey tiró de Zack hacia una callecita apartada y le suplicó que volviera a poner la ilusión. Mientras él ponderaba la posibilidad, mencionó el asunto de la comida.

—No tenemos más dinero. Voy a tener que robar otra vez —musitó él, al tiempo que generaba otra ilusión.

—No está bien robar. Si desaparecen cosas en este pueblo, todos sabrán que fueron los extraños con el perro —exclamó ella, mirando a su alrededor. Por suerte, nadie se había acercado a esa calle, que termina en otro campo muy cerca de allí.

—Aunque así fuera, ni siquiera tenemos dólares. O libras o euros o lo que sea. Necesitamos dinero de este país si queremos comer y conseguir un lugar para dormir. Tú necesitas una cama en la que dormir por algunas horas.

Zoey apretó los labios. Por cómo veía la cosa, parecían no tener otra opción. Asintió finalmente y se quedó sentada contra una pared de una casa vieja, con Cranium a los pies, mientras Zack se despedía. Aunque la ilusión seguiría vigente sobre ambos, ella completó la magia con un escudo a su alrededor, por las dudas.

Esperó un largo rato, tiritando y abrazándose a sí misma. Aunque Cra se sentó junto a ella, no significaba ningún tipo de reparo contra el frío. Tomó otra la manta de los bolsos se la echó sobre los pies. Si alguien la hubiese podido ver, hubiera pensado que era una indigente.

Zoey se dedicó a mirar su alrededor, cada vez más convencida de que debían estar en Inglaterra. Las casas parecían más que solo «viejas» y, aunque la calle por la que habían entrado era de pavimento oscuro y moderno, el sitio en el que ella se encontraba en esos momentos tenía veredas angostas y pintorescas, además de adoquines antiguos. La arquitectura y la estética del lugar también evidenciaban que se trataba algún punto de Europa.

—¿Qué te parece, Cra? —preguntó ella, girándose hacia él, que también había estado inspeccionando su alrededor.

—Huele a huesos por allí, muchos, muchos huesos —dijo, olfateando hacia la calle principal.

Ella hizo una mueca. Sí, había mucha gente viva y llena de huesos, pero también supuso que debía haber un cementerio, apto para él, cerca.

—Pero no podemos ir, ¿lo entiendes?

Cranium la miró.

—Sí, Lapis Exilis. Yo me quedo.

—Te conseguiremos algunos huesos… pronto. Pero estoy segura de que puedes esperar —aseguró.

Después de todo, él había pasado siglos sin comer nada.

Zack regresó cerca de dos horas después, cuando ella ya era casi un cubo de hielo; ni siquiera su fuego había servido para mantenerla caliente. El chico iba cargado con un nuevo bolso lleno de cosas y se detuvo junto a ella para pasarle una campera gruesa por encima.

—¿La robaste?

—No, esto no—explicó él mientras ella metía las manos en las mangas del abrigo—. Conseguí dinero. Tuve que saquear la caja del único banco de este pueblo. Con eso, compré varias cosas. Si robaba en tiendas la gente lo notaría. Tengo un mapa también, ya sé dónde estamos —dijo, extendiéndolo para ella—. Much Wenlock, Shropshire, Inglaterra. En la loma del traste —añadió después—. Es increíble.

Zoey tomó el mapa; no sabía dónde estaba el pueblo en ese papel y que revisar era en vano porque tampoco sabía hacia dónde ir.

—Al menos es pintoresco —musitó ella por fin, cuando él sacó del bolso un gran sándwich que la distrajo—. ¡Comida!

—Creo que con esto podemos fingir que somos mochileros y que andamos viajando. Podemos meternos en un hotel haciendo invisible solo a Cra. Y nos convendría buscar una computadora, para ver qué más podemos encontrar sobre templarios en la zona.

—Quiero dormir una noche completa —dijo ella, masticando.

Extrañaba tanto descansar en una cama que ya fantaseaba con un buen colchón. Se imaginó dejándose caer sobre uno y sonrió como una boba.

—Yo también extraño las camas —comentó él, devolviéndole la sonrisa boba.

Zoey tardó en entender el chiste. Negó y le dio un manotazo al aire ante la incomodidad.

—Come tranquila que luego marcharemos —cambió de tema él—. Vamos a necesitar ropa para mí porque, aunque no sienta frío, todo el mundo va a mirarme raro si ando en camiseta.

—Y estamos muy sucios —agregó Zoey.

Ella comió con prisa mientras Cranium seguía atentamente con la mirada a una mujer que entró en la callecita. Los dos prestaron atención a su reacción, pero, por suerte, el perro se comportó y, cuando la señora estuvo lejos, volvió sus cuencas vacías hacia Lapis Exilis, tal y como él le decía.

Cuando hubo tomado agua y recuperado fuerzas, Zoey se puso de pie y se acomodó bien la campera. Guardaron las mantas dentro de los bolsos y Zack le mostró la cantidad de dinero que había tenido que robar. En ese momento ella se dio cuenta de que sentir culpa no iba a solucionar nada. Se mentalizó a apartar esos sentimientos y aceptó que lo necesitaban y que no era solo por su bien, sino por el de todas las personas que podrían quedar en manos de Peat si él conseguía el poder del dije. Era algo serio.

Listos, dejaron el hechizo de invisibilidad solo para Cranium y salieron a la calle principal, por la cual habían ingresado a Much Wenlock, en busca de un hotel donde pudiesen asentarse y descansar.

No les tomó mucho hallarlo porque el pueblo era diminuto y tenía unas cuantas cuadras para un lado, y unas menos para el otro. Nada más.

Entraron al primer —y, tal vez, único— hotel que encontraron. Sostuvieron la puerta rústica y pintada de blanco por más tiempo de lo normal para que Cra pasara y pidieron una habitación, haciendo uso del inglés escolar que tenían. Por supuesto, Zack era mejor que ella.

La chica de la recepción, unos cuántos años mayor que ambos, frunció el ceño y le preguntó a Zack si no tenía frío. Él explicó que había perdido la maleta en el viaje y que iba a tener que comprarse ropa nueva, pero que estaban tan cansados que preferían descansar primero. A él le costó decirlo en ese idioma, pero sabía que era más creíble para la recepcionista que un simple: «Estoy haciendo un desafío de cuánto puedo aguantar en pleno invierno en este país». Al menos, la empleada les creyó que eran turistas extranjeros y mochileros y, luego de revisar sus «pasaportes»
—simples papeles con una ilusión— les entregó una llave.

Se dirigieron al cuarto que les asignaron y dejaron caer los bolsos contra una de las paredes. Zoey corrió al baño, desesperada por usarlo de todas las maneras posibles, ya que había pasado días y días haciendo sus necesidades en la intemperie —o en el medio de la nada

de un mundo seco y abandonado—. Sentarse en el inodoro le dio una felicidad enorme y hasta se pasó tiempo de más, solo para poder estirar las piernas y tomarse el trabajo de apretar el botón del agua.

Después, se lavó la cara y las manos. Más relajada, abrió la ducha. Zack acudió solito al recinto a dejarle las toallas, el champú y una muda de ropa; ella disfrutó de largos minutos debajo de agua caliente, que revitalizó todos los músculos que se le habían agarrotado por el frío en las últimas horas.

Al salir, se sentía renovada y fresca como una lechuga. Cranium se había quedado sentado cerca de la ventana y Zack le explicó que había estado husmeando todo. Ahí, cuando ella se tiró sobre la enorme cama y agarró el control remoto del televisor, montado en la pared, Zackary tomó su turno en el baño porque también estaba sucio.

La televisión inglesa no tenía nada que decir sobre ella, por supuesto, y era un verdadero alivio. Por primera vez en muchos días se sentía libre de algo que había llevado sobre los hombros sin darse cuenta. No estaba preocupada por Peat, ni por la policía, ni por sus padres. Estaba en otro país y nadie sabía dónde. Era una sensación momentánea de seguridad que estaba dispuesta a disfrutar.

Cuando Zack terminó con su baño, ajustó su reloj de muñeca al horario inglés y propuso a Zoey dejar a Cranium allí mientras ellos iban a comprar ropa acorde con el clima. Además, incluso podían buscar una computadora con Internet.

—Mañana —pidió ella, girando sobre la cama para un lado y para el otro—. Aquí mismo me desmayo.

Se durmió antes de que él le apagara la tele. No tuvo sueños extraños ni visiones con significados raros, sino que fue un descanso pesado y oscuro que la aplastó contra el colchón por horas enteras. Fue reparador y merecido, y se levantó de la cama con la misma sensación de alegría que hacía días no tenía.

Pasaron el resto de la tarde tirados en el lecho, viendo la televisión y riendo por lo dicho en inglés que no entendían. Encontraron un programa de comedia que los mantuvo en vilo durante, al menos, dos horas.

Cuando comenzó a oscurecer, más temprano de lo que solía hacerlo en Argentina, Zack instó a Zoey a abrigarse. Así, los dos salieron del hotel en busca de un lugar donde cenar. Él consiguió una campera en la misma tienda en la que había comprado la de Zoey, con el dinero robado del banco, y luego se sentaron frente a una mesita de la primera cafetería que vieron. Comieron algo caliente y volvieron inmediatamente al hotel cuando notaron que los locales regresaban a sus casas. En ese país cenaban mucho más temprano que lo que ambos

acostumbraban.

Cranium, que los había esperado en la habitación, agitó la cola huesuda cuando los vio entrar. Preguntó por huesos y ambos tuvieron que darle una negativa, un poco apenados. Después de todo, él los había seguido tal y como a los templarios, que le habían dado huesos de regalo por bastante tiempo.

—Veremos qué te conseguimos —musitó Zack, de la misma manera en que lo había hecho ella en la mañana.

—Yo los huelo, puedo ir a buscarlos y tener todos, todos para mí —declaró la criatura.

Los chicos cruzaron miradas, poco seguros sobre qué debían decir a eso. No les parecía buena idea que Cranium anduviera suelto por el pueblo, causando estragos. No sabían cómo se iba a comportar con tal de conseguir unos huesos para él.

—Mañana —prometió Zoey, aunque sabía que no lo cumpliría.

Se metieron bajo las mantas.

Zack se había quitado la ropa gastada por el viaje y estaba solo con unos calzones. Ella no pudo evitar tocarlo y pasar las manos por su pecho, dándole el cariño que él siempre le daba sin pedir nada a cambio.

Cuando las caricias pasaron a ser besos y él terminó sobre ella, tironeando de su ropa y con una ansiedad que ninguno de los dos había experimentado en mucho tiempo, optaron por buscar algo más de intimidad. Zack salió de la cama y envió a Cranium al baño; sin entender un pepino, al criatura se metió en el cuartito.

Solos al fin, se miraron, se sonrieron y se besaron como nunca, disfrutando, quizá, del único momento que iban a tener así. Dudaban que en el futuro pudieran estar juntos, amándose en silencio como lo estaban en ese momento. Todo lo que viniera en los días siguientes sería incierto. Ni siquiera era seguro que fuesen a dormir juntos en otra cama pronto, por lo que Zoey anudó los brazos alrededor del cuello de él y le mordió el labio inferior, extasiada con el amor que sabía que él le tenía. No había forma de dudar de él ni de lo que ella sentía cada vez que lo miraba. Eso no se acabaría nunca, pasara lo que pasara. Sus besos seguían siendo fuego, su tacto tenía una dulzura inigualable y cada suspiro era un susurro del amor que, aun en la corta edad que tenían, juraban que sería para siempre.

Al día siguiente consiguieron una computadora con Internet. Era

lenta porque, según el muchacho del local, que también tenía cabinas telefónicas, las conexiones allí estaban algo gastadas.

Juntos, buscaron información útil. Teclearon «Ciudad de C*ésares*», «Templarios» y «Portales», pero la cantidad de cosas que salieron en Google les resultó confusa. Ninguno de los dos estuvo seguro de qué pensar, sobre todo porque siempre hallaban resultados sobre Argentina que nombraban otros lugares en la Patagonia, no había relación con Europa.

—No hay forma de que volvamos —replicó ella.

—Tiene que haber otros portales en este continente —insistió Zack —. Cranium dijo que no entraron por el de la cueva.

Cambiaron las opciones de búsqueda y se quedaron con «Templarios + portales», pero tampoco obtuvieron grandes revelaciones. Había demasiada charlatanería sobre lugares en donde los templarios hacían rituales, pero eran tantos que se sintieron más perdidos y frustrados que al comienzo. Nada garantizaba que alguno fuese realmente un portal y podían pasar meses buscándolos todos, tiempo que en realidad no tenían.

—Ya sé —dijo Zoey—. «Portales a otros mundos».

Lo siguiente en aparecer en la pantalla fueron *webs* de índole esotérico que poco tenían que ver con los templarios. Chakras, energías, puntos de supuesto culto que no se relacionaban para nada con lo que investigaban. Tuvieron que descartarlo.

—Creo que no somos buenos en esto —musitó ella, después de probar varias opciones más—. Necesitamos a Jessica.

—Pero Jessica no está aquí —dijo Zack, estirándose sobre ella para llegar al teclado—. A ver: «santo grial», «lugares ocultos», «arca de la alianza».

Lo primero que salía sobre eso tenía que ver con una isla y un extraño pozo en el que supuestamente estaba escondido el gran tesoro templario. La isla se encontraba en Norteamérica y también estaba demasiado lejos como para considerarla

—Qué tontos los que gastan dinero buscando ahí —comentó Zoey al cerrar la página con un *click*. Mucha gente fanática cavaba en esa isla para encontrar el tesoro desde hacía décadas—. Necesitamos a Jessica —repitió—. Tiene buena mano para estas cosas.

—¿Qué sugieres? —dijo Zack—. ¿Enviarle un mensaje?

—Me gustaría hablar con ella —admitió la muchacha, mirando por encima de su hombro las cabinas telefónicas.

—Es arriesgado, la policía aún te busca —recordó él.

Zoey se encogió de hombros.

—Me buscan en Argentina, no en Inglaterra.

Con esa idea en la cabeza, pagaron una llamada internacional. Zack marcó el número de la casa de Jess, que Zoey le dictó con cuidado. Si atendía la mamá de su amiga y llegaba a reconocer la voz de la niña desaparecida, estarían en problemas.

Esperaron mientras Zack se enroscaba el cable del teléfono en los dedos.

En efecto, la mamá de Jessica atendió el teléfono.

—¿Hola? ¿Está Jessica? —preguntó Zackary, con un tono amigable y neutral. Desde donde estaba, Zo pudo oír como la señora parecía renuente a pasarle con su hija—. Soy James, un compañero del colegio. Tengo que rendir una materia que me llevé a diciembre y Jessica quedó en prestarme las carpetas. Quería hablar con ella para saber cuándo puedo ir a buscarlas.

Le guiñó un ojo, divertido con su mentira, pero ella estuvo a punto de morderse la lengua. Si James llegaba estar con Jessica o hubiese estado allí en algún momento de los últimos diez días, iban a estar jodidos.

Pero pareció que no, porque finalmente la señora Hill le dio el teléfono a su hija, que parecía bastante confundida.

—¿James?

—Hola, ardillita —saludó Zack.

—¡Demonios! —Jessica se atragantó.

Zoey se acercó al teléfono para poder oírla.

—Por favor, finge que soy James o tu mamá va a saber que es mentira y que soy un muerto que ha secuestrado a tu amiga —resumió Zack, exasperado.

Enseguida, la chica se puso en onda y comenzó a parlotear sobre cualquier cosa sin importancia. La oyeron subir las escaleras y cerrar finalmente la puerta de su habitación.

—Esto es muy arriesgado —dijo Jessica—. Pueden estar revisando mis llamadas, Zack. Y con lo que dijiste recién, la cagaste.

Zoey se llevó una mano a la frente mientras él fruncía el ceño.

—¿No sabes si te están registrando las llamadas?

—Hay cosas que mi mamá no me dice —replicó ella.

—La llamada viene de Inglaterra, ardillita, suerte para ellos si pueden rastrearla —admitió él.

Escucharon un jadeó; pareció que Jessica se había caído de la silla.

—¿Qué?

Ahí fue cuando Zack le tendió el teléfono a Zoey. Ella lo tomó,

inspiró profundo y comenzó a explicar.

—¡Hola! No te preocupes. Dudo que vayan a encontrarnos, estamos en una cabina telefónica.

—¡Zoey! —chilló Jess, tapándose la boca para amortiguar el sonido —. Gracias a Dios, estás bien. No pude dormir en estos días. La policía, mis papás y los tuyos me están volviendo loca, pero nada me incomodaba más que no saber si estabas viva.

Hablar era un alivio para ambas, se habían extrañado y necesitado mucho.

—Fueron varios días, sí —suspiró Zoey—. Pasaron muchas cosas.

—¿Y Peat? —dijo Jessica.

—¿Estás segura de que esto no está siendo grabado?

Jessica bufó.

—Ya le dije a Zack que no sé. Pero te contaré algo muy gracioso que tiene a este pueblo con los pelos de punta, escucha —añadió, de forma siniestra. Carraspeó, se aclaró la voz, tomó unos papeles y comenzó a leer—. «La adolescente desaparecida hace una semana, Zoey Scott, fue vista en la terminal de autobuses de la ciudad de Azul, en compañía de un muchacho rubio cuyo aspecto no se correspondería con las características emitidas por la policía nacional de Adam Smith, su supuesto secuestrador. Zoey Scott y el muchacho compraron dos pasajes el pasado primero de diciembre con destino a Viedma, usando los documentos de Zackary y de Samantha Collins. Lo extraño y hasta terrorífico del hecho es que Zackary Collins murió hace algunos meses en el mismo colegio del cual Zoey Scott ha desaparecido hace siete días».

Zoey levantó la mirada hacia su compañero, que claramente había escuchado. Los dos se quedaron mudos. Habían esperado que alguien los viera, quizás, pero no que hubiesen llegado a relacionar el asunto de los documentos.

—Carajo —murmuró él.

Jess no esperó a que ella respondiera.

—La familia de Zack lo sabe y lo reconoció en el video —agregó—. Se lo dijeron a mi madre. La familia de Zack vino a casa a preguntar qué era lo que se sabía de ti. Todos aquí están histéricos y hasta asustados. Mucha más gente vio el video, se hizo viral en estos días. Toda la escuela lo vio —agregó—. Todos reconocen a Zack y saben que, de alguna manera, es él.

Cuando Jess calló, Zoey apartó el teléfono por un segundo. No podía creer que las cosas hubieran tomado ese rumbo. Jamás pensó que alguien podría realmente fijarse tanto en Zack como para

relacionarlo con el mismo el chico que había muerto. Ahora que sucedía, le parecía hasta lógico.

Deseó haber pensado en la posibilidad de cubrirse con una ilusión que los hiciera invisibles o que modificara sus apariencias cuando todavía estaban en Argentina. La adrenalina del momento y el temor causado por la batalla con Peat les había hecho actuar de forma premeditada. Fue tonto de su parte y ella se culpaba por no haberlo previsto. Si eran capaces de esconderse en Inglaterra y de camuflar a Cranium sin ningún inconveniente, ¿por qué demonios no pensaron en hacer lo mismo cuando iban de camino al fuerte?

Zoey suspiró, derrotada. De nada servía arrepentirse por su error en esos momentos, el daño ya estaba hecho.

—Demonios —musitó—. Me imagino el caos que debe haber —añadió por fin, mirando a su novio de reojo.

Él estaba callado y se había llevado una mano a la boca.

—Por eso te digo que, en este punto, da igual si escuchan algo o no. No van a entender ni pito. ¿Cómo es que llegaron a Inglaterra?

Zoey abrió la boca, pero no supo qué contestar. Continuó viendo a Zack.

—Es largo —comenzó a decir ella—. A ver, aguarda, creo que Zack está en *shock*.

Cuando lo dijo, él salió de su estado de estatua viviente y la miró. Fingió relajarse y sonrió en silencio. Le hizo un asentimiento con la cabeza y le permitió concentrarse nuevamente en la conversación.

—Oh, ya lo creo —llegó a decir Jessica.

—Es que la situación es un poco loca de escuchar —contestó Zoey, estirando el brazo para frotarle el hombro él—. Lo importante es que estás bien. Nosotros también lo estamos y hemos llegado aquí de una manera muy loca. Y necesitamos de tu ayuda.

—¿Qué pasó en el fuerte? —insistió Jess—. Claro que te ayudo.

—Descubrimos un portal —reveló. Si la policía los escuchaba, más allá de no entender nada, iban a pensar que estaban completamente locos—. Hay todo un mundo allí dentro. Templarios pasaron por ahí y es… es largo de explicar, pero descubrimos que los templarios vinieron desde Europa a América con un montón de cosas a través de ese mundo.

—El tesoro templario, claro —aceptó su amiga con naturalidad.

—Exacto —corroboró Zoey—. Tenemos la teoría de que el santo grial y el arca de la alianza tienen algo que ver con el dije, según lo que tradujiste en el templo. Y creemos que puede ayudarnos a vencer a Peat. Estuvimos días allí, en ese mundo, atravesando el lugar. Había

incluso esqueletos de templarios, Jess, ¡esqueletos! —exclamó—. Seguimos un camino de piedra y vimos ciudades enteras que fueron abandonadas hace milenios.

—Wow —Jessica se reclinó en su silla de escritorio, eso pudo escucharlo hasta Zack—. Increíble, debe de haber sido fascinante.

—Parece que Peat no puede entrar a ese mundo. Creemos que la idea del dije era que tú tradujeras lo que decía en el templo porque ahí había otro portal a ese mundo. Por eso hemos estado a salvo en estos últimos días. Sin embargo, tuvimos que volver porque nos quedamos sin comida. Encontramos otro portal que nos trajo hasta aquí, pero… digamos que se destruyó y que no podemos usarlo de nuevo.

—Ajá. Pero ¿quieren volver a ese mundo porque allí están seguros?

Zoey negó, como si Jess pudiese verla.

—No solo por eso. El arca y el grial pueden estar ahí. Necesitamos encontrar otro portal por aquí. El tema es que, aunque estuvimos buscando toda la mañana, no pudimos hallar nada. ¿Podrías ayudarnos con eso? ¿A buscar algún lugar cerca de aquí que pudiera ser un portal?

—Hum, bueno —Jess dudó, pero enseguida comenzó a teclear—. No puedo prometértelo ahora. Quizá me lleve un rato.

—Claro, lo entiendo —respondió Zoey, mirando a Zack una vez más para cerciorarse de que él no se hubiese quedado en *shock* de nuevo—. Te contactaremos más tarde. ¿Te parece?

—Llámame en veinte minutos —pidió Jessica antes de cortar el teléfono, que seguro era inalámbrico.

Zoey colgó también y miró a Zack, antes de estirar la mano para acariciarle el rostro.

—No lo esperaba —dijo ella de repente, refiriéndose al asunto del video de seguridad.

—Ni yo —suspiró él—. Debe ser la comidilla del pueblito, ¿eh? ¡Y el colegio! Deben estar como locos —añadió con una risita nerviosa—. Estoy bien.

Después de que ella le diera un tierno beso en los labios, ambos salieron de la cabina y pagaron lo que habían gastado. Volvieron a sentarse en una computadora mientras se debatían sobre si era buena idea iniciar sesión en Facebook para hablar con Jessica sin tener que gastar tanto con el teléfono.

Finalmente, el que entró en Facebook fue Zack. Desde su perfil, se rio un largo rato al pensar que le estaba mostrando a todos sus contactos que estaba en línea.

—Me pregunto si alguien se animará a hablarme —murmuró.

No lo hicieron.

Por el contrario, en pocos minutos el inicio de Facebook se llenó de capturas que mostraban el puntito verde que indicaba que él estaba en línea. Las teorías que acompañaban a las imágenes eran alocadas y lograron que tanto él como Zoey rieran a carcajadas.

—Coméntales algo. Porfa —pidió Zoey, divertida.

Zakary la codeó.

—Después dices que el que se porta mal soy yo —contestó él.

Empezó a escribir su respuesta en uno de los estados de sus compañeros. Les pidió amablemente que no usaran su nombre para crear pánico, que él estaba muy cómodo con su nueva libertad, pues se había cansado de estar atrapado en el colegio con ellos, estúpidos mortales aburridos.

Después de eso, algunos aseguraron que la cuenta de Zack había sido hackeada. Solo Rick Davenson se atrevió a contestarle directamente al muerto, asegurando que era un *troll*.

Zoey bufó.

—¿Es en serio? —dijo ella, después de leer el comentario de Zackary al respecto.

«Cállate, Davenson, ahora sabes por qué Zoey no te prestó atención en el baile. Estaba conmigo. Muerto y todo sigo siendo más lindo que tú».

—No es una batalla de egos —criticó ella—. Estábamos solo riéndonos, ¿por qué tenías que meterme en el medio?

—Quiero que sepa que siempre estoy primero —replicó él, con una sonrisa traviesa.

—La gente no tiene por qué relacionar de más las cosas entre nosotros. Si te vieron conmigo en las cámaras y eres reconocible en ellas, es una cosa. ¡Pero así todo el mundo va a saber que algo pasa desde hace meses!

—¿Y qué? —Zack lo estaba disfrutando al máximo y eso era más que evidente—. Ya no me importa nada.

Zoey frunció el ceño y le dio un golpe en la nuca.

—Van a pensar que estuve cometiendo necrofilia. Ya soy la «niña desaparecida», déjame con ese título y nada más.

A pesar del pedido, Zack continuó sembrando el caos en Facebook entre sus compañeros de curso y con varios de segundo y de primer año. Incluso ella terminó por reírse.

Todo cambio cuando, por supuesto, la mismísima Samantha Collins

le envió un mensaje privado.

Zoey le agarró los hombros a Zack, puesto que él se quedó bien congelado otra vez, sin saber qué decir.

—Tranquilo, no tienes que hablar con ella si no quieres —le dijo al oído, mirando la pantalla que rezaba un tímido: «¿Zack?».

—No sé qué decirle.

Pero Samantha no esperó.

> «Por favor, deja de usar el Facebook de mi hermano. Es una falta de respeto. Te denunciaremos».

Los dos apretaron los labios, pero Zoey no pudo decirle nada a su compañero cuando comenzó a escribir. Borró varias veces lo que pensaba mandarle y regresó con nuevas palabras hasta que tuvo una frase simple:

«Lo siento, Sam. Hay cosas que tengo que hacer todavía, bruja. Las quiero».

Zoey se inclinó sobre él.

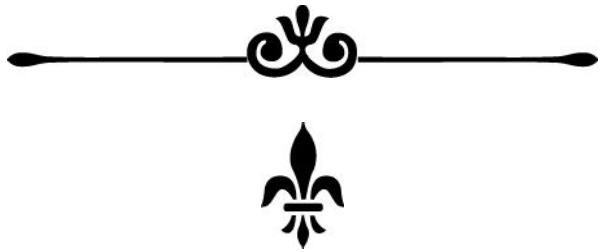
—¿Bruja?

—Ella era la bruja. Yo era el mocoso. Lo entenderá.

Samantha no volvió a responder, no supieron si lo había visto o no. Por precaución, Zack no siguió peleando ni con Davenson ni con nadie más y, en cambio, esperó a que Jessica le hablara por sí misma. Quizá necesitaba más tiempo para encontrar algo bueno.

Por suerte, ella no se demoró más que cinco minutos. Los intimó y luego le reclamó a Zack por haber sembrado el caos en las redes sociales. El chico no se inmutó. Esperó a que Jess tecleara y finalmente le cedió el asiento a Zoey, que sonrió, satisfecha con las habilidades de su amiga.

«Creo que tengo lo que buscan».



Capítulo 16

No es que Jessica tuviera habilidades similares a las de un X-Men de la informática, sino que había elegido combinaciones de palabras mejores. Gracias a ella, Zack y Zoey estaban convencidos de que tenían, por fin, un rumbo definido.

La Capilla de Rosslyn, una vieja y pequeña iglesia con varios siglos de antigüedad y muchos misterios, no estaba tan lejos de su ubicación. Jessica pensaba que, como decía en las páginas web, allí podía existir un portal a otro mundo. Y a ellos les parecía una buena opción para empezar. Deberían viajar a Escocia, pero, tras averiguar al respecto, notaron podían hacerlo fácilmente en tren.

—*You must go to Birmingham. It's easier from there* —aseguró alguien en el hotel.

—*No, you have to go to Stourbridge or to Wolverhampton* —dijo otra señora, con seriedad—. *Really, just go there. It's easier and closer to your destination* —añadió, con dulzura.[10]

Ambos aceptaron las indicaciones y, luego de chequear el mapa una vez más, decidieron que, efectivamente, convenía ir a Stourbridge.

Consiguieron tomar un pequeño bus la mañana siguiente. Llevaron a Cranium entre las piernas de ambos, bajo el asiento, invisible. Y, después de una hora y media de viaje, alcanzaron la terminal de buses de Stourbridge. Allí, se encontraron con un sitio que, no solo era más grande, sino que parecía más poblado; tendrían más posibilidades de robar dinero y de conseguir ropa decente sin llamar tanto la atención.

Zoey esperó con Cranium cerca de la terminal y Zack regresó pronto con efectivo y con una muda de ropa para ambos.

—Tenemos que lucir como que tenemos frío —dijo él.

—Yo tengo frío —recordó ella.

Resulto ser que, aunque Stourbridge tenía su propia terminal de trenes, se trataba de un circuito más pequeño que aquel que llegaba a

Escocia. Tendrían que ir hasta Birmingham de todas formas. Lamentablemente, se dieron cuenta de ello demasiado tarde.

—Al menos, parece que Birmingham no está muy lejos —susurró Zoey cuando compraron los pasajes—. ¿Crees que nos pidan los pasaportes cuando queramos comprar un boleto para salir del país?

—No sé. —Zack le dio un par de bolsos a su novia para que nadie se fijara en el chico delgado que era más fuerte de lo que parecía. Si cargaba todo él solo, sin duda se vería raro.

Se acomodaron en unas butacas del siguiente tren y le silbaron a Cranium, que subió con dificultad al vagón. El perrito los siguió y se sentó entre ambos, atento a las personas que abordaban con ellos.

—Por las dudas, usaremos magia. ¿Serán muy estrictos con los controles de fronteras? Porque, aunque no nos controlen en Escocia, aquí podrían darse cuenta de que nunca entramos legalmente al país.

Llegaron a Birmingham mucho más rápido de lo que habían tardado en arribar a Stourbridge y se bajaron fingiendo que les costaba mucho manipular las maletas.

—¿Qué tal comprar una valija con rueditas? —dijo Zoey, cuando salían de la plataforma para hacer la combinación indicada.

—Te di las más livianas, eh —contestó Zack—. Pero sería más fácil para momentos como estos.

Con el equipaje que dificultaba su avance, debieron caminar algunos kilómetros hasta la otra estación de trenes, que era la que despachaba los viajes internacionales. Allí, compraron nuevos boletos. Por supuesto, Zack sabía cómo mantener las apariencias y proporcionó los documentos de identidad requeridos, cubiertos por ilusiones para mostrar que eran mayores de edad e, incluso, que eran ciudadanos de la Unión Europea. Parecía ser una mejor idea que recibir preguntas sobre cómo habían llegado hasta allí.

Se relajaron una vez que alcanzaron la plataforma indicada. Allí, Cranium se puso de pie solo cuando vio a una señora con un bebé en un carrito pasar a su lado. Los olfateó, curioso.

—Lapis Exilis —dijo.

—¿Sí?

—¿Qué le pasó a ese humano?

—Es un niño —explicó ella—. Es un humano pequeño.

La criatura no preguntó más. Volvió a sentarse y a mantenerse en silencio hasta que, después de quince minutos de espera, llegó el tren. Cuando anunciaron que los pasajeros podían abordar, ellos mostraron sus boletos y subieron las maletas. Mientras Zack las acomodaba sobre

los espacios disponibles encima los asientos, Cranium pegó la nariz a la pierna de Zoey.

—Sus huesos no huelen igual que los de Lapis Exilis —dijo, todavía refiriéndose a los niños.

Ella no supo qué contestarle, no le agradaba hablar sobre huesos en esas circunstancias. Además, estaba demasiado preocupada por el trayecto que tenían por delante como para concentrarse en otros asuntos.

Estaban cansados por el viaje, así que Zoey se apoyó contra el brazo de su novio.

—Creo que deberíamos haberle hecho caso a la primera señora —susurró ella.

Zack asintió, pero no dijo nada. Y, cuando el tren arrancó, intercambiaron una mirada.

—Ahora solo nos queda disfrutar el viaje.

—Son lindos y cómodos los trenes de aquí, al menos —contestó ella, mirando la estación por la ventana. En Argentina no había trenes tan limpios y bellos como esos, tampoco tan silenciosos.

Suspiró y se repantigó en la silla, armándose de paciencia. Tendrían que pasar por varias paradas antes de llegar a Glasgow, una importante ciudad escocesa. Luego, verían si descansaban allí o si iban directo a Rosslyn, que en realidad estaba más cerca de Edimburgo, la capital del país.

Zack sacó los mapas y los analizó, pero ella no le prestó atención y terminó quedándose dormida. Apenas dos horas después, él la despertó y ella saltó en su asiento, a la defensiva.

—¿Qué?

—Que allá está la señora con el carrito de comida —rio él—. Como en Harry Potter. No es buena idea que te pierdas esta oportunidad, en especial porque no almorzaste hoy.

Ella hubiera deseado dormir más, pero cuando notó que la señora del carro tenía hasta sándwiches, se despabiló por completo. Compraron bastante, incluso galletas y bebidas de más. La señora les preguntó amablemente si se iban a comer todo eso y a dónde iba a entrarles.

—*We need all these calories* —contestó Zack, con una sonrisa.

Mientras Zoey empezaba a comer —él la imitaba para no delatarse —, los dos miraron por la ventana y se detuvieron en el bello paisaje. Ella se dio cuenta de que nunca en su vida hubiese esperado viajar al Reino Unido y lamentó no poder conocer el lugar como quisiera; en especial porque sabía que estaba cerca de París, que era uno de sus

sueños.

—Qué cortas son las distancias acá, ¿no? —dijo él, masticando un caramelo—. Mira la pantalla.

En ese momento, una voz femenina anunció por altoparlante que llegarían a la estación de Carlisle, la última de Inglaterra, en unos diez minutos. Luego, tendrían alrededor de una hora más de viaje para llegar a Glasgow. La pantalla del vagón replicó lo dicho por el altavoz y Zoey se reclinó en la silla, pensativa. A pesar de lo que Zack decía, el día se le estaba haciendo muy largo y sentía que iban a llegar a Glasgow en siglos.

—Rosslyn estaba más cerca de Edimburgo, ¿no? —preguntó ella.

Él asintió, masticando otro caramelo distinto.

—Cuando lleguemos a Glasgow, de ahí a Edimburgo no debe ser tanto. O eso espero —suspiró Zoey.

—Si en apenas tres horas y un poco más estamos saliendo de un país y entrando a otro, yo creo que no. ¿Recuerdas cuánto viajamos en Argentina para ir desde Azul hasta Viedma? —replicó él con una sonrisa—. Viajar así hasta es más divertido, ¿o no?

—Menos mal que sabes algo de inglés. De lo contrario, estaríamos perdidos.

Zack le dirigió otra sonrisa, esta vez altanera, y se quedó callado para no seguir inflando su propio ego. Zoey tampoco habló sobre eso, se quedó pensando en el día en que habían comprado el pasaje en Azul y en cómo todo el mundo había visto a Zoey Scott acompañada por un chico que estaba muerto.

Ella lo miró de reojo, notando que él no había dicho nada respecto a su familia o al video. Y ella, en medio de su cansancio y de sus propias preocupaciones, lo había dejado pasar.

—Oye, ¿cómo crees que lo esté tomando tu familia? Siempre hablas poco de ellos y ahora también te mantienes callado —se animó a preguntar.

Ella nunca le había hablado tan directamente sobre el asunto porque Zack no parecía querer explayarse sobre el tema. Incluso en esos momentos, preguntar se sentía raro, como si todavía estuviese entrometiéndose en asuntos que no le importaban.

Él apretó los labios, pensativo, y luego la miró de lleno.

—No sé bien qué pensar al respecto —confesó—. Hace tiempo te expliqué lo que sentía sobre de la misión que me impusieron. ¿Lo recuerdas? La verdad es que trato de separar las cosas, de entender que mi abuelo fue el loco abocado a la idea desquiciada de hacerme portador y que mi mamá no tuvo nada que ver. Mi abuelo siempre

dijo que mis hermanas no podían llevar el dije, aunque no sé por qué —suspiró—. Creo que… para cuando mi mamá se dio cuenta de lo que ser portador realmente significa, que me matarían por el collar, ya era tarde. Admito que nunca le pregunté, aunque supongo que ella pensaba lo mismo que mis hermanas: que el dije era una cosa poderosa a la cual debíamos cuidar y nada más, como mi abuelo nos hizo creer; no sospechaban que la gente moría por obtenerlo. A veces, me gustaría hablar con mi familia sobre el tema, saber qué era lo que creían, lo que pensaban, si sienten culpa. Imagino que mi mamá sí, pero… ahora que saben que estoy de regreso, más que sentirme preocupado, pienso en la posibilidad de hablar con ellas, de volver a casa.

Zoey, que se había quedado callada oyendo con atención, estiró una mano para tomar la de él. Le dio un leve apretón y acarició el dorso con los dedos.

—Siempre me resultó confuso todo aquello que tuviera que ver con tu familia. Pero creo que no podemos juzgar a tu mamá o a tus hermanas sin saber su versión de los hechos o qué creyeron que era el dije para aceptar que tuvieras que llevarlo. ¿Fue tu madre quien te lo puso?

Él negó.

—Fue mi papá. El abuelo decía que él tampoco era el indicado. Al final, se equivocaron todos, ¿no? Tuve el dije por casi cuatro años y nunca fui el indicado. La indicada eras tú —le sonrió, pero ella no sintió ningún tipo de empatía.

Zoey se irguió un poco en el asiento y alzó un dedo.

—¿Tu padre nunca fue un portador? ¿Solo porque tu abuelo dijo que no?

—Ya ves… Él orquestó todo bajo ideas que solo él parecía conocer. Mi padre murió poco después. Creo que fue allí cuando mi mamá se dio cuenta de lo que significaba tener el dije en la familia, porque me parece que ella piensa lo mismo que yo: que a papá lo mataron pensando que era el portador.

—Pero tú ya estabas en el colegio.

—Sano, salvo y muy ignorante —respondió él, sacudiendo la cabeza—. Con mi abuelo también sería interesante hablar para ver qué motivos tenía para meternos a todos en esto. Él y mi papá me entrenaron. Aprendí a pelear, a golpear, a disparar armas y a usar otras técnicas para defenderme, por eso siempre te dije que ellos creían que iba a vivir bien.

—No creo que sea una coincidencia que tu abuelo pensara que eras el indicado —musitó ella—. Te pareces tanto al rey que realmente no

creo que sea una coincidencia, Zack. Quizá tu abuelo no estaba equivocado, ¿sabes? Quizás él sí creía que eras el indicado por alguna conexión que tienes con el rey y con ese mundo.

El muchacho soltó una carcajada.

—¿Bromeas? El dije me soltó antes de que muriera y, discúlpame, pero el rey te dice a ti hija, *princesita*. ¿Cuánto quieres apostar a que eres la descendiente del rey y que por eso a Peat lo cabreas tanto?

Zoey arqueó las cejas y se cruzó de brazos. Ella ya lo había pensado, y claro que le parecía lógico, pero él no había visto lo que ella sí: el rey era un calco a Zack, al igual que su pequeño hijo, que sí se había salvado de Peat. No creía que eso fuese mera casualidad y no entendía bien las razones por las que veía escenas de esa clase en sueños. Lo único que se le ocurría era que el dije seguía enviando mensajes de modo silencioso.

—Me gustaría que el dije me hablara otra vez.

—¿No lo has intentado de vuelta? —consultó él.

—No desde que noté que era inútil —contestó ella, relajando los brazos. Estiró las piernas y se desparramó en la butaca—.
Me abandonó.

—No te quejes —bromeó él—, que a mí me abandonó peor.

La conversación se desvió a asuntos más banales, cómo qué comerían en Escocia, si conseguirían algo en Rosslyn o qué demonios iban a darle de comer Cra, que seguía acurrucado a sus pies.

Cuando llegaron a Glasgow estaban emocionados por visitar otro país, por lo que se bajaron en la estación y se apresuraron a hacer la combinación con los trenes nacionales de Escocia. Debían viajar hasta Edimburgo, de allí tendrían unos kilómetros más hasta Rosslyn, aunque aún no sabían qué trayecto harían.

Cranium los siguió, en silencio como siempre.

Ya en el siguiente tren, Zoey le preguntó a Zack qué consideraba mejor para el viaje al pueblo. Fuera, empezaba a llover y eso significaba que no podrían correr hasta su destino.

—De igual modo, Edimburgo ha de ser enorme —contestó él, antes de que llegaran a la ciudad—. ¿Qué piensas? ¿Pasamos la noche aquí o vamos directo a Rosslyn?

Todavía quedaba conseguir un bus hacia el pueblo y no sabían si lo hallarían tan tarde, pero Zoey prefería terminar con ese día largo ya en Rosslyn para no tener que andar vagando todavía más la mañana siguiente.

—Si conseguimos que nos lleven a Rosslyn hoy, prefiero que sea así —dijo por fin, pensativa.

Cuando se bajaron en la estación de la capital, abrumados por la cantidad de gente que se movía por la terminal, procuraron no perder a Cra entre la muchedumbre mientras se acercaban a una cabina de información. Zack llegó primero y Zoey detrás, arrastrando los bolsos que le habían tocado.

Oyeron con atención las indicaciones que la chica de la cabina les dio. Indicó que un bus saldría de la misma terminal a las 18:00 y que en menos de una hora llegaría al centro de Rosslyn, que era un pueblo bastante pequeño. La iglesia, por lo que se mostraba en el mapa, estaba a unas pocas cuadras de los hoteles de la zona. También había un gran castillo que podían visitar y que la empleada les recomendó.

Agradecieron la información y se encaminaron a Princes Street; esos fueron unos cien metros tortuosos para Zoey, hasta que encontraron la parada de buses con el cartel con el número 37.

Se sentaron en los bancos a esperar.

El autobús llegó puntual y ellos fueron los primeros en subir. Zack pagó los boletos con el cambio justo, ya que el conductor se negó a dar vuelto, y pudieron elegir dónde sentarse.

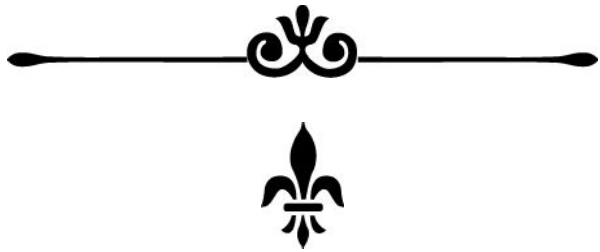
El camino a Rosslyn se les hizo breve. Ninguno hubiese esperado que realmente fuese tan cerca de la capital, pero, antes de que se dieran cuenta, ya estaban bajando en medio del pueblo, a unas pocas cuadras de la capilla en cuestión. Lamentablemente, no lograban verla porque se escondía detrás de árboles altos.

Para su decepción, no consiguieron un hotel a buen precio y se vieron obligados a pagar una habitación que costó un montón más de lo que esperaban. Como el hospedaje contaba con un restaurante, Zoey cenó allí. Para ahorrar, pidió un plato muy simple y Zack la observó sin comer nada. No podían malgastar lo que les quedaba.

Después de un día tan largo, los tres se refugiaron en el pequeño cuarto. Ella fue la única en dormirse, con la esperanza de hallar algo interesante en la capilla de Rosslyn al día siguiente.

---

10 Las dos mujeres que hablan en inglés sugieren distintas formas de llegar al mismo sitio, no están de acuerdo en cuál es la mejor opción.



Capítulo 17

Antes de ir a la capilla, compraron una gran cantidad de comida que colocaron en los bolsos. Zoey congeló los envases perecederos y los acomodó durante un largo rato, contando con los dedos mientras hacía cálculos. Si no se equivocaba, con eso tendría al menos para diez días más.

—Mete algo en tu mochila también —dijo Zack, parado detrás de ella. Abrió el cierre de la mochila azul, que tenía colgada en la espalda y metió dos sándwiches gigantes dentro, a presión—. Estos son para los almuerzos inmediatos.

Cranium se quedó junto a ellos, olfateando los billetes que Zack tenía en sus manos. Les quedaba apenas un poco, habían gastado la mayoría. En algún momento, él le tendió un billete de poco valor a la criatura y se lo dejó oler, hasta que el animalito estornudó y preguntó para qué servía.

—Se usa como intercambio —intervino Zoey, levantándose—. Cambiamos el dinero por comida o por cualquier otra cosa.

Cra ladeó la cabeza.

—¿Cómo un regalo? ¿Dos regalos a la vez?

—Algo así, solo que tienen el mismo valor. Podrías usar piedras para pagar si quisieras, siempre y cuando esas piedras tuvieran el mismo valor que lo que deseas obtener.

—Pero aquí usamos estos papeles y no piedras —aclaró Zack—. Es un intercambio, no un regalo. El regalo es sin esperar nada, es de cariño.

Cranium no supo qué contestar porque seguramente no sabía lo que era el cariño. También podía ser que sus extrañas reglas humanas fueran demasiado complejas para su cerrado mundo. Hasta el momento, la criatura se había mostrado respetuosa y tranquila, atenta y reticente porque no conocía dónde estaba; en el mundo del otro lado del portal, eso no existía ya, si es que alguna vez había sido utilizado.

—Bueno. —Zack levantó la mayor cantidad de bolsos posibles—. No importa si me ven, es demasiado peso para ti —dijo, a medida que emprendían el trayecto hacia la capilla, siguiendo los carteles que estaban en las calles.

Caminaron en silencio, ignorando las miradas curiosas de la gente. Muchos se detenían a observar que él solo se había puesto una chaqueta de algodón gris, mullida pero no tan abrigada como la de Zoey.

No tardaron mucho en dejar las últimas casas atrás y entrar al camino señalizado que conducía a la capilla. El sendero era bastante corto y enseguida mostraba un estacionamiento. Después de pasar algunas construcciones antiguas a los lados, vieron aquello que los había llevado tan pero tan lejos: la iglesia estaba allí, gótica y oscura por el paso del tiempo.

Los dos se la quedaron viendo, tratando de entender por qué la gente creía que en ese lugar había un portal mágico a otros mundos. Cranium, que se había detenido junto a ellos, olisqueó con fuerza el aire.

—Mmm, huelo muchos huesos, secos y ricos —canturreó y empezó a correr lejos.

El perro se metió entre una de las casitas antiguas y la capilla, rumbo al campo y al bosque. Y los muchachos salieron corriendo detrás de él.

—¡Cra! —gritó Zoey, intuyendo que debía haber algún cementerio por allí detrás.

Zack soltó una maldición y echó un conjuro de invisibilidad sobre ambos. Al mismo tiempo, ella envió otro hechizo sobre los bolsos para que flotaran detrás de ambos.

Siguieron a Cranium hasta un pequeño cementerio viejo y tétrico, más aún en ese día nublado. El animalito pegaba la nariz a las tumbas y murmuraba, bastante confundido ante la cantidad de tierra que lo separaba de su comida favorita. Cuando Zoey se detuvo, agitada, él clavaba el hocico en la tierra.

—Cra —le dijo ella, respirando con dificultad. Se le habían enfriado la nariz y las orejas, el aire congelado le hacía picar la garganta—. Los huesos están muy abajo. No puedes simplemente sacarlos.

Zack suspiró, a su lado, pensando lo mismo que ella. No sería nada agradable verlo y tampoco podían permitirle profanar tumbas.

—Bueno… —dijo el muchacho, rascándose la frente—. Creo que muchas de estas tumbas tienen décadas y décadas. Podríamos dejarlo buscar algo. El pobre nos ha seguido por días —añadió por fin, hasta conmovido por el gemido triste que lanzó el perro.

Zoey arrugó la nariz.

—No hablas en serio, ¿o sí?

—Podemos dejarlo un rato con estas tumbas de aquí mientras nosotros vamos a la visita, guiada. ¿No te parece que lo merece? Se ha portado muy bien en este mundo.

Él tenía razón. Cranium incluso esperaba por el permiso para ponerse a cavar, se comportaba. Zoey no quería saber cómo iba a sacar los huesos de ahí abajo, pero aceptó porque también sintió ternura y pena por el pobre animalito desesperado por un almuerzo. Con un suspiro, la chica se ajustó la mochila azul al hombro.

—Dejemos los bolsos aquí, con él, mientras vamos a la visita —sugirió.

Zack sonrió y acomodó las maletas contra una lápida alta. Rectificó el hechizo sobre Cra y sobre sus pertenencias y le dio una orden a la criatura:

—No todas las tumbas, ¿sí? Contrólate.

Volvieron a la calle principal. Rodearon la iglesia y se aproximaron a la puerta, donde un grupo de turistas se preparaba y una guía rubia con un gorro de lana repartía folletos.

—*Pictures are not allowed once we enter the building* —explicó la señora.

Aceptaron los folletos en silencio mientras asentían. Zoey entendía bastante inglés, pero no todo. Por si acaso, Zack se inclinó hacia su novia y tradujo las palabras.

—Habrá cuadros y cosas así, supongo. Por eso no se pueden tomar fotografías, debe ser por el *flash* de las cámaras, ¿no?

Ella se encogió de hombros, no estaba segura y tampoco le interesaba. Después de todo, no tenían ni teléfonos ni cámaras.

La guía empezó a hablar, a ambos les resultó difícil seguirle el ritmo. Iba bastante rápido y decía fechas y nombres propios; además, tenía un acento distinto al que estaban acostumbrados a oír en las clases de su escuela. Supusieron que estaba explicando algo sobre la construcción en sí. Lo único que realmente entendieron fue que, más allá del pequeño bosque que estaba después del cementerio, había un castillo que había pertenecido al dueño de las tierras y que ese hombre había mandado a construir la capilla.

Luego, la mujer los condujo al interior. La iglesia no era tan chiquita como parecía en las fotos y estaba firmemente trabajada en cada una de sus columnas y en los arcos.

Zack y Zoey recorrieron el espacio con la vista, asombrados y sin saber qué buscar. Había demasiados detalles y decoración, cualquier

cosa podía significar algo importante allí.

Se quedaron al final del grupo y miraron las puertas, tratando de encontrar algún símbolo en particular, alguna letra del idioma de la logia que evidenciara una conexión, pero solamente podían boquear como peces.

—Es…, wow, sí que tuvieron trabajo aquí —comentó Zack—. Mira esas molduras.

Zoey se encogió. Entre los dibujos, algunos relieves parecían caras de bebés enojados, peor que Mateo cuando recién había nacido.

—¿Por qué pusieron eso? —preguntó al aire.

—No sé, quizá son demonios.

—¿En una iglesia? —replicó ella, haciendo una mueca de desagrado.

—Es que, mira. —Zack señaló el techo, hacia uno de los arcos—: todo aquí tiene dibujitos y formas, hasta los cuadrados esos que sobresalen ahí.

Cada arco tenía tallados cubos, un extraño relieve que sobresalía en pequeños cuadrados que, a su vez, tenía otros dibujos en su interior. Si tenían un verdadero significado, parecía que hasta la guía lo desconocía, porque ella seguía hablando de hechos históricos.

—¿Por qué la gente cree que aquí hay un portal? —preguntó Zoey, entonces, siguiendo al grupo por entre los bancos de madera—. ¿Solo porque han visto ovnis?

Según Internet, Rosslyn era un punto energético que los extraterrestres usaban para trasladarse por el espacio. Al mismo tiempo, muchos creían que el portal no tenía nada que ver con alienígenas, sino con explicaciones más religiosas y centradas en leyendas míticas, como la localización del santo grial y del arca de la alianza. Jessica había puntuado todo eso cuando les comentó sobre lugar y ellos mismos leyeron, más tarde, que se creía que existía una cripta bajo la capilla donde estaba el gran tesoro templario.

—Deberíamos intentar preguntarle… —sugirió Zack cuando avanzaron un poco más y la guía empezó a señalar las columnas. En ese momento, Zoey tropezó con un banco y le apretó el brazo a él—. ¿Qué?

Pero ella no le contestó, se limitó a señalar uno de los pilares, el mismo que la guía estaba describiendo. Era totalmente diferente a los demás y Zoey ya lo había visto antes. Allí estaba la prueba que habían estado buscando de que Rosslyn sí tenía relación con el otro mundo: la columna en cuestión era idéntica a una que ella había visto en la primera ciudad que habían atravesado entre las sombras. Tenía la

misma forma, la misma calidad de la piedra trabajada con finura, con grandes cintas adornadas y talladas que parecían envolver el tronco de roca. Jamás podría olvidar un trabajo así de hermoso.

Se quedaron callados mientras la guía hablaba sin parar y Zack no entendía ni un pepino. Zoey le quitó el folleto de las manos, lo abrió y encontró la fotografía del pilar.

—¿Qué dice sobre eso? —preguntó ella, apuntándola con el dedo.

—No sé, intento entender qué está diciendo la mujer —dijo Zack, hojeándolo—. Habla de que el pilar lo hizo un aprendiz, creo. Y que el maestro se enojó y lo mató.

Zoey se irguió.

—¿Qué?

—¿Qué tiene la columna? —inquirió él, a su vez.

Ella se pasó las manos por la cara, bastante alterada de golpe, aunque no pudo darse cuenta de ello.

—Vi una igual en el otro mundo, en la primera ciudad tras el portal del Fuerte Argentino —explicó.

Zack dejó caer la mandíbula. Se giró hacia el pilar y luego hacia ella, sorprendido. Pero, antes de preguntar si estaba segura, le puso las manos en los hombros.

—Ey, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —quiso saber él.

Zoey asintió, pero estaba temblando. Apretó los labios, confundida por la pregunta, pero no dijo nada. Tomó aire y optó por saldar su curiosidad. Se liberó de las manos de su compañero y se metió entre medio de la gente para llegar al pilar. Entre más de cerca se encontraba, menos dudas tenía de que era igual al que había visto antes, pero no podía afirmar que hubiese un portal solo por eso. Había una relación, pero ¿cuál era? Podía hacer miles de conjeturas.

Cuando el grupo se alejó para ver otra cosa, Zack llegó hasta ella y le susurró al oído que cambiará la expresión de la cara porque estaba pálida y otros empezaban a mirarla raro.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Estás como… muy alterada —dijo él, tocándole el rostro—. ¿Por qué estás tan asustada?

Ella trató de enfocarse para entender qué era lo que le pasaba, recién se daba cuenta de que de verdad estaba muy nerviosa. Cerró los ojos y comprendió que la ansiedad que sentía no era de ella, era de alguien más. Agarró el brazo de Zack, que seguía con la mano en su rostro, y volvió a abrir los ojos, abrumada.

—Creo que es el dije, es como si… como si después de todos estos días en silencio ahora estuviera tratando de decirme algo.

En ese mismo momento, a ella le pareció oír una melodía. Había música que provenía de otro tiempo, propia de un recuerdo que no era suyo. Le llegó por todas partes a la vez, deslizándose entre las columnas y los arcos, enredándose con colores entre los relieves que sobresalían del techo. La muchacha miró hacia arriba, sorprendida de poder notarlo, de ver las formas y el brillo de una magia antigua. Con la boca abierta, suspiró, maravillada.

—¿Lo ves? —preguntó a Zackary, pero él observó el techo con el ceño fruncido.

—¿Ver qué? ¿Los símbolos? —Se interrumpió a sí mismo, entrecerró los ojos, ignorando la visión en tiempo real que Zoey tenía, y estiró una mano hacia el inicio del arco, aquel que salía del pilar del aprendiz—. Una flor de Lis —murmuró él, notándola entre los tallados.

Justo cuando lo dijo, Zoey notó que la melodía de colores se centraba en esa forma. Había una flor esculpida entre tanto arabesco sin sentido y le pareció que tenía toda la lógica del mundo, irónicamente.

El sonido bajó por la columna, materializándose con suavidad cerca de ellos, deslizándose por los grabados que envolvían el pilar de piedra.

—¿Qué es lo que estás viendo? —preguntó él cuando notó que ella bajaba la vista hasta la base de la columna, pero Zoey estaba tan ensimismada con lo que percibía que no supo responderle.

La visión se detuvo en los dibujos de la base, en algo labrado allí que parecía una serpiente.

La chica se agachó, dispuesta a tocarlo, sin importar que se pudiera o no. Puso un dedo en la roca y la visión del pasado se desvaneció, los sonidos también se esfumaron.

—El portal debe estar aquí —murmuró ella, saliendo también de su fascinación. Por alguna razón, se había calmado. Ya no sentía ansiedad.

—¿Aquí en la columna?

—Eso… eso vi —contestó la chica, irguiéndose.

La guía notó que estaban tocando la columna y les llamó la atención, pero ellos la ignoraron porque Cranium acababa de entrar corriendo por las puertas de la iglesia, a la vista de todo el mundo, sin el hechizo que Zack había dejado sobre él.

Los turistas empezaron a gritar mientras Zoey lo observaba con horror.

—¡Lapis Exilis! —chillaba el animal, aterrado.

Ninguno de los dos entendió qué ocurría hasta que, segundos después, una figura oscura, alta y espantosa se apareció en la entrada.

Zoey sintió como el estómago se le retorcía. Toda la ansiedad que había sentido antes sin explicación volvió, junto con muchísimo miedo. Peat no los buscó con la mirada, ya sabía dónde estaban.

—¡Carajo! —llegó a gritar Zack, poniendo un escudo delante de ellos mientras empujaba a Zoey al suelo.

Un momento después, uno de los bancos de madera de la iglesia, que estaba entre ellos y Peat, estalló en miles de pedazos.

Los gritos de los turistas fueron lo único que Zoey pudo escuchar mientras se arrastraba por el suelo, con Cranium pegado a ella. Entre tanto desastre y desesperación, luego pudo oír también la risa espeluznante de Peat, que estaba encantado de encontrarlos.

—Esto les pasa por haber estado chismoseando con Jessica —contó, justo cuando Zoey se asomaba.

Las miradas de ambos se encontraron y ella pudo notar la rabia del enemigo, encendida en sus orbes violetas y más viva que nunca. En un parpadeo, Peat se giró hacia ellos y lanzó una bola de fuego directo a la chica.

Antes de que Zack pudiera detenerlo, Zoey estiró ambas manos hacia delante. Su escudo se materializó a mitad de la capilla, mucho más allá del pequeño escudo de su novio, y el fuego se estrelló contra la pared luminosa, impenetrable, que se disolvió apenas un segundo después porque ella no era capaz de mantenerla por más tiempo contra semejante poder.

—¡Bien hecho! —dijo Zackary, alcanzándola y tratando de ayudarla a levantarse del suelo, en medio del desastre.

En la conmoción, se habían alejado casi dos metros de la columna, pero ella no dejaba de mirarla con ansiedad, dando cuenta de que la distancia que los separaba podía ser fatal-

—Zoey, háblame —pidió él.

—¡No tengo más ganas de jugar! —gruñó Peat, que destilaba poder por sus poros, antes de que Zoey pudiera responder.

Algo estalló del otro lado del recinto, muchos gritos se apagaron de golpe. Varios bancos volaron por los aires, encontrándose con un campo de fuerza en el camino. La situación era caótica.

Zoey se aferró a Zack cuando un cuerpo inerte golpeó contra una columna vecina. Peat estaba matando a los presentes.

—Tenemos que salir de aquí, ¡ahora! —gritó Zack, sin poder quitarle la vista de encima al cuerpo del turista, que caía al suelo.

—¡La columna! —indicó Zoey con total seguridad. Pero, cuando quisieron moverse hacia ella, Peat concentró un ataque que el escudo de Zack no pudo resistir. El hechizo iba directo hacia ellos—. ¡No!

Zoey se encogió contra Zackary, pensando que moriría allí mismo. Pero, un segundo después, levantó el rostro al notar que nada le dolía, evidencia de que estaba bien. Frente a ellos, protegiéndolos como si fuese una burbuja, estaba su propio campo de fuerza. Fuera del mismo, Peat seguía lanzando magia de todo tipo contra sus paredes blindadas, acercándose cada vez más y más, destruyendo todo lo que quedaba en su camino.

Parecía que el hechizo por primera vez podía resistir la magia del enemigo. Zoey apenas si notaba ligeros temblores en su cuerpo cada vez que el escudo era golpeado.

Cranium, que todavía seguía a los pies de Zoey, logró aferrarse a su pierna con ambas patas, sin parar de temblar.

—¡Lapis Exilis, irnos!

—No puede con tu magia —murmuró Zack, señalando a Peat y sus intentos por destruir el escudo.

Ella asintió y apretó los labios.

—Hay que llegar a la columna —dijo Zoey, girándose en el suelo para ponerse de pie.

Peat entendió de inmediato lo que pretendían hacer; giró su mirada hacia la columna y sonrió: no pensaba permitirles llegar hasta allí.

—¡No! —gritó ella cuando su enemigo levantó la mano, dispuesto a destruir la columna.

Zack extendió las manos hacia el demonio, lanzando hechizos para intentar distraerlo. Pero era en vano.

Zoey corrió hacia delante, dirigiendo su poder hacia la columna. De alguna forma, logró protegerla a tiempo, antes de que los hechizos de Peat la golpearan. La muchacha clavó los dedos en la piedra tallada y envió la magia del dije, de Lapis Exilis, hacia allí mientras recitaba la profecía con todas sus fuerzas.

—¡Se acerca! —gritó Zack, que la había seguido junto con Cranium, todavía dentro del campo de fuerza que de a poco se iba ajustando solo a ellos. A pesar de que sus hechizos no funcionaban, el chico continuaba atacando a Peat con cualquier cosa que se le ocurriera—. ¡Es más fuerte que antes!

Zoey gruñó sin entender por qué la columna no abría ningún portal, tal y como ella había estado segura de que sería. Giró brevemente la cabeza hacia Peat y tuvo realmente miedo. Podía ser que su campo de fuerza resistiera los ataques a distancia, pero si él se

acercaba más, podía ser otro cuento. Era más que evidente que tenía más fuerza, que se había recuperado y que había ganado poder. Después de todo, la magia de Zackary ya no servía.

Con esa muestra atroz de habilidades, Zoey sintió que no podía enfrentarse a él de ninguna manera. No estaba lista, no había mejorado tanto como él. Si se quedaba para enfrentarlo, solo moriría.

—¡Ábrete ahora! —chilló ella, empujando todo su cuerpo contra la columna. Recordó cómo la magia la había recorrido en su visión, con esos colores suaves y musicales, y visualizó su propia magia actuando de la misma manera. La proyectó desde sus dedos y la llevó por las cintas ornamentadas que recubrían la columna hasta abajo, hasta la serpiente. Recitó un vez más la profecía en su mente—. Soy Lapis Exilis —dijo en medio de la desesperación, sin saber bien por qué lo decía en realidad—.
Soy la vida eterna.

La piedra bajo sus dedos se desvaneció. Zoey cayó dentro de la columna, apenas sosteniéndose con las manos. El portal tenía de ancho lo mismo que el pilar y ella había quedado con la mitad del cuerpo del otro lado, en Rosslyn. De pronto, Cranium saltó por encima de su cabeza y, un segundo después, también entró Zack, cruzando por encima de los dos; el chico se frenó del otro lado, se giró y sujetó a su novia por debajo de los brazos para meterla totalmente dentro.

—¡Ciérralo! —gritó él.

Ella le dio una orden mental al portal, tal y como había hecho las veces anteriores. Enseguida, el espacio se cerró, revelando en su lugar un pilar igual al que estaba del otro lado, pero más oscuro y antiguo. Todo quedó en pleno silencio.

Ambos chicos jadearon a causa de la adrenalina y del pánico.

Cranium se pegó a ellos, todavía tembloroso. Los tres continuaron mirando la columna, sin detenerse a analizar lo que había a su alrededor, compungidos y tratando de recuperarse.

—Se volvió más fuerte… en días —replicó Zack, después de unos minutos—. Mi magia no le hizo nada, mis escudos no sirvieron. ¿Qué demonios?

Zack cerró la boca, después de echarle una ojeada a su novia, que tenía el cabello oscuro sobre la cara. Tardó algunos minutos en ser consciente de que habían dejado todo lo que tenían en el cementerio de Rosslyn. No tenían nada más que la mochila de Zoey y un par de sándwiches.

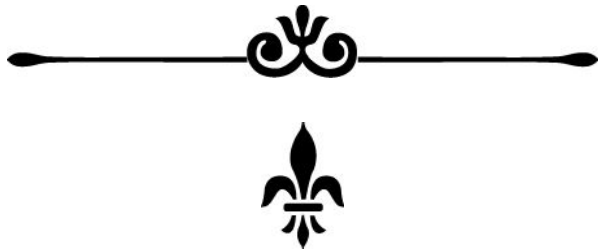
—En diez días también yo he avanzado, pero no tanto
—murmuró ella, apartándose el cabello del rostro. A pesar del frío de Escocia, había transpirado y el pelo se le había pegado a la piel—. Es

como si él hubiese replicado y duplicado todo lo que yo he mejorado.

—Pero no pudo romper tus escudos.

—Porque estaba lejos. Si hubiésemos tardado más, quizá de cerca sí hubiese podido.

Los dos miraron la columna una vez más. Zoey sabía que sus escudos se habían disuelto una vez cerró el portal. Su magia había dejado de funcionar en Rosslyn, incluso cuando no pudiera verlo para comprobarlo. Y, si Peat no estaba ya mismo junto ellos, solo se debía a lo que siempre habían creído: él no podía seguirlos a ese mundo.



Capítulo 18

El lugar en el que estaban parecía ser el interior de un edificio, porque tenían un techo sobre sus cabezas. Se trataba de una sala circular con muchísimos arcos parecidos a los de la iglesia que acababan de abandonar. Cada uno de ellos terminaba en una cúpula sostenida por ocho columnas idénticas, todas con la misma decoración del pilar que los había llevado hasta allí. Pero el sitio estaba vacío. No había ni un solo mobiliario y a Zoey le hizo acordar al templo del bosque del colegio. Más allá de las columnas, había una galería, también circular, y una puerta cuyo destino se perdía en la oscuridad.

Zack se puso de pie y sacudió algunas astillas de los bancos de la capilla de Rosslyn que se le habían adherido a la ropa y al cabello.

—¿Qué es esto, Cra? —preguntó ella.

La criatura se abrazó a su pierna una vez más y Zoey se dio cuenta de que ya no se sentía asustada o molesta al respecto. Ya no le incomodaba tenerlo. Notó también que él seguía temblando y estiró la mano para tocarle el cráneo con amabilidad.

—Oye, ¿estás bien?

—Lapis Exilis… —dijo—. Se parecía a Lapis Exilis.

—¿Eh?

Zack se volteó de repente. Le tendió la mano a la muchacha y la ayudó a levantarse, todavía con Cranium aferrado a su pantorrilla.

—¿Te refieres al que nos atacó? ¿A Peat? —preguntó el muchacho.

Cranium apenas asintió. Parecía bastante aterrado, más que ellos.

Zoey se llevó una mano al pecho, inspiró profundo y se inclinó para darle una nueva caricia a la criatura.

—No te preocupes, Cra —dijo Zackary con una sonrisa—.
Él no puede buscarnos aquí.

Tomó un buen rato convencerlo, porque el perro siguió parloteando sin cesar sobre Peat, sobre su oscura magia y sobre cuánto se parecía a

Lapis Exilis.

—Es porque el dije y Peat fueron creados por el mismo ser —recordó Zoey a Zack, que se animó a palmearle el cráneo también al animal—. Al igual que el rey.

—Sí, pero es evidente que Peat no nació en este lugar. Cranium dijo que todo lo que había nacido aquí tenía el mismo olor. Un olor que al parecer Peat no tiene.

Hablaron un rato sobre lo mismo. Y, una vez que el animalito se calmó, ellos volvieron a evaluar su situación. Zoey tenía solo un par de sándwiches en su mochila y necesitaban todo lo que estaba en los bolsos para sobrevivir de ahí en más. Debían regresar de un modo u otro porque todo había quedado en el cementerio de Rosslyn.

—Pero puede que Peat espere que hagamos eso —dijo ella.

—O no —refutó Zack mientras se apoyaba contra un pilar—. Quizá cree que no vamos a salir ni en chiste por aquí, que vamos a buscar otro portal. —Hizo una pausa—. Lo que me preocupa es que estuvo espiando a Jessica.

Allí, Zoey se llevó las manos a la cara.

—¿Y si le hizo algo?

Zack apretó los labios, pero negó.

—No creo. Debe estar usándola para conseguir información sobre nosotros, sobre lo que haremos. Cuando estamos aquí dentro, nos encontramos seguros, así que tiene que hallarnos fuera.

—Pero no hay manera de que sobrevivamos hasta llegar a otro portal con solo esto —replicó la muchacha, agachándose para abrir la mochila—. Tenemos que encontrar una solución.

—Otro portal, lejos, lejos —dijo Cranium, que se había recostado—. Más allá del reino.

Los dos cruzaron miradas silenciosas. Necesitaban decidir qué hacer. Zoey no dijo nada más porque no se le ocurría nada. Al final, fue Zack quién llamó su atención con una buena idea.

—Abre el portal. Yo saldré.

—¿Bromeas?

—No puede matarme, no me quiere a mí.

—Pero me quiere a mí y sabe que yo iré a buscarte —replicó ella, irguiéndose—. No es una buena idea.

—Tenemos que intentarlo, Zo. Tienes razón, no vas a sobrevivir aquí abajo sin comida. —Le tomó la mano, tratando de animarla, pero ella mantuvo una expresión férrea. No iba a permitirle ir—. Es por ti.

—No puedo dejar que hagas esto por mí. Te destruirá, destruirá tu

alma como dijo que lo haría.

—Tú eres la que está viva y la que tiene que sobrevivir —le recordó él—. No estoy vivo, Zo, no lo olvides.

—¡Lo sé! —chilló ella en respuesta, soltándolo—. ¡Claro que sé que no estás vivo! Pero voy a hacer que lo estés de vuelta. Y, además, tu alma es importante, tienes que cuidarla. Si te atrapa, dejarás de existir para siempre, no habrá un después y no voy a permitirlo. ¡Tú magia ya no sirve contra él, no olvides eso!

—Pero siempre es mejor que tú no vayas. Tu magia es mejor, pero él es un ser milenario y puede conseguir formas de hacerse más fuerte. No es seguro para ti, sabes que mi prioridad es que salgas viva de esto. No importa lo que me pase a mí.

—A ti no te importa —replicó Zoey, cruzándose de brazos—, pero a mí sí.

Zack hizo una mueca de disgusto.

—Zoey, por favor, abre el portal.

—No lo haré —negó ella, firme—. No dejaré que desaparezcas.

Se miraron en silencio por unos cuántos segundos. Cuando él le hizo un gesto tratando de persuadirla y Zoey solo respondió arqueándole las cejas, entendió que así no iba a ganar la discusión. Finalmente, Zack alzó las manos y propuso algo distinto.

—Hagamos así: abres el portal y pones un escudo. Yo me asomó a ver si Peat está por allí. Mientras el portal esté abierto y protegido por tu magia, no tendrás problemas, ¿o no? Si todo está en orden, corro por los bolsos y regreso. Como Peat no puede atravesar tus escudos, tú no estarás en peligro inmediato. ¿Te parece?

Ella arrugó la frente.

—Es arriesgado. Ya no es como antes, cuando no sabíamos si estaba tras nosotros. Pero ahora sí sabemos que él está buscándonos.

Zack suspiró.

—Es la única opción que tenemos, no podemos vivir sin riesgos.

Zoey no podía negarle eso. Habían sido conscientes del peligro desde el comienzo y, aunque Peat los hubiera alcanzado, tenían que idear una forma de sobrevivir. El enemigo podía estar esperándolos al otro lado, pero ella moriría de todas formas si no se alimentaba.

La muchacha cerró los ojos y trató de convencerse de que el plan de Zack no era tan malo y que, si bien ejecutado, podría funcionar. Tenían que asomarse y ver el estado de la capilla, porque ella imaginaba que Peat podría haber hecho un desastre.

—Está bien —aceptó ella por fin, entre suspiros—. Te asomarás y,

solo si él no está allí, irás por los bolsos —advirtió—. Tengo miedo de que en algún momento pueda quebrar mis escudos.

Zack aceptó.

Se acercaron otra vez a la columna indicada. Zoey puso sus manos sobre la piedra y llevó su magia, junto con el discurso de la profecía, hacia la superficie. Pero no ocurrió nada.

Creyendo que podía deberse a que no lo estaba haciendo con el suficiente anhelo, lo intentó una vez más. Trató de visualizar en su mente el recorrido que la magia había hecho por la columna cuando abrió el portal, pero nada pasó.

—No entiendo —dijo a Zack—. ¿Viste mi magia? ¡Sí lo hice!

—La vi —corroboró él, acercándose para tocar la columna—. Fue igual que antes, creo. Pero…

—Tuvo que haber pasado algo del otro lado —dijo ella—. ¿Crees que Peat haya destruido la columna?

Él apretó los labios y negó. No sabía qué decirle.

—Podría ser —contestó casi un minuto después—. Pero ¿de qué le serviría? Si hizo eso, debe saber que para salir tendremos que buscar otro portal y que podríamos usar cualquiera. Nos perdería la pista, no tiene sentido.

Zoey se mordió las uñas de la mano derecha e intentó cinco veces más usar su magia en la columna. El portal no se abrió y, al final, ella se alejó un metro hacia atrás, confundida y frustrada. Zack estaba en lo cierto.

—¿Crees que haya visto nuestras cosas en el cementerio? —preguntó ella, dejándose caer lentamente sobre el suelo—. Cra lo vio venir, así que Peat pudo haber notado nuestra magia entre las lápidas.

Zackary negó.

—No creo que le haya prestado atención. Además, ¿qué ganaría con eso? Él nos quiere a nosotros a su alcance, no encerrados sin poder salir.

—Lo sé —respondió ella. Flexionó las rodillas y apoyó la frente sobre ellas. Se sentía agotada, la cabeza le daba vueltas y estaba tan agobiada que no sabía si quería llorar, gritar o simplemente dejar de existir por un rato. Se quedó en esa posición por varios minutos y supo que Zack no se había movido ni un solo centímetro tampoco. Quizás él se sentía del mismo modo—. ¿Qué vamos a hacer? —susurró Zoey, a sabiendas de que él podía oírla.

—Si él la destruyó… tendremos que buscar otro portal.

Se imaginaron el ataque de furia de Peat. Supuso que, al verlos huir, habría echado por tierra toda la capilla de Rosslyn, enterrando pilares y personas por igual.

—Asesinó a mucha gente —musitó Zoey, levantando la cabeza—. Cuando él se enoja, no tiene control. No es tan calculador como en otros momentos, no planifica.

—Y es terrible. Mortal —concordó Zackary, girándose hacia ella—. Pero también puede ser una debilidad.

Ella clavó los ojos en su rostro.

—¿Cómo?

—Porque no piensa con racionalidad, tal como dices. Durante años, tuvo planes para todos. Para mi abuelo y para mí. Quizá tuvo algo que ver con el accidente de auto de mi padre. No olvides que llevaba tiempo utilizando a Jude y luego a Lucas. Ahora, no es… consecuente —replicó él—. Si somos más listos, podemos sacarle una ventaja.

Ella apretó los labios. Eso era cierto, pero en ese momento no veía posible sacarle una ventaja cuando estaban atrapados allí. Si Cranium tenía razón y el portal estaba muy lejos, no tenían forma de superar a Peat.

Como ella no dijo nada, Zack le dio su tiempo. Empezó a recorrer la estancia y, aunque intentó que Cranium lo siguiera y le explicara dónde estaban y qué era ese sitio, el perrito prefirió quedarse a los pies de Zoey, como si ella fuese su ama. Un momento después, se echó sobre sus zapatillas y apretó el cráneo contra su pantorrilla.

—Lapis Exilis —la llamó—. Quedarnos aquí. Mejor.

Era algo difícil de responder. Cranium le tenía tanto miedo a Peat que su mundo era un paraíso, pero Zoey, en ese lugar oscuro y abandonado sin los elementos necesarios para sobrevivir, no se sentía nada segura. A decir verdad, no tenía ya ganas de estar en ese sitio. Ansiaba volver a casa.

—Cranium —insistió Zack, a sus espaldas—. Necesitamos saber dónde estamos. Y cómo se sale de este lugar también —dijo, señalando el pasillo que se perdía en la oscuridad—. Para que Lapis Exilis esté bien, debemos encontrar otro portal.

Aunque era evidente que Cranium no deseaba hacerlo, la idea de que su Lapis Exilis estuviese mal lo hizo moverse. Caminó hasta el muchacho y empezó a avanzar por el pasillo, sin correr. Luego, se detuvo y giró la cabeza hacia ellos. No deseaba alejarse demasiado.

—Vamos. —Zack llegó hasta Zoey y la ayudó a ponerse de pie—. Es nuestra única opción y aún tenemos mucho que hacer —le recordó, instándola a seguir al animalito.

El largo pasillo tenía un impresionante eco, la oscuridad y el silencio que reinaban allí les generaba un poco de miedo. Zoey caminó pegada a Zack, sin ánimos en absoluto, mirando de reojo los dibujos que adornaban las paredes. No entendió ninguno con la poca luz que había y, cuando se cruzó con otra abertura que era aún más oscura que el corredor en el que estaban, la chica dio un respingo. Ella no tenía idea de a dónde conducía aquello y solo deseaba quedarse cerca de Zackary; no se atrevió a preguntar a dónde iban, en especial porque las explicaciones de Cranium apenas disipaban sus inseguridades.

—Templo —había dicho la criatura sin mucho más.

A Zoey el sitio le hacía acordar, en efecto, al templo del bosque.

Continuaron por el pasillo hacia una luz que se divisaba en la lejanía. Al menos, habían recorrido ya más de trescientos metros y, aunque ella no podía calcular cuánto más faltaba, Zack sí.
Por eso, él le preguntó si deseaba que la llevara.

Pero Zoey negó. A pesar del cansancio y de su estado de ánimo, prefirió caminar. Se mantuvo callada hasta que la luz se acercó lo suficiente como para ver que adelante, al final del pasillo, había otro recinto similar al que habían abandonado.

Al llegar allí, Zackary hizo un sonido extraño y ella balbuceó, confundida.

La sala también era circular, solo que mucho más grande que la anterior. Había columnas contra las paredes y, entre medio de los pilares, escrituras que ellos podían reconocer. Lo más impactante era lo que estaba en el medio.

—¿Un árbol? —musitó Zackary cuando Cranium se detuvo.

En el centro del salón, en una especie de macetero gigante, había un árbol seco cuyas ramas esqueléticas crecían hacia el cielorraso. Zoey las siguió con la mirada y descubrió que había un tragaluz arriba. O, al menos, en algún punto del pasado había funcionado de esa manera, proveyéndole luz y aire al árbol.

—¿Qué hace esto aquí? —preguntó ella.

Zackary negó, confundido.

—No creo que sea decoración.

Zoey se giró lentamente hacia Cranium, después de notar un detalle en las ramas negras del árbol

—¿Cranium? ¿Está quemado?

Cra la miró.

—Árbol siempre así. Siempre, siempre.

—Pero… —Ella sacudió la cabeza, no muy convencida—. No pudo

haber estado así siempre. Hubo un momento en el que se quemó. Quizás antes de que tú existieras.

Cranium no dijo nada, por lo que los chicos decidieron acercarse para inspeccionarlo mejor. Ningún otro rincón del enorme salón parecía tener señales o marcas de un incendió. Era solo el árbol chamuscado, hecho carbón, lo que evidenciaba el daño y las historias del pasado.

Zackary brincó sobre el borde del gigantesco macetero y se estiró hacia arriba para alcanzar una ramita. La punta que tocó se desintegró al instante.

—Podría haber tenido algún simbolismo, alguna creencia mágica al respecto.

Zoey se lo quedó viendo con expresión criptica. Giró sobre sí misma, con una idea en la punta de la lengua que todavía no lograba descifrar. Había algo en ese árbol que no le cerraba. Señaló las paredes y pensó en voz alta.

—¿Qué dirán?

Zack saltó dentro del macetero y se agachó a tocar la tierra con las manos. Se irguió mientras la deslizaba entre sus dedos y comprobaba que ahí sí había restos de cenizas. Luego, puso sus ojos en las paredes que ella señalaba.

—Podríamos demorar siglos en traducirlo todo, no tenemos tanto tiempo —añadió, volviendo al árbol—. Alguien prendió el fuego aquí mismo. Esto fue obviamente intencional.

Ella arrugó la nariz y se inclinó sobre el borde del macetero. Hasta allí mismo la piedra estaba trabajada con unos elaborados dibujos y, durante un segundo, se distrajo con ellos; otra vez, tenía algo en la punta de la lengua, pero todavía no sabía qué era.

—¿Por qué? —preguntó ella cuando recuperó su concentración—. Si era un objeto de culto, ¿por qué lo prenderían fuego? Deseaban destruirlo supongo.

—Si quemas un símbolo de alguna religión, estás atacándola, tratando de destruirla y de eliminarla —respondió él y se encogió de hombros—. Ya sabemos que algo pasó en este mundo que obligó a todos a huir. Y sabemos que seguramente muchos murieron antes de poder escapar.

—Este mundo es un misterio —resumió ella con un suspiró.

—Sin dudas. —Zack saltó fuera del macetero y se sacudió las manos—. Bien, Cra, ¿la salida?

Cranium, que se había sentado a verlos, se puso de pie y caminó con un ritmo un poco más apresurado al lado opuesto del salón. Allí

había otro arco que llevaba a otro pasillo. Los chicos bufaron, parecía que aún tenían mucho por recorrer.

—¿Es en serio? —se quejó Zoey, dejándose caer sobre el borde del macetero.

Escuchó que Zack iba tras Cra y, por un momento, estuvo negada a moverse de allí y a llamar a su novio para que la cargara porque, en definitiva, aunque no podía caminar más, tampoco tenía ganas de hacer algo. Una vez más, sentía que necesitaba desconectarse de su realidad por un rato.

Apoyó la frente sobre la piedra e ignoró a Zackary, que le preguntaba al perrito del infierno si eso era un laberinto o qué.

Cra no tenía respuesta para eso, por supuesto.

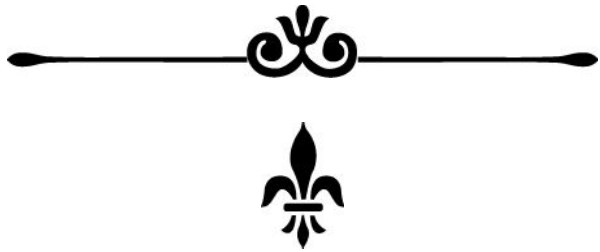
Mientras él insistía, ella levantó la cabeza y apoyó el mentón sobre macetero. Mantuvo sus ojos fijos en el árbol, con esa sensación tirando de su lengua hacia algo que estaba pasando por alto.

Se irguió, tomó impulso y se trepó al macetero. Cayó dentro. Sus zapatillas se llenaron de tierra vieja y de cenizas antes de que Zack se percatara de lo que estaba haciendo.

—¿Zo? —preguntó él desde el otro lado del salón cuando la vio—. ¿Qué haces?

La verdad era que ella no lo sabía, así que no respondió. Simplemente seguía un impulso, una idea pasajera que no llegaba a dilucidar; estiró la mano hacia el tronco y pronto sus dedos se encontraron con la madera reseca y negra.

Y ahí, su mundo se puso de cabeza.



Capítulo 19

Zoey sentía bajo la yema de los dedos la rugosidad del tronco. Podía palparlo y sabía que eso era lo real, pero no estaba segura de si era suficiente para mantenerla allí. Por su mente desfilaban recuerdos que ella no guardaba, pero que podía obtener del árbol muerto como si estuviese viendo una película. Tiempo atrás, estuvo con vida y fue adorado por muchos, tenía un peso importante para la gente de ese mundo. Era algo casi vital y, aunque ella no entendía exactamente el motivo por el cual lo era ni por qué de pronto Peat apareció en su visión, con una sonrisa llena de desprecio. Luego llegó el fuego que consumió la vitalidad del árbol y que destruyó algo más que solo sus ramas. Pero, otra vez, ella no estaba segura de qué era ese «algo más».

—Zoey —susurró Zack en su oído y, por una milésima de segundo, los dedos de ella se separaron del tronco. Eso bast**ó** para que su cerebro se adaptara nuevamente al presente, la visión concluyó—. ¿Qué sucede? ¿Qué has…?

—Peat quemó el árbol —susurró ella, bajando lentamente la mano.

—¿Cómo?

—Lo quemó como… como una especie de… venganza. Esa sensación me da, no estoy segura.

Zackary frunció el ceño y le puso una mano en la mejilla a su novia, preocupado por su semblante.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que él podía entrar —musitó ella, girándose hacia el muchacho.

—Sabíamos que él tuvo que entrar en algún momento, ¿no? Para matar al rey, digo —contestó Zack—. Podemos estar seguros de que este es el mismo reino de tus sueños ahora, **¿**verdad? Yo creo que ya no hay dudas al respecto.

Zoey afirmó con un gesto. Por un momento, la visión la había

confundido un poco. Sacudió de más la cabeza para quitarse la inquietud de encima y se dijo que todo eso no significaba que Peat pudiese entrar ahora; remarcarlo solo le hizo preocuparse aún más.

—Pero… ¿qué es lo que cambió? —terció ella de pronto, alejándose de Zack para tratar de salir del macetero—. ¿Por qué antes pudo entrar a matar al rey y a quemar este árbol y ahora no puede? ¿Qué es lo que le impide cruzar los portales?

Él la siguió, la sujetó por las piernas y la ayudó a pasar al otro lado.

—Quizás él no puede abrir los portales.

—Entonces, ¿por qué el dije nos llevó al templo del colegio para que Jessica abriera un portal, sabiendo que obviamente ella iba a tardar y que Peat nos alcanzaría? Nosotros no sabíamos cómo cerrarlo, simplemente podíamos pasar al otro lado siguiendo las instrucciones vagas de un collar que ha dejado de colaborar conmigo —exclamó Zoey, casi sin respirar—. Para mí, es evidente que aún con el portal abierto Peat no podría atravesarlo. De lo contrario, el dije no nos hubiera expuesto.

Zack se la quedó viendo con la boca abierta. Ella recorría las paredes y empezaba a pasar los dedos por las escrituras.

—Eh… bueno… —musitó él, saltando fuera del macetero, pensativo.

—Sé que no tenemos tiempo —interrumpió ella—, pero tengo la sensación de que hay algo más aquí que estoy pasando por alto. Algo que tiene que ver con este árbol y con la razón por la que Peat lo quemó. Había algo en su mirada que denotaba cuánto odio le tenía. ¿Por qué? ¿Por lo que tú decías, sobre destruir un símbolo de culto para mostrar supremacía? Entonces, ¿qué significaba este árbol que Peat odiaba tanto?

Ella se detuvo cuando Zackary empezó a silbar para calmarla. Cuando se giró a verlo, él tenía levantadas ambas palmas.

—Wow, bien, de acuerdo. Déjame recapitular. Peat quemó el árbol. Por alguna razón, lo odiaba. Si este era un símbolo de culto, podría haberlo destruido al destruir al rey. En muchas culturas antiguas, los reyes eran también los líderes espirituales así que… matar tanto al rey como al árbol podría haber sido su forma de decir: «Esta creencia me vale mierda».

Zoey levantó un dedo en el aire. La lamparita se le acababa de prender de golpe.

—¿Y en qué podría llegar a creer esta gente? —añadió ella, esperando que él también captara su ocurrencia, pero Zack frunció el ceño y miró a todos lados antes de negar—. ¡El padre, Zack!
—chilló ella—. ¡El padre de Peat, del dije y del rey! El que te envió de

regreso, ¡por Dios!

Zack relajó el ceño y dejó caer lentamente la mandíbula, como si de pronto lo hubiese recordado.

—¿Por Dios? Dios…

Ella tomó aire.

—Dios —repitió Zoey. Aunque no había sido lo primero que se le había pasado por la cabeza en ese momento, **sí** había sido algo que ambos habían considerado semanas atrás—. Ya habíamos planteado la posibilidad. ¿Sería posible? Es decir… Dios, Dios.

—¡Estamos hablando del arca de la alianza y del mismísimo santo grial! —exclamó Zack, alcanzándola—. ¿Cómo no podría tener algo que ver con Dios?

Llevándose los dedos a los labios, pensativa, Zoey volvió a mirar el árbol. Sí, podía ser, pero la verdad era que había miles de posibilidades para ese «padre». No necesariamente tenía que relacionarse con el Dios cristiano en el que ellos habían creído toda su vida.

—Bueno, sí, pero tu bien sabes que todo puede ser tergiversado y que podría tratarse de otra fe distinta. Y, además, nosotros solo hemos «supuesto» que quien te envió es él. Podría tratarse de otra persona. O deidad o lo que sea —corrigió Zoey—. Quizás este «padre» sea un *alien*, no lo sabemos.

Pensar en aquello era extraño y se sentía esotérico; les incomodaba la posibilidad de que realmente estaban lidiando con algo relacionado con Dios, aquel Dios sobre el que les habían enseñado en la escuela.

Pero, luego de reflexionar sobre ello, Zoey se dijo que el hecho de lidiar con un espíritu oscuro y vengativo que odiaba a su padre por haber preferido a su hermano mortal ya era bastante esotérico y extraño, incluso antes de plantearse la relación con Dios.

—Para mí sí habla de Dios —insistió Zack—. No tengo pruebas, pero tampoco dudas —declaró.

Zoey estuvo tentada de reír. No tenían pruebas, en verdad que no. Pero no habían tenido pruebas reales de nada en el pasado, excepto por los manuscritos de la logia. Quizá podían contar ese mundo oculto en otra dimensión como otra prueba.

—Está bien, supongamos que es cierto —contestó ella, caminando de vuelta hacia el árbol—. Entonces, este árbol que fue adorado por las personas, tiene que ser realmente un símbolo de Dios en este mundo. Peat podría haberlo quemado para desafiar a su padre. Lo que no logro entender es… es algo más que estaba dando vueltas por mi visión. Era una sensación —Intentó explicar. Se giró hacia Zack e hizo

un gesto con sus manos—.
Era como si hubiese todavía algo más aquí.

Zack se mordió el labio inferior y se cruzó de brazos.

—Creo que sería bueno, cuando logremos salir de aquí, buscar mitos sobre árboles sagrados. Por ejemplo, este asunto podría relacionarse con el árbol del Edén o con algo así. Quizás es como un árbol de la vida —divagó—. Hay muchas mitologías del mundo que mencionan árboles mágicos. ¡Como en Thor! ¿Conoces los cómics?

Ella negó, lo único que conocía de Thor tenía que ver con la película de Marvel que se había estrenado ese año.

—¿Te refieres a lo que salió en la película?

Él corrió hasta ella con una gran sonrisa.

—Exacto, aunque primero vinieron los cómics. Mi padre tenía muchos de ellos. El año pasado yo estaba emocionado de que saliera esa película.

—¿Y qué tiene que ver con el árbol? —murmuró Zoey, todavía sin entender un pomo.

Zack señaló el tronco quemado y le pasó el otro brazo por encima de los hombros a su novia.

—En la mitología nórdica, existe un árbol de la vida que conectaba los nueve mundos. El de Thor, el de los dioses, era Asgard; luego estaba Midgard, que era el de los humanos. También estaba el de los elfos oscuros, el de los muertos y demás. El árbol conectaba todo. Es un buen ejemplo de un árbol de la vida. Si mal no recuerdo, su nombre era… Ygra… Ygg… algo. Yggdrasil, creo.

Zoey arrugó la nariz. No tenía idea de eso, así como nunca antes del dije había escuchado sobre los templarios. Parecía que Zack siempre sabía un poco de cada tema, casi como por casualidad.

—Oye… —murmuró ella, todavía con los ojos clavados en el tronco quemado—. ¿Cómo sabes tantas cosas sobre mitologías
y leyendas? ¿Te las contaba tu abuelo?

Zack asintió.

—Mi abuelo y mi papá, los dos.

—Suena como si te hubiesen instruido sobre el tema sin que te dieras cuenta —contestó ella, cruzándose de brazos.

Los dos se quedaron mirando el árbol, en silencio. Ahora, era él quien también tenía la sensación de estar perdiéndose algo.

—Todo el tiempo, desde que morí y t**ú** obtuviste el dije, con Adam refregándome en la cara lo ignorante que era, sentí que mi abuelo me había abandonado desde el comienzo, que me había sometido contra mi voluntad a algo tan duro como ser un portador sin prepararme lo

suficiente. —Hizo una pausa—. Pero si Peat asesinó a mi abuelo, quizás a mi padre y también a mí, no sé… creo que tienes razón y que ellos siempre intentaron dejarme algo más que me ayudara a salir adelante. Admito que de verdad creí lo que dijo Adam sobre que yo no sabía nada cuando, en realidad, puede que me hayan enseñado muchas cosas de esta clase a propósito cuando yo era niño. Si bien me explicaron siempre que el templo era un sitio sagrado para el dije, no me dijeron mucho más. Y jamás se me hubiese ocurrido que las historias sobre las cruzadas, sobre la alquimia y sobre Thor pudiesen tener algo que ver —añadió al final, con sorna.

—No digo que sea estrictamente así, pero ¡vamos! Siempre sabes sobre estas cosas. No creo que la mayoría de los chicos de nuestra edad tuviesen idea de algunos asuntos que tú conoces —contestó Zoey.

Zack se rascó la barbilla, pensativo, mientras que Cranium se aproximaba a ambos para contemplar también el árbol.

—No lo sé, siempre me lo contaron como historias nada más. Mi papá me hacía leer los cómics de Thor, y a mí me resultaba divertido. No lo tomé como un entrenamiento más. Ya sabes que ellos siempre me enseñaron a luchar. Me enviaron a clases de defensa personal y de artes marciales, también me enseñaron a usar armas de fuego y técnicas de esgrima. Créeme que no era consciente cuando tenía seis años de que todo eso era para ser un portador, pero bien podría haber pasado lo mismo con esto, que yo no fuese consciente de que las historias me las contaban para algo. Lo que no entiendo es que, si así fue, ¿por qué no me lo dijeron de frente?

Ella le acarició la mano que tenía sobre su hombro y apretó los labios. No tenía una respuesta para eso. Solo habían sido conjeturas de algo curioso sobre su novio. A decir verdad, el abuelo Collins siempre se le había antojado, además de extravagante, un tanto loco y hasta cruel por lo que había hecho con su nieto. Un poco críptico, como si le gustara que anduvieran dando tumbos por un mundo perdido sin información de verdad.

—Bueno —dijo ella para romper el silencio—. Adam podía decir que sabía más sobre el dije, pero no sabía quién era Peat.

—Adam podría haber sido un buen hechicero —contestó Zack, estrechándola—. Puede que él conociera cosas sobre el dije un poco más recientes que estas —añadió, señalando con la cabeza al árbol.

—Y esta información tampoco nos sirve de nada —respondió Zoey, con un suspiro—. Porque podría, como decías, tener que ver con muchísimas mitologías a la vez. ¿Cuántos árboles mágicos podría haber? Yo solo conozco el del Edén.

—Este podría ser el del Edén. —Zackary se llevó un dedo a los labios—. Loco, pero posible. Me pregunto si los templarios sabrían algo al respecto.

Automáticamente, los dos bajaron sus ojos hacia Cranium, que estaba callado y quieto. Parecía que no quería estar mucho tiempo lejos de ellos, aun estando dentro de su seguro mundo. Sin embargo, lo que no era raro en él era su silencio.

—Cranium —dijo Zoey, con dulzura—. ¿Quién quemó el árbol? —preguntó.

Cra alzó la cabeza y la miró. Se quedó mudo, como cada vez que no tenía repuesta para una de sus preguntas. Enseguida, Zack y Zoey se agacharon para quedar a su altura y el animalito se dio la vuelta para enfrentarlos. Volvió a sentarse y ladeó la cabeza, curioso.

—¿Los templarios vieron este árbol? —preguntó Zack.

—Sí, rindieron tributo.

—¿Tributo a qué? —inquirió Zoey, estrechando los ojos.

—¡Al pasado, pasado!

Tocaba ser más inteligente con eso, porque otra vez Cranium respondía lo que se le antojaba.

—Tributo al pasado… —Zack esbozó una sonrisa, como si pensara que así el animalito podía animarse a hablar más—.
¿Y recuerdas qué decían ellos del árbol?

Cranium se tomó un momento, ladeó la cabeza hacia el otro lado, olfateó un poco en dirección al árbol y luego resopló.

—Decían: ¡Amén, amén! Dios vivo está, Dios volverá. El árbol de nuevo nacerá.

—¿Y eso fue antes o después de guardar El arca en el palacio? —siguió Zoey.

Cra se quedó callado de nuevo y, aunque por la expresión de su calavera no podían jurar nada, parecía que estaba intentando recordar. Por alguna razón, esos momentos no los tenía tan presentes como otros.

—¿Cranium? —dijo Zack, después de un minuto—. Sabes que, si nos dices todo lo que te acuerdes, te daremos huesos, ¿verdad?

Él se enderezó, atento a lo que el humano le proponía.

—¿Huesos, muchos huesos?

—Sí. —Zoey le palmeó el cráneo—. Pero tienes que esforzarte mucho para recordar lo que los templarios dijeron, ¿de acuerdo?

—Y así, cuando nos lleves al próximo portal, te conseguiremos muchísimos huesos —finalizó Zack.

Fue como si le pusieran un resorte en el trasero a la criatura. Pegó un brinco y salió corriendo en dirección al siguiente pasillo, fuera de la enorme sala de culto al árbol. Ambos se lo quedaron viendo con la boca abierta, sin entender qué pasaba, hasta que lo escucharon gritar:

—¡Portal, otro portal!

—Carajo —bufó Zack, poniéndose de pie y yendo en su dirección.

Zoey, humana y lenta, tardó un par de segundos más en comprender lo que sucedía. Cranium solo parecía haber prestado atención a la última parte.

—¡Oye Cra, espera! —chilló ella, corriendo por el pasillo detrás de ellos. Por suerte, ese era mucho más corto que el anterior y pudo ver cómo Zack le daba alcance al perrito y se frenaba abruptamente al final del camino.

Agitada, llegó hasta ambos y entendió por qué se frenaron allí. Ante ellos se abría un paraje inmenso, pero lo que alguna vez había estado cubierto por casas, caminos, edificios y más, ahora se veía reducido a escombros. Los ladrillos de piedra que quedaban por el piso eran negros como el tronco del árbol, marcando el paso del fuego por allí. La destrucción había sido terrible y era como estar parados en medio de una guerra recién finalizada.

—¿Qué…?

—El reino —dijo Cranium, que se había detenido también.

Más allá, a unos quinientos metros de ellos, estaban los restos de un palacio, un poco más entero que la ciudad que yacía a sus pies, desecha. También estaba negro, carcomido por las llamas de otros tiempos.

—Este es el reino perdido —musitó Zoey, agarrándose de la mano de Zack—. Peat lo destruyó.

Durante un momento, se quedaron sin aire viendo la obra del odio y del rencor. Luego, ella se giró a observar el templo, que estaba entero. Zack siguió la línea de su mirada y le apretó la mano.

—Destruyó todo aquí, pero dejó el templo entero para que… se viera **có**mo quemaba el árbol, ¿o algo así? —murmuró, tan confundido como ella.

La forma en la que Peat pensaba era bastante complicada de entender para cualquiera de los dos. Lo que pasó por su mente al momento de destruir el reino era incierto y Zoey solo podía imaginar que había liquidado al pueblo, incluso luego de descubrir que el dije había huido con el hijo del rey. Pero podría haber sido al revés, el orden podía haber sido otro. Quizá, ni siquiera valía la pena darle vueltas al asunto.

Caminaron lentamente por la ciudad, rumbo al palacio. Fueron con cuidado, Cranium también bajó la intensidad de su ritmo y los guio por un sendero entre los escombros. Cuando estuvieron bajo los muros de la gran construcción, pudieron imaginarse el poderío de Peat de aquel entonces para hacer, él solo, tales estragos. No lo mencionaron, ya bastante tenían con verlo en el presente.

Cra les enseñó un enorme agujero en la pared. No vieron por ningún lado las escaleras principales ni la gran puerta del palacio, así que lo siguieron dentro a través de él. La oscuridad se extendía con fuerza ahí dentro y, sin avisar, Zack tomó en brazos a Zoey. Ella lo aceptó en silencio porque no podía dar pasos sin tropezarse con los escombros.

—Cra, llévanos al arca —recordó Zack.

Cranium estornudó en respuesta y siguió caminando.

Les tomó un buen rato sortear los obstáculos y llegar a las primeras escaleras por las que necesitaban subir, y hubo varias más después de esa. La tenue luz que siempre afectaba al mundo se colaba por los hoyos de los muros.

Zoey notó que allí solo quedaba en pie aquello que había estado hecho de piedra y se preguntó dónde podrían haber ocultado los templarios el arca, pues imaginaba que era de madera y que tendrían que verla fácilmente. A menos que estuviese en algún compartimento secreto, lejos de la vista.

Al llegar a uno de los últimos pisos, al que le faltaba gran parte del techo, Cranium cambió de dirección y los llevó rumbo a una sala lateral que estaba un poco más entera que el resto del edificio. El espacio era circular, como casi todas las estructuras importantes de ese sitio, y, en el centro, rodeado por enormes columnas decoradas y de cara a un balcón, había un trono de piedra.

Zack bajó a Zoey en la entrada de la sala y Cra corrió al centro, con la nariz pegada al suelo. La decoración de las columnas bajaba por el piso, en una preciosa continuidad, y se dirigía al trono, terminaba debajo de él, simbolizando cómo el mundo se concentraba en su líder.

—Es el trono —murmuró ella, dando lentos pasos hacia dentro—. El trono del rey.

—¿Aquí es dónde Peat lo mató?

Zoey se acercó y pasó las manos por la superficie del mueble. A la piedra gastada le faltaban pedazos y la mitad del respaldo estaba en el suelo. A decir verdad, le sorprendía que Peat no lo hubiese destruido también, para eliminar cualquier resto que representara a su hermano mortal.

—Sí —respondió ella por fin, girando alrededor de la silla. Con solo

verla, se imaginó la entereza del rey que esperó allí a un ser que podría matarlo fácilmente. Trató también de comprender por qué no había usado los poderes del dije si, a diferencia de otros portadores, él era el ser humano ideal, el primero de todos—. El dije le había pedido que hiciera algo, pero el monarca se negó. Simplemente esperó a que Peat llegara. —Dándose cuenta de la falla en los sueños, de lo que sabía de lo ocurrido, frunció el ceño. El dije no debía de haber estado allí para cuando Peat llegó porque, de lo contrario, él lo hubiese obtenido. Para aquel entonces, el pequeño hijo del rey ya debía haberse llevado el collar consigo—. No entiendo —murmuró ella de repente.

—¿Qué cosa? —consultó Zack, alcanzándola.

—Si el dije no estaba con el rey cuando Peat lo asesinó, ¿cómo es que pudo mostrarme esos recuerdos? No lo entiendo.

Zackary se rascó la cabeza.

—Te hice esa misma pregunta cuando Peat nos amenazaba en el colegio. ¿Lo recuerdas?

Zoey negó. Había muchas cosas que podría haber pasado por alto a causa del estrés que sentía; había estado tan asustada y nerviosa que no le extrañaba olvidar detalles y conversaciones previas.

—Yo recuerdo haber visto al rey con el collar colgando alrededor de su cuello cuando despidió a su hijo. Pero si el dije huyó sin que Peat lo obtuviera, entonces el rey no lo tenía puesto cuando fue asesinado. ¿O sí? —conjeturó ella en voz alta—. No entiendo. ¿Peat no debería haber visto el collar? Es un enemigo listo y no había bufandas en esa época. Entonces, algo ni cierra.

—Pero, si lo pensamos con un buen ejemplo —dijo Zack, señalándose a sí mismo—, el dije puede liberarse de una persona antes de su muerte. Lo hizo conmigo, podría haberlo hecho con el rey también si es que ambos tenían una estrecha conexión. Y así, el rey podría haberse echado unos trapitos en el cuello para disimular y, cuando Peat lo mató y descubrió que no lo tenía, pues ya era tarde.

Ella se agarró la cabeza porque estaba convencida de que el rey sí tenía el dije cuando lo asesinaron, aunque eso no tuviese sentido. Sentía jaqueca por tanto pensar. Se giró hacia Cra y decidió que lo mejor era abrir el arca de una vez y resolver lo inmediato. Ya tendrían tiempo de seguir divagando sobre el árbol, sobre Dios y sobre cómo había hecho el rey para engañar a su hermano mayor.

—Cra, ¿dónde está el arca? —preguntó ella.

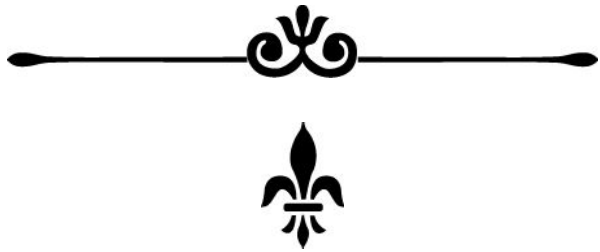
La criatura, que se había sentado frente al trono, se levantó de un salto y recorrió la sala, con la nariz pegada al suelo una vez más. Llegó hasta la base del trono y aspiró profundamente.

Zack y Zoey bajaron la cabeza.

—¿Quieres decir que está abajo del trono? —dijo Zack—. ¿Se tomaron el trabajo de ponerla debajo del trono? —bufó después, colocándose de lado y haciéndole un gesto a Zoey para que se hiciera a un lado.

El muchacho apoyó las manos y los antebrazos en el costado del trono y empujó. Su fuerza sobrehumana, en lugar de correr el mueble, comenzó a destruirlo en pedazos. La piedra era vieja y ya había sufrido bastante daño con anterioridad.

Al final, con un último envión, la silla de piedra de volcó y reveló un pequeño compartimento, un hueco en el suelo que estaba vacío. Allí no había nada.



Capítulo 20

—No está —susurró Zoey, con los ojos como platos.

Cra se asom**ó** al hueco y olfate**ó**. Luego, ladeó la cabeza, mostrando su confusión.

—Cranium, **¿**estás seguro de que la pusieron aquí? —insistió la chica.

El animalito no la miró y continuó inspeccionando el lugar.

—Sí, sí, arca, aquí.

Zack se sacudió el polvo y negó con la cabeza.

—Pues no está, Cra.

—La vi, la vi. Dejaron aquí —insistió el perro, pero los ojos de los muchachos no los traicionaban.

Zoey se agachó y clavó las rodillas en el suelo lleno de escombros. Metió las manos en el hueco, pensando que podría haber alguna trampa ahí y que el arca podría estar más abajo, pero apenas sus dedos se encontraron con el fondo, varias imágenes se apropiaron de su cabeza.

Primero vio a un grupo de soldados de antaño que guardaban una caja cubierta con un paño blanco, santo. Después, otras personas que corrían el trono y la sacaban para llevársela lejos.
Lo confuso era que ambos grupos vestían igual. Eran templarios y, aun así, ella sabía que no estaban del mismo bando.

—Se la llevaron —dijo pronto, poniéndose de pie—. Los templarios que eran amigos de Cra la guardaron aquí. Luego, cruzaron este mundo rumbo al antiguo fuerte. Pero los templarios que vinieron después y que no eran amigos de Cra ni de los otros se la llevaron en algún momento.

Zack chistó.

—Bromeas, ¿no? ¿Se llevaron la caja? ¿Es que quieren que sigamos dando vueltas por todos lados?

Zoey apretó los labios y lo miró con un gesto de disculpa. Se sentía exactamente igual que él: entre confundida, indignada y sumamente cansada. Parecía que todo el mundo en el pasado tenía ganas de tocarle los ovarios para que no pudieran resolver el acertijo.

Se pasó las manos sucias por la cara, suspiró y se alejó del trono desecho. Caminó hasta el balcón, cuya baranda también estaba rota, y se dejó caer en el suelo, frente a la imagen insondable de un reino perdido.

Ya no sabía qué hacer. Los templarios se habían llevado el arca quién sabía a dónde y las posibilidades de que allí hubiese algo que les sirviera para derrotar a Peat carecían cada vez más de sustancia. Todo lo que habían conjeturado desde hacía meses, y más en ese último día, podía ser una gran bobería. Ni siquiera podían estar seguros de quién había enviado a Zack a protegerla. Incluso podría tratarse del rey mismo colaborando desde el más allá.

Era probable que no lo supieran nunca.

Zoey ocultó la cara entre las rodillas y se puso a llorar. Estaba tan agotada de correr, de dar vueltas sin respuestas y con miedo, que de nuevo quería apagarse por un rato. Se sintió mareada y el cuerpo le falló. Estuvo a punto de caerse por completo cuando Zack apareció a su lado para sostenerla con un abrazo contenedor.

—Shh, cariño, lo resolveremos —fue lo único que él le dijo.

Durante un largo rato, la sostuvo entre sus brazos, acariciándola y besándole la cabeza hasta que el llanto de Zoey se convirtió en un murmullo apagado. Ella cerró los ojos y apretó la cara contra el pecho de Zack y no se dio cuenta de que él la alzó en brazos como un bebé —o una princesa o damisela en apuros— para sacarla de allí.

En algún momento, ella se quedó dormida.

Se despertó un rato después, todavía en brazos de Zack, pero en otra parte del palacio. Lo supo por los daños que tenían las altas paredes de ladrillos grises y negros que vio al abrir los ojos. Giró la cabeza hacia un costado y descubrió a Cra, hecho una bolita en el piso como si estuviera durmiendo. Él no se percató de que Lapis Exilis estaba despierta, pero Zackary sí.

—¿Cómo te sientes, linda?

Sentía la cara pegajosa y le picaban los ojos, los tenía secos. Por otro lado, también tenía un sabor horrible en la boca, quizá por la falta de alimento en el estómago y por la necesidad de un cepillado de dientes. Tenía los músculos agarrotados y le dolía una mano que se había aplastado contra Zack. En resumen, no se sentía nada bien.

Se sentó entre sus brazos y, después de sacudir la mano dolorida en el aire para estirarla, se refregó el rostro y se corrió el pelo de la

frente.

—Me siento terrible —admitió—. ¿Cuántas horas pasaron?

—No mucho —dijo Zack, sosteniéndola por la espalda—. ¿Tienes hambre?

—Sí.

Zoey empezó a comer con apremio apenas su novio le pasó un sándwich, casi con desesperación. Pero, después de varias mordidas, comenzó a bajar la intensidad. Esa era la única comida que tenía y todavía faltaba para llegar al otro portal. Necesitaba sobrevivir.

—¿Por qué te detienes? —preguntó Zackary, inclinándose un poco para verle el rostro, pues ella había bajado la cabeza tanto como el sándwich que había dejado sobre su regazo.

—Estamos atrapados aquí dentro —murmuró.

—Encontraremos el siguiente portal, descuida.

—Cra dice que está lejos —recordó ella, buscando el envoltorio de la comida para guardarla.

Zack lo halló primero y lo sostuvo lejos del alcance de ella.

—No me importa, vas a terminar de comer —dijo él, con tono duro —. No voy a dejar que enfermes por culpa de esto. Estás cansada, alterada, muy estresada y solo tienes dieciséis años, Zoey. Necesitas comer.

Ella bufó e intentó alcanzar el paquete, pero la debilidad la volvió a sentar en el suelo, entre las piernas de él. Atento como siempre, Zack la sujetó y la miró con las cejas arqueadas.

—No como desde la mañana —apuntó Zoey, molesta con él, renuente a aceptarlo e intentando erguirse otra vez, sin éxito—. Dormí bien anoche. Aunque parezca que hayan pasado miles de años desde que entramos en esa iglesia, fue esta mañana, Zack, ¡estoy bien!

—No lo estás, ¿crees que pelear con Peat te dejó entera? A veces no se trata solo del cansancio físico, Zo. —Zackary alejó aún más el papel cuando ella se puso de rodillas. Intentó detenerla, pero ella logró, después de todos los demás intentos, estirarse hacia arriba—. ¿Por qué no me escuchas? —espetó él, también molesto.

Zoey lo ignoró y, cuando Zack arrugó el papel y lo arrojó lejos, entre los escombros llenos de tierra y de cenizas, ella soltó un chillido frustrado. Le tiró el sándwich al abdomen, apoyó las manos en el suelo y se impulsó hacia arriba para alejarse de él.

—¡Porque intento sobrevivir! —le gritó.

—¿Cómo pretendes sobrevivir sin comer? —respondió él, de igual modo, indignado.

—¿Cuánta comida crees que me queda? —gaznó ella, tambaleándose en el suelo.

—¿Es que no te ves a ti misma? —estalló Zack, levantándose de un salto—. ¡No puedes mantenerte derecha! Si no comes, voy a tener que sacarte por ese portal muerta. ¡No vine hasta aquí, desde el otro mundo, después de ser destrozado y de perder todo lo que tenía, para que tu termines muerta!

Zoey inspiró profundamente. Reconoció en su rostro algo de lo que él había estado callándose desde que se había enterado de que todo el mundo en Argentina lo había reconocido. El dolor de perder a su familia estaba más crudo que nunca para él. Pero, aunque lo entendía, no podía evitar molestarse por sus imposiciones.

—¿Y eso te da el derecho a decirme qué hacer? ¿A decirme que lo que tú crees es más importante que lo que yo creo? —siseó ella—. Sí, viniste a cuidarme. Y no estaría viva sin ti —chilló, con las lágrimas ya cayendo de sus ojos. Era una mezcla de ira con tristeza—. ¡Pero tener dieciséis años no me hace una idiota, sabes! Antes podría haberlo sido, podría haber sido ingenua y tonta, ¡pero ya no! Mi vida no depende solo de ti, depende también de mí, y hace semanas que puedo cuidarme.

—¿Crees que no lo sé? ¿Qué te digo esto porque me molesta no ser el más fuerte? —gruñó Zack, extendiendo los brazos—. ¡Lo hago por ti!

Cranium, que se había sentado a mirarlos hacía un rato, se encogió.

—¡Entonces, también me escucharías! —chilló Zoey—. ¡Como tantas otras veces, prefieres decidir qué hacer tú, tomar las riendas y no preguntarme qué quiero!

—¿Bromeas? ¡Siempre estoy detrás de ti! Viendo qué necesitas, qué deseas, qué te mantendrá a salvo.

—¡Lo sé! —gritó ella.

Lo que dijo se sintió pésimo. Zoey dio la media vuelta y, con toda la fuerza que le quedaba, se alejó de allí. No sabía en qué parte del castillo estaba, pero sí sabía que necesitaba un momento para estar sola, sin ver a su novio a los ojos durante un rato. Había una mezcla extraña de diferentes sentimientos y dolores. En esa pelea se pusieron un montón de cosas sobre la mesa.

Escuchó que Zack la llamaba, justo cuando ella ingresaba a la siguiente habitación: un pasillo que sí tenía techo.

—Estaré bien —gritó Zoey.

La chica caminó lejos y bajó unas escaleras con paso lento. Llegó al rellano inferior y se quedó viendo el castillo en ruinas con más ganas

de llorar.

Estaba estresada. Era cierto que Zack la había cuidado, que la había protegido. Pero también ella tenía algo de razón al respecto. Él siempre había dicho qué hacer y cómo hacerlo, debido a que tenía más experiencia en el tema y que era el de los superpoderes. Ahora que Zoey podía cuidar de sí misma, sentía que sus opiniones y decisiones tenían que valer lo mismo que las de él y que no se trataban de locuras impensadas. Ya no era la niña ingenua y asustada que se había metido en un montón de peligros. Era consciente de que, por no hacerle caso en aquellos momentos, creyendo que sabía qué hacer, había puesto en peligro su vida. Había sido inmadura y poco preventiva en el pasado.

Pero ahora era distinto. Ella había aprendido que cada situación tenía una consecuencia y que tenía que pensar más de una vez antes de dar un paso adelante. En ese mismo instante, sola en el medio del palacio, también se dijo que incluso allí debía ser precavida, tal y como estaba intentando hacerlo con la comida. Hacía lo que le parecía más que lógico: racionar la comida era importantísimo porque no sabía cuántos días iban a pasar en ese lugar. Que Zack no respetara su raciocinio, después de todo lo que había pasado en esos meses, la hacía sentir idiota.

A la vez, se preguntó si era tan importante, en ese momento, que él le reconociera que ella era capaz de pensar con cautela. Se preguntó si lo hacía por sí misma o por él, si se trataba de alguna clase de necesidad, de realización personal o si estaba siendo egoísta.

Dio vueltas por el vestíbulo donde estaba parada, agarrándose la cabeza y dándole vueltas al tema hasta que ya no estuvo segura de quién tenía la razón y quién no.

Tuvo que admitir que Zack quería imponerse muchísimas veces en lo que él consideraba mejor para su seguridad —como la vez que quiso sacarla del colegio sin más— y que, al hacerlo, tuvo que volver a hacer hincapié en los momentos idiotas en los que no le había hecho caso —como cuando bajó al sótano sin su autorización—, por lo que enseguida aceptó que las cosas habían cambiado bastante entre ambos. No solo ella ya no era la chica asustadiza que lo desobedeció con imprudencia, arriesgándose a un montón de cosas cuando él intentaba salvarla, sino que Zack había madurado en otros aspectos de su personalidad. Ya no era el protector autoritario; la mayoría del tiempo, debatían qué hacer y cómo hacerlo. Juntos.

Entonces, ella se sintió peor. Le pareció que ambos habían discutido porque ninguno de los dos estaba psicológicamente en paz. Él tenía todavía conflictos con su muerte, los cuales habían revivido desde la charla con su hermana. Probablemente estuviese enojado por tener

que estar ahí, muerto de la forma en la que había perecido en lugar de con su familia, como un chico normal. ¿Cómo no iba a sentirse indignado y molesto de que la chica que estaba condenado a proteger no quisiera seguir su consejo para sobrevivir? Por supuesto que lo estaría. Imaginó esa sensación de impotencia que destiló cuando le mencionó lo que había pasado como para tener que sacarla muerta por un capricho.

Y, aunque Zoey no consideraba su negación un capricho, sino otra opción para llegar al portal con vida y con más energía, ella no se encontraba nada bien. Todo lo que sintió ese día —desde que Peat la había dejado encerrada sin sus cosas y al descubrir que se habían llevado el arca— no era más que la gota que rebalsó el vaso. Y el vaso se había llenado lentamente con la muerte de Zack, con las persecuciones, con los miedos, con las luchas y tras el dejar a su familia atrás.

Con lágrimas silenciosas, ella se dijo que Zack estaría siempre en una situación peor y que, nuevamente, no podía definir hasta qué punto uno tenía más razón que el otro.

—En cualquier caso —se dijo, limpiándose las mejillas con el dorso de la mano—. Pelear está mal.

Ellos se tenían el uno al otro. Lo único que podía hacer era volver, sincerarse e intentar arreglar el desastre que habían hecho, sin importar quién tuviese la culpa o la razón. Asintió, debían arreglar el asunto porque se querían, porque se amaban y estaban juntos en todo, en las buenas y en las malas.

Sin embargo, se tomó un momento más. Caminó por el vestíbulo del castillo, tratando de expurgar todavía lo que tenía adentro que la angustiaba. Tomó aire varias veces, contó hasta diez un centenar de veces y se puso a inspeccionar lo que quedaba del lugar; suponía que él también necesitaba un poco de tiempo para pensar.

Zoey se detuvo a mirar una pared, la decoración mantenía la misma estética de los templos que había visto hasta el momento, incluido el del colegio. Las columnas que sobresalían de las paredes estaban incompletas y ella se acercó al muro para asegurarse de que no hubiese nada escrito allí que se hubiera borrado con el tiempo.

Pasó la mano por la pared y comprobó cuán lisa estaba. Allí, al menos, no había profecías ni escrituras antiguas. Supuso que eso era porque no se trataba de un lugar de culto, sino del sitio donde el rey vivía.

Suspiró y se volteó. Soltó un chillido cuando vio a Cranium sentado detrás de ella, demasiado cerca. Se pegó a la pared y se llevó una mano al corazón.

—Demonios, Cra…

—¿Lapis Exilis? —dijo él, ladeando la cabeza.

—¿Qué haces? Me asustaste —contestó Zoey, con suavidad.

—¿Lapis Exilis se irá?

—¿Eh? —susurró ella—. No, solo estaba… calmándome. ¿Dejaste a Zack solo?

Cranium estornudó y se puso a husmear por allí, acercándose a la entrada del vestíbulo, donde antes debió de haber una puerta enorme.

Zoey lo siguió hasta otra sala. En el centro se alzaba una gran estatua destruida, solo quedaban los pies, como los héroes griegos de antaño que habrían decorado los templos de los dioses. Sin embargo, al acercarse a la estatua notó que, además de sus pies descalzos, quedaba también una inscripción con letras romanas, latinas, que ella podía entender: «Valaskjalf».

Zoey lo dijo en voz alta, pero no fue capaz de pronunciarlo bien. Tuvo que repetirlo varias veces para sentirse más segura con lo dicho. Cranium se había detenido a su lado y estaba mirando la leyenda como si también estuviese interesado en ella.

—¿Sabes qué significa? —preguntó ella, pero la criatura sacudió el cráneo, en negativa—. ¿Los templarios decían algo sobre esto?

Cra se tomó un par de segundos, probablemente recordando la promesa de huesos si es que se esforzaba.

—Decían: «Odín, Odín, trono de Odín».

Zoey miró al animalito con el ceño fruncido y luego regresó lentamente a la inscripción.

—¿Odín?

—El trono desde el cual todo se ve —contestó Cra, estornudando con seguridad. Casi que sacudió la cabeza de arriba abajo.

Zoey no lograba pensar en algo lógico con esa información. Zack era el único que podría entender algo más. Pero, antes de poder encarar ese tema, ella tenía que hablarle sobre lo ocurrido hacía minutos.

Suspiró, puso las manos en sus rodillas y se irguió. No tenía ganas de seguir rompiéndose la cabeza con un montón de enigmas sin sentido, así que optó por guardar esa información en un cajón, junto con todo los demás.

—Volvamos —pidió a Cra.

Regresaron hasta la habitación donde Zack los esperaba. Él estaba sentado en el suelo, girando algo entre sus dedos. Zoey supo que la escuchó entrar y que la ignoraba adrede, por lo que se quedó allí, a

unos metros, tratando de encontrar las palabras correctas.

—¿Podemos… hablar bien? —musitó ella con miedo.

Zack se tomó un momento para levantar la mirada. Sus ojos grises estaban un poco apagados, dolidos y todavía enojados.

—¿De qué quieres hablar?

Sin moverse de su sitio, ella tragó saliva.

—Creo que… ambos estamos equivocados —respondió.

Él ladeó la cabeza, curioso por su expresión.

«Al menos no reaccionó mal», pensó Zoey.

—Me refiero a que ambos hemos pasado por cosas duras. Soy injusta contigo si te hago sentir que no te preocupas lo suficiente por mí. Y tienes razón en algo: has atravesado muchísimas situaciones más terribles que las que yo he tenido que vivir.

Él se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué dices que estamos equivocados? Si estás diciendo que tengo razón.

—Porque, así como yo me equivoco al hacerte sentir eso… —Zoey hizo una pausa y se acercó a él. Se arrodilló a su lado y volvió a sujetarse de sus rodillas, para darse fuerza—. De la misma forma, también creo que te equivocas al no dejarme decidir cómo administrar mis alimentos. Y creo que ambos nos equivocamos al pelear porque podríamos haberlo hablado bien. En cambio, los dos reaccionamos mal. Estamos cansados mentalmente, Zack. Llevamos meses aguantando cosas impensables, incluso nos separamos de nuestras familias —murmuró, bajando la mirada cuando Zack también lo hizo —. Los dos estamos solos. Nos tenemos a nosotros mismos y a nadie más. Los dos somos niños.

Él se quedó callado durante un largo rato. Zoey miró sus manos y descubrió que lo que él tenía entre ellas era el envoltorio del sándwich, hecho un bollo todavía más chico que antes.

Cuando ella levantó la mirada, notó que él la observaba.

—Durante mucho tiempo pensé que tú eras lo único que me quedaba —murmuró Zack—. Te volviste mi mundo entero. Aunque antes no creía tener un futuro, sí tenía un presente que perdí: a mi familia, a mis amigos y… perdí mi vida. Ahora, sin embargo, no estoy tan seguro de ello. ¿Qué es lo que tengo?

Escuchar eso fue como un balde de agua fría para Zoey. No porque Zack confesara que ella ya no era el centro de su universo, sino porque significaba que él de verdad había estado sufriendo en silencio todo el tiempo. Que su familia viera el video debió significar un punto de inflexión.

—Entiendo. Creo que entiendo —respondió ella, arrimándose más a él, aunque sin atreverse a tocarlo.

Algo en el pecho le dolía y, cuando Zoey identificó que era vergüenza por su egoísmo al ignorar lo que Zack podía sentir y al creer que él tenía asumida la muere, quiso ponerse a llorar otra vez. Tendría que haber supuesto que él ocultaba su dolor con chistes, con risas y con juegos. En cambio, ella había estado demasiado preocupada por las cosas que vivía por sí misma, por cómo ella había tomado la muerte del chico que le gustaba y las amenazas a su normalidad, como si eso fuese todo lo que importaba. Por un momento, no pudo creer el tamaño de su egoísmo y se dijo que, quizá, la pelea se había gestado pura y exclusivamente por culpa suya, por no haber sabido entender a la persona a la que amaba.

Cuando pudo tragarse el dolor hasta el estómago, Zoey intentó borrarse a sí misma de esa contemplación. Quiso enfocarse solo en él, darle lo que no había podido en el pasado.

—De pronto, todo el mundo sabe que sigues aquí, que no estás muerto —murmuró ella.

—Estoy muerto —contestó Zack con dureza—. Siempre voy a estar muerto.

—Yo te dije que lo cambiaría —recordó Zoey—. Zack, tu familia sabe que regresaste y, cuando salgamos de esto, cuando… —Se calló. No sabía si podrían salir de eso porque seguían sin encontrar algo que pudiera vencer a Peat—. Si salimos de esta y no muero yo también —se corrigió—, buscaré la manera de darte un cuerpo vivo otra vez. Y podrás volver a casa y tener tu futuro. Solo tuyo, ¿entiendes? No el mío.

De pronto, Zack se estiró hacia ella. Le sujetó la cara con las manos con mucho cuidado y dulzura, y se miraron a los ojos con un nudo en la garganta.

—Yo te quiero —dijo—. Quiero estar contigo.

La frase la desarmó. A pesar de lo que ella había hecho mal con él y de la culpa que sentía, Zack seguía poniéndola en un lugar importante en su vida.

Era bueno que él pudiera ver que su existencia no tenía que limitarse alrededor de la de ella.

—Sabes que no me refiero a eso —replicó ella, tragándose las ganas de llorar otra vez—. Me refiero a que, aunque me quieras, yo no seré todo tu mundo. No tengo que serlo ahora, no debería haberlo sido nunca. No es justo para ti que vivas por y para mí. Aunque quieras decirme que est**ás** muerto, yo voy a seguir repitiéndote que no es verdad. —Estiró la mano hacia el pecho de él y la puso donde estaría

su corazón—. La vida no está solo aquí —le recordó.

Él le acarició un poco la mejilla y luego la soltó para tomar la mano que estaba sobre su pecho. Inspiró profundo y exhaló, con un poco de pesar.

—Hemos cambiado mucho este año, ¿cierto? —dijo Zack—. Ya no somos los mismos. Tú ya no eres la chica tímida que no se animó a decirme lo que sentía. Has madurado y ahora terminas consolándome. Yo morí, me convertí en un conejo y pensé que podría con todo. Y no era cierto, ¡mira! —La señaló con un gesto de la cabeza y esbozó una sonrisa triste—. Mi magia ya no sirve, ya no puedo protegerte. Ya no te sirvo de nada.

Zoey frunció el ceño y tragó saliva.

—¿De nada? ¡Eso no es cierto!

—Ya no puedo defenderte de Peat, no puedo ayudarte —insistió él.

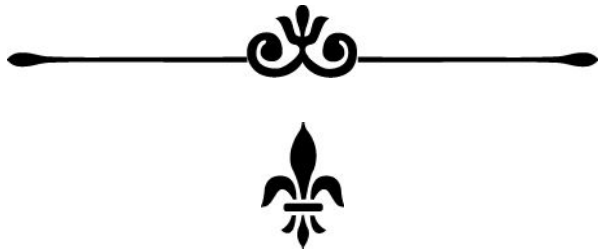
—Zack, no podría hacer nada sin ti. No podía dar un solo paso en este lugar sin tu ayuda. No podría entender qué demonios son los templarios, Thor o lo que sea —terció ella—. No todo se trata de pelear. Tú eres el que sabe sobre esto, a ti te prepararon para enfrentarlo, aunque no te hubieses dado cuenta. Yo… Yo solo estoy aquí por casualidad, no tengo las herramientas para salir de esto. No sin ti.

Quizás Zack necesitaba más que solo la promesa de un futuro. Necesitaba recuperar el valor que había perdido como ser humano.

Zoey se lo quedó viendo cuando él no le contestó y bajó la mirada para ponerse a jugar de vuelta con el envoltorio del sándwich. Tuvo que levantarle la cara con las manos y obligarlo a verla.

—Zoey… —susurró él.

—Tenemos que dejar de pensar que esto es solamente por mí —declaró ella—. Los dos. Tenemos que dejar de pensar solo en mí, en que yo no muera, en que salga adelante, en que esté bien, en lo que yo sienta. Zack, mierda, tú no puedes seguir así, guardándote todo lo que sientes. No se trata siempre de mí, ¿está bien? Estamos juntos en esto y tenemos que dejar de decir: «Que Zoey no muera». Debemos cambiar eso por un: «Que los dos vivamos hasta el final».



Capítulo 21

Cuando Zack le colocó el sándwich en las manos, Zoey puso mala cara. Ella pensó que él, a pesar de la charla, quería obligarla a comer. Pero en realidad se refería a otra cosa.

—Si vas a hacerme un cuerpo vivo, creo que al menos tienes que practicar en crear algo orgánico, aunque ya esté muerto —señaló, refiriéndose a la carne del sándwich.

Zoey arrugó la nariz y alzó el emparedado en el aire para verlo bien. Decirlo sonaba fácil. Hacerlo, no tanto.

—No sé cómo…

—Si el poder del dije es ilimitado —dijo Zack—, tienes que practicar cada ocurrencia posible. Incluso sin el arca o sin cosas que nos ayuden a vencer a Peat, tenemos tus poderes. Debes prepararte para ello, lo sabes, ¿verdad?

Zoey tragó saliva. Él tenía razón, toda la razón, y eso la aterraba bastante.

—No soy buena en estas cosas —contestó ella.

—Has mejorado muchísimo en apenas unos días, Zo.

Era cierto que lo había hecho, pero Peat también se había recuperado a la velocidad de la luz y su fuerza y poderes eran cada vez más increíbles. Si bien el dije podía ser más fuerte que el enemigo —por algo Peat lo quería—, ella no tenía aún la capacidad para llevar a cabo grandes hazañas.

Como Zoey se quedó callada, Zack le puso las manos en los hombros, se estiró para darle un corto beso en los labios y le sonrió.

—Practica con esto, así tendrás comida suficiente. Luego, intentarás crear una bolsa de dormir y las demás cosas que olvidamos en el cementerio. Este sitio destruido será nuestro campo de entrenamiento, de batalla. Aprenderás a pelear.

La inseguridad que ella sentía se sumó a su imaginación, en la que

se vio a sí misma peleando como una guerrera, algo así como Tigresa en *Kung Fu Panda*. No era real ni posible, por lo que empezó a reírse sola.

—Yo no puedo hacer eso —replicó ella, dando manotazos en el aire con el otro brazo, el que no sostenía el sándwich.

Zack puso los ojos en blanco y se levantó.

—Vamos a ver si no puedes.

Mientras ella seguía riéndose en el suelo, con el humor cambiante que tenía ese día, él se puso de pie y empezó a limpiar la habitación, a mover los escombros del suelo hacia los costados, contra las paredes.

En un rato, Zack logró despejar el cuarto.

Zoey se calmó y congeló el otro sándwich. A pesar de qué tan ridículo sonaba aprender a pelear, se puso a practicar la idea de crear comida. Probó distintas posibilidades, pero no logró absolutamente nada y terminó acurrucándose en el suelo, ahora limpio, cuando sintió sueño otra vez.

Al día siguiente, Zack la despertó para recomendarle que siguiera practicando porque Cranium había declaro que el próximo portal estaba en la ciudadela, mucho más allá del reino.

—¿Y eso qué significa? ¿Ciudadela? —preguntó ella, dándole un par de mordidas al emparedado, pero controlándose—.
¿De verdad está tan lejos?

—Creo que sí, porque Cranium me señaló un punto que ni se ve desde el balcón del trono.

—Tendríamos que ir moviéndonos hacia allá en lugar de quedarnos aquí, ¿sabes? Si está lejos, mientras practico, podríamos ir avanzando —sugirió ella.

Zack ladeó la cabeza, pensativo. Al final, terminó por aceptar la sugerencia. El chico salió al pasillo para llamar a Cranium, que había salido a husmear.

—Antes de irnos, deberías ir al vestíbulo a ver la estatua y eso que dice ahí —añadió ella.

—¿La estatua?

—Sí, la que está por allí —señaló Zoey—. Tiene una leyenda. Está destruida, pero puede leerse. Parece un nombre.

La chica tenía la vista puesta en la comida; la analizaba y trataba de captar su esencia para poder realizar una mejor labor mágica. Se imaginó una perfecta copia apareciendo sobre su regazo e incluso deliró un poco sobre los ingredientes. Más que jamón suizo, pensó en bondiola[11]. O en lomo ahumado. Luego, el hambre la llevó a cambiar el fiambre por una milanesa con lechuga y tomate.

Zoey gimió, llena de anhelo, y cerró los ojos. La comida en Inglaterra no le había parecido tan apetitosa y extrañaba hasta lo que habían comprado en Rio Negro. ¡Incluso la comida de la cafetería del colegio! Y ni hablar la de su mamá.

Bufó y se deslizó contra la pared, todavía con los ojos cerrados. Estiró los brazos sobre sus piernas y se golpeó la nuca contra el muro repetidas veces, preguntándose por qué era tan inepta para la magia. Podía crear agua de la nada, pero no lograba replicar un delicioso aperitivo de milanesa de carne de cerdo.

Sintió peso en su mano izquierda y pensó que Zack le había puesto algo en ella. Sin embargo, cuando abrió los ojos, notó que Zack no estaba en la habitación y que lo que había en su mano era un sándwich entero, de milanesa, tomate, lechuga y una buena ración de mayonesa.

Primero dejó caer la mandíbula. Después, se puso a gritar. Se puso de pie y empezó a dar saltos mientras abría ambos panes y revisaba el contenido. Era real, muy real, y se veía tan apetitoso que no pudo evitar pegarle un mordisco. Después de todo, la única forma de comprobar que estaba bien hecho era comerlo.

Con la boca llena, siguió dando gritos y empezó a llamar a Zack. Salió corriendo al pasillo, se topó con Cra y le mostró el sándwich perfectamente creado, pero el perrito no entendió nada. Siguió por las escaleras hasta llegar al vestíbulo, pero Zackary tampoco estaba allí.

—¡Zack, mira esto! —gritó.

Zoey l encontró de pie frente a la estatua, mirando la inscripción. Cuando llegó a su lado, le puso su logro frente a la cara y él dio un brinco hacia atrás.

—¡Wow! —gritó, más bien de la sorpresa.

—¡Lo hice! ¡Lo hice! ¡Y está riquísimo!

—Diantres, Zoey —contestó Zack, sacándole el sándwich de la mano para evaluarlo—. En serio lo hiciste —dijo él, con evidente incredulidad.

Zoey dejó caer la mandíbula y se quedó quieta.

—¿«En serio»? —repitió, confundida por la actitud—. ¿Tú no me creías capaz?

Zack se encogió de hombros y le dio un mordisco a la milanesa para probarla. Entonces, levantó el pulgar y le sonrió, con la boca llena. Ella se apartó, haciendo una mueca.

—Bien hecho —añadió él con la boca llena.

—No pienso besarte así —replicó Zoey, quitándole el sándwich.

Ella lo sostuvo con la mano derecha otra vez, cerró los ojos e

imaginó que tenía uno exactamente igual en la izquierda. Proyectó la magia sobre sus dedos y la guio para que recreara capa por capa de la milanesa, los tomates y el pan. Escuchó un grito de júbilo y cuando despegó los parpados, ahí estaba la réplica exacta. Tenía más comida.

Los dos corrieron escaleras arriba, donde se toparon con Cranium otra vez y, mientras hablaban sin parar sobre las posibilidades, Zoey se terminó su primera creación. Congeló la segunda y estuvo un largo rato acatando las propuestas de Zack y creando desde *pizzas* de *mozzarella* caliente, como recién salidas del horno, hasta un pastel de chocolate que probaron entre ambos.

—¿Cómo lo haces? —musitó él, limpiándose el mentón después de tragar como un desquiciado una hora después.

Zoey, que ya estaba llena, sentada en el suelo frente a él, solo podía pensar en que Zack era realmente un barril sin fondo. Podría seguir y seguir y jamás se cansaría.

—Lo mismo me pregunto —ironizó ella—. ¿A dónde va todo eso que comes? —rio.

Zackary le sonrió con los dientes llenos de chocolate y, recordando la advertencia anterior que Zoey le había hecho junto a la estatua en el piso de abajo, intentó besarla. Sabiendo que en fuerza no podía ganarle, ella lo mantuvo a raya con un escudo.

—En serio —insistió él—. ¿Cómo logras esto?

—No sé, solo imaginó el sabor de algo que comí. Creo que se basa en recuerdos. Así es la torta de chocolate que hacía mi abuela —contestó Zoey—. Pero no sé cómo hacerlo funcionar para otras cosas.

—Si se basa en sensaciones —dijo Zack, poniéndose un dedo, también manchado, en el mentón—, quizá deberías recordar la sensación que te daba la bolsa de dormir. La idea del refugio, el calor o la comodidad. Si pudiste crear la *pizza* y el pastel sin tener un ejemplo de ellos para copiar, puedes con lo demás.

Sin embargo, Zoey no estaba tan segura de eso, por lo que se dedicó a conservar la comida que ya había creado y optó por descansar un rato. Intentó darle un poco de pastel de chocolate a Cranium, sin buenos resultados. Y, cuando notó que no pensaba crear más nada, Zack se limpió la cara con la manga de su camiseta, se puso de pie y la llamó con los dedos. De su mochila azul sacó el cuaderno de la logia, junto con los papeles de la traducción y un par de lapiceras. Había sido una fortuna que no guardaran eso en los bolsos, al acceso de Peat.

—¿Qué? —susurró ella, confundida.

—Tenemos que hablar de algo.

Él la llevó de vuelta al vestíbulo, con Cra pisándole los talones. Señaló el nombre a los pies de la estatua destruía, agarró una hoja limpia y, usando una pared cercana como soporte, copió la palabra.

—¿Sabes qué significa?

—Sí —dijo él.

Zoey se asomó por encima de su hombro y notó que había escrito algo más debajo del nombre inicial.

—¿Qué es eso?

Zack se giró, le mostró la hoja y conectó las dos palabras raras con una flecha:

—*Valaskjálf* era un palacio en la mitología nórdica que tenía un imponente trono llamado *Hlidskjalf* —dijo—. El padre de todo se sentaba en el trono a vigilar los nueve mundos que estaban conectados por un árbol mágico. El *Yggdrasil.*

Ella frunció el ceño, todavía confundida.

—Mmm… no termino de comprender —susurró ella—.
Si allí dice *Valaskjálf*, ¿es posible que este sea ese palacio del mito?

—Sí —dijo Zack—. Tenemos un trono arriba, ¿no? Y un árbol más allá. El dios Odín, el padre de Thor, se sentaba en el trono a ver los nueve mundos que él reinaba.

Ella se giró hacia la estatua.

—Aquí no hay nueve mundos y… aguarda. Yo pensé que estábamos relacionando todo esto con la religión cristiana, ¿o no? —musitó—. El santo grial, el arca, Dios…

—Sí, lo sé —dijo Zack—. Pero no puede ser solo una coincidencia que ahí diga el nombre del famoso palacio de Odín.

Zoey se llevó una mano al mentón, recordando lo que
Cranium le había dicho el día anterior.

—¡Los templarios lo sabían! —exclamó, de pronto—. ¡Cranium lo dijo!

El animalito levantó la cabeza hacia ella. Había estado completamente callado sin acotar nada y, cuando los chicos se giraron a verlo, ladeó su cráneo, confundido.

—¿Qué cosa sabían los templarios, Cra? —preguntó Zack.

La pregunta era ambigua, así que la misma Zoey respondió por él.

—Ellos dijeron: «Odín, el palacio de Odín» y se refirieron al trono como «el trono desde el cual todo se ve». Eso es lo que Cranium recuerda.

—Tenemos que ver el trono de nuevo —contestó Zack.

Tomó a Zoey de la mano y la llevó corriendo por las escaleras,

pisos más arriba del que ocupaban ellos y por otros pasillos, de vuelta hasta el trono. En medio del trayecto, la chica se perdió y se dijo que no podría volver sola. Su memoria había parado de marcar el camino después del tercer tramo de escaleras.

Dejaron a Cranium atrás y él los alcanzó cuando ambos ya estaban parados viendo los restos de la silla de piedra en el suelo, junto al pequeño hueco donde habría estado el arca.

—¿Y ahora qué? —dijo Zoey—. Si el trono tenía algo escrito, pues no queda mucho.

—¿Pero no concuerda esto con el mito? —dijo Zack, extendiendo los brazos para abarcar con ellos la visión de la sala y su balcón—. El dios vigilaba los nueve mundos desde el trono. Aquí se puede ver todo el reino, ¿no lo crees? —añadió, avanzando hacia el mirador, enmascarado con bellas columnas que apenas subsistían. Alguna vez habrían sostenido un techo, ahora saludaban a la penumbra del exterior con tristeza.

La teoría de Zack podía ser cierta, pero no servía de nada. Seguían atrapados allí. Ella necesitaba prepararse mejor mientras se dirigían hasta el siguiente portal; esa era la prioridad, lo único que importaba.

Miró la espalda de su novio y suspiró.

—Zack, dijiste que me enseñarías a pelear —le recordó ella—. Podemos seguir buscando un montón de teorías sin entender nada, pero el arca no está, no hay ningún objeto mágico que nos defienda de Peat y… —Bajó el tono de voz. Pensó también que mucho de lo que Zack podría enseñarle tampoco la salvaría. Peat era más fuerte y punto; saber pelear no era una solución perfecta. Sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de que, siendo negativa, tampoco lograba nada —. Es mejor practicar, ¿no crees?

Él se giró y bajó los brazos, con una expresión seria. La emoción por los descubrimientos se había apagado.

—Tienes razón. Debemos reforzar lo que ya sabes. Puedo enseñarte algunos movimientos de artes marciales y, además, entrenar en la ciudad. Sería interesante ver qué tanto puedes destruir —contestó.

Ella apretó los labios; luego, hizo una mueca de incomodidad.

—¿Destruir?

—Oye, ¿pensabas que todo esto era pura defensa? ¡No! Tú atacaste a Peat la otra vez con tu fuego, pero necesitamos que sepas redirigirlo, y no podemos olvidar que él aún puede controlar ese elemento. Tenemos que saber exactamente qué hiciste cuando lo vencimos en el bosque. Pasaste energía hacia mí y yo la canalicé. Tienes que ser capaz de hacerlo sin mí.

Él pasó junto a ella y salió de la sala. Todavía bastante insegura, Zoey lo siguió.

—Eh… No sabía bien lo que estaba haciendo en ese momento. Fue producto de la desesperación. Creí que te mataría —replicó, apresurada.

Las piernas largas de Zack avanzaban más rápido que ella.

Ambos se detuvieron de golpe y ella por poco no se chocó contra la espalda de él. Zack se giró, le sonrió y le tocó suavemente las mejillas.

—Pero ahora sí sabes lo que estás haciendo.

En realidad, a ella le parecía que no sabía lo que hacía. Pero, durante el resto del día, evocó en su mente la cómoda sensación de una bolsa de dormir. La mayor parte del tiempo, sin éxito. Solo fue cuando le tocó acurrucarse sobre Zack, adolorida, con frío y muy incómoda, que añoró tanto la bolsa que logró materializarla justo por encima de ella.

Estaba tan cansada que no supo si realmente lo festejó. Se metió dentro, apresurada, y dio vueltas de un lado al otro, revolcándose de la felicidad en silencio, hasta que se quedó completamente dormida.

Sin embargo, el descanso en ese suelo duro, y con la pierna de Zack como almohada, no duraba demasiado. En un par de horas, ella ya estaba despierta. Se dedicó a comer, a bañarse con agua que creó para una ducha improvisada y a estar sentada sobre la bolsa de dormir tratando de crear mantas, ropa y cosas que necesitaba, como jabón o champú.

Todo se basaba en los recuerdos. Debía tener muy presentes las sensaciones que cada objeto le producían al usarlo. A veces, no estaba segura de si eran reales, de si eran de verdad memorias o si las estaba inventando conforme a lo que soñaba con sentir. Pero así, logró aparecer una manta de tela polar muy abrigada y mullida, un jabón, pasta de dientes y un cepillo, y ropa interior impecable.

Mientras ella practicaba, Zack se la pasó en otra parte del castillo. Le avisó a dónde iría, por supuesto, y se llevó las hojas y el diario de la logia. Era evidente que lo que había hilado el día anterior seguía importándole. Cra, en algún punto, se aburrió de la magia de Lapis Exilis y se fue a perseguir al muchacho.

Al llegar la noche o, al menos, lo que ella creía que era la noche, cuando Zack regresó sin muchos comentarios, más que halagos y aplausos para lo logrado en el día, Zoey se decidió a crear algo más grande, algo muy serio: un colchón.

—¡Estoy cansada de dormir en el piso! —exclamó.

Zack se cruzó de brazos y la miró desde el umbral.

—Oye, ten en cuenta que, cuando nos vayamos, no lo llevaremos, eh. Yo no pienso cargarlo —bromeó.

Pero Zoey sabía que, si podía crearlo, podría replicarlo cuantas veces quisiera. Podría dejar ese mundo lleno de colchones y a nadie le importaría. La idea le hizo reflexionar sobre a cuántas personas en el mundo les haría falta algo así y lo fácil que sería para ella ayudar. Pero, obviamente, primero estaba Peat. Su primera gran acción para el mundo debería ser librarlo de él.

—Yo puedo —dijo ella, cerrando los ojos y extendiendo las manos hacia el suelo. Se agachó y puso la yema de los dedos en la superficie polvosa. Rememoró la comodidad del colchón del hotel en Inglaterra. Trató de detener su mente en los momentos en los que las formas acolchonadas de la tela le habían dado un alivio a sus músculos. Se mentalizó en que era *eso* justamente lo que necesitaba.

Enseguida, sus manos se elevaron del suelo. Algo las empujó hacia arriba. Cuando abrió los ojos, descubrió un excelente colchón de dos plazas, exactamente igual al que habían utilizado en Inglaterra. Bueno, quizá con algunas libertades imaginativas, pero allí estaba.

—¡Es hermoso! —chilló, con la voz tan aguda que Cranium se encogió por la sorpresa.

Zoey saltó sobre su creación y dio vueltas, tal y como la noche anterior con la bolsa de dormir. Alcanzó la manta polar, se quitó los zapatos y se hizo una bolita después de taparse hasta la cabeza.

—Vaya… —musitó Zack, con admiración, acercándose.

—¡Buenas noches! —contestó Zoey.

Él empezó a reírse y le quitó la manta de encima para poder recostarse a su lado.

—Ey, ¿qué tal ahora prendas nuevas para mí? —sugirió él.

Zoey lo recorrió con la mirada, concentrándose en los *jeans*, negros a causa del polvo de los últimos días.

—Salte de mi colchón o vas a llenarlo de mugre —dijo, aunque en realidad también ella tenía la ropa bastante sucia.

Lo empujó fuera, se sentó en el bordé del lecho y se abrigó con la mata, tratando de pensar en cómo podría crear ropa para Zack cuando no era ella la que la usaba y, por lo tanto, no estaba apegada a sus memorias y vivencias. Apoyó la mandíbula en su mano derecha, pensativa, mientras él, a su lado, la miraba de reojo.

Entonces, se le ocurrió una pequeña posibilidad de éxito, así que se abrazó a Zack y pegó la cara en su pecho.

—¿Qué haces? —susurró él, pasándole un brazo por detrás de la espalda, pero sin entender nada.

Zoey negó y deslizó la mejilla por su abrigo de algodón; trató de recordar el aroma de su novio con la ropa recién limpia, la sensación de suavidad de la tela nueva de la chaqueta que habían conseguido en las tiendas.

Con los ojos cerrados, aferrándose a eso, extendió la mano izquierda e imaginó copias exactas de esas prendas entre sus dedos. El peso apareció de golpe y Zack vitoreó antes de que ella pudiera verlas.

—¡Eres un genio! —exclamó él, poniéndose de pie y agarrando la ropa—. ¿Puedo bañarme?

Zoey sonrió y señaló el rincón de la habitación que había usado para ducharse antes.

—¿Ahí? ¿Delante de mí? ¿Dónde te vea? —dijo ella. La emoción por lograr sus cometidos le daba ganas de bromear.

Enseguida, Zackary puso una de sus mejores expresiones pervertidas.

—Sí, claro. Aunque preferiría que sea en un lugar donde Cra no nos vea.

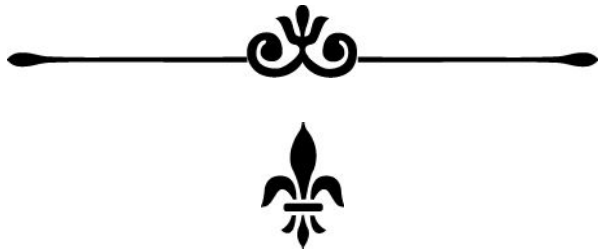
—¿Nos? —se rio ella, cuando él se inclinó para darle un tierno besos en los labios.

—Sí, ambos —insistió Zack, levantándola del colchón de un brinco para abrazarla y besarla con fuerza mientras ella creaba, casi sin pensarlo, un muro de piedra que los ocultaba de Cra
y que mantenía sus asuntos privados en la completa intimidad.

Después de la discusión que habían tenido, eso era lo único que necesitaban para estar seguros de que estaban bien, en las buenas y en las malas.

---

11 Bondiola: corte de carne de cerdo muy común en Argentina y en Uruguay.



Capítulo 22

Después de esa noche, Zoey pudo crear muchísimas más cosas con facilidad. Tuvieron ropa limpia y nueva para ambos, bolsos que eran idénticos a los que habían dejado en el cementerio de la capilla de Rosslyn y más. En la mañana, ella incluso tuvo la idea de crear huesos como los que había visto olvidados en ese mundo para Cranium.

En perrito olfateó, un poco dudoso, los huesos supuestamente humanos que Lapis Exilis le dejó a los pies. No pareció muy seguro al comienzo y ella se preguntó qué había hecho mal. Pero, entonces, unos segundos después, la criatura agarró un fémur con la boca y estornudó, feliz.

—¡Lapis Exilis da regalos! Huesos, muchos huesos —exclamó el perro, sin poder parar de estornudar. Daba vueltas en el lugar y, por cada una, dejaba escapar un estornudo. Estaba tan contento que no cabía en sí mismo.

—Aw, sí —exclamó ella, rascándole la cabeza—. Todos para ti.

Zoey se irguió y dejó a Cranium en el vestíbulo para que disfrutara de sus huesitos en paz. Sin más, fue a buscar a Zack, que había pasado las últimas horas traduciendo parte del diario de la logia en la sala del trono.

—¿Qué hay? —saludó él, sin levantar la vista, cuando la oyó.

Ella repasó el lugar con la mirada y se sentó a su lado, cerca del balcón.

—Pareciera que hay más luz hoy, ¿no?

Zackary levantó por fin la cabeza y siguió la línea de sus ojos hacia la ciudad destruida y hacia el cielo oscuro que tenían encima todo el tiempo.

—Es verdad —dijo él.

—¿Crees que este lugar haya sido siempre tan oscuro?

—Ni idea —admitió Zack.

Observaron el cielo en silencio por algunos segundos más.

—Creo que es un buen día para entrenar, ¿no? —soltó él, pensativo —. Ya has dominado la creación de objetos varios, podríamos montar una casa aquí si quisiéramos, pero no es posible estar toda la vida en este lugar, tendremos que salir algún día.

Ella asintió. La idea de pelear la ponía un poco nerviosa. La asustaba y la emocionaba a la vez, pero aprender algo que pudiese ayudarla a defenderse mejor de Peat era bueno, después de todo.

—Estoy lista —anunció, justo cuando él cerraba el cuaderno y confesaba que no había encontrado nada vital allí.

Zoey se levantó al mismo tiempo que Zack. Se marcharon de allí lado a lado, el sonido de sus voces quedó flotando en la sala del trono cuando la abandonaron.

Salieron del palacio después de dar varias vueltas por sus pasillos. Zoey se mantuvo siempre cerca de él para evitar tropezar con piedras o lastimarse con algo que ya no estuviese firme, como algunos restos de paredes de edificios que todavía se mantenían en pie, aunque apenas.

—Este es un buen lugar —anunció Zack cuando se detuvo. Se encontraban en lo que parecía ser una pequeña plazoleta en el centro de un espacio vacío, los trozos de casas se erigían un par de metros más allá—. Empecemos con algo fácil —dijo él, señalando uno de los muros más grandes—. Túmbalo.

Ella frunció el ceño y se giró hacia el objetivo.

—¿Con qué?

Zack puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—Fuego, energía, lo que te venga en gana. Usaste mucho el fuego para pelear con Peat y era bastante efectivo para resistir su fuerza, pero tampoco sabes dirigirlo cuando estás nerviosa, Lavagirl —le recordó él—. Lo que te salga mejor, pero túmbalo. Lo quiero reducido a escombros, ¡a polvito!

Zoey apretó los labios y se paró más recta. Podía haber peleado con Peat semanas atrás, pero no había usado ninguna estrategia, solo había caído presa de la desesperación. Zack tenía razón en que ella no tenía una técnica precisa en combate. Si de lanzar llamas a diestra y siniestra se trataba, lo haría bien, pero ese no era el objetivo. Tenía que aprender a controlar el fuego en situaciones agitadas y no solo cuando estaba calmada.

—Ok —susurró ella.

Invocó llamas a sus manos. Las sostuvo allí, calculando cuánto debería hacerlas crecer para que su potencia destruyera un muro. El

fuego en sí era intangible, no tenía materialidad, por lo que tendría que subirle la intensidad; tendría que generar una cantidad de poder y calor que equiparara una explosión.

Dejó que las llamas la envolvieran por completo y sintió como su magia le echaba combustible a su fuego. Puso las palmas de las manos hacia delante y conjuró un remolino de furia pensando que ese muro era Peat y que su ataque tenía que ser mortal.

La magia salió disparada hacia la pared y. apenas las llamas se encontraron con la roca, se esparcieron por la zona. Zack tuvo que echarse al suelo para evitar que su ropa nueva se chamuscara mientras se tapaba el cabello rubio con las manos.

Cuando Zoey detuvo la magia que la envolvía, él levantó la cabeza y bufó.

—El muro, no yo —le recordó, haciendo que ella se preguntara si su magia podría hacerle daño a ese cuerpo inmortal que él tenía.

—¡No es mi culpa! —exclamó Zoey señalando la pared, que todavía de pie—. Las llamas chocaron contra los ladrillos.

—Necesitas elegir un punto como foco —recomendó Zack, desde el suelo—. Lanzaste un gran remolino de fuego parejo en poder. Seguro hubieses frito a alguien, pero la roca necesita más… Mmm, ¿cómo lo digo? Más energía centralizada. Tiene que recibir un golpe, un choque. Tiene que ser algo contundente. Elige un punto focal.

Zoey bufó, arrugó la nariz y se giró de nuevo hacia el muro. Levantó las manos y, enojada por no haberlo logrado a la primera, le lanzó a la pared un ataque mucho más pequeño, pero cargado en fuerza, que la destruyó en miles de pedacitos. La mayoría de ellos cayeron encima de ambos y, a causa de la sorpresa, ninguno pudo invocar un escudo para protegerse.

Ella se agachó y, cuando la humareda por la explosión y el polvo bajaron, Zack, en el suelo aún, la miró.

—Eh, sí, me refería a algo como eso.

Con una expresión de absoluta sorpresa, ella se sacudió los escombros del pelo.

—Wow —soltó.

—¡Vamos por otra cosa! —gritó Zack, levantándose con un salto.

La tuvo de acá para allá todo el día, destruyendo cosas al azar hasta que ella terminó descubriendo por sí misma que podía invocar rayos de energía pura sin la necesidad de convertir la magia en fuego. No era algo que flameara, aunque brillaba y era mucho más intenso. Zoey reventaba columnas de un solo golpe, por muy gruesas que fueran. Y, cuanto más lo hacía, más preparada estaba para hacer aparecer sus

escudos a tiempo y así evitar los escombros que podrían darle golpes serios en la cabeza. En pocas horas pudo manipular ese poder con sus dedos antes de apuntar y de soltarlo.

Más tarde, Zack la puso a prueba de una forma distinta. La dejó sola en el centro de la plazoleta y comenzó a esconderse entre los edificios destruidos. Cuando ella menos lo esperaba, le lanzaba trozos gigantes de piedras, de columnas o de lajas antiguas. La misión de Zoey era destruirlas en el aire, para afinar la puntería o, al menos, para alejarlas de sí misma.

Zoey chilló, corrió y destruyó un gran número de edificios. Puso escudos cada varios segundos y apuntó con prisa. Al final, Zack levantó el pulgar y celebró los logros hasta el momento.

—Comida, un descanso y seguimos con otra cosa —advirtió él cuando la guio de vuelta al palacio, donde Cranium los esperaba cerca del gran agujero en el castillo que usaban para entrar. Él había permanecido lejos, seguro.

—¿Te terminaste los huesos? —preguntó Zoey, arrastrando los pies detrás de Zack. No sabía cuánto tiempo habían estado entrenando, pero se sentía molida. No quería hacer más nada.

Cranium estornudó en respuesta y correteó por delante de ellos, escaleras arriba, mientras pedía más regalos de Lapis Exilis.

Más cómoda con esa clase de magia que con la de explotar cosas en la ciudad, la muchacha creó un montoncito de huesos en el rellano de la escalera que obligó a Cra a quedarse a mitad de camino.

Una vez en la habitación que habían adoptado como propia, Zoey comió y se puso a acondicionarla sin esfuerzo alguno, creando por fin una escoba y una pala para intentar sacar la tierra acumulada por siglos. Luego, en vez de descansar, hizo aparecer una cama debajo del colchón y subió los bolsos, haciéndolos levitar.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —consultó Zack cuando ella le pidió que se sentara y que subiera las piernas—. ¿Dónde pondremos el baño y el cuarto de Cra? También necesitamos una sala de juegos para los niños —bromeó después.

Zoey rio, pero no le contestó. Invocó agua con un chasquido de los dedos y se puso a baldear y a fregar con la escoba hasta que el suelo quedó limpió. Le tomó un buen rato porque el paso del tiempo había hecho estragos en la piedra y en las losas en el suelo. Guio el agua para que se moviera de un lado al otro, expurgando las mayores suciedades, hasta que logró que quedara impecable.

Con la habitación limpia, la chica hizo aparecer una mesa y dos sillas, pero ignoró a Zack cuando él le pidió una televisión plana con HD. Después de eso, ninguno tuvo ganas de volver a practicar en la

gran ciudad. Optaron por avanzar un poco más con el cuaderno de la logia, pensando que tal vez podrían sacar más información valiosa, quizás algo que hablara sobre ese lugar.

—¿Dónde está? —preguntó Zoey, mirando a Zack, que seguía sentado sobre la cama.

Cranium aún no había regresado y el muchacho estaba jugando con una pelota de tenis que ella había tenido la amabilidad de crearle.

—Lo dejé en la sala del trono —contestó Zackary, echándose de espaldas sobre la cama y lanzando la pelota casi hasta el cielorraso, unos cuantos metros por encima de su cabeza.

Ella asintió con la cabeza y salió a buscarlo. Se cruzó con Cranium en el camino, que traía uno de los huesos en la boca, y Enseguida él cambió su dirección inicial —la habitación— para seguirla.

Juntos, fueron hasta la sala del trono. Zoey recogió el cuaderno y las hojas que Zack había dejado ahí horas antes.

De repente, se irguió al escuchar una voz masculina a sus espaldas que no le pertenecía a su novio. Dio un respingo y se volteó: en la entrada a la sala había un grupo de hombres con armaduras que hablaban rápidamente entre ellos, en otro idioma.

Zoey retrocedió y se tropezó con Cra, no parecía ver al grupo de templarios que entraba a la habitación. Ella continuó yendo hacia atrás hasta el balcón y, cuando los hombres se acercaron al trono desecho, este se recompuso. Fue allí cuando ella entendió que se trataba de una visión y de que los hombres no estaban realmente en ese lugar. La escena ya había ocurrido.

La chica se quedó quieta, con el diario en las manos, mientras ellos corrían la silla de piedra, revelando el espacio oculto. Colocaron una caja pequeña, cubierta con el manto blanco que ya había visto antes en otra visión. Pero esta vez, la imagen era mucho más específica y clara. Uno de los templarios descubrió el contenido por un instante para revelar el cajón de madera, que era simple y humilde. Nadie imaginaría que podría tratarse de una valiosa arca milenaria y divina. Parecía solo una caja rústica.

Entonces, Zoey notó que, detrás de uno de ellos, había una versión de Cra que era un mero recuerdo. Él estaba con ellos, eran los templarios amigos.

Cuando la caja estuvo escondida, los hombres abandonaron el cuarto y, por puro instinto, ella los siguió, persiguiendo la visión por los pasillos hasta que, entre palabras que no podía entender, comprendió un nombre. Un templario llamó a otro.

—¡James Clarence! —exclamó uno.

El susodicho se dio la vuelta y Zoey por fin le puso rostro a un nombre que había estado dando vueltas en su cabeza desde hacía algún tiempo. James Clarence debía tener unos treinta años, bastante joven para ser un soldado templario; o, al menos, en la imaginación de la muchacha era así. El extraño parecía muy abocado y responsable con su trabajo.

Clarence escuchó a su compañero, asintió y marchó al frente, sacando su espada y guiando a los demás para continuar el camino.

Zoey bajó las escaleras tras ellos, con el verdadero Cranium pisándole los talones, ajeno a la visión.

Al llegar a la entrada principal del palacio, poco a poco la escena se desvaneció y Zoey se quedó parada junto al acceso, cuya puerta ya no estaba, un tanto confundida, preguntándose a qué venía eso. El recuerdo no le había dicho nada que ella no supiera ya.

La respuesta a su interrogante llegó un par de segundos después, cuando otro grupo de hombres ingresó a su campo visual. Zoey no necesitó demasiado tiempo para darse cuenta de que no eran los mismos y que Cra no estaba con ellos.

Los templarios del segundo grupo hicieron el mismo camino que los anteriores. La muchacha corrió detrás de ellos y observó cómo los extraños hacían lo que ella suponía que iban a hacer: movieron la silla de piedra en la sala del trono y se llevaron
la caja de madera con paño y todo. La visión se desvaneció poco después.

Zoey se quedó en el pasillo, en el silencio, esperando que algo más ocurriera, pero solo el Cranium actual se detuvo a su lado para mirarla con curiosidad.

—¿Lapis Exilis?

—Cranium, ¿qué pasó en el portal en el que nos conocimos, con los templarios que eran tus amigos?

La criatura se sentó a su lado y estornudó, aunque con menos energía que la usual.

—Llegaron los otros, llegaron y gritaron. Explosiones y explosiones, se cayeron al suelo y me dejaron sus huesos. Mis amigos pelearon, pero murieron casi todos.

—Tus amigos fueron atacados por otros, entonces —dijo ella—. ¿Se vestían igual? —preguntó ella—. Tenían la misma ropa, ¿no?

—Sí, sí, Lapis Exilis, sí. No querían a Cranium, no me querían.

Zoey suspiró.

—¿Recuerdas si dijeron algo en particular? Tienes que esforzarte mucho así te daré más huesos —insistió, agachándose frente a él.

Con eso, Cranium pareció contentarse.

—Un amigo se llevó a Lapis Exilis y nunca volvió. Nunca, nunca. Los otros pelearon, le pidieron que lo llevara lejos. «¡Salvadlo! ¡Salvadlo!», gritaban.

—¿Recuerdas quién era? Podría ser… ¿James Clarence?

Cra agitó la nariz en su dirección.

—¡Clarence, Clarence! —exclamó—. Daba huesos y tocaba mi cabeza. Él se fue, se fue.

Eso ya era bastante información. Coincidía con sus sueños, aunque no tuviese cómo completar el resto de la historia.

J. D. Clarence posiblemente hubiera sido el único que logró huir con el dije después de que la otra división de los templarios los traicionara para llevarse el arca. Pero si Cranium tenía razón y no se equivocaba con sus memorias, el primer grupo creía que el dije estaba en peligro y que había que salvarlo de los demás.

Zoey se levantó mientras pensaba en que, si Clarence había huido a su mundo por un portal en Sudamérica, de seguro había terminado solo en una tierra poblada por culturas que lo consideraron un extraño porque todavía no habían sido influenciadas por Europa. Quizá lo habían considerado una amenaza.

Si ese fuera el caso, la situación tendría que haber sido mucho antes de la llegada de Colón a América, por lo que Clarence debió de haberle dado el dije a alguien más, a alguien nativo de Sudamérica.

—Y tú te quedaste solito —dijo Zoey a Cranium—. Los del segundo grupo… los que atacaron, ¿sobrevivieron, Cra?

—Persiguieron fuera —declaró la criatura con simpleza. Más que eso no podría aportar.

Con esa información dando vueltas en su cabeza, Zoey regresó con Zack y se puso a traducir el libro sin decir ni una sola palabra. Intentó conseguir datos que hablaran sobre Clarence porque para ella era evidente que él tenía que ver con la logia de alguna manera. Los miembros de la secta debían haberlo conocido o, al menos, se deberían haber enterado de él y de su papel como templario.

Pasaron varias horas ahí, con una llama como luz de techo que Zack la obligó a apagar para ir a dormir. Sin embargo, acostada a su lado, Zoey no pudo conciliar el sueño fácilmente. Tenía la necesidad de volver a la mesa para desentrañar todo ese asunto y, sobre todo, para saber por qué era tan importante que ella supiese lo que en verdad había ocurrido entre ambos grupos. Si las visiones existían, debían tener un motivo.

Cuando ella por fin logró dormirse, tuvo sueños extraños

y tumultuosos. No pudo entender nada de lo que pasaba en ellos y se levantó agotada, pero muy centrada en el tema. Rechazó las invitaciones de Zackary para practicar en la ciudad, sacó el cuaderno otra vez y repasó las últimas hojas traducidas, que solamente narraban un día más en la vida del portador del momento.

—¿Por qué estás tan obsesionada con esto de pronto?

—Estoy como tú cuando descubriste el nombre ese impronunciable —respondió Zoey, sin levantar la mirada del papel.

—¿Qué no me estás diciendo? —Zack corrió la silla y se sentó a su lado para así tener mejor acceso al cuaderno y quitárselo de enfrente.

Zoey se irguió, quiso quejarse, pero optó por confesar de una vez lo poco que sabía del tema.

—Tuve una visión ayer —contó—. Vi a James Clarence con el primer grupo de templarios, los que dejaron aquí el arca. Luego, vi al otro grupo llevársela. Cranium dice que los segundos atacaron a sus amigos en el portal del fuerte. Clarence huyó con el dije, porque ellos creían que debían salvarlo de los otros. El resto murieron en el ataque.

Zack frunció el ceño y le regresó los papeles.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Un poco mal por haberse callado, ella fue sincera: quería obtener más información, algo que fuese revelador para afirmar sus suposiciones. Así mismo se lo dijo a Zack, que aceptó sus palabras sin poner mala cara ni molestarse, aunque la instó a tomárselo con calma. Él también estuvo de acuerdo en que por algo le llegaban esas visiones y que quizá deberían descubrir qué o quién las detonaban en su cerebro.

—Iré a recorrer el palacio, a ver qué más puedo obtener —dijo ella después de almorzar.

Zack asintió y se ofreció a seguir con la traducción. Por supuesto, Cranium fue detrás de Lapis Exilis, ella seguía siendo su favorita entre los dos.

La chica dio vueltas por el castillo, siguió el trayecto que habían hecho los grupos de templarios. Trató de recordar exactamente qué había hecho J. D. Clarence cuando salieron por la puerta principal con la espada en alto, como si temieran un ataque sorpresa, y buscó algo que la conectara con él otra vez. Pero no lo consiguió.

Regresó al vestíbulo donde estaba la estatua con el nombre que para ella era impronunciable e ilegible y se quedó viendo los pies de la figura. Los templarios también habían pasado por allí al llegar a guardar el arca, según Cra, y habían hecho una clara referencia al dios Odín de la mitología nórdica. ¿Cómo se relacionaba eso? Ella no lo

sabía y no podía dejar de preguntarse en qué creían esos hombres realmente. ¿Eran cristianos o paganos?

Zoey pasó los dedos desinteresadamente por el pie de algún dios o deidad adorada por la gente de esa cultura perdida y suspiró. De nuevo, se dijo que se estaba obsesionando con tantas teorías místicas y asuntos del pasado que no le permitían enfrentarse al futuro. Aunque quizá saber lo ocurrido era importante, ella creía que seguir dándole vueltas al asunto no la ayudaba a ser una mejor rival para Peat. No quería perderse en esa vorágine otra vez.

De repente, un hombre apareció a su lado y ella pegó un brinco. Cranium se asustó solo porque ella lo hizo. Cuando Zoey lo observó bien, descubrió que era justamente J. D. Clarence, que observaba la estatua muchísimo tiempo atrás. Él puso la mano sobre los pies de roca y, durante un segundo, sus dedos estuvieron en el mismo sitio.

Cuando esto ocurrió, la chica sintió como si alguien le hubiese dado un golpe en la cabeza. Tuvo una conexión instantánea con ese hombre y no solo lo vio allí, parado, admirando lo que quedaba de ese palacio y rindiéndole respeto a lo que quedaba de una estatua sin nombre. También lo vio huir de allí, lo vio llevar el dije, lo vio correr por una llanura solo con lo que tenía puesto, tratando de sobrevivir, sintiendo la responsabilidad por proteger el objeto que colgaba sobre sus hombros.

La visión la llevó a entender en dónde se conectaban los puntos.

J. D. Clarence había tenido hijos con una aborigen. Su descendencia se había expandido bastante para cuando llegaron los colonos y conquistaron las tierras al norte, más hacia el centro del país. Muchos arrastraban su apellido, aunque ya no sus rasgos.

Y, para cuando la gente estaba asentada y una enorme catedral se construía en un pueblo pequeño junto a un río, un descendiente de James Clarence que ansiaba llevar el legado de su antepasado fundaba un grupo cuyo único afán era proteger la reliquia de su familia: el dije.

Zoey retiró la mano, abrumada. Con eso, ya sabía quizá todo lo que podía aprender sobre él. James Clarence había intentado, por todos los medios posibles, preservar su cultura y sus enseñanzas. Había pasado la historia del dije de boca en boca. Pero no todos sus hijos, nietos y bisnietos —separados con el paso de las décadas— lo habían recordado.

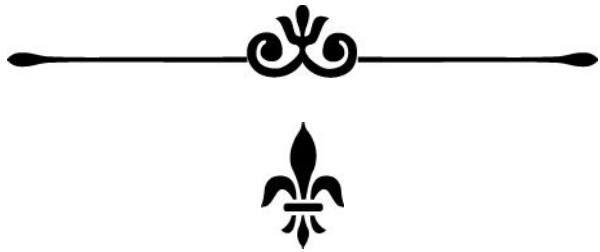
Así fue como uno de los descendientes se asentó en un pueblo cercano a la enorme catedral católica que se construía para una virgen de madera, ajeno a que otro pariente lejano, también descendiente del mismo James Clarence, fundaba una logia. Ese primer hombre, por loco que fuera, ya no se apellidaba Clarence, sino Scott.

Cuando Zoey cayó de culo al suelo, agarrándose el cabello mientras trataba de seguir lo que desfilaba por su cabeza, Cranium se le acercó. Le preguntó que pasaba, pero para ella aún faltaba un último detalle. No pudo responder de inmediato. Estaba asombrada al entender que una hija del Clarence fundador de la logia, Abraham Clarence, se casó y cambió su apellido. Se convirtió en una Collins.

De alguna forma, cuando las visiones terminaron, Zoey tenía dos ideas mucho más claras que las demás: ella y Zack descendían del mismo tipo, de un hombre que había sido un soldado entregado a su causa, fuera cual fuera; descendían del hombre que había huido con el dije, arriesgando su vida por él.

Del resto no tenía pruebas, pero ella no dudaba de que ese hombre, James Clarence, tenía una relación especial con ese mundo en el que estaban, con la estatua.

Zoey lo sabía sin realmente saberlo, sin haberlo visto: J. D. Clarence, a su vez, descendía del rey vencido.



Capítulo 23

Algo mareada, Zoey permaneció sentada frente a la estatua. Cranium la olfateaba como un desquiciado, muy preocupado por ella. La chica sentía que no tenía fuerza suficiente como para ponerse de pie. Todo lo que creía conocer sobre sí misma había dado un vuelco importante; no podía creer que el dije hubiese terminado en sus manos por error.

De alguna forma, tanto ella como Zack habían terminado en la misma escuela, en el mismo lugar, rodeados por una mística magia y por secretos empolvados de una logia templaria. Los dos habían sido portadores y los dos descendían de la misma persona, que más de cuatro siglos atrás había estado allí, en el mismo sitio.

Al contrario de lo que había creído antes, la muchacha no era inocente en ese asunto. Ella era un eslabón importante de una cadena que desconocía. Lo que era obvio era que la familia de Zackary Collins sí tenía en mente su propio papel.

No supo cómo sentirse al respecto. Por un lado, la envolvió la rabia por estar metida en un asunto que todavía le parecía que no le correspondía, aunque fuese descendiente de Clarence. Era como arrastrar pecados y deudas familiares que no le correspondían. Pero, por otro lado, más en el fondo, sabía que el motivo era otro. Ella la que estaba fusionada con el dije, era el Lapis Exilis, y eso tampoco podía ser una coincidencia.

Pasados algunos minutos, Zoey se puso de pie, reteniendo esa última sensación de responsabilidad que crecía en su pecho. Sí, era una deuda familiar, y quizás era muy justa. Sus antepasados se habían esmerado por mantener el dije lejos de Peat y se sacrificaron de incontables maneras para que, al final, ella estuviese allí, viva. Incluso Zack y su familia se habían sacrificado por un bien mayor que se relacionaba con la humanidad entera. Ellos dos debían ponerle fin a todo el asunto.

—Estoy bien, Cra —murmuró al perrito, con la voz ronca—. No te preocupes.

La muchacha se pasó las manos por la cara y descubrió que, a causa de la impresión, se le habían escapado algunas lágrimas. Se apresuró a recomponerse, a tomar aire y a encontrar valor para contarle la verdad a Zack sin volverlo loco.

Porque realmente era información como para enloquecer. Ella podía creer que, quizás, ese era su destino, pero no sabía cómo reaccionaría él o si le pasaría lo mismo que a ella. Tal vez su novio se obsesionaría incluso más con el cuaderno y con las pistas sueltas que unían de a poco el pasado.

Ella sabía que tenían que tomárselo con calma ahora que sabía por qué J. D. Clarence era tan importante para la logia, para ellos.

—Todo está bien —repitió, más bien para ella misma.

Zoey levantó la mirada, dispuesta ya a marchar, y se encontró con otra visión que ingresaba por el vestíbulo. Un hombre con prendas simples —una camisa de popelín blanca y pantalones grises— estaba en el umbral, entre ella y las escaleras que llevaban a la habitación.

Él se parecía increíblemente a Zack y, por ende, al antiguo rey. Zoey entendió que era otro recuerdo importante que el dije quería mostrarle.

El hombre tenía el cabello rubio peinado hacia atrás y, aunque era mayor que ella, era también bastante joven. Parecía, en realidad, un hombre sacado de la década del cincuenta.

Ella se quedó esperando a que la visión avanzaba. Se preguntaba si ese hombre habría tenido el dije en aquellos años, si había abierto un portal para ingresar a ese mundo. Pero luego, se dijo que, de haberlo hecho, tendría que haber abierto el portal en Rosslyn. Para los años cincuenta, el dije estaba en Argentina, no en Escocia.

Fue cuando empezó a dudar de su visión que notó que Cranium retrocedía porque veía lo mismo que ella. El hombre dio pasos dentro de la sala y, con sus pies, pateó escombros que rodaron casi hasta la estatua; el sonido fue real, tan real como él.

—¿Qué…?

El extraño saltó hacia ella.

Zoey tropezó con Cranium a causa del susto, la criatura se había escondido tras sus piernas.

El hombre se estrelló contra lo que quedaba de la enorme estatua y ella solo amagó a levantar un escudo antes de que algún escombro la golpeara. Cuando el polvo bajó un poco, pudo ver desde el suelo cómo el extraño golpeaba una y otra vez la coraza brillante.

—Lapis Exilis —gimió Cranium, que había terminado con todo el pelo de Zoey sobre su propia cabeza pelada—. ¡Malo, malo, malo! Huesos, tiene huesos.

—¿Qué? —dijo ella, irguiéndose un poco, confundida.

No lograba entender nada, pero sí tenía lo suficientemente claro que él estaba allí para matarla y que, fuera quién fuese, no podía dejar que lo lograra. La muchacha levantó la mano en el aire, apuntó hacia él y extendió el escudo a una velocidad que la sorprendió y que la llenó de orgullo.

El hombre salió volando y chocó con una de las paredes del castillo, junto a la puerta del vestíbulo.

—Vamos con Zack —dijo ella al perrito mientras se ponía de pie.

Zoey disolvió el escudo sin pensarlo, creyendo que ese golpazo sería suficiente para frenar a cualquier persona. Sin embargo, antes de que llegaran al umbral, el extraño se levantó del suelo como una marioneta, retorciéndose de formas poco normales.

—¡Huesos, huesos! —chilló él, con espanto.

Zoey no podía creer que la criatura decía esa palabra con tanto terror.

—¿Qué demonios es esto? —gruñó ella.

Vivo no estaba, de eso no quedaban dudas. El hombre se enderezó y la observó. Tenía los ojos grises, era tan igual a Zack que impresionaba.

—¿Quién eres? —susurró ella, aunque sabía que el ataque vendría antes que cualquier respuesta.

Otra vez, la chica puso su escudo para protegerse y para utilizarlo como una herramienta que le permitía alejarlo de sí misma. Lo lanzó al otro lado de la sala, más allá de la estatua —que había quedado totalmente destruida— y apuró a Cranium a correr.

Llegaron a las escaleras lo más rápido que pudieron. Al alcanzar el primer rellano, los escalones de abajo desaparecieron con una explosión. Cranium perdió el equilibrio y casi cayó. Zoey lo atrapó por una pata y rogó que él no se desarmara al agarrarlo de esa manera. Interpuso un escudo otra vez entre el agresor y ellos y cargó al perrito hacia arriba.

Ya en el pasillo, escuchó a Zack gritar. Después, alguien salió despedido a través del umbral de la habitación y se estrelló contra una de las paredes, que no pudo resistir el impacto y se derrumbó.

Ella se quedó inmóvil, sin saber qué había pasado y si el que estaba bajo los escombros era Zack. Por fortuna, un segundo después él salió

por la puerta, con una expresión de espanto que se alivió al verla.

—Zoey, ¿estás bien?

—Un tipo loco y anormal me persigue —contestó ella—. Pero estoy bien.

Zack tronó los dedos hacia el interior de la habitación, sus cosas salieron flotando por la puerta mientras él corría hasta ella.

—Nos largamos.

—¿Qué está pasando? ¿Te atacó alguien? —preguntó Zoey cuando él comenzó a empujarla en dirección a las escaleras que llevaban a la sala del trono.

Apenas lo dijo, el atacante que había quedado sepultado se descubrió con una fuerza impactante. Los pedazos de roca saltaron hacia ellos y Zackary los mantuvo a raya con sus propios poderes, golpeándolos con las manos y con magia.

Zoey pensó que nada podría haberla preparado para la figura que había abandonado los escombros.

Adam Smith tenía los ojos oscuros, casi negros, clavados en ellos. Se movía exactamente igual que el tipo rubio que había ido tras ella, como si fuese una marioneta o un robot muy resistente. No parecía percatarse de nada más que de sus objetivos.

—No es cierto —murmuró Zoey, reteniendo un escalofrío.

—No está vivo —dijo Zack, pero eso era bastante obvio—.
Y resiste cualquier cosa que le arroje.

—¿Cómo entró aquí? —preguntó ella.

Zack no respondió, la empujó hacia las escaleras. Subieron con prisa mientras los bolsos flotaban tras ellos.

—Tienes que lanzarle uno de esos rayos de energía —dijo él—. Le di golpes terribles y traté de dislocar su brazo, pero es como yo, ¿entiendes? Su cuerpo es inmortal.

—¿No te reconoce?

—Es una marioneta —replicó Zack cuando llegaron el piso superior —. Y no creo tener el poder para destruirlo.

Adam los alcanzó en la sala del trono, ambos se giraron hacia él.

Antes de poder destruirlo como Zack pretendía, Zoey puso un escudo para mantenerlo apartado.

—Por eso se llevó su cuerpo —dijo—. Peat se llevó su cuerpo y está utilizándolo.

—Tiene huesos, huesos —exclamó Cranium, bajo el brazo de Zoey —. ¡Él también tiene huesos!

—Ha tomado partes de él —dijo Zack.

Escucharon otra explosión en el piso de abajo. El suelo se sacudió y Zack sujetó a Zoey de la cintura. Un par de segundos después, el otro atacante subía las escaleras y recorría los pasillos hasta ellos.

—¿Rompió la pared para esquivar mi campo de fuerza? —musitó ella.

Zoey tomó la precaución de extender su coraza para que los rodeara por todos los flancos.

—Son máquinas —masculló Zackary, justo cuando el otro alcanzaba el umbral. Entonces, dio un respingo y los dedos que tenía en la cintura de Zoey se crisparon—. No…

—Se parece a ti —dijo Zoey.

Él tragó saliva.

—Es mi abuelo.

Ella giró la cabeza hacia Zack.

—¡¿Qué?! —gaznó.

El hombre se veía joven y, aunque parecía la versión de Zack sacada de los años cincuenta, no entendía cómo podría ser su abuelo si, al fin y al cabo, este había muerto de anciano. Adam no se veía, bajo esa misma lógica, como un crío de diez.

—He visto muchas fotos de mi abuelo, soy igualito a él —replicó Zack, levantando a Zoey por la cintura y llevándola más allá del trono, hacia el balcón.

Zoey acomodó a Cranium entre sus brazos y no se quejó. A medida que retrocedían, el escudo lo hacía con ellos, por lo que Adam y el abuelo joven de Zack ingresaron al recinto.

—Sé que es él. Ni mi padre se le parecía tanto —añadió el chico.

—Tiene que ser una joda. ¿Peat manda a Adam y a tu abuelo a cazarnos?

—La pregunta, además de esa, sería cómo demonios los hizo entrar aquí —señaló él.

La marioneta de Adam pegó un brinco insospechado. Se trepó a una de las paredes y arrancó un trozo gigante, del tamaño de un perro bóxer, como si estuviese partiendo una galleta con los dedos. Al mismo tiempo, el abuelo de Zack clavó los puños en el suelo hasta hacer una grieta. El piso debajo de ellos empezó a resquebrajarse. Ese era el único sector no cubierto con el escudo de Zoey.

—¡Nos quiere hundir!

—Tienen un plan —contestó Zack, cuando ella extendió la coraza bajo sus pies—. Están coordinados.

—¡Si ni siquiera hablan! —terció ella.

Finalmente, el suelo cedió y, aunque tuviesen el escudo, la coraza completa amenazó con caer junto con los escombros que se precipitaban hacia los pisos inferiores. Zoey observó las columnas del balcón y formó un látigo de luz con su magia, como un brazo. Enseguida, los ancló al pilar y flotaron en el aire.

—¡Acércanos! —gritó Zack, refiriéndose al balcón—. Saltaremos.

—¿Estás de broma? —chilló Zoey, moviendo la fuerza del escudo hacia el sector indicado, que aún tenía algo de suelo en condiciones.

—Para nada. Y, si no le lanzas un rayo láser en el medio de la cara a Adam ahora mismo, te lanzaré a ti primero —amenazó él—. Destrúyelo.

Zoey giró la cabeza hacia Adam, que sostenía todavía la piedra enorme sobre su cabeza, esperando algo, quizá que cayeran o que se disolviera el escudo. Ella pensó en cómo jamás imaginó freír a su compañero de colegio. Pero él ya no era ese Adam. Estaba muerto, este era solo un cuerpo manejado por Peat.

Sostuvo a Cranium con una sola mano y levantó la derecha. Apuntó a Adam y rogó no errarle al objetivo. Sus manos brillaron, incandescentes, llenas de poder. Acumuló la magia hasta que le pareció suficiente y la soltó en un segundo, derecho a Adam.

Todo a su alrededor explotó. Zoey no pudo ver si le había dado a él o si solo había destruido el castillo. El balcón también desapareció y las columnas de las cuales se sujetaba su escudo se desprendieron y cayeron, al igual que ellos.

Zack la abrazó, reteniéndola a su lado, mientras le pedía que encogiera las piernas. No podía ver nada a su alrededor debido a los escombros, al polvo y al fuego que se había generado con el ataque.

Ella cerró los ojos y estrechó a Cra contra su pecho mientras se les derrumbaba todo encima. Escondió la cara en el cuello de su novio por más de un largo minuto y, cuando todo quedó en silencio, se atrevió a levantar la cabeza.

Fuera, todo era un desastre. La mitad de la sala del trono podría estar sobre ellos. Lo único que los mantenía a salvo —con aire puro, limpio y sin suciedad— era su escudo brillante, que además les permitía ver con su luz.

Zack la soltó lentamente, preguntándole si estaba bien. Luego, ambos se fijaron en sus bolsos y mochilas, arrumbados junto a ellos. Cranium, por suerte, también estaba entero.

—Huesos, huesos —musitó, con la cabecita temblando. Parecía mareado.

—Estamos todos bien —dijo Zack—. Salgamos de aquí. Dudo que

ellos estén inválidos con esto.

—No sé si le di a Adam —admitió ella, agarrándose la cabeza. Le dolía un poco después de semejante caída.

—Si no lo hiciste, estuviste muy cerca —contestó él. Zack usó su magia para empujar los trozos de piedra lejos—. Lo hiciste muy bien. Mucho mejor que con las paredes que derrumbamos ayer.

Zoey agradeció las felicitaciones en voz baja y se puso de pie para ayudarlo. Empujó la magia de su escudo hacia fuera y los trozos que quedaban volaron para todos lados. Enseguida, estuvieron libres, aunque todavía flotaba tanto polvo que no podían ver los resultados de la explosión.

—Estamos en la calle, en la ciudad —dijo Zack, trepándose a una roca y enviando un hechizo a sus cosas para que levitaran otra vez—. No quites el escudo. Tenemos que irnos rápido.

—Sí —aceptó ella. Tomó la mano de su novio para trepar a la roca que antes habría sido parte del suelo del palacio; extendió su magia sobre ambos para protegerlos. Con la mano libre agarró a Cra, que parecía no poder moverse con normalidad—. Todo está bien —lo animó, acurrucándolo.

El animalito siguió temblando mientras salían de allí tan rápido como podían. Zack ayudó a Zoey todo el tiempo a sortear los escombros, debido a que ella tenía una sola mano para manejarse en ese entorno.

Pronto estuvieron fuera de aquellos restos. Levantaron las cabezas hacia el palacio y descubrieron que Zoey había volado casi un tercio de lo que quedaba cuando llegaron al reino.

—Demonios, Zo —masculló Zack, después de silbar—. Eres una máquina de guerra.

Aunque ella estaba gratamente sorprendida con sus logros, sintió algo de pena por la destrucción. Allí se perdía algo más de la historia de los seres humanos, aunque no pudiesen recordarla tal cual.

—Era importante —murmuró ella, con un bufido—. Pero, en definitiva, a Peat no le importa la historia de este sitio.

Se encaminaron hacia la ciudad.

—Será mejor que subas a mi espalda. Correré. Incluso si lograste darle a Adam y destruirlo, queda mi abuelo —añadió él, de pronto con una nota de amargura.

Zoey supo lo que él pensaba, pero no dijo nada. Sujetó mejor a Cra con el antebrazo y se trepó a la espalda de Zack. Era un golpe bajo usar caras conocidas para atacarlos, pero más aún era usar a alguien de la propia familia Collins. Para ella, Peat no podía ser más cínico de

lo que ya era; usaba a sus conocidos para burlarse de sus presas.

Zack avanzó entre los restos de la ciudad. Detrás de ellos, el palacio continuó crujiendo y, cuando Zoey giró la cabeza, notó que más partes de los pisos altos se desmoronaban. Casi que pensó que extrañaría la habitación que habían acondicionado y habitado los últimos días. Quizás no le molestaba que la hubiese obligado a destruir ese lugar por ser un sitio histórico, milenario, sino por lo que había aprendido y descubierto allí.

Entonces, notó que un escombro salía despedido por el aire; era una señal de que los atacantes estaban activos.

—¡Zack! Están saliendo, al menos uno de ellos —avisó ella.

Él asintió y pidió que ella y Cra se sujetaran bien. Apresuró el paso en un parpadeo; si Zoey no le hubiera rodeado el cuello con el brazo izquierdo, se hubiera ido derecho al suelo por la aceleración.

—¡Cra! Tienes que decirme por dónde seguir —dijo el muchacho—. Debemos ir al otro portal.

Pero Cranium rebotaba entre ellos, sujeto a duras penas por Lapis Exilis, y no estaba en condiciones de guiar a nadie. Eso los obligó a detenerse por un momento para intentar que se orientara. Fue en vano, pues Cranium continuó atontado y sin decir oraciones completas.

—Creo que está en *shock* —musitó Zoey, palmeándole el cráneo cuando se bajó y lo puso en el suelo—. ¿Se habrá roto? Es decir… no roto, digo… ¿algo se habrá desajustado… en su cabecita?

—No creo, quizá las explosiones lo aturdieron —contestó Zack, mirando a su alrededor.

Zoey apretó los labios y le sujetó la cabeza a Cranium, que aún temblaba.

—Cra, todo va a estar bien, ¿me crees? Lapis Exilis te protegerá. No dejaré que nada te pase, así que no tienes por qué tener miedo.

La criatura giró levemente la cabeza hacia ella, pero no podía jurar que estuviese viéndola. No se calmó demasiado con eso, pero al menos se quedó quieto por un momento.

—Huesos, huesos… malos. Con sangre —musitó, encogiéndose entonces en el suelo. Escondió el morro entre las patas y se quedó allí, oculto tanto como pudiera de los horrores que los perseguían.

Zoey se dio cuenta de que así mismo se había sentido ella días atrás, cuando Peat los dejó encerrados.

—Lo sé, pero tienes que decirnos hacia dónde está el portal para que podamos alejarnos de ellos.

—La ciudadela —dijo Zack, inclinándose hacia él—. Tú me

señalaste una dirección, hacia las montañas. Me dijiste que la ciudadela estaba hacia allí, ¿verdad?

Escucharon ruidos cerca del palacio, por lo que Zoey tomó a Cra en brazos otra vez y le dijo a Zack que lo resolverían después. Necesitaban poner más distancia entre ellos y sus enemigos para poder pensar mejor y, mientras más seguro se sintiera Cranium, mejor podría orientarlos.

—Vámonos —insistió ella, trepándose a la espalda de él.

En el momento en que Zack dio un paso hacia adelante, la casa que estaba frente a ellos estalló. Se encogieron, aunque no recibieron daños. Un segundo después, el abuelo de Zack aterrizó sobre ambos, hundiendo sus puños en el escudo. O, al menos, intentándolo.

—Dale con un rayo —ordenó Zackary; miraba a su abuelo a los ojos.

Zoey tragó saliva, no supo bien cómo interpretar el tono de voz de su novio. Parecía que a él le costaba digerirlo, pero tenía razón. Al igual que Adam, esta era solo una marioneta con la imagen de alguien querido.

—No sé si le voy a dar.

—Es hora de poner en práctica lo que hicimos ayer. Por eso te lanzaba cosas por el aire, ¿entiendes? —contestó el muchacho, girando el rostro hacia ella—. Está sobre nosotros, solo dirígelo hacia su pecho. Está cerca —la instó.

Zoey sintió que se le acumulaba la saliva en la boca otra vez. Apretó los labios, se mordió la lengua y levantó la mano derecha. Acumuló el poder y, cuando sus ojos se trabaron con los de la marioneta, le pareció que él sabía lo que ella estaba haciendo. Sin embargo, era demasiado tarde.

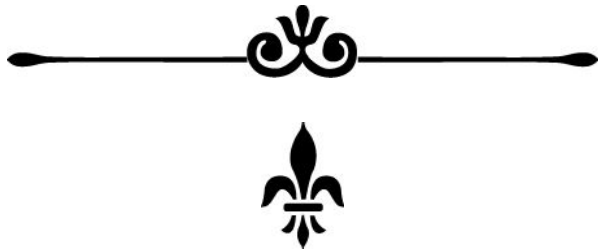
La chica liberó su magia.

Le dio de lleno en el estómago al enemigo y pudo ver con claridad cómo reventaba, al igual que fruta. Trozos de huesos, sangre y pedazos de madera chocaron con el suelo, contra los muros de las casas y contra el escudo de Zoey. El breve instante en el que le pareció que esa marioneta tenía consciencia quedó enterrado en su cerebro, producto de la impresión posterior.

Se quedaron callados. No pudieron decir ni una sola palabra. Tampoco se movieron y, por un momento, ella sintió que de verdad había matado al abuelo de Zackary. Él guardaba silencio, como si estuviera de luto por lo ocurrido.

—Qué puto asco —masculló el chico, luego de algunos segundos. Sujetó mejor a Zoey, le envió otra orden mental a las maletas que

flotaban cerca de ellos y se lanzó a la carrera, a buscar el siguiente portal.



Capítulo 24

Zoey perdió la cuenta del tiempo que Zack había estado corriendo. El palacio quedó atrás, las ruinas de la ciudad también; se encontraban en un sitio en el que las casas estaban espaciadas, el campo seco y oscuro que tenían por delante los exponía muchísimo.

La muchacha no paraba de voltear hacia atrás para revisar el perímetro con la poca luz que siempre los alumbraba. Si bien el abuelo de Zack había volado en pedazos, no sabían si Adam había tenido el mismo destino o no. Él podría estar persiguiéndolos.

—¿Dónde está la ciudadela? —preguntó ella, mirando hacia el frente; Cranium seguía rebotando en sus brazos, entre ella y la espalda de Zack.

—No lo sé —admitió Zackary mientras bajaba la velocidad—. No veo más que las montañas a un par de kilómetros.

—Paremos —sugirió ella.

Se detuvieron y pusieron a Cranium en el suelo. Zoey creó huesos para él, con el afán de animarlo. El perrito se quedó quieto y apenas si les prestó atención; se quedó mirando a los jóvenes en silencio.

—¿No tienes hambre, Cra? —preguntó Zoey. Se sentó en el suelo a su lado, cansada.

Zack la imitó. Después de todo, mientras tuviesen el escudo a su alrededor, podrían sobrevivir a una emboscada.

Cranium ya no temblaba como antes, pero parecía estar un poco confundido. Se tomó un minuto entero antes de contestar.

—Esos huesos eran malos, malos. Se parecían a Lapis Exilis —murmuró, con la cabeza gacha, antes de mirar los huesitos que Zoey había hecho.

—Sí —contestó Zack—. A esos muñecos los hizo el hombre que vimos en la iglesia, ¿recuerdas? Huimos de él porque es malvado y quiere destruir a Lapis Exilis.

La criatura se recostó entre ambos y puso el hocico sobre sus regalos, pero no se los comió. Parecía cansado.

—Creo que no hay que presionarlo —musitó Zoey entre suspiros.

Cranium no era humano, ni siquiera sabían cómo era que vivía, si es que estaba vivo, y había recibido muchos golpes en el último rato. Quizá se le había desajustado algo entre la unión de sus huesos y sus cartílagos,

—Démosle un momento —insistió ella, preocupada.

Se quedaron en silencio e intentaron acomodar sus ideas.

Pasado un rato, la criatura empezó a mordisquear la punta de una tibia. En ese momento, ambos jóvenes miraron a su alrededor, al campo seco ya sin pastos que quizás alguna vez habría tenido una plantación próspera.

—¿Crees que el enemigo pueda ver el brillo de mi escudo? —preguntó Zoey—. Digo, si es que no le di a Adam.

—Puede ser, también es posible que nos esté buscando por la ciudad —respondió Zack—. Tenemos que considerar si lo que Peat desea es matarnos o que nosotros salgamos justamente por ese portal de la ciudadela. Tal vez su plan es esperar por nosotros del otro lado.

Ella apretó los labios. No tenían manera de averiguar la verdad, tampoco muchas opciones. Salieran o no por allí a su propio mundo, Peat los atacaría. Si regresaban por el portal, el enemigo estaría aguardando. Y si se quedaban, temían que miles de marionetas más fueran por ellos, teniendo en cuenta que Peat ya había descubierto cómo hacer entrar a dos.

—Supongo que tendremos que ver qué pasa —contestó por fin.

—Y no sabemos a dónde nos llevará este portal. ¡Podría salir en Rusia! —exclamó él.

—Eso no cambia nuestro futuro —indicó ella—. Después de todo, no sabemos qué hacer a continuación. No tenemos más pistas —añadió, acordándose de lo que no había podido decirle a Zack por culpa de los ataques—. A menos que consideres mis visiones como pistas.

El chico levantó la cabeza y frunció el ceño, confuso.

—¿A qué te refieres? ¿A lo de los templarios?

Zoey le hizo un gesto con la mano para indicar que por un lado sí, y por el otro no.

—Tiene que ver con nosotros dos.

Él continuó viéndola con una expresión extrañada, pero se quedó callado y esperó a que Zoey abriera su mochila para buscar una botella con agua fresca que, por suerte, había llenado en la mañana,

antes de todo lo ocurrido.

La muchacha bebió con prisa y exhaló con brusquedad. Había trazado varias teorías en su cabeza y, en ese mismo instante, incluso podía incluir a Adam y al abuelo de Zack en ellas.

—Básicamente, tuve otras visiones hoy. Conocí qué papel tiene J. D. Clarence en toda esta historia. Y, en especial, descubrí que eso es importante para nosotros. Él se llevó el dije a Sudamérica muchos años antes de la fundación de la logia. Tuvo hijos con nativas incluso antes de que llegaran los colonos. Su descendencia se multiplicó y se extendió por Argentina —explicó ella, bajando la botella—. Uno de sus descendientes fundó una logia, basada en lo que J. D. Clarence trasmitió a sus hijos. Sin embargo, otros descendientes fueron olvidando de dónde venían. Ahí es cuando entramos nosotros. Tú, tu padre, tu abuelo y tus hermanas descienden de un Clarence. Yo desciendo de otro.

Zack guardó silencio por algunos minutos; se miró las manos y alzó los ojos de vuelta hasta el rostro de su novia.

—¿Me estás diciendo que me acosté con mi prima? —zanjó el chico.

Zoey se golpeó la frente con la botella. ¡De todas las cosas importantes que ella había dicho, Zack solamente se preocupaba por un parentesco que hacía décadas, quizá siglos, estaba trunco!

—¿Me estás jodiendo? ¿Eso te preocupa?

—Nuestros hijos podrían salir fallados —replicó él, inclinándose para adelante.

Agotada, ella le revoleó la botella a la cara. Cranium se sobresaltó y soltó el hueso que estaba masticando.

—¡Tú y yo no podemos tener hijos, imbécil!

Zack atajó la botella y arqueó una ceja, a punto de decir algo que luego se guardó. Zoey pensó que él iba a hacer referencia al deseo de ella de darle un nuevo cuerpo. Tal vez ahí tendría validez el comentario.

—Pero ese no es el asunto —continuó Zoey—. El asunto es que Clarence desciende del rey. Por eso te pareces a su hijo.

—¿Por eso ambos somos rubios? —replicó el muchacho, cruzándose de brazos después de dejar la botella en el suelo—. No me digas que Clarence también lo es.

—Zack, por Dios —gimió Zoey, acercándose para darle un coscorrón—. Estoy hablando en serio. Los dos descendemos del rey, ¿entiendes? Tú y yo hemos estado relacionados al dije incluso desde antes de nacer. Ya no siento que esto sea una coincidencia. Piensa en

el hecho de que termináramos en la misma escuela, que fue construida sobre un templo y con un posible portal de por medio… ¡En una escuela a la que Peat no podía entrar, Zack! ¿No lo ves?

Él estrechó los ojos y, al final, asintió.

—Peat tampoco puede entrar aquí.

—Pero Adam, tú, tu abuelo, yo, Clarence y todos esos templarios sí —replicó ella, poniéndole las manos en los hombros—. Hay una relación en todo esto y estoy segura de que por eso tengo las visiones. Es importante que sepamos quién era Clarence y qué papel nos toca interpretar. No somos una coincidencia —repitió ella.

—Entonces…, Peat podría haber usado los huesos de mi abuelo y de Adam para que los muñecos entraran por él —musitó el muchacho, poniéndose de pie.

—A ver, pensemos. Ya sabemos que el portal puede abrirse sin el dije también —contestó Zoey. Los dos se pusieron a dar vueltas dentro del campo de fuerza, tratando de puntuar las ideas serias que no tuvieran que ver con el parentesco de ambos—. ¡Si necesitaran el dije, el segundo grupo de templarios, el que se llevó el arca, no podría haber ingresado porque el dije lo tenían Clarence y los suyos!

Justo en ese momento, les llegó un estruendo desde el reino. Ambos se detuvieron en seco y Cranium se irguió, atento y asustado otra vez. Miraron a la lejanía, calculando la distancia recorrida y cuánto les quedaba a ellos por avanzar.

El estruendo se repitió y el suelo tembló.

—Creo que el castillo se está derrumbando —aventuró Zack.

—O puede que Adam siga entero —murmuró Zoey, yendo por la botella de agua, que había quedado tirada en el suelo—. En cualquier caso, podría vernos fácilmente desde el final de la ciudad, por el brillo de mi escudo.

Esta vez, ella misma puso un hechizo sobre sus cosas para que flotaran detrás de ellos. Luego, tomó a Cranium en brazos sin avisar.

—¿Mis huesos? —preguntó el perrito, pero Zoey solo le acarició las feas orejas.

—Tenemos que ir a la ciudadela, Cra. ¿Es por allí? —preguntó ella y señaló las montañas.

La criatura olfateó el aire en esa dirección y giró un poquito su cabeza hacia un costado, unos metros más hacia un lado.

—Ciudadela por ahí, cerca del río. El portal está en la ciudadela.

Zack tomó nota del sector indicado e invitó a la muchacha a subirse a su espalda. Un minuto después, ya estaban corriendo lejos de allí.

Zoey volvió a mirar hacia atrás en reiteradas ocasiones, pero no

divisó nada extraño ni tampoco se escucharon otros sonidos. De todas formas, volvió la vista hacia las montañas y pensó que, aunque Adam no estuviese ya allí, aunque ella le hubiese dado con su magia, no tenían donde quedarse ni nada que hacer en el reino. En realidad, ella tenía la sensación de que lo que ese palacio podía darle ya lo había agotado. Lo mejor era buscar nuevas pistas, quizás algunas leyendas más recientes sobre la ubicación del arca de la alianza.

La ciudadela apareció frente a ellos unos diez minutos después. Hasta ese momento de su vida, Zoey nunca había visto un sitio así y se dio cuenta de que se había imaginado algo completamente distinto. La ciudadela era el final del reino, un pueblo pequeño, intrincado y apretado, que estaba todavía en pie y que acompañaba a una gran muralla que marcaba el límite y que se perdía en la oscuridad, entre las colinas que empezaban a crecer hacia volverse montañas.

—Al parecer, nosotros estamos del lado de adentro de la ciudadela —explicó Zack, cuando ella preguntó al respecto—. Es como el final de una capital. Y no estaba tan lejos como Cranium me hizo creer —bufó después, pero el perro ni se dio por aludido.

Zoey no se entretuvo mucho con el tema, aunque en un comienzo habían decidido pasar tanto tiempo en el reino a causa de la supuesta lejanía del portal. ¿De qué servía quejarse con la criatura? Al fin y al cabo, esos días habían sido productivos.

—¿Por qué querrían tener murallas aquí? —susurró ella, mirando las sombras oscuras que los muros proyectaban sobre la ciudadela y el campo.

Pero no obtuvo respuesta.

Cranium se sacudió cuando llegaron a las primeras casas, con sus calles angostas como pasajes, y se bajó de los brazos de Lapis Exilis.

—¡Portal por aquí! —avisó.

—Ya parece él mismo de siempre—musitó Zack, caminando detrás de él.

Cra los guio por las callejuelas hasta la muralla que, en lugar de tener una puerta que permitiese pasar al otro lado, tenía unos grandes arcos de piedra cuyo interior estaba tallado con palabras en el idioma del dije. Era muy parecido al que habían encontrado bajo el Antiguo Fuerte.

Cuando Zack bajó a su novia, ella se acercó de inmediato al portal. Sin embargo, antes de que pudiera poner los dedos sobre la pared, él la sujetó por la cintura.

—Dos cosas a tener en cuenta. Lo primero, no sabemos a dónde puede dejarnos este portal, como lo más inofensivo. En segundo lugar, Peat puede estar del otro lado. Puede ser una trampa. ¿Estamos listos

para eso? —consultó él.

Zoey bajó la mano y lo pensó por un momento. Días atrás, había tenido discrepancias consigo misma sobre si lo mejor era salir o quedarse allí. Y todavía no estaba segura de qué era lo mejor para ellos.

—O salimos por este portal o nos caminamos kilómetros y kilómetros otra vez para buscar el siguiente, que tampoco sabremos a dónde lleva —murmuró ella—. ¿Cuál crees que sea la mejor opción?

Zack se rascó la barbilla con la mano libre.

—Cualquiera de las dos opciones significará un riesgo —comentó mientras soltaba la cintura de Zoey—. Peat podría enviar a más de estas marionetas. Podría tener algunas esperándonos del otro lado de cada portal. Si creemos que puede estar usando a gente que tiene relación con el dije y con este lugar, podría usar a medio colegio.

—Sea el caso que sea, siempre estamos jugados —asumió ella, esta vez avanzando hacia el portal sin que él la detuviera.

Mantuvo su escudo en alto y puso las manos sobre el muro, dentro del arco. Recitó la profecía y el portal respondió a su magia con rapidez, abriendo el paso al otro mundo y dejando ver un entorno lleno de matorrales bajo sol. Parecía un bosque, quizá un claro.

—Iré a controlar —dijo Zackary antes de dar algunos pasos hacia delante.

Zoey extendió su escudo hacia él y, cuando Zack estuvo del otro lado, ella sintió un ruido a sus espaldas.

Giró la cabeza, con un escalofrío recorriéndole la columna al creer que incluso podría encontrar a Peat ahí mismo. Pero detrás, en el pequeño callejón que los había conducido hasta allí, no había nadie.

Ella se quedó muda, tensa e inmóvil, mientras Cranium también giraba la cabeza y olfateaba.

—Huesos… —musitó, justo antes de que Adam saliera de entre las sombras.

—Carajo —susurró Zoey, girándose para enfrentarlo. No estaba segura de tener buena puntería con la distancia que los separaba—. Cra, ve con Zack —ordenó.

Cranium no esperó ni dos segundos para correr hacia el portal y, con un gesto de los dedos, Zoey envió sus maletas hacia el otro lado. Como no escuchó ninguna replica por parte de su novio, supuso que él estaría todavía revisando el perímetro, ajeno a la llegada de la marioneta de Adam.

Eso significaba que tenía que arreglárselas sin ayuda. O lo dejaba encerrado ahí o lo destruía de una vez. Zoey ajustó su posición

mientras Adam caminaba hacia ella y trababa los pies en la tierra. Ella necesitaba estabilidad y tiempo. Mientras él más se acercará, más certero sería su disparo.

La chica estiró las manos hacia delante y contuvo el aliento. Entonces, cuando estuvo a punto de atacar, escuchó un golpe seco que provenía del portal. Giró la cabeza y dejó caer la mandíbula.

El abuelo de Zack estaba trepado a la muralla, aferrándose al arco de piedra.

—¿Qué…?

Estaba segura de que lo había destruido en el reino, pero por alguna razón que no llegaba a comprender, él estaba de vuelta allí, enterito y mirándola con una expresión neutra, igual que antes.

Ella se quedó apenas un segundo con la boca abierta, presa de la sorpresa. En ese mísero momento, la marioneta empezó a romper el arco, tal y como había intentado destruir el palacio con anterioridad. El portal comenzó a parpadear a medida que la piedra se resquebrajaba y Zoey apenas atinó a dirigir sus manos hacia la marioneta. Si seguía así, destruiría el portal y ella quedaría atrapada adentro.

—¿Zoey? —escuchó que Zack decía, antes de verlo aparecer a través del paso—. ¿Qué…?

Se dio cuenta de que la mejor opción era otra. Tenía que apresurarse y correr hacia Zack. Intentar destruir al abuelo del muchacho otra vez era más peligroso.

Se lanzó hacia delante, levantando a la vez una mano para dirigir un escudo a la marioneta y apartarla del portal antes de que siguiera destruyéndolo. Al menos, tenía que conseguir evitar más grietas para poder pasar.

El abuelo Collins salió volando. Se estrelló contra un muro de la ciudadela y Zoey, sin dejar de correr, miró a Zack, que apenas comprendía lo que sucedía.

En esos escasos segundos, mientras ella acortaba la distancia, sintió en su escudo los desesperados intentos de Adam por detenerla. Le lanzó piedras a ella y portal, intentando cerrarlo de cualquier manera posible.

Zoey solo expandió la coraza hasta cercar el arco en la muralla y, un momento después, aterrizó en los brazos de Zackary.

—¿Qué demonios…? —dijo él, abrazándola—. ¡Adam nos alcanzó!

—No solo él —jadeó Zoey mientras se erguía para mirar el portal desde el otro lado.

Estaba ubicado con simpleza en la ladera de una montaña. La roca

tenía múltiples texturas, pero era algo natural. No había ningún arco que marcara que allí había algo a lo que prestarle atención.

Sin pensarlo demasiado, envió su magia al portal, que seguía abierto, y reprodujo la profecía en su mente. La visión de Adam tratando de alcanzarlos desapareció y todo quedó en silencio. Bueno, en el silencio de la montaña, con el canto de los pájaros y otros sonidos animales

La roca donde antes había estado el portal tenía una pequeña marca que ahora se podía ver, era una leve y vieja talladura en la piedra que podría haber pasado desapercibida para la mayoría de las personas.

Se quedaron los dos en la misma posición, observando la marca en silencio. Él sostenía a Zoey y ella trataba de estabilizar sus pulmones; cuando pudo ponerse de pie, Zack le sacudió la ropa.

—Tienes polvo por todos lados.

—Eso es lo de menos —murmuró ella; sacó la botella de agua de una de las maletas con una orden mental. El recipiente voló hasta sus manos y ella bebió con prisa—. Apenas corrí dos o tres metros, ¿por qué tengo tanta sed? —musitó.

Zack apretó los labios y se rascó la barbilla.

—¿Quizá porque en realidad llevas un buen rato haciendo magia? Sigues siendo humana y mortal, Zo.

—No como las marionetas —replicó ella, usando el agua para lavarse un poco el rostro—. La de tu abuelo estaba enterita otra vez.

La expresión de su novio fue de pura perplejidad. Se quedó con la boca abierta casi un minuto, hasta que ella se agachó para guardar la botella y buscó a Cranium con la mirada. La criatura estaba agazapada detrás de unos arbustos, todavía a la espera de que le dijeran que estaba a salvo.

—No jodas… —susurró él—. ¿Hablas en serio? ¿Se recompuso? ¡Pero si lo destruiste!

Zoey se sentó en el suelo y llamó a Cra con los dedos. Enseguida, él acudió a su encuentro.

—Pues parece que están hechos de algo que permite que sigan armándose a sí mismos, yo qué sé.

—Yo le quité un brazo a Adam y él se lo puso de nuevo como si nada. ¡Pero no es lo mismo! ¡Tú lo hiciste explotar! —exclamó Zack, rodeándola para quedar frente a ella—. Explotar es algo serio.

Zoey acarició el cráneo de su buen amigo peludo y se mordió el labio inferior.

—Si tú explotaras, ¿podrías volver? —cuestionó.

Él se quedó un momento pensando, su expresión respondió por sí sola. Parecía que Peat había podido recrear la magia que había traído a Zack desde otro mundo, aunque sin almas, por supuesto. En el caso del chico, la única manera de destruirlo era destruir también el alma que ocupaba el cuerpo. En el caso de las marionetas, como no tenían un espíritu propio, la única opción era destruir a Peat.

—Si tiene un ejército de estas cosas, estamos jodidos —murmuró él.

—Creo que tenemos que averiguar qué tan serio es el asunto. —Zoey tomó aire—. Podría tener copias de un montón de gente en todas partes. Podría tener otra de tu abuelo, de tu padre…
Y podría enviarlas a buscar a nuestras familias.

—Si necesita huesos, cualquier persona muerta podría ser una marioneta —contestó el muchacho mientras hacía que las maletas flotaran otra vez—. En ese caso, Peat tendrá justo lo que quiere: que volvamos a casa como si fuésemos ratas.

Zoey también se puso de pie y Cranium, atento a todo, se quedó pegado a su pierna.

—Pero tenemos que asegurarnos de que estén bien. Tienes que advertirle a tu familia que ningún Zack que aparezca por casa eres tú.

Él se puso pálido de repente y, aunque a Zoey le causó curiosidad el cambio en la expresión, guardó silencio. Él acababa de darse cuenta de que fácilmente Peat podía retirar huesos de su propia tumba para crear una copia suya.

—Tenemos que ir, por muy irónica que suene tu idea —musitó él, mirando un punto fijo en el suelo. Zack estaba muerto, y que advirtiera a su familia sobre no confiar en un cuerpo falso era irónico —. Y tenemos que asegurarnos de desaparecer mis restos, si es que Peat no los tocó ya. Mi abuelo, mi papá y yo estamos en la misma parcela.

Zoey se calzó la mochila azul sin dudarlo. Ni siquiera sabían dónde estaban, pero no tenían más opciones que moverse lo más rápido posible para averiguar qué sucedía.

—Entonces, debemos estar preparados —respondió ella.

Zack no contestó, comenzó la marcha por la montaña; buscaba algún hueco entre los árboles que pudiese funcionar como sendero. Zoey fue detrás de él, con más lentitud y buscando espacios seguros para caminar. Cranium, por su parte, fue cuidadoso y no corrió ni un poco. Durante el primer rato, ninguno dijo nada. Parecía que la impresión los había dejado mudos. La idea de que pudiesen cruzarse con un montón de personas fallecidas de su entorno, incluyendo a Zack mismo, era un poco cruda.

Después de unos veinte minutos, y de que Cranium se cayera desde

una roca, Zoey optó por cargar a la criatura y Zack subió a ambos a su espalda para sortear mejor los riesgos del camino.

Recién pasada una hora, escucharon un murmullo lejano.

—¿Voces? —dijo ella cuando se detuvieron a escuchar.

Eran personas y, por suerte, hablaban español.

Se quedaron en silencio, agazapados tras unos matorrales hasta que fueron capaces de vislumbrar a un grupo de montañistas que deambulaban por la zona. Parecía que había un sendero y que el grupo se movía colina arriba.

—Oye, ¿escuchas lo que yo escucho? —dijo Zack, en su oído.

Zoey asintió.

—¡Son argentinos! —exclamó, emocionada. Había una mezcla de acentos, pero eran nacionales. Eso tenía que significar que estaban en su casa otra vez.

—¿Es un recorrido turístico? —preguntó Zackary al aire.

Aprovecharon para alcanzar el sendero. Pusieron un hechizo sobre Cranium, para que se viera como un perro normal, y otro sobre las valijas para hacerlas invisibles y no tener que fingir que las cargaban.

A partir de allí, pudieron hacer el trayecto montaña abajo de forma más cómoda.

Luego de un rato, se cruzaron con un grupo que subía. Ellos miraron a Cranium de mal modo y Zoey se apresuró a alzarlo. El guía que llevaba a los senderistas les llamó la atención.

—Están prohibidas las mascotas —espetó, con un claro acento de una provincia central del país—. ¿Quién los dejó pasar con ese perro? Esto puede ameritarles una multa.

Zoey miró a Zack de reojo, porque solía ser él quien siempre se inventaba los mejores cuentos. Sin embargo, él no tuvo ninguna buena excusa para hasta que el guía insistió en que un compañero suyo, un *junior*, bajara con los muchachos hasta el pie del cerro para imponerles dicha multa.

—Oiga, no sabíamos —terció Zack—. Ya nos vamos, no tiene que cobrarnos nada.

—¿Y dónde están sus entradas? —siguió el hombre, mientras el grupo de gente al que llevaba se impacientaba.

—¿Entradas? —preguntó Zoey, sujetando mejor a Cra.

—¿Es que encima no pagaron?

En primer lugar, no sabían exactamente dónde estaban, así que menos hubieran supuesto que tenían que pagar para estar allí. Zoey se preguntó si no podría borrar la memoria de esas personas.

—Claro que pagamos —exclamó Zack, de pronto, metiéndose la mano en un bolsillo y sacándola sin nada en ella, pero todos se quedaron viendo sus dedos como si de verdad pudiesen ver un par de entradas. Probablemente, una ilusión de la cual Zoey ya no podía participar.

—Entonces escondieron al perro —se jactó el guía, que no pensaba dejárselas pasar por nada del mundo.

—¿Cómo podríamos haber escondido semejante perro?
—Zack señaló a Cra con una expresión incrédula. El perrito del infierno volvía a verse como un Beagle y ciertamente no era fácil de esconder—. ¿No es quizás esto responsabilidad de quienes nos cobraron las entradas y no dijeron nada sobre nuestro perro?
—añadió él, con soltura—. No es nuestra responsabilidad si nadie nos avisa.

Por un momento, la cara de los encargados fue de pura estupefacción. Mientras más indignado parecía Zackary y señalaba lo complicado que era evitar que nadie los hubiese visto pasar con un perro de ese tamaño, menos seguro de sí mismo parecía.

—Hay carteles abajo —se metió una senderista, que claramente venía de Buenos Aires Capital.

—Yo no los vi —replicó Zoey, alegrándose de poder meter bocado y de no quedar como una boba.

En ese momento irritante, más personas se metieron a debatir la existencia de los carteles y el guía principal insistió en bajar con ellos al pie de la montaña para resolver ese asunto. Cuando Zack aceptó, todavía con su actuación de indignado, Zoey le dio un codazo.

—Nos escaparemos cuando lleguemos abajo —susurró él.

El grupo de senderistas continuó su recorrido con el guía *junior* hacia arriba y ellos se limitaron a seguir al hombre, que no paró de hacer comentarios molestos sobre el perro, sobre la gente irresponsable y sobre las heces que seguro no recogieron de su mascota. Por un instante, Zoey tuvo ganas de decirle que Cranium no hacía del dos. Ni del uno, llegado al caso.

Llegaron a la base de la montaña en un santiamén, solo para descubrir que estaban en un cerro y que se trataba de uno muy famoso en Argentina. Nada más y nada menos que el Cerro Uritorco, en la provincia de Córdoba, conocido por la supuesta visita de alienígenas y la existencia de portales mágicos a otros mundos.

—Qué irónico —murmuró Zoey, apretando el paso detrás de Zack y sujetando mejor a Cranium, que giraba la cabeza de un lado a otro mientras olfateaba el aire y a los turistas que se cruzaban—. Mantente así, Cra, calladito —recordó al perro.

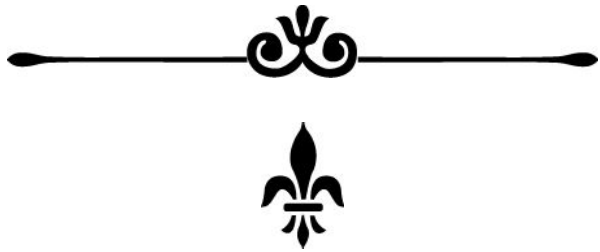
—Estamos casi en nuestro momento —murmuró Zackary, señalando hacia delante cuando el guía no los veía. Al otro lado de un riacho pequeño, casi seco, entre los árboles había un improvisado estacionamiento y una caseta de cobranzas con varios carteles; entre ellos, aquel que indicaba que no se permitían perros—. Creo que la gente de este país ya está bastante alarmada con mi aparición en las cámaras. ¿Qué tal si desaparecemos? —añadió.

Zoey lo miró de reojo y ralentizó el paso. Eso era bastante sencillo; después de todo, sus maletas y bolsos invisibles los seguían y nadie se había dado cuenta.

—Ahora mismo —aceptó ella, apenas haciendo un gesto con el dedo índice para extender su magia.

En un segundo, fueron invisibles.

Él la tomó en brazos, como a una princesa en apuros, acomodó bien a Cra sobre su regazo y se echó a correr. Cuando el guía se dio cuenta de que no estaban detrás, ellos ya habían alcanzado la caseta y esquivado varios autos que llegaban al pie del cerro Uritorco para vivir extrañas experiencias. Al menos, para el guía y para los turistas que en ese momento los habían visto desaparecer, esa sí que sería una buena historia que contar.



Capítulo 25

Regresar a Buenos Aires después del épico viaje era un poco extraño. Para empezar, parecía que habían dejado sus hogares hacía muchísimo más que solo veinte días. Sentían que habían pasado meses y que, en ese lapso ínfimo de tiempo, habían cambiado y aprendido más de sí mismos que durante todas sus vidas.

Era recién la mañana del veintidós de diciembre cuando Zack saltó con Zoey por encima del muro del cementerio de su ciudad. Habían pasado varios meses desde la última vez que habían estado allí para enterrar a Zackary Collins junto a su familia y al resto del colegio, así que eso, en consecuencia, lo sentían como si hubiera ocurrido hacía varios años.

Mientras caminaban entre antiguos mausoleos olvidados y se encaminaban hacia el sector con tumbas en tierra, en el parque con el pasto cuidado y bello, Zoey no pudo evitar recordar su visita previa al cementerio y a los muertos que salieron de sus tumbas para atacarlos; se preguntó qué habría pasado con esos cuerpos después de que la flecha encantada alcanzara a Zack en el bus. Quizás, el hechicero rubio los había enviado de regreso a sus ataúdes antes de volver a atacarlos en la escuela, esa fue la noche en la que Zack arrojó a Zoey al río para ponerla al resguardo de su atacante.

Sí, definitivamente había pasado ya bastante tiempo. Ambos habían cambiado mucho. Sin ir más lejos, Zack ya no era el chico acosaba a Zoey contra las paredes y que le pedía con intensidad que jamás dejara de amarlo.

La chica siguió a su novio con la mirada, atenta a sus movimientos o a cualquier actitud que pudiese demostrar que él recordaba lo mismo. Pero no sucedió. Él estaba atento a lo que los rodeaba, alerta. Para Zoey, fue imposible descifrar exactamente en qué estaba pensando Zack.

—Hay muchos, muchos huesos —dijo Cranium, que correteaba con

tranquilidad detrás de ella, olfateando las puertas de los mausoleos. Como lo habían hecho invisible otra vez, el extraño perro se sentía con libertad para hacer de las suyas—. Pf, pf, carne fea, carne podrida.

—Ninguno es apto para ti, Cra. No es como el cementerio en Inglaterra. Aquí hay algunos huesos más nuevos —indicó ella mientras Zack avanzaba por el pasto, algunos metros por delante.

A esa hora había poca gente en el cementerio. Eran apenas las 8:30 de la mañana y solo habían visto a una anciana devota que limpiaba la tumba de su marido en la lejanía.

—Vamos, Zo —dijo él, apurándola—. Mi sitio está detrás de esos árboles.

Ella dejó de observar a la anciana y se apresuró. Apenas rodearon los árboles, sin embargo, chocó con la espalda del muchacho, que se había plantado en seco.

—¿Qué? —Se quejó ella al tiempo que se frotaba la frente.

Enseguida, se recordó que podían estar en peligro y se preparó mentalmente para defenderse. Puso un escudo sobre los tres y aguardó, espiando por encima del hombro de Zackary.

Para su sorpresa, Peat no estaba allí, tampoco había marionetas. Frente a las de tumbas que estaban bien delimitadas en la parcela, unos diez metros más adelante, había una chica de cabello rubio, sujeto en una coleta despeinada.

Ella les daba la espalda y el vestido negro que llevaba puesto se agitaba con la brisa. Zoey no pudo ver su rostro, aunque supuso de inmediato de quién se trataba.

—¿Una de tus hermanas? —susurró ella, agarrándole la mano a Zack.

Él permaneció mudo, inmóvil. La jovencita rubia no se había percatado de su presencia, era ajena a que estaba siendo observada. Simplemente se encontraba allí, parada con la mirada posada sobre las tumbas y los epígrafes en el suelo.

—Hasta que no se vaya no podemos revisar las tumbas —dijo Zack, después de tomar aire.

—¿Piensas abrirlas? —casi chilló Zo, con la voz ahogada al imaginar qué tan espantoso sería abrir el cajón con el cadáver de su novio. El estómago se le retorció—. ¿No puedes ver si han sido profanadas desde afuera?

Zack giró la cabeza un poco hacia atrás y la observó con una ceja enarcada.

—¿En serio, cariño? —musitó—. ¿Te piensas que Peat va a dejar todo el cementerio revuelto y los cadáveres a la vista de los empleados

para que luego salga en noticieros un: «¡Alguien se llevó los huesos de la familia del chico muerto que salió en un video de seguridad!»? Ya puedo imaginarme entradas de blogs acusándome de ser un zombi.

Zoey apretó los labios e hizo una mueca de asco. No le asustaban los huesos del resto de la familia Collins porque no los había conocido y porque llevaban varios años asentados ahí; además, ella ya había visto varios esqueletos. La idea de ver a Zack era la que la alteraba un poco. La última vez que había visto su cuerpo real, estaba completamente destrozado por una máquina, cubierto de sangre y pálido como una tiza. De repente, se tapó la boca con las manos y reprimió una arcada. Entre el cansancio de la pelea del día anterior, la caminata por el Uritorco y el viaje que los había mantenido en vilo durante la noche, ver el cuerpo de Zack sería la gota que colmaría el vaso. Estaba segura de que iba a desmayarse.

—No vayas a vomitar. Si quieres, puedes esperar aquí mientras yo reviso. En cuanto Samantha se vaya, pondremos un escudo y montaremos una ilusión —explicó él, todavía cuidando el volumen de su voz—. ¿De acuerdo?

Zoey asintió con lentitud y se destapó la boca. Estaba tan concentrada en controlar su estómago que no pudo prever el movimiento de Samantha. La hermana de Zack se volteó cuando creyó oír voces y, como el escudo que ellos tenían puesto no los hacía invisibles, sino que solo los protegía, la chica los vio.

La rubia se detuvo en seco, tal y como su hermano había hecho minutos atrás, su expresión pasó de la sorpresa al horror.

Al notar esto, Zack se puso muy tenso y agarró la mano de su novia en busca de apoyo. Lo hizo con tanta fuerza que ella lloriqueó.

—¡Carajo! —gimió Zoey, empujando los dedos del muchacho con un escudo.

Pero, por supuesto, él no contestó. Estaba en *shock* tras haber sido descubierto por Samantha; y ella estaba exactamente en la misma situación. Era como si el tiempo se hubiese detenido entre sus miradas.

—¿Zackary? —susurró la rubia algunos minutos después, su cuerpo temblaba.

Un sonido extraño escapó de la garganta de Zack, no podía articular palabras. Él se quedó en silencio por varios segundos, como si se debatiera consigo mismo sobre qué debía hacer.

En esos instantes, Zoey sintió ganas de darle un empujoncito para hacerlo hablar, pero no quiso presionarlo. Si él estaba así era porque necesitaba manejar sus propios tiempos para encarar la situación.

—S-Sam —pronunció él por fin, y Zoey pensó que quizás esa era la

primera vez que lo escuchaba tartamudear—. Hola.

Samantha se enderezó lentamente, de sus ojos claros caían lágrimas silenciosas. Luego, frunció el ceño y dio un paso hacia delante.

—¿Hola? —gaznó—. ¡¿Hola?!

Zack quiso retroceder, pero no lo hizo.

Samantha estaba exasperada, su expresión denotaba dolor y molestia por partes iguales; se sentía engañada y traicionada por su propio hermano, no podía comprender qué era lo que ocurría allí.

—Eh… —susurró él, cabizbajo. No sabía cómo responder.

Esta vez, Zoey fue quien tomó su mano para darle fuerzas, sin decir nada.

—¿Después de todo lo que pasamos mamá, Elizabeth y yo con tu muerte y con ese maldito video en todos los noticieros, con la incertidumbre y con el miedo, vienes hasta aquí solo para decirme «hola»? ¿Es una broma? ¿Después de que, de repente, se reactivara tu cuenta de Facebook y que mi hermano, que está muerto, me hablara por el chat de Messenger? ¡¿Es lo único que me dices?! —gritó, con una nota cada vez más aguda que terminó por quebrarse.

Zack se quedó callado y Zoey le apretó aún más la mano.

—¡Estás muerto! —continuó Samantha, dañándose la garganta al hacerlo—. ¡Tú estás muerto! Yo te vi en ese cajón. Estás ahí, bajo tierra.

Por supuesto, para explicarle la verdad deberían empezar desde cero, desde el día en que él había terminado en un cajón. Pero no podían hacerlo hasta que ella se calmara y pudiese escuchar; y, por la expresión de su rostro y por la desesperación que emanaba, dudaban que lo hiciera pronto. La joven Collins necesitaba ventilar.

Samantha cayó al suelo, de rodillas, y se puso a llorar con fuerza. Él chico no se movió ni un centímetro, no pudo; solo miró
a su hermana deshacerse en dolor y en confusión.

—Zack —susurró Zoey, pero no se animó a decirle qué hacer.

Él estaba tan impresionando de ver a su familia otra vez, de recuperar un pedazo de su vida que había perdido, que no solo no sabía cómo reaccionar, sino que tampoco estaba seguro sobre cómo relacionarse con su hermana.

Preocupada, Zoey apretó la mano a su novio una vez más antes de deslizarla de entre sus dedos para alejarse un poco. Cuando Zack la miró, ansioso, ella trató de sonreírle.

—Con cuidado y despacio —recomendó ella—. Deja que tu hermana te sienta, que vea que eres real.

Zoey retrocedió un poco hasta quedar oculta tras un árbol. Apoyó

el hombro contra la corteza y se relajó. Cuando Zack la miró de reojo, ella le hizo un asentimiento y alzó el pulgar porque consideraba que Samantha necesitaba la contención de su hermano, y Zack tenía que dársela. Ese era un asunto familiar y a ella no le correspondía meterse.

Zack hizo una mueca, pero finalmente movió la cabeza de arriba abajo y se acercó con paso trémulo hasta Samantha. Se tomó su tiempo para plantarse delante de ella y para estirar la mano hasta tocar su hombro. Apenas puso los dedos sobre la camiseta de la rubia, ella dio un respingo; levantó la mirada y observó el rostro de su hermano con los ojos rojos y el corazón roto.

—Yo… —Zack no tenía palabras. Guardó silencio cuando se dio cuenta de que se le enredaba la lengua.

Por un instante, pareció que él iba a salir corriendo y Zoey quiso decirle que no importaba si no podía decir nada, que lo que valía era ese primer contacto entre los dos. Por fortuna, Samantha lo entendía por igual porque, un momento después, se abalanzó sobre él para abrazarlo con todas sus fuerzas.

Zack cayó al suelo de espaldas, con Sam sobre él. Ella lloró largo y tendido.

Zoey notó por el rabillo del ojo que otros ancianos aparecían en el cementerio para visitar a sus seres queridos, así que puso
un hechizo sobre ellos para generar la ilusión de la que habían hablado antes; la magia apagó el sonido del llanto para aquellos que no estuviesen dentro del perímetro. En un segundo, los hermanos abrazados frente a las tumbas se esfumaron.

Cranium se sentó a observar lo que ocurría, curioso; mantuvo la boca cerrada mientras Samantha descargaba sus sentimientos. Zoey se acomodó a su lado, con la espalda apoyada contra el tronco del árbol; tuvo cuidado de no acomodar también la nuca porque sabía que terminaría echándose una siestecita involuntaria.

—Aunque nunca creí que sería capaz de dormir en un cementerio —susurró para sí misma.

Cranium giró la cabeza hacia ella y estornudó, atento a sus palabras.

Fue entonces cuando Samantha levantó la cabeza y clavó sus ojos grises en Zoey y en el perro Beagle que la acompañaba. En su mirada había una expresión extraña que nada tenía que ver con el dolor que sentía por su hermano.

—¿Quién es ella? ¿Es Zoey Scott? ¿Es por ella que estás aquí? ¿Con ella usaste mi nombre para llevártela de la escuela? —exclamó la rubia, un tanto ofendida.

Zack, que todavía estaba acostado en el piso, la observó con

perplejidad. Aunque Samantha no hacía preguntas agresivas, el tono de su voz era claramente duro. Había una nota de acusación, como si Zoey fuera la culpable de su muerte.

—Bueno… es largo de explicar —empezó a decir él.

—¿Largo? —chilló Samantha—. ¿Mientras mamá, Elizabeth y yo nos moríamos de dolor tú andabas dando vueltas por ahí con ella?

Zoey puso cara de póker, no quería intervenir. Hizo de cuenta que no había oído nada y abrazó a Cranium porque era evidente que el dolor que la joven Collins sentía no le permitía separar las cosas. Y era entendible.

Zack se irguió y puso ambas manos en los hombros de su hermana.

—Te lo explicaré, pero no es nada de lo que piensas. En realidad, todo esto es culpa del dije.

Samantha relajó la expresión de su rostro, fue como si le hubiesen dado una bofetada.

—¿El dije?

—Estoy aquí, con este cuerpo, por culpa del dije —inició él—. No estoy vivo, Sam, a pesar de todo. Mi verdadero cuerpo sí está bajo tierra, como bien has dicho. Y Zoey no tiene la culpa de nada, ella es otra víctima de las circunstancias —murmuró él mientras que, con una mano, le limpiaba el rostro a su hermana—. Zoey fue quien me encontró en el sótano cuando morí, ella terminó con el collar puesto sin querer. —Hizo una pausa—. La situación es complicada. Hay alguien, *algo*, muy peligroso que está detrás de ella. Si la atrapa, el mundo se irá a la mierda. Por eso me enviaron de vuelta con un cuerpo falso: para cuidarla.

Samantha volvió a clavar sus ojos en Zoey y, a pesar de haber prestado atención a la explicación dada por su hermano, no le demostró mucha estima a la chica.

—¿Por qué no nos dijiste? —gimió luego la rubia, centrando la mirada de vuelta en su hermano.

Zack apretó los labios y se sentó en el suelo, junto a Sam. Luego, le tomó las manos y suspiró.

—Porque no estoy vivo. Perdí mi identidad cuando morí, no tenía otra opción. Mi única misión aquí es proteger a Zoey
—insistió— Aunque, ya no hay mucho que yo pueda hacer para defenderla. Ella se ha vuelto muy fuerte.

—No entiendo. Dime por qué. ¿Por qué te tomas esa responsabilidad? ¡Que ella terminara con el dije ya no nos compete, Zack! Ella no es parte de nuestra familia, el dije por fin se alejó de nosotros. Si mamá hubiese sabido lo que ponértelo significaba, nunca

hubiese hecho caso a la orden de papá —contestó Samantha—. No tienes que meterte más en esto.

Zack negó.

—No lo entiendes, Sam. No es como crees. Quien me hizo volver, lo hizo específicamente para cuidar a Zoey y para nada más. Piensa que, en cierto modo, yo tuve que ver con el hecho de que ella terminara con el collar puesto. Además, esto sí sigue siendo un asunto familiar… —musitó él entre suspiros; giró la cabeza levemente hacia Zoey, antes de continuar—. De nuevo, es complicado y extenso, pero te aseguro que sigue siendo un asunto familiar. Y el abuelo lo sabía o, al menos, una parte.

Zoey, un poco cohibida, bajó la cabeza y se puso a juguetear con el pelo que Cranium tenía en las orejas.

—¿De qué estás hablando? —dijo Samantha—. ¿Cómo que sigue siendo un asunto familiar? Ella no es nada nuestro, el collar ya no es nada…

—Sam —interrumpió Zack—. Zoey es parte de todo esto, así como lo soy yo. Y no tienes que culparla por nada. Ella, yo, tú, Elizabeth, e incluso su hermanito bebé, descendemos del mismo tipo, alguien a quien ni siquiera conocíamos, pero que tiene que ver con el dije. —Tomó una gran bocanada de aire—. Además, ella es mi novia. Y la quiero, así que no es justo que te enfades con ella por lo que me ha pasado.

Zoey sintió que el pecho se le inflaba de orgullo cuando oyó que Zack pronunciaba aquello con firmeza y con cariño. Agachó la cabeza para que el pelo oscuro le ocultara la sonrisa y continuó callada, sabía que Samantha volvía a mirarla.

Zack miraba a la una y a la otra, un poco incómodo; la terquedad y la soberbia de su hermana, que no parecía dispuesta a aceptar a la otra chica, lo molestaban.

—Sam…

Ella asintió lentamente.

—Lo siento. Creí que era culpa suya que salieras en esas cámaras de seguridad —dijo de pronto—, que siguiéramos aquí sin saber nada. La vi contigo ahora y no supe qué pensar. Es… es demasiada información, muchas cosas juntas. La verdad es que sentía que me mentiste por culpa de ella.

Aunque deseo meterse en la conversación, Zoey se mordió la lengua.

—¿Culpa de que mintiera? Zoey no tiene la culpa de nada. Pero estamos inevitablemente enredados en esto, Sam. Sé que es mucho

para ti y no pretendo que entiendas todo de golpe. Pero entiende que el hecho de que yo esté aquí no significa que he regresado. No puedo hacerlo mientras siga muerto y mientras quien nos persigue no desaparezca.

—¿Por qué la persigue? —susurró Samantha.

Zack se puso de pie. Le tendió las manos a su hermana, pero ella no fue capaz de levantarse. Le temblaban las piernas y todavía seguía inestable.

—Aunque sea difícil de creer, ella se fusionó con el dije hace un tiempo —explicó él—. Quien nos persigue es un ser milenario que quiere obtener ese poder, así que intenta matarla, absorber su alma y luego conquistar este mundo y matar a todos los que pueda con la fuerza del dije —finalizó con soltura, como si fuera un asunto sencillo.

Cuando Samantha por fin pudo levantarse, algunos minutos después, observó a Zoey una vez más, ahora con una mezcla de confusión y de espanto. De lástima incluso.

—Suena… surrealista.

—Oye, bruja, ¿que yo esté aquí no es surrealista? —insistió Zack.

El comentario, destinado a ser gracioso, apenas le sacó una sonrisa triste a su hermana. Pero fue lo suficientemente efectivo como para eliminar un poco la tensión en el ambiente.

Zack le tendió la mano a Sam, invitándola a acercarse a Zoey para presentarlas. Sin embargo, cuando ambas chicas se disponían a aproximarse una a la otra, alguien se metió en la ilusión que los protegía de la vista de los demás.

Zoey jadeó y le gritó a Zack que apartara a Samantha. Él, sin entender lo que sucedía, optó por obedecer; jaló al suelo a su hermana con prisa y la protegió con sus brazos mientras buscaba la amenaza con la mirada.

Por fortuna, Zoey tuvo tiempo de apartar con su magia a un Zackary Collins de ojos apagados que iba por ellos. Para cuando el verdadero chico lo vio, su novia ya lo había atrapado en una burbuja de aire de la que la marioneta no podía escapar.

—¡¿Qué?! —chilló Samantha, mareada por la sacudida que la había llevado al piso.

Su hermano la liberó con cuidado y se acercó a ver a la marioneta que Peat había enviado.

—Mierda —murmuró él mientras Zoey reforzaba colocaba un escudo alrededor de la ilusión original—. Peat sabía que vendríamos —añadió, sin dejar de analizar a su copia, que golpeaba la burbuja brillante.

A simple vista, no había diferencias entre los dos. Eran físicamente idénticos, solo al centrarse en la expresión del rostro de la copia se podía notar cuán falto de alma estaba el falso Zack. Su mirada, tal y como la de Adam y la del abuelo Collins, estaba vacía.

—¿Qué es eso? —gritó Samantha, desde el suelo.

Zoey, que también se había acercado a la marioneta, apretó los labios antes de contestar.

—Una copia sin alma ni conciencia que hicieron en base a Zackary —respondió—. Era algo que esperábamos, vinimos hasta aquí con la esperanza de evitarlo.

—Lo peor es que puede haber otras —murmuró él, rascándose la barbilla—. Eso sería peligroso para ti, Sam. Para mamá, para Elizabeth y para la abuela también.

—¿Qué tiene que ver la abuela? —replicó ella mientras se ponía de pie.

—La abuela sabe que sigo aquí. Ella nos ayudó mucho con el tema del dije. Y, si una de estas copias aparece frente a su puerta, creerá que soy yo y le abrirá. Peat, nuestro enemigo, también hizo una marioneta del abuelo y seguro también de papá.

La muchacha realmente no entendía de qué le estaban hablando. Se encontraba demasiado asustada, se rehusaba a acercarse a la marioneta mientras Zack y Zoey debatían qué hacer con ella.

—Por suerte, estas cosas no pueden hacerte daño si las notas a tiempo —dijo Zack, dirigiéndose a Zoey—. Peat sigue sin saber qué tan buena eres.

—Ahora no quedan dudas de que ultrajó también tu tumba. Podría haber cientos de estos muñecos —contestó ella, poniendo un dedo sobre la superficie de la burbuja. El Zack falso arañaba la pared brillante con furia.

—Por eso necesito abrir las tumbas —replicó él en voz baja.

Detrás de ellos, Samantha dejó caer la mandíbula, con horror.

—¿Que qué? —gaznó.

—Lo haré cuando tú te vayas a casa y le digas a mamá que deben irse de aquí —aseguró él.

Ambas chicas lo miraron extrañadas por un instante, pero luego Zoey se dio cuenta de que eso sería lo más sensato. Sería muy peligroso que una de las marionetas basadas en los Collins fuera la casa de ellos o de la abuela.

—Zack tiene razón —acotó la chica, girándose hacia Samantha—. Peat juega con las personas y disfrutará mucho torturando sus sentimientos, no dudará en mostrarles los rostros de sus seres queridos

que ya han fallecido. Además, después del incidente del video, podría hacerles creer que se trata de este Zack y no del falso, para tomarlos a ustedes como rehenes y utilizarlos contra nosotros.

—¡¿Es que están locos?! —exclamó Sam—. ¿Cómo creen que le voy a explicar esto a mamá?

Zack suspiró, se rascó la nuca y extendió un brazo hacia su hermana.

—Dame tu teléfono.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió la joven Collins.

Zack bufó y se acercó a ella para quitarle el teléfono del bolsillo trasero del pantalón por la fuerza.

—Jugar al Candy Crush, boba —le espetó a modo de broma—. ¿Qué crees? Voy a llamar a mamá.

Zoey puso los ojos en blanco y apoyó el mentón en una mano mientras se metía en la boca un par de galletas. El drama familiar Collins todavía no acababa y ella se negaba a intervenir, no los conocía lo suficiente.

Cuando Sam se dio cuenta de que su hermano realmente pensaba hablar con su madre, entró en pánico.

—¡La vas a matar de un susto! —chilló la chica, pero Zack la mantuvo a raya con un escudo simple.

En cuanto Sam se rindió, el muchacho puso una expresión seria. Zoey lo observó, tratando de asegurarse de que él estaba bien anímicamente para hacer eso.

Zack se aclaró la garganta, llamó y esperó a que su madre respondiera. Parecía estar bastante sereno.

Apenas la mujer respondió, él tomó aire.

—¿Mamá? —pronunció Zack.

Un silencio incómodo se instaló en el ambiente por algunos segundos.

Samantha se tapaba la cara con las manos, volvía a llorar. Zoey, por su parte, estiraba el cuello, atenta a lo que se conversaba. Para cuando Zack volvió a hablar, quedó claro que del otro lado de la línea la mujer estaba teniendo un ataque.

—No tengo mucho tiempo para explicártelo, lo siento —susurró él, con un nudo en la garganta ante el llanto te su madre. Zack luchaba por mantenerse firme y seguro de sí mismo—. Samantha te contará los detalles apenas llegue a casa, pero tengo que pedirte algo muy importante. Tienes que confiar en mí, ¿sí, Mamá?

Samantha se dejó caer en el suelo. Zoey se debatió entre acercarse a

consolarla o mantenerse alejada de un tema familiar que no podía solucionar. Pero, como Cranium a su lado se encontraba ansioso ante el llanto de la chica rubia, ella optó por quedarse allí para calmarlo a él antes de que se pusiera a hablar y empeorara las cosas. Lo último que necesitaba era tener que explicar por qué el perro sabía cómo comunicarse con humanos.

—Mamá, escúchame. Es importante —insistió Zack mientras caminaba alrededor de las tumbas de los Collins; cada tanto le echaba un vistazo a su copia rabiosa, que seguía golpeando la burbuja en la que estaba contenido—. Tú, Samantha y Elizabeth tienen que ir por la abuela y largarse del pueblo, ¿me entiendes? —repitió él—. Mamá, te lo ruego, por favor escúchame. Pueden morir, ¿lo entiendes? Quien me mató a mí irá por ustedes. Prepara las cosas, Samantha irá a casa ahora mismo. Necesito que empaques rápido y que le avises a la abuela. Lleva pocas cosas y vete a donde yo no pueda saberlo, ¿está bien? No confíes en nadie que se parezca a mí o a papá o al abuelo. Mamá…

La conversación siguió de esa misma manera. Zack repetía sus instrucciones por encima de lo que su madre expresaba. En otras circunstancias, él habría tenido paciencia y más fuerzas para controlar sus emociones. Pero el tiempo apremiaba y Zoey se dio cuenta de que, por más que él lo explicara, su mamá no le prestaba la debida atención.

Llegó un punto en el que Sam dejó de llorar y se acercó a su hermano, más calmada y seria.

—Dame el teléfono —exigió.

Zack la observó por un segundo, suspiró y disolvió el escudo.

—Mamá, Sam te lo explicará todo, ¿sí? Te quiero, las quiero a todas. Espero… —se interrumpió a sí mismo, mordió su labio inferior y le entregó el teléfono a Samantha.

La chica empezó a repetir mucho de lo que Zack ya había dicho varias veces. Al final, terminó la llamada en poco más de un minuto y suspiró.

—¿Entendió algo? —preguntó él.

—Está muy alterada, tú ya la escuchaste —dijo Sam, pasándose el dorso de la mano por las mejillas—. Llamaré a la abuela ya mismo para que se prepare. Por lo que me contaste, ella lo entenderá mejor.

—No piensen mucho a dónde ir —recomendó él—. Por si alguien las sigue, ¿sí? Si pueden ir lo más lejos posible, mejor. Tienen que huir rápido.

Samantha asintió y Zack le palmeó un hombro. Luego, él la abrazó con fuerza. Ella se aferró como una garrapata, quizás intuyendo que se

aproximaba la despedida.

Zoey suspiró y se esforzó por no llorar mientras se metía más galletas en la boca. Zack merecía ese abrazo desde hacía mucho tiempo. Era todo el consuelo que ella nunca podría darle porque no era parte de su familia. En esos momentos se daba cuenta de que nunca le había dado la contención necesaria. Zack le había hecho creer que estaba bien y que la única que importaba era ella, y se lo había creído durante meses. Por eso, a pesar de todo lo que estaba sucediendo, le aliviaba que él pudiese saldar una parte del dolor que se había guardado para sí mismo.

—Tienes que irte, Sam. Zoey y yo tenemos que hacer algo aquí que no te gustará. Vete rápido a casa, llama a la abuela en el camino —pidió él.

Samantha se separó de golpe y miró a Zoey otra vez, un poco consternada, aunque no tan enojada como antes. Al final, le dio otro abrazo a su hermano sin dejar de llorar.

Él la estrechó, cerrando los ojos con fuerza. Cuando habló de nuevo, su voz se oyó quebradiza, pero, a la vez, cargada de sentimientos.

—Te quiero, Sam —musitó Zack.

Desde donde estaba, Zoey pudo notar que su novio tenía más palabras en la punta de la lengua, pero que decirlas implicaría más de lo que en verdad podía prometer. Tenía deseos de asegurarle que se verían de nuevo, de jurarle que regresaría a casa, pero no debía hacerlo. No podía. Zack también se había mordido la lengua antes de soltarle algo similar a su madre; había querido decirle lo mucho que esperaba volver a verla, pero prometerle algo así, después de todo lo que había ocurrido, era cruel. Existía la posibilidad de que jamás se reencontraran.

Samantha ahogó un gemido contra el cuello de su hermano, de seguro presentía el significado de la despedida.

Si ellos fallaban, todos en el mundo morirían.

Cuando los hermanos se separaron, Zoey notó que ella estaba llorando.

La joven Collins le dio la espalda a Zack y comenzó a alejarse en silencio mientras se limpiaba las lágrimas y juntaba el valor para llamar a su abuela.

Él la observó hasta perderla de vista. Luego, bajó la cabeza y miró las manos de su cuerpo prestado.

No hizo falta que abriera la boca para que Zoey supiera que él deseaba más que nunca un cuerpo vivo que le permitiera marcharse

con su hermana y regresar con su familia.

Por las dudas, ella se quedó en el suelo junto a Cra durante unos minutos más, hasta que él salió de sus pensamientos.

—¿Tenemos que abrirlas? —musitó ella, acercándose a Zack con los brazos cruzados sobre el pecho. Se preguntaba si había sido una buena idea comer galletitas.

Zack asintió y se giró hacia su tumba primero, lo que hizo que Zoey se tironeara del cabello despeinado. Él iba a empezar por la más fresca, por la más dolorosa.

Debido a que el ambiente que persistía en entre ellos era delicado, la chica se tragó las quejas y esperó a que Zack levantara la tapa de concreto de su tumba. Sin esfuerzo, él la dejó a un lado y, aunque Zoey de verdad no quería ver el cuerpo, se asomó por encima con una curiosidad culposa.

—Lo dejó desatornillado —comentó Zack con tranquilidad, tocando la superficie del ataúd para demostrar que se movía y que, efectivamente, Peat había estado toqueteando. La otra prueba estaba parada a unos metros, gritando en el interior de una burbuja brillante de color azul—. Qué detalle que al menos me haya cubierto de vuelta, eh.

Zoey ahogó un gemido y se giró con brusquedad cuando él comenzó a levantar la tapa del ataúd. No tenía ni idea de cuánto demoraba un cadáver en descomponerse, pero estaba segura de que la visión la haría vomitar.

En el momento en que él Zack soltó una puteada, supo que ella realmente había tenido razón y agradeció haberse volteado.

—No mires —pidió él—. Me veo del asco. Ni siquiera me peinaron —acotó después, con un leve tono jocoso.

—¡Zack! —chilló ella, molesta por la broma.

—Me falta un ojo.

—¡Cállate! —rogó Zoey.

—Hablo en serio, me veo bien feo. Pensé que sería hermoso hasta descompuesto —insistió él.

Ella optó por alejarse a grandes zancadas, tapándose la boca mientras intentaba apartar los recuerdos de Zack destrozado que mantenía en alguna parte de su cerebro. La mayoría del tiempo trataba de bloquearlo; en algunas situaciones le parecía que no podía rememorar los detalles, pero nunca lograba olvidar su mirada perdida, su palidez o la sangre en el suelo. Al menos, tener a Zack entero y haciendo bromas solía ayudarla a que desconectara a su novio de la imagen del cuerpo muerto que ella había descubierto tiempo atrás.

—Bueno, no estoy seguro de si se llevó muchos de mis huesos porque, ya sabes, estoy bastante destruido y no soy un doctor o un especialista en anatomía —anunció él en voz alta mientras ella apoyaba la cabeza contra el tronco del árbol, junto a Cra—. ¿Estás bien?

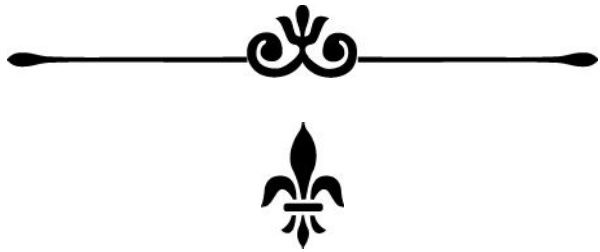
—No —gruñó Zoey—. ¿Y entonces?

—Entonces, podríamos habernos ahorrado este paso porque no tengo ni la menor idea de cuánto se robó. Supongo que no necesitaría muchos huesos para hacer este tipo de magia. Puede que tenga este Zack solo —añadió él, echándole un vistazo a la marioneta—. O quizá tenga muchos más; si se llevó los huesitos de los dedos de los pies no me daría cuenta. Son chiquitos y en una bolsita podría haber puesto un montón. —Se encogió de hombros—. Supongo que lo veremos mejor en mi padre y en mi abuelo.

Zoey bufó y se quedó allí, contra el árbol, hasta que escuchó como él tapaba el ataúd y dejaba el paisaje igual que antes; cada tanto, se decía palabras bonitas a sí mismo.

En un momento, ella oyó un sonido de quebradura. Instantes después, escuchó a su novio reírse.

—Ups, rompí mi tumba.



Capítulo 26

Zoey no se aproximó al momento de abrir la tumba del padre de Zack, todavía se sentía mal y por ello prefirió mantener la distancia.

Su novio confirmó las sospechas: faltaban huesos, algunos bastante evidentes. Un tanto enfadado, cerró la tumba y pasó a la de su abuelo.

En ese momento, y ya un poco más recompuesta, Zoey se atrevió a acercarse.

Zackary levantó la tapa de la última tumba y también la del ataúd, parecía estar bastante tranquilo. Le indicó a su novia que allí solo se veía un esqueleto, así que ella se asomó. Había visto bastantes esqueletos ya.

Zack, de rodillas junto a la tumba, metió las manos dentro de la caja y empezó a correr la ropa con la que su abuelo había sido enterrado para chequear cuántos huesos quedaban debajo. Al final, hizo un comentario por lo bajo que sonó más bien a un insulto.

—Faltan demasiados. Apenas si está la columna vertebral, parte de los brazos y de la cadera. Se llevó hasta costillas —murmuró.

Zoey, frunciendo la nariz, se asomó un poquito más. Al menos Peat le había dejado la cabeza intacta.

—Quiero que te laves las manos después de esto —ordenó ella, pero él no le prestó atención. Estaba palpando el pecho de su abuelo, allí donde las costillas deberían estar—. Oye, esto está muy plano. ¿Cuántas se llevó?

Zack metió una mano por debajo de la camisa sucia del esqueleto y miró a la nada por un momento.

—Que esté plano creo que tiene que ver con que los huesos se desprenden con el tiempo, o tal vez Peat los aplastó —contestó ella

Él puso una expresión extraña y sacó la mano, solo para deslizarla hasta el bolsillo de la camisa.

Zoey observó con curiosidad hasta que Zack extrajo un papel

doblado muy pequeño. Ella no abrió la boca para preguntar qué era o por qué un muerto tenía un papel guardado, tampoco increpó cómo se le ocurrió a su novio que Peat podría haber dejado un mensaje allí.

Con cuidado, Zack desplegó el papel y lo estiró. Al parecer, la hoja llevaba tiempo escondida y estaba tan sucia como la camisa misma.

Cuando él tragó saliva, ella lo rodeó para leer desde atrás. La nota iba dirigida a Zack, pero no parecía ser de Peat. No era de él.

«Querido Zack:

Si algún día lees esto, significa que estoy muerto. Tal vez creas que he dejado un gran peso sobre tus hombros, pero es mucho más complicado de lo que imaginas. Sé fuerte, como lo han hecho todos hasta ahora.

Para ti, para mí, esto es más que una tradición. Ciertamente lo es. Tú y yo tenemos un deber que nos rige por sangre. Espero que algún día lo entiendas como tal.

Este objeto con el que cargas tiene que ser protegido y, como últimos heredados, debemos aceptarlo y dar incluso nuestra vida. No por él, sino por quienes nos rodean.

Créeme, mi niño, que esta cosa traerá un futuro atroz en las manos equivocadas. Las manos del enemigo te perseguirán y, sin importar cuántas formas tome, siempre serán las mismas. Siempre tendrán un brillo violáceo en los ojos. Procura no seguirlo, procura no caer en sus trampas.

Después de ti, ya no queda nadie más. Tus hermanas no estarán listas jamás para esto. Eres el último de los Collins que puede llevar el dije, al menos por ahora. Ya llegará el momento en que tengas que saber por qué.

Vive, cumple con tu deber.

Y muere por quienes amas y por quienes merecen seguir coexistiendo con este hermoso planeta. Muere para salvarlo, porque él va a destruirlo si el dije queda en sus manos.

Te quiere,

Robert Collins, tu abuelo»

Los dos se quedaron mudos por un largo rato. No pudieron expresar lo que pensaban o lo que sentían con respecto a la carta y a las referencias que el abuelo Collins había dado de Peat.

En esos momentos, las palabras del abuelo de Zack sonaban obvias, coherentes y entendibles. La carta coincidía con lo que Zoey había

visto en sus visiones. La familia Collins descendía de J. D. Clarence y se había propuesto ocultar el dije de Peat. ¿Cómo habían descubierto la existencia de este ser milenario? Eso todavía no lo sabían, pero al menos tenían algunas respuestas sobre por qué habían sacrificado a Zack de esa forma: Robert Collins de verdad pensaba que debía correr el riesgo para salvar al resto del mundo.

—No tenía el derecho de elegir por mí —musitó Zack, bajando el papel—. Que el deber de la sangre, que nuestra herencia, que Peat y sus ojos violetas —masculló, entonces—. Puedes decirme tú también que seguro esto no es una coincidencia y que quizás estábamos destinados a esto. Pero, de la forma en la que yo lo veo, él me obligó a llevar esa cosa contra mi voluntad.

Zack se puso de pie y dobló el papel con un poco de violencia.

Zoey apretó los labios, no respondió. Cuando vio a los antepasados de ambos en sus visiones, sintió que esa era su misión y que estaba bien seguir ese camino. Al ver el dolor de Zack, sin embargo, ella se daba cuenta de que quizá no era tan así. Ni para él ni para ella.

También, se daba cuenta de que, cuando ella le contó la verdad a su novio, Zack no había sido sincero con respecto a su opinión a la supuesta misión heredada. Había hecho chistes idiotas y había evitado decir lo que de verdad creía. La explosión de emociones de ese instante era lo que él realmente pensaba.

Y Zoey consideraba que él tenía razón. Nadie debería haberlos obligado a pasar por todo eso. Ser herederos no era una excusa válida; ellos eran jóvenes, eran niños. No tenían por qué llevar semejante carga sobre los hombros. Al rever la situación desde ese punto de vista, ella pensó que ya no se sentía tan segura con la misión, con tener que enfrentar a Peat «porque le correspondía hacerlo».

—Quizá quería disculparse conmigo. Pero, desde mi parte, al menos ahora, no quiero ni puedo hacerlo —murmuró Zack. Enfadado, hizo un bollo con el papel y lo arrojó dentro del cajón. Puso la tapa y empujó el concreto para dejar todo como estaba antes.

El muchacho se sentó en el suelo y elevó las rodillas para poder apoyar los codos sobre ellas. Mantuvo los ojos en el parque del cementerio y se quedó en silencio, pensativo. Zoey se acomodó a su lado y Cranium corrió hasta ellos para sentarse en el medio.

—¿Zack está bien? —preguntó la criatura.

Zoey se sorprendió, era la primera vez que Cra se refería a Zackary por su nombre.

—Estoy bien —contestó él, sin mirarlos.

—¿Seguro? —musitó ella.

—Solo sigo enojado. El que hecho de que yo esté muerto, de que mi cuerpo esté ahí pudriéndose y de que mi familia llorara sin parar la pérdida tiene que ver con esto de que no me dejaran elegir. Y sí, quizá Peat nos hubiese matado a todos igual, al mundo entero incluso, si yo no tomaba al dije y luego lo obtenías tú. Sin embargo, la vida hubiese sido diferente, al fin y al cabo. Sé que es injusto, pero siento que mi propio abuelo me mandó a morir, ¿me entiendes?

Ella afirmó con la cabeza. Era como en las guerras: una situación injusta en la que, aunque no tengas que ver con el conflicto, terminas siendo uno de los tantos que sufren a causa de intereses ajenos. Incluso sabiendo que ella era descendiente del rey, Zoey comprendía que estaba peleando una guerra que no le pertenecía. Luchaba para evitar morir, para proteger a sus seres queridos. Pero el caso de Zack era distinto: él había sido enviado para pelear, lo empujaron al campo de batalla sin suficiente información, lo dejaron a merced de Peat.

Zoey se quedó callada, debatiendo entre acotar algo al respecto o no. Sentía que él ya sabía lo que ella pensaba. Soltó un suspiro, arrepentida por haberle dicho que ellos eran una causalidad, no una casualidad, con tanta convicción. Temió haberlo herido al mencionar que el problema les pertenecía.

Pensó en pedirle disculpas y en agregar que lo entendía, pero no dijo nada. Había sido un día agotador para ambos, en especial para Zack. Él había atravesado demasiadas emociones fuertes en pocas horas. Además, les quedaban muchísimas cosas por las que preocuparse, debían prestarle atención al presente y al futuro.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó Zoey un rato después—. ¿Cómo nos deshacemos de él? —añadió, señalando a la marioneta—. No podemos dejarlo aquí.

—Si lo destruyes, volverá a recomponerse —contestó Zack—. Quizá deberíamos encerrarlo. ¿Crees poder mantener activo un escudo, aunque te alejes del lugar? Porque no podemos quedarnos mucho tiempo aquí.

Ella no se mostró muy segura. Cuando cambiaba de mundo, perdía su conexión con los escudos, dejaba de percibirlos. No podía asegurar que siguieran funcionando en la distancia, no sin antes ensayarlo.

—En cualquier caso, creo que lo mejor es advertir a quienes podamos para que no confíen en estas copias. Empecemos por Jessica —contestó.

Zack asintió y se puso de pie. Se sacudió la tierra de su ropa y tendió una mano a Zoey. Pero ella rechazó el gesto porque él había estado toqueteando a los muertos.

—¿Qué? —preguntó Zack.

—Más que agua necesitas alcohol en gel o un desinfectante —respondió ella, poniéndose de pie por sí misma.

Él puso los ojos en blanco, ese gesto hizo que ya no pareciera estar tan afectado como antes. Zoey lo analizó y reconoció el problema: eso era lo que él había estado haciendo durante meses, se tragaba las emociones y olvidaba los asuntos personales por el bien mayor.

Aunque le incomodaba entenderlo, ella prefirió concentrarse en la situación en la que se encontraban. Irían a darle la advertencia a Jessica y descansarían un poco. Ya podrían volver a abordar el tema más tarde; entre antes lo hicieran, mejor.

—Y una ducha —añadió Zoey.

De repente, la chica tuvo una idea. Se giró hacia la marioneta y le disparó un rayo de energía. La copia de Zack explotó en pequeños pedazos. Ante la estupefacción de su novio, Zoey le comentó que lo hacía para darles un poco más de tiempo. Que quizá, para evitar que el cuerpo se recompusiera, debía separar las partes. Y, sin más, y empezó a dividir el contenido asqueroso del interior del escudo en varios pedazos más pequeños.

—¿Qué carajo haces? —replicó Zack—. ¿Es un ritual satánico para revivirme y hacerme tu esclavo sexual? —agregó.

Ella no respondió de inmediato. Tomó entre los dedos un pequeño escudo del tamaño de una pelota de tenis y lo volvió opaco para ignorar el contenido. Luego, lo guardó dentro de la mochila.

—Si las partes están separadas, no podrán unirse ni regenerarse —dijo ella, dándole un golpe en la cabeza a su novio—. Y sí, te reviviré para hacerte mi esclavo sexual. Pero eso será cuando terminemos con este asunto —añadió entre risas y le arrojó un beso al aire.

Zack sonrió por primera vez en lo que iba del día y la siguió por el cementerio, rumbo a la salida. Otra vez, los bolsos flotaban invisibles por detrás de ambos. Cranium, en forma de perro, volvía a comportarse como siempre ahora que ya no veía a la marioneta.

Pidieron una habitación en un hotel la ciudad vecina. Sabían que levantarían sospechas si se quedaban en pueblo en el que todos los conocían. Además, preferían no atraer a Peat antes de tiempo.

Aunque hubiesen deseado ir a ver a su amiga esa misma tarde, Zoey no podía dar un paso más a causa del cansancio. Se quedó dormida sobre la cama, vestida y todo, después de poner un escudo alrededor de cada piso y pared del cuarto.

No supo cuántas horas estuvo babeando la almohada, bocabajo, hasta que levantó la cabeza y escuchó el sonido de unos papeles. Giró la cabeza y miró a Zack, que tenía el cabello húmedo y se había puesto una de las mudas de ropa que ella le había creado. Estaba acomodando las notas de la logia, revisando las traducciones y el diario, sentado en la cama contigua.

—Buenas noches, bella durmiente —sonrió él, al notar que su novia tenía los ojos abiertos—. Bienvenida al mundo real, es casi medianoche en Argentina. El baño está a su derecha y puede ducharse o comer lo que guste. Sus manos mágicas se encargarán de hacer el resto —dijo, con voz de aeromozo.

Zoey no se rio. Todavía estaba en la estratósfera, en el quinto sueño. No podía ni reaccionar, por lo que Zack se carcajeó de su expresión y siguió con lo suyo por cuarenta minutos más, en los que ella dormitó y dio vueltas en la cama. Pasado un rato, ella notó que se le había dormido una mano y se entretuvo intentando despertarla. Así acabó por espabilarse.

—¿Cuánto dormí?

—Como nueve horas creo. No sé, pero lo necesitabas. No he salido del cuarto, tal y como lo acordamos. Si nadie se entera de que estamos aquí, mejor —respondió él.

Zoey se irguió un poco.

—¿Y Cra?

Zack lo señaló con la cabeza. La criatura estaba hecha una bolita sobre la alfombra, levantó la cabeza y agitó su rabo de huesos cuando vio a la chica asomarse.

—¡Lapis Exilis, Lapis Exilis! —exclamó, con un estornudo.

Como puro reflejo, ella le sonrió con cariño.

—Hola, perrito —saludó mientras se restregaba el rostro con las manos.

Para entrar a la habitación, habían puesto ilusiones sobre sí mismos. No querían los reconocieran. Como siempre, a Cranium lo hicieron completamente invisible; por suerte, había aprendido a mantenerse callado cuando era necesario, como si entendiera que el resto de los seres humanos no debían saber sobre él.

También habían acordado que solo saldrían de la habitación cuando estuviesen listos para ir por Jessica, para advertirle sobre las marionetas. Si bien podrían retrasar las habladurías que surgieran si alguien los veía, les preocupaba saber que Peat podría encontrarlos incluso a través de las ilusiones.

—¿A qué hora deberíamos ir por Jess mañana?

—La verdad es que no sé qué hacer —respondió él—. Mañana es veintitrés de diciembre. Viernes. Muchísimas personas irán de compras por Navidad. Si vamos muy temprano, nos verá menos gente. Pero así seremos más visibles para Peat. Y, si vamos más tarde, cuando todo el mundo está en la calle, habrá más personas y podríamos mezclarnos mejor, pero… no sé. ¿Tú qué crees? —preguntó.

Zoey se rascó la cabeza, pensativa. Todavía tenía bastante.

—Mmm… No lo sé, tú siempre tomas mejores decisiones que yo.

Zack sonrió.

—Creí que habíamos quedado en que tomaríamos las decisiones juntos, morena —contestó él—. Peleamos por esto, ¿lo olvidas? Y hoy en la tarde incluso me preguntaste qué quería hacer —insistió él, con un brillo divertido en los ojos, como buscara vengarse.

Zoey frunció el ceño y lo observó con los ojos azules cansados e irritados.

—Estaba intentando no darte ordenes cuando te encontrabas destrozado anímicamente —puntualizó, con un tono neutro e indiferente.

Zack apretó los labios, pero no se ofendió. En cambio, se quedó callado por un rato. Y, después de rascarse un poco el cuello, levantó la mirada hacia ella.

—¿Me vi tan llorón? —preguntó, avergonzado.

Zoey sacó las piernas por debajo de las mantas y torció el gesto. Sí, se había visto terriblemente llorón, consternado, preocupado y afectado, pero era normal si se consideraba que era un chico de diecisiete años que había muerto de una forma horrible y que se reencontraba frente a frente con su pasado.

—Sí, un poco. Pero me alegro de que lo hayas hecho —susurró—. Necesitabas ver a tu familia, hablar con ellos, tener la oportunidad de llorar por eso. Creo que es muy importante que no te lo guardes, Zack. Siempre te guardas todo, supongo que lo haces para no afectarme. Pero tienes razón, ya lo hablamos y peleamos por esto —recordó ella —. Habla conmigo de lo que sientas, ¿sí?

Él volvió a observarla en silencio y ella se esforzó para devolverle la mirada sin flaquear por el cansancio que todavía la aquejaba. Pasó más de un minuto hasta que él se levantó y fue a sentarse junto a su novio.

Zack suspiró y se estiró para tomarle la mano a Zoey.

—¿Sabes? ver a Sam me hizo tener muchas ganas de que me revivas para ser tu esclavo sexual —confesó él, con una sonrisa que

tiraba de sus labios. Sin embargo, la broma llegó hasta ahí.

Zoey contuvo un respingo y se quedó con una exclamación en la garganta que no salió. Casi se le fue el aire, pues no podía creer que, al fin, después de tanto tiempo, Zack dijera en voz alta que sí deseaba tener un cuerpo.

Habían tenido muchas discusiones y sentimientos encontrados desde que él había vuelto de la muerte para cuidarla. Ambos se habían enojado por distintas cosas. Ella había rogado que le permitiera revivirlo y él se había enternecido. En las últimas semanas, simplemente había ignorado la propuesta. Quizás, y tan solo quizás, en el momento en que él la obligó a practicar su magia y vio lo que ella podía hacer, empezó a aceptar la posibilidad de forma implícita. Sin embargo, en ese mismo instante, estaba admitiendo sus verdaderos deseos con sinceridad, y eso significaba mucho más que cualquier otra cosa que él pudiese expresar.

—Pero también me hizo sentir muy mal —añadió Zack mientras Zoey seguía muda porque se sentía orgullosa de que él dijese lo que de verdad quería—. ¿Y si no volvemos nunca? Quizás, aunque lográramos salvar al mundo de Peat, tú y yo, o solo yo, no sobrevivamos. Quizá nunca puedas hacerme un cuerpo. No lo sé. Pero me di cuenta de que podía ser de verdad la última vez que viera a mi hermana. No nos han dado elección en esta guerra y ahora, sin embargo, estamos yendo derecho a ella, de forma consciente. Para mí, esta fue mi despedida con Sam.

Zoey boqueó el discurso durante un momento. Lo que iba a preguntar con respecto a la acepción de Zack sobre su futuro cuerpo se fue de su mente. La preocupación que él sentía con respecto al futuro ocupó sus pensamientos. Ella le apretó la mano, en señal de apoyo y de comprensión.

—Así lo sentí yo también —confesó Zoey—. Me di cuenta de que no querías prometerle nada. Ni a ella ni a tu madre.

—Sería injusto.

—Y cruel. Ya te han perdido una vez. Una promesa así puede romperles el corazón incluso más —acotó ella.

—Sí. Después de todas las veces en las que me has dicho que yo, en cierto modo, no estoy realmente muerto, sino que sigo vivo porque sigo aquí, pensando y obrando, entendí que tienes razón. —Zack se inclinó hacia ella y le corrió el pelo oscuro que tenía sobre el hombro. Le acarició la mejilla con la mano libre y le sonrió con pena—. Porque esta vez sí me estoy preparando para morir, quizá, como tú lo estás haciendo seguro. Esta vez podría ser real.

Se quedaron un momento en silencio mientras ella recibía la caricia

y reflexionaba sobre lo que él había dicho. Todo podía terminarse pronto, ella tampoco podría regresar. Pensó en su familia, en su mejor amiga y en que solo iba hacia ella para advertirle. Tendría que ser consciente y firme al no darle esperanza alguna. Si ella moría, al fin y al cabo, era para que Jessica sus otros seres queridos continuaran con sus vidas.

Eso era lo que había querido el abuelo de Zack desde un principio, irónicamente.

—No tenemos muchas opciones, pero… —contestó ella—, aunque odio la situación en la que estamos, sí creo en la herencia. —Había meditado un montón en el cementerio sobre lo que el dije significaba y sobre cómo sus destinos estaban atados al problema. A pesar de que llegó a la conclusión de que era detestable tener que cargar con el peso sobre sus hombros, no había otro camino—. Creo que soy totalmente capaz de morir para que ellos puedan seguir viviendo —admitió—. Quizá es porque me he estado preparando mentalmente para morir desde que me pusieron el dije.

Él dejó de acariciarla, apretó los labios y retiró lentamente la mano.

—En este momento, estoy totalmente al revés que tú —aclaró Zack —. Cuando estaba vivo, sabía lo que me podía ocurrir y no luché para evitarlo. Me resigné a esa vida efímera y a una muerte segura. Y ahora, cuando veo no hay salida, es cuando más quiero recuperar lo que perdí. Quiero un cuerpo, quiero tener otra oportunidad,

A ella le aliviaba que Zack pudiera decirle todo eso. Zoey se inclinó para apoyar la cabeza sobre el hombro de él y agradeció que por fin pudiesen ser sinceros con lo que les pasaba. No tenían a nadie más. Lo que habían expresado evidenciaba que estaban solos en la misión. Lo mínimo que podían hacer era confiar en ellos mismos y en su compañero.

Zoey pensó que eso era algo hermoso que compartir, como amigos y como novios. No se trataba solo de besos y de sexo. Poder contar con el apoyo y con el cariño del otro cuando uno se sentía vulnerable podía significar mucho más que cualquier experiencia física que existiera entre ellos.

En ese momento, sentados sobre la cama, sintieron una sensación cálida, algo que los unió muchísimo más.

Ella deseaba darle a Zack su segunda oportunidad, lo haría así tuviese que morir en el proceso. También deseaba vivir, claro. Pero si ese era su destino y si para salvar a quienes amaba tenía que sacrificarse, lo aceptaba, así como había aceptado su misión desde el momento en que supo que era la descendiente de J. D. Clarence.

—Zoey… —dijo él de pronto.

Ella giró la cabeza para verlo.

—¿No te molestó cómo te trató mi hermana? —preguntó Zack.

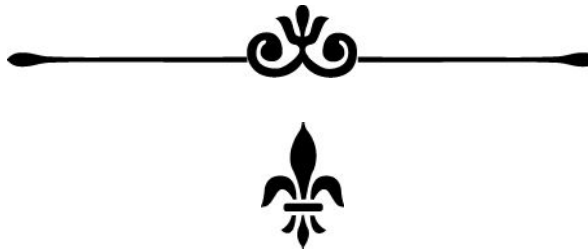
La chica sonrió. En su momento, **sí** se había sentido bastante atacada, pero no podía tomárselo a pecho porque entendía la situación de Samantha.

—Creo que ella solo quería estar enojada con alguien. Soy su mejor opción —replicó, encogiéndose de hombros—. Pero gracias por defenderme ante ella.

Él le devolvió la sonrisa y le tomó el rostro con las manos para acercarla. Le plantó un dulce beso en los labios y luego se alejó, fingiendo asco.

—Puf, uf, tú también necesitas una ducha, hueles a muerto.

Zoey le dio un manotazo de forma inmediata, le sacó la lengua y se arrojó sobre él, intentando besarlo de nuevo. Zack fingió que ella lo aplastaba y se dejó atrapar. Él esbozó una sonrisa contra la boca de ella y la estrechó contra su pecho. No necesitaron decirse nada más. Ese día habían pasado por demasiadas emociones, muchas muy dolorosas, pero también habían comenzado a sanar.



Capítulo 27

Cuando salieron del hotel y empezaron a caminar por las calles abarrotadas de gente que hacía compras de última hora, Zoey recordó lo mucho que había deseado pasar un verano allí, en esa ciudad, para poder cruzarse con Zack. La promesa hecha por Jessica de invitarla a su casa había quedado abandonada por múltiples razones que no tenía sentido analizar otra vez. De todas formas, recordó la triste inocencia y la esperanza que había albergado tiempo atrás.

Tomaron un bus local hasta la zona residencial, cerca de la casa de los Collins. Caminaron por el barrio mientras observaban a su alrededor con precaución.

En un momento, Zoey dio un respingo.

Mariska Sullivan acababa de doblar la esquina, acompañada de su mamá. No paraba de mirar su teléfono y ni se había percatado de que ellos estaban allí. Los dos se pusieron tensos, pero confiaron en que la ilusión bastaría para que Mariska no notara algún elemento extraño en los desconocidos.

—Te estoy hablando, deja ya ese teléfono —espetó la madre de la chica.

—¿No lo entiendes, mamá? Estoy viendo qué noticias hay. La siguiente podría ser yo, ¿sabes? ¿Al menos te preocupa eso? —respondió la muchacha, ofendida.

Ambas siguieron caminando, pero Zack y Zoey se detuvieron antes de llegar a la esquina.

—¿La siguiente? ¿De qué hablaba? —consultó Zack.

Zoey se giró a verlas, todavía sosteniendo a Cra entre sus brazos, que olfateaba en su dirección. Mariska y su mamá siguieron discutiendo por la calle, ya casi no se las podía oír.

—¿De mí, quizá? —supuso ella—. Ya casi va a ser un mes desde que nos fuimos.

Notaron que ambas mujeres se detenían en la esquina siguiente. La madre le quitó el teléfono de las manos a la hija con brusquedad.

—¿Puedes ir a escuchar de qué hablan? —pidió Zoey.

Zack asintió con la cabeza. Pegó un brinco y aterrizó en los techos de las casas que estaban a su lado. Con prisa, se acercó a la esquina mientras Zoey permanecía en su sitio, con un escudo sobre ella y sobre Cranium. Se quedó atenta a todo su entorno hasta que él regresó, unos cinco minutos después, con una expresión preocupada.

Zack se dejó caer en la ochava[2]. Zoey quitó el manto de invisibilidad de su escudo y le permitió a él pasar a la seguridad de su coraza brillante. Luego, lo observó con ansiedad.

—¿Qué oíste?

—Algo nada lindo. Presiento que algo más ha pasado desde que nos fuimos —respondió él.

Zoey apretó a Cra contra su pecho, nerviosa y asustada ante la expresión en el rostro de él y a la forma en la que lo decía.

—¿Por qué crees eso?

—Parecería que no solo desapareciste tú —dijo Zack.

—También lo hizo Adam —recordó ella—. No olvides que para todos aquí, él no está muerto.

—No, se refería a mujeres. *Chicas*. Pudo haber algún caso de secuestro de alguna, ya sabes… Estos tipos enfermos que se las llevan…

Era una teoría probable. Lamentablemente, esas cosas pasaban todo el tiempo y en todas partes. Pero, aunque parecía ser la opción más lógica, ninguno pudo quedarse tranquilo. Con Peat siguiéndoles el paso no podían confiarse. Los violadores y asesinos seriales parecían tan inofensivos como bebés a su lado.

Sin darle más vueltas al asunto, retomaron su camino rumbo a la casa de Jessica. Fueron por las calles al hogar de Zack. Como él conocía bien el barrio, Zoey solo lo siguió mientras le recordaba a Cranium que necesitaba quedarse en silencio.

—¿Lapis Exilis tendrá más huesos para mí? —preguntó el perrito cuando llegaron a una plaza—. Tengo hambre, hambre.

—Sí, lo siento —replicó ella e hizo una pausa cuando se cruzaron a un grupo de niños—. Hace varios días que no te doy nada. Después de que salgamos de lo de Jess, te daré todos los que quieras. Te has portado muy bien en este mundo, Cra.

—¿Cra es buen amigo? Cra quiere estar con Lapis Exilis, siempre, siempre. Con huesos, muchos huesos —añadió él, con tres estornudos seguidos.

Ella tuvo ganas de abrazarlo con más fuerza. Él era raro y feo, pero también muy bueno y se merecía un hogar de verdad, con ellos. Si todo salía bien, claro; no iban a devolverlo a ese mundo vacío y solitario que acababan de abandonar.

—Claro que sí.

—Ya casi llegamos —advirtió Zack.

Zoey le indicó a la criatura que se callara. Luego, cruzaron una calle y Zoey reconoció de inmediato el pasaje donde estaba la casa de Jess.

El muchacho tomó a su novia en brazos y brincó con ella hasta techo de la casa vecina, protegidos nuevamente por un escudo y por un hechizo de invisibilidad. El balcón de Jess daba al patio delantero y al bonito jardín que su mamá mantenía con esmero. Como tocar timbre no era una opción, ingresar directamente a su habitación era la idea.

Se colaron al balcón y, mientras Zoey les pedía que guardaran silencio, golpeó tres veces la ventana corrediza. Esperaron por algunos minutos. Las cortinas estaban corridas y no podían ver dentro.

Jessica no contestó, así que consideraron la posibilidad de que no estuviese en casa. Ella y su familia podrían haber salido de compras.

Zoey golpeó una vez más y, como no hubo respuesta, Zack sugirió que entraran y que esperaran en el cuarto.

Deslizaron la puerta con magia y se metieron adentro. La habitación de Jessica estaba desordenada. Había ropa amontonada sobre una silla y un par de zapatos tirados cerca de la puerta, que estaba abierta y que daba al pasillo común del piso superior.

—Creo que no hay nadie en casa —dijo Zack ante el silencio.

Zoey dejó a Cranium en el piso, con la orden de que se quedara quietito, y se asomó hasta las escaleras para comprobar lo que parecía obvio: la familia Hill estaba fuera de casa.

Sin más que hacer, Zoey se sentó sobre la cama de Jessica y observó las cosas de su amiga. Había estado pocas veces allí, se había quedado a dormir un par de fines de semanas los años anteriores. No mucho había cambiado en el cuarto, Jessica solo había reemplazado las cortinas después de contarle que las prendió fuego sin querer con una vela cuando se había cortado la luz. Por lo demás, todo estaba igual. Sonriente, se estiró para tomar una cajita de color rosa de la mesa de noche. Adentro, Jess guardaba algunas chucherías —pulseras, un par de llaveros que se habían intercambiado y un anillo que había sido regalo de su abuela—.

—Todo esto me hace acordar a mi habitación —dijo Zoey en voz

alta, sin despegar los ojos de las cosas de Jess.

Zack, que se había apoyado en la puerta abierta de la habitación, se cruzó de brazos y escuchó.

—Me dan ganas de volver a casa, en especial porque sé que estamos cerca. No me imagino c**ó**mo te sientes tú al respecto, tu hogar está a solo a unas calles de aquí —suspiró ella.

—Pareciera que fue hace miles de años, ¿no? Cuando pasamos por aquí para robar mis cosas —contestó él—. En este momento, no me preocupa el asunto. Si Samantha le explicó las cosas bien a mamá, ninguna debe estar en la casa ahora. Así que, si ellas no están, no siento tanta necesidad de acercarme.

Zoey asintió. Dejó la cajita a un lado, tal y como las había encontrado, y se fijó en el reloj con forma de corazón que colgaba de la pared. Ya había pasado el mediodía y a ella le resultaba extraño que la perfecta madre de Jessica no estuviese apurada por servir el almuerzo; se acordaba de que era una señora muy puntual a la que le gustaba tener horarios para todo. Se comía a las 13:00 en punto. Por ende, debería estar preparando la comida. Salvo que decidieran almorzar fuera, claro.

—Supongo que ha de ser por Navidad que no están en casa, ¿no? —dijo ella a Zack—. La mayoría de la gente normal sale a hacer todo tipo de cosas que en otras situaciones no —añadió—. Me pregunto qué estarán haciendo mamá y papá. Dudo que compren regalos.

Zack apretó los labios.

—Supongo que no. Hace casi un mes que no estás en casa, deben estar preocupados por eso.

—Si la mamá de Jess nos llegase a encontrar antes que ella, te aseguro que nosotros deberíamos estar más preocupados —bufó. Esa señora siempre le había dado un poco de grima, por mucho tiempo le había tenido miedo—. Es muy estricta.

—Ahora sabemos por qué Jessica es lo contrario a eso. —bufó Zack.

Guardaron silencio durante un rato más. Cranium, aburrido de estar quieto, empezó a olfatear las cosas de Jessica y a dar vueltas por la habitación. Como resultaba inofensivo, Zoey no le dijo nada y continuó esperando a que su amiga llegara.

Pero pasó el rato y nada. Casi una hora después, cuando ella también se había aburrido, escucharon un auto aparcar en la entrada. Se quedaron quietos mientras esperaban a que las personas entraran en la casa, pero enseguida notaron que la voz de Jessica no estaba entre los recién llegados.

Zoey puso de vuelta el hechizo de invisibilidad. Dejaron la puerta

abierta y escucharon.

—No, mamá, no hay ninguna novedad. No se sabe nada. Van a volver hoy a revisar la casa —decía la señora Hill. Parecía estar hablando por teléfono. Por detrás de su tono quebradizo, se escuchó al padre de Jessica carraspear por lo bajo—. Te llamaré en cuanto sepa algo, ¿sí?

Zack y Zoey se miraron, confundidos y con el ceño fruncido. Parecía que algo malo había sucedido, pero no tenía sentido. A ella la embargó una sensación de temor que no supo expresar. Se llevó una mano al estómago y Zack la sostuvo, pensando en la misma posibilidad.

Entre lo que le habían escuchado decir a Mariska, lo que hablaba la madre de Jessica y el hecho de que la chica no estaba en casa tenía que haber algo en común, una conexión.

—Elena quedó en llamarte, ¿no es así? —dijo el señor Hill.

—No sabe dónde está Jessica, ¿para qué me va a llamar?

Zoey sintió que le daban un puñetazo en el estómago. Se le fue el aire de los pulmones y se le vencieron las piernas. Gracias a que Zack la estaba sujetando, no terminó en el suelo, pero la sensación de agobio la hizo pesada en sus brazos.

—Se la llevó, él la tiene, Peat la tiene —sollozó Zoey.

Él la acunó en sus brazos, justo cuando Cranium corría preocupado a ver qué le sucedía a su Lapis Exilis y se tropezaba con los zapatos de Jess. Uno de ellos chocó con la puerta abierta, detrás de Zack.

Abajo, los señores Hill se callaron, atentos al sonido.

—Demonios, Cra —musitó Zack, levantando a Zoey con un brazo y al perrito con el otro, casi jalándolo del pelaje.

La criatura, por supuesto, no se quejó y dejó que él acarreara a ambos hacia la ventana del balcón.

—¿Jessica? —se escuchó que gritaban desde abajo.

Un segundo después, Zack saltó al jardín y comenzó a correr, llevando a ambos lejos, a donde pudiesen pensar con claridad. Zoey no escuchó si los padres de Jessica decían algo más y tampoco prestó atención por dónde iban. Su mente estaba en otro lado, en cómo había podido ser tan tonta de descuidar a Jessica. Probablemente llevara días desaparecida.

Cuando Zack se detuvo y dejó a su novia en el suelo, pidiéndole por favor que pusiera un escudo encima de los tres, ella se llevó las manos a la cabeza. Estaba en crisis, quería llorar y gritar. Tenía muchísimo miedo y no había más pistas para seguir. No sabía si podía salvar a su amiga de Peat o si ya era demasiado tarde. La histeria la sobrepasó.

—¡Zoey! —gritó Zackary, dándole un leve sacudón—. Escúchame, no estamos a salvo. Pon un escudo, ahora.

Ella balbuceó algo. Las palabras no le salían, pero la magia sí. Obedeció, aturdida, y miro a su alrededor. Se dio cuenta de que estaban a un par de metros de la casa de Zack.

—¿Qué?

—Tengo que revisar la casa. Buscar alguna pista de que se fueron por sus medios y no que Peat se las haya llevado, ¿entiendes? ¿Puedes esperar solo un segundo aquí? —musitó él—. Sin que te derrumbes, necesito saber que estarás bien si te dejo por un momento.

Con todas las ideas revueltas, ella asintió. Zack le frotó los hombros y se alejó, dejándola con Cra, que todavía estaba preocupado por ella.

—¿Lapis Exilis? —preguntó el perrito cuando vio que ella caía al suelo en cuclillas—. ¿Lapis Exilis está mal? Es culpa de Cra, ¿culpa mía? ¿No más huesos?

Zoey se agarró el cabello con las manos y enterró la cara en las rodillas. Le temblaba el cuerpo. No era capaz de superar el nudo en su estómago. Crecía cada vez más. La angustia era una bola que aumentaba constantemente de tamaño y que no tenía que ver pura y exclusivamente con el hecho de que Peat la estuviese rondando, porque eso ya lo sabía desde el encuentro de la capilla de Rosslyn. Lo que aumentaba su dolor era saber que la culpa de muchas tragedias era de ella, que podría haber evitado que esto ocurriera, que esa era su responsabilidad. Tendría que haber considerado en cuánto peligro podía estar Jess si Peat la espiaba.

—Es que nunca… —musitó Zoey entre lágrimas. No creyó que él fuese a atraparla de forma tan directa. Pensó que seguiría con sus antiguos métodos, esperando en la oscuridad por cualquier forma de cazarla a ella, no a su amiga.

Se quedó así, ahogando su miedo hasta que Zack la llamó.

—No están aquí. Se llevaron ropa y dinero, se fueron —dijo, aliviado, desde la parte de afuera de su escudo.

Zoey dejó que la protección se desvaneciera, pero no levantó la cabeza ni se movió.

—La buscaremos, descuida —prometió él.

—¿Por qué? —alcanzó a decir la muchacha cuando logró levantar un poco la mirada.

Zackary la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho.

—Jessica era quien nos pasaba información. Para él, debe ser la más valiosa de todos nuestros seres queridos. Es la única con la que nos hemos contactado. La última vez nos encontró por eso. Podría

estar utilizándola, manipulándola para que nos guie a un lugar en específico.

Era lógico, quizá por eso no se había entretenido con la familia de Zack. Peat sabía que él no había retomado contacto con ellos, solo con su abuela, a la cual no podía atacar dentro de su casa. De nada le servía atrapar a una de sus hermanas o a su madre si estas no podían comunicarse con ellos. Jessica era una opción accesible, mucho más sencilla.

—No tenemos ni idea de qué puede estar haciendo con ella, dónde puede tenerla —contestó Zoey, pasándose las manos por la cara—. Si de por sí antes no teníamos pistas, menos las tendremos ahora.

—Debemos pensar con calma —aconsejó él, sentándola en el suelo y sujetándole el rostro. Le apartó las manos y se ocupó de limpiarle las lágrimas—. Zoey, tenemos que considerar que a Peat le sirve Jessica más bien viva que muerta. Pero podría hartarse fácilmente. Es inestable, se enoja con facilidad.

—Puede matarla como mató a esa gente en Rosslyn —recordó ella, cabizbaja—. Solo por estar enojado.

—Mientras más tiempo tardemos en hallarla, de menos utilidad le servirá.

Lo dicho solo podía significar una cosa: creían tener en claro para qué el enemigo quería a su amiga. Por ello, la única forma de salvarla era haciéndola útil para Peat. Tenían que encontrarlo, acercarse a él.

—No podemos ganarle —contestó Zoey, con el ceño fruncido. La desilusión la embargó por completo.

—No lo sabes. Zoey, él no tiene ni idea de tus habilidades actuales. La última vez, en el templo, le hiciste morder el polvo. En Rosslyn no pudimos atacar, no pudimos hacer más que defendernos. Él solo vio eso. Tenemos la ventaja, si es que las marionetas no le proporcionan información, claro, cosa que dudo —añadió él con cautela.

Ella se lo quedó viendo en silencio, concentrándose en el color gris de sus ojos que tantas veces le había arrancado un suspiro, como si pusiese encontrar un camino entre las vetas más oscuras de sus iris. Como si allí hubiese una solución.

—El templo —dijo entonces, con voz calma—. El templo en el bosque.

Zack ladeó la cabeza, confundido, pero guardó silencio.

—El dije nos llevó hasta allí cuando pretendía que abriésemos un portal —insistió ella.

—¿Ajá? —El chico arqueó las cejas, todavía sin seguirle el hilo.

—¿No crees que Peat pudiese esconderse ahí? Piénsalo, es lógico.

Sabe que allí hay un portal, que es el único sitio relacionado con el dije en la zona. Además, si quiere que lo encontremos, es el primer lugar al que iremos. —Zoey hizo una pausa—. No solo se escondería allí porque es un templo relacionado con el otro mundo, sino porque debe asumir que, si nosotros buscamos nuevas pistas sobre los poderes que poseo, revisaremos allí. Es más, recuerda que nos ha visto traducir los muros, sabe que no logramos terminar. ¡Y que Jess es rápida para ello! Tiene muchos motivos para llevarla al templo.

El rostro de Zackary se iluminó, como si hubiese ganado la lotería.

—Eres un genio, morena —expresó y le besó la frente a su novia—. Peat es un quisquilloso, es un hijo de puta, pero no es tonto. ¿Dónde más podría estar? ¡Vamos por él! —exclamó, poniéndose de pie con efusividad.

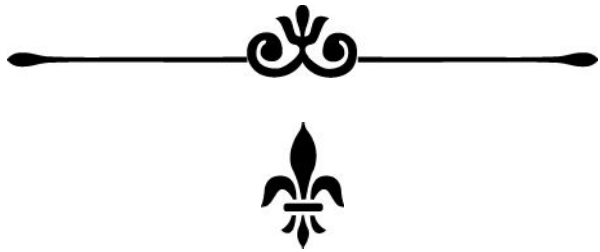
Zoey también se levantó, pero a su ritmo. Se limpió la cara con el dorso de la mano, se acomodó el cabello lejos del rostro y asintió. De seguro estarían marchando directo a su muerte. No sabía cómo ganarle a Peat, cómo enfrentarlo. No habían encontrado el arca ni tampoco respuestas o un arma mágica que los ayudara a ganar. Solo había comprado un par de días de vida.

Pero, al final, aunque ni ella ni Zack tenían la culpa, aunque quizás el abuelo Collins se había equivocado al imponerle a su nieto esa misión suicida y desquiciada, aunque ellos no tenían un motivo para cargar con los problemas y con los errores de sus antepasados: esa sí era su misión, salvar a Jess. No tenía que ver ni con la herencia de sangre ni con el supuesto destino que los había puesto en el camino de el dije.

Esa era su misión porque así lo sentían. No se trataba de aceptaciones, era una misión que acababan de tomar entre sus manos.

---

12 Ochava: corte de las esquinas que evita la formación de un ángulo recto que bloquee la vista de las calles perpendiculares.



Capítulo 28

El bosque estaba tan silencioso que Zoey casi podía escuchar cómo se le erizaban los pelos de la nuca. Creía que Peat saldría de atrás de un árbol para saltarle encima como un loco desquiciado.

Mientras avanzaban, protegidos por un escudo, a un paso estable y normal, ella se preguntaba si él realmente los estaría esperando.

Cranium caminó ligero detrás de sus piernas, atento a cualquier cosa extraña. Sabía a dónde iban y estaba bastante tenso. Olfateaba el aire a su alrededor cada cinco minutos y, en algún momento, también les pareció escucharlo lloriquear. Él no quería ir hacia Peat, pero con tal de seguirlos, lo hacía. Le habían ofrecido quedarse junto a los bolsos al inicio del bosque.

Cra no lo dudó ni un segundo, se pegó a Zoey.

—Cuidado con esa rama —susurró Zack. Estaban bastante cerca del templo, ambos lo sabían. Ella no era capaz de reconocer los árboles, pero su instinto era igual a cuando tenía el dije colgando del cuello. La sensación de estar cerca de casa la embargaba con ese templo en particular por alguna razón que desconocía.

—No había sentido esto antes con otros sitios en donde hubiese portales — confesó ella—. ¿Por qué este lugar es diferente?

—He estado pensando sobre eso —musitó Zack—. Sobre la historia que hemos estado construyendo. Para empezar, siempre supimos que este templo no era el original, que era una réplica de otro anterior, de uno que era verdaderamente templario. ¿El templo anterior lo construyó J. D. Clarence? ¿Por qué la escuela es un lugar vetado para Peat, al igual que la casa de mi abuela? ¿Qué relación tiene este sitio con el otro mundo?

Zoey arrugó la frente. Cruzó por encima de la enorme rama que se habría caído con una tormenta y luego apretó los labios. No se había detenido a reflexionar sobre eso. Así como lo planteaba él, había muchos agujeros en la historia.

—¿Tu abuela no había dicho que su casa tenía algo de los escombros del templo anterior? —murmuró ella, pero él se encogió de hombros y se rascó la frente porque no lo recordaba—. También me preguntaba otras cosas —siguió ella—. ¿Es necesario que tengamos claro por qué la escuela es un sitio seguro? Podría tener parte de los cimientos de ese viejo templo también. Pero ¿eso nos daría alguna ventaja contra Peat? —añadió, a modo reflexivo.

Zack suspiró y negó. No sabía las respuestas, tampoco estaba seguro de que la necesitaran. Marchaban hacia su enemigo, no tendrían más chances de encontrar información útil.

Por un momento, mientras retomaban la caminata, ella se imaginó que sus dudas podrían servir para distraer a Peat, como la vez anterior, pero no creía que él quisiera volver a charlar. No estaba tan confiado y paciente como antes.

—Despacio desde aquí —indicó Zack cuando les llegaron las primeras cenizas con el viento.

Se empezaron a ver los rastros de la explosión que había desecho el templo. Incluso antes de ver los restos, Zoey tropezó con escombros que Cranium tuvo el cuidado de olfatear y de analizar.

—Vamos, Cra —indicó ella.

Los árboles quemados aparecieron en su campo de visión poco después; los restos del templo estaban muchísimo más allá, pero el bosque en ese sector había quedado absolutamente pelado.

—No lo veo por aquí —dijo Zack, poniendo un brazo delante de su novia para frenarla—. Puede estar escondido.

Avanzar sería ponerse en el ojo de la tormenta. Peat podría estar esperándolos en cualquier sitio, agazapado en el linde del claro que habían abierto con la última pelea. Si se acercaban más, estarían a la vista del enemigo. Esa sensación no les gustaba para nada.

Zoey pensó que se sentiría más cómoda si tuviese algo con lo que cubrirse.

—¿Tú crees que él pueda ver a través de mi magia? Digo, si nos hacemos invisibles… —preguntó ella.

—Yo creo que *sí*, porque vería los rastros. No es un mago cualquiera, es un… un… —contestó él—. Lo que sea que es.

La única opción era seguir adelante. No iban a llamarlo a los gritos para tentar a la suerte tan pronto.

Caminaron con lentitud, Zoey mantuvo en alto su escudo y las manos, atenta a cualquier movimiento extraño en el perímetro. Sin embargo, llegaron a la base destruida del templo, de la cual sobresalían trozos de escalera carcomida, sin ningún problema.

—Quizá me equivoqué —dijo ella—. Quizá no está aquí.

—Quedamos en que podría estar tendiéndonos una trampa, ¿no? No nos confiemos.

Esperaron, a la defensiva, pero nada sucedió. Peat no estaba allí y, mientras más minutos pasaban, más sentían que habían vuelto a deambular sin ninguna guía. Si Peat no estaba, Jessica tampoco.

—Extiende el escudo —pidió Zack—. Varios metros por afuera del círculo del fuego. Si algo o alguien está por aquí, deberías poder repelerlo y alejarlo. Eso podría darnos una pauta de si estamos siendo vigilados.

Ella asintió y extendió su coraza con un simple pensamiento. El campo de fuerza se deslizó por el suelo hacia los árboles que más alejados. Pudo ser consciente, a través de ello, de cada objeto que acariciaba la superficie de su magia antes de quedar dentro; también de cada insecto o ser vivo que se vio obligada a expulsar. Algunos pájaros volaron lejos. Sentía que no podía confiar en ningún animal o insecto, la magia de Peat podía sorprenderla y era posible que él fuera capaz de tomar otras formas.

—No hay nadie aquí —anunció Zoey después de que su escudo se extendiera por más de doscientos metros a la redonda.

Lo retiró de a poco. Lo dejó volver hasta la línea que dividía el bosque vivo del que ya estaba muerto y quemado. Así, se sentía más segura.

—¿Y Ahora…? —murmuró Zack.

No tenían más nada para hacer. No había más ideas. Zoey suspiró y bajó la mirada, lo que quedaba del templo no había sufrido cambios desde la noche en la que habían estado ahí. Su superficie estaba sucia, manchada de tierra, de cenizas y de sangre, pero nada más.

Zoey giró la cabeza hacia otro lado, pero pronto la regresó a la sangre seca con una sensación de extrañeza. Las manchas en el suelo eran raras, se transformaba en un goteo insistente que seguía un camino por toda la base del edificio. Sin pensarlo mucho, la muchacha comenzó a seguirla, le llamaba la atención qué tan roja se veía.

—¿Esa noche sangramos mucho? —preguntó a Zack—. Digo, Jessica, James y yo.

—¿Tú? —respondió él, confundido—. ¿Qué haces?

Zoey se había agachado sobre la macha más grande, allí donde terminaba, o quizás empezaba, el goteo. Pasó los dedos por su superficie y se impresionó cuando fue capaz de remover algo de ella.

—¿No ha llovido ni una sola vez en estos veinte o veinticinco días? —musitó ella, levantando el dedo hacia Zack—. Es imposible. Es

época de lluvias.

—Sí —dijo él—. Es época de lluvias de verano.

—Entonces esta sangre no debería estar aquí tan…

—… como si tuviese apenas unos días o unas horas, ¿no? —completó Zack.

Intercambiaron una mirada preocupada, con un nudo en la garganta y una idea obvia: ¿Quién más que Peat podría haber estado allí y sangrar? Dudaban que alguna persona común hubiese estado haciendo cosas raras en un sitio que era de difícil acceso. En el pueblo no parecía que se supiera de la existencia del templo.

—Peat no tiene sangre —susurró ella—. ¿Crees que pueda ser de Jessica? Podría haberla torturado.

—Para saber cosas sobre nosotros…

Ambos tragaron saliva, la cantidad de sangre les preocupaba, aunque sentían que ese no era el estilo de Peat para buscar información. A Zoey, de pronto, le parecía que algo faltaba.

—Pero él la ha estado espiando. Sabía lo mismo que ella y que nosotros. ¿Por qué la torturaría por más? —musitó.

Zack no pudo contestarle. Se quedaron quietos, devanándose los sesos.

Zoey refregó un dedo con el otro para deshacerse de la sangre seca, con el nudo en la garganta casi impidiéndole respirar. Su mente no paraba de darle vueltas al asunto, no podía dejar de hurgar en un punto en particular: ¿Por qué Peat andaría con la sangre de Jessica, o de alguien más, de un lado para otro en ese lugar? El goteo hacía caminos en el suelo. Se notaba que la herida se había trasladado una y otra vez.

Cuando escuchó un ruido, la muchacha se giró y notó que Cranium investigaba esas mismas gotas. Parecía muy interesado en ellas y no despegó la nariz del suelo hasta casi haberlo aspirado. Atenta, ella esperó a que el perro dijese algo; después de todo, ya había sido capaz de captar hechizos solo con su olfato. Debía servir de algo.

—¿Qué piensas, Cra? —preguntó Zoey.

El animalito levantó su cabeza hacia ella y dirigió las cuencas vacías a su rostro.

—Huele a magia, magia fea, uf, uf.

Zack se agachó a su lado.

—¿Cómo la de ese tipo? ¿El malo? —preguntó, poniendo una mano en el lomo.

Cranium arrugó la nariz y volvió a pegar el hocico contra el suelo.

Se tomó un momento más antes de erguirse otra vez para mirarlos.

—Sí, sí. Sangre como la de los que tenían huesos, ugh, ugh.

Zoey frunció el ceño y observó a Zack, que volteó la cabeza hacia ella lentamente.

Los dos se quedaron mudos y pensativos. Las marionetas habían sido hechas con los huesos de los familiares de Zack y de Adam, pero al explotar habían revelado tener sangre en su composición. Quizá se había utilizado sangre para construir esos muñecos y por eso Cranium podía relacionar la magia de ambas cosas.

«Pero esa no puede ser la sangre de Jessica entonces, ¿o sí?», pensó Zoey, con un ligero estremecimiento.

—¿Qué más, Cra? —insistió Zack.

—Huele, huele abajo, abajo.

Volvieron a mirarse, confundidos, hasta que Zack le levantó el hocico del suelo y lo obligó a detenerse.

—¿Abajo? ¿De qué estás hablando?

—Magia, magia, más magia. Huele a mi mundo. Huesos, huesos. Mmm, huesos —insistió la criatura.

Zoey frunció el ceño.

—¿Huesos? —soltó, haciendo un gesto confundido y contrariado.

Se puso de pie de un salto, asustada de que eso también tuviese que ver con Jessica. Zack la imitó y le pidió que se alejara un poco mientras le preguntaba a Cra si estaba completamente seguro.

El perro estornudó, casi contento, como si se hubiese olvidado de que estaban allí por Peat, arriesgando su vida. Eso solo podía significar que lo que él olía eran huesos pelados y viejos.

—Voy a romperlo —avisó Zack.

Zoey alzó a Cranium, que siguió estornudando unas cuantas veces más, y bajó las escalinatas destruidas. Se detuvo a unos dos metros y esperó a que su novio clavara los puños en la roca lisa del suelo del templo.

Si bien la fuerza que él tenía era descomunal para cualquier ser humano, pasados los primeros golpes —y a medida que la piedra se iba quebrando superficialmente— a Zoey le pareció que las marionetas de Peat eran ligeramente más fuertes. Sopesó lo que eso significaba entre las habilidades de quién había creado ese cuerpo para Zack y Peat, también entre lo que sería capaz de hacer cuando tuviese el poder del dije.

—O quizá solo ha hecho una versión mejorada —murmuró ella para sí misma cuando un último golpe quebró la losa—. Si Zack y su

copia estuvieran a solas durante cierto tiempo, ¿quién ganaría?

Cranium alzó la cabeza hacia ella, quizá pensando que se lo estaba preguntando a él, pero como obviamente esa era una pregunta que no tenía respuesta, guardó silencio.

Zack celebró su trabajo y levantó grandes pedazos de piedra que lanzó hacia el otro lado del templo, hacia al bosque. Se ayudó con sus propios escudos, pero fue la magia de ella, en forma de brazos brillantes con manos fuertes, la que terminó por quitar la mayor parte de los bloques de concreto antiguo.

Cuando ya no hubo peligro de que algún pedazo de piedra le volara la cabeza, Zoey se acercó para ver el agujero que existía entre la losa y la tierra. Zack, parado sobre el borde, se había quedado callado, con los ojos clavados en el interior.

Zoey dejó a Cranium en el suelo y se sujetó del hombro de su novio para no tropezar, las piedras bajo sus pies habían quedado torcidas y encimadas. Cuando pudo asomarse al interior del hoyo, se le fue el aire de los pulmones y también se quedó sin habla.

Había un esqueleto en la fosa de apenas un metro de profundidad. En eso, Cranium había tenido razón. No conservab
a vestigios de su ropa, pero sí los restos de una armadura oxidada y desarmada. Sin embargo, esa no era solamente la tumba olvidada y oculta de un templario, pues los brazos blancos de este rodeaban una pequeña caja de madera, como si fuese si posesión más valiosa en la vida.

Una sensación de calor le invadió el pecho a Zoey. Después de varios momentos de desilusión en el otro mundo, ahí estaba el objeto que había sembrado un poco de esperanza en su vida. Después de haber dejado su hogar para seguir leyendas, al fin habían encontrado algo a lo que aferrarse, algo que había estado siempre bajo sus narices.

—Había dos losas —explicó Zack en un murmullo—. Él estaba debajo de la primera, de la más vieja. Este templo lo construyeron sobre el suelo del anterior, sin saber que él estaba aquí.

—Es el arca —gimió Zoey, emocionada, sin prestarle realmente atención a la explicación. Le agarró la ropa a su novio y se la sacudió, con los ojos fijos en el cajón de madera—. ¡Encontramos el arca!

Antes de que él pudiera detenerla, ella se arrojó dentro del hueco, dispuesta a quitarle las manos de encima al muerto del cofre.

—Zoey, aguarda —pidió Zack, desde arriba—. No sabemos qué hay ahí.

—Si se tomaron el trabajo de esconderla, debía ser por una razón —puntualizó ella, agachándose junto al esqueleto y quitándole los dedos de alrededor del arca sin asco alguno. Estaba tan feliz que no

cabía en sí misma. Levantó la caja y la sacudió un poco para sacarle el polvo y algunas diminutas telarañas hechas por el tiempo—. ¡Uf, esto pesa!

No le dio la fuerza para subirla hasta la base del templo, así que la depositó en el suelo, junto al esqueleto. Comprobó que la tapa tenía un pequeño candado oxidado, pero no se detuvo a pedirle a Zack que lo abriera por ella. Lo presionó con su magia, extendiendo una vez más los brazos de su escudo para forzarlo.
El candado no resistió y se quebró.

Cuando ella soltó un gritito emocionado, Zack puso los ojos en blanco.

—Zoey Scott. Espera solo un momento, ¿sí?

—¿Qué? —soltó ella, levantando la mirada de un golpe.

—Quiero que te mentalices, por favor. Si no hay nada allí dentro, no es el fin del mundo, ¿de acuerdo? —pidió él.

Zoey lo observó, entendiendo su razonamiento, pero sin compartirlo. Sabía que él no quería que se abrazara a una simple idea sin fundamentos, pues habían estado viviendo de eso por demasiado tiempo.

Pero ella solo pensaba en que, apenas encontraran a Peat, seguramente morirían; si había algo en esa caja que sirviera, al menos podrían salvar a los demás, salvar a Jess.

—No tenemos muchas opciones —contestó la chica mientras levantaba la tapa.

El sol se reflejó en la superficie de cristal verdoso de una copa rudamente trabajada. No era una fina obra de arte tallada, inmaculada y perfecta, sino más bien un vaso tosco en el cual era sencillo ver las marcas del cincel. Reflejaba todo a su alrededor, a pesar de su suave tinte acuoso. En cada arista, Zoey pudo ver su rostro, sus ojos emocionados y su pelo oscuro.

Verlo era como ver de vuelta al dije colgando de su pecho. La sensación que le evocó fue justamente esa, mezclada con una fuerte ansiedad que solo podía provocar estar en la presencia de un objeto milenario, con tantas leyendas y conceptos anudados a través de la historia. Por todo eso y más, no se animó a tocar el tesoro. Sentía que ponerle un dedo sucio encima podría arruinarlo, romperlo. O, peor aún, podía quebrar la esencia del objeto.

—Es… es…

A Zoey no le salían las palabras. No sabía bien cómo describirlo, pero sí tenía claro que nunca había imaginado que el santo grial fuese de cristal, de un cristal que parecía haber sido usado también para

tallar un collar mágico. Había una obvia conexión entre el dije y esa copa, lo que la emocionó todavía más, ya que debía ser de utilidad, debía funcionar para algo en conjunto. Parecían ser justamente eso: una dupla, partes de una colección que iban a juego.

Pasados algunos segundos, tocó la superficie con la yema del dedo índice, después de limpiarse la sangre seca en la ropa. Deslizó su piel por una arista, esperando sentir o percibir algo con el contacto, sabiendo que quizás el dije tenía algo para decir, algo que mostrar. Sin embargo, ese primer contacto no le mostró nada.

Con cuidado, metió las manos en la caja y sacó la copa, asegurándose de tener estabilidad. A pesar de que era bastante gruesa, temía romperla por accidente. Solo entonces, al girarla entre sus dedos, notó que a la base le faltaba un pedazo. Ya estaba rota. En silencio, la chica maldijo en su fuero interno al imbécil que no la había cuidado lo suficiente.

La sostuvo en el aire y la alzó para que Zack pudiera apreciarla mientras ella analizaba el pedazo faltante. El sol arrancó un brillo intenso sobre su superficie y Zoey cerró los ojos, molesta. Soltó un gemido y bajó apenas un poco la copa. Cuando lo volvió a abrir, ella no estaba con Zack ni con Cranium en medio de un templo destruido, sino que estaba parada sobre una piedra redonda que apenas se elevaba unos veinte centímetros del suelo. A su alrededor crecía el bosque, el claro que alguna vez había cercado al edificio seguía allí; reconocía el paraje. Su pecho vibraba, el dije se lo decía. Era el mismo lugar.

Todavía tenía la copa en la mano y, a pesar de que sabía que esa era una visión y que no estaba realmente allí, tomó cuidado de bajar de la piedra para no caerse y destrozar el grial. Apenas puso los pies en el césped notó que, en la piedra, bien hecha y pulida, había un nombre grabado:

«Valaskjalf»

El corazón le dio un vuelco. Ese era el nombre que tenía el palacio del antiguo rey, en el otro mundo. La piedra era una conexión clara que existía desde antes que se construyera el templo y quizás eso era la que conectaba ambos sitios. Ese podría haber sido un camino directo al palacio y por eso el dije había pedido que dijeran la profecía allí para huir directamente a Valaskjalf, el sitio donde reposaba el trono de Odín, el Hlidskjalf.

Zoey levantó la mirada al notar un movimiento cerca. Un hombre rubio se acercaba a ella, con los ojos clavados en su rostro como si pudiese verla y no como si estuviese en otro tiempo. Ella se quedó muda, sosteniendo el grial, hasta que el rey se detuvo del otro lado de la piedra y le sonrió.

—Hija —saludó, ante la mirada absorta de su descendiente, que ya no estaba segura de lo que ocurría. Él, sin embargo, nunca borró su sonrisa. Estiró una mano hacia ella, hacia la base de la copa.

Zoey siguió el movimiento y creyó que la mandíbula se le caería hasta el suelo cuando se dio cuenta de que la base de la copa no estaba rota, tal y como la había sacado del arca. Estaba entera, sana.

El rey puso los dedos en la base del grial y, con simpleza, como si la copa fuese de papel, rompió un trozo de la misma. Todavía mirándola a los ojos, acercó el pedazo de cristal verde agua a su pecho.

—Hay algo que tengo que hacer con esto antes de partir —añadió él—. Deberé guardar algo aquí en un futuro. Ya no puedo guardarlo dentro de mí.

Con la boca abierta, como si le hubiesen dado un sopapo, Zoey continuó mirándolo hasta que el rey le dedicó un gesto cariñoso y la visión se desvaneció de un golpe. La realidad se derramó sobre ella en un segundo y delante de su rostro estaba Zack, que la llamaba con urgencia.

—Zoey —gritó. Tenía las manos sobre sus hombros—. Demonios, ya regrésate —contestó, suspirando, cuando se dio cuenta de que ella reaccionaba—. Te quedaste inmóvil, sin respuesta alguna.

—Eso fue lo más alucinante que he visto hasta ahora —contestó ella, con la voz ahogada. Levantó la copa y le señaló a Zack el pedazo que faltaba—. Ya sé con qué se hizo el dije.

Capítulo 29

Zoey empezó a relatarle a Zack su visión. Daba vueltas por el pozo, alrededor del esqueleto. Señaló la copa un centenar de veces mientras caía en la obvia idea de que quizá las cosas no habían sido, literalmente, así como las había visto.

—Obviamente él no tomó un trozo de la copa mientras yo la sostenía hace miles de años —puntualizó—. Y es que realidad había muchas cosas importantes en ese sueño. Número uno, él me reconoció como su hija una vez más. Número dos, es igualito a ti, tu versión adulta. Por ende, es igual a tu abuelo —dijo ella, levantando los dedos de la mano libre para señalar cada cosa que nombraba mientras Zack la seguía con la mirada—. Número tres, se tomó un pedazo de la copa para realizar el dije, pero lo cierto es que cuando vi que el rey se preparaba para recibir a Peat, él tenía aún el collar puesto. Esa era la razón por la que sentía que me faltaba algo en la historia.

Zack frunció el ceño y detuvo a Cranium con una mano, que amenazaba con saltar al interior del hueco entre la losa y el suelo. El animalito estaba desesperado por comerse los huesos y aún no podían permitírselo.

—Así es, y luego suponemos que se lo dio al niño. Aunque no sabemos cómo lo hizo antes de morir.

—Y es que, en realidad, algo que me dijo el rey lo hace todo muy obvio —Zoey se detuvo y extendió la copa hacia él—. «Tengo algo que guardar aquí». ¡Algo que guardar! Él fabricó el collar para guardar la esencia del dije dentro, ¡lo ves! —chilló, dando un brinco—. ¡Es por ese motivo que el dije puede vivir dentro de mí con facilidad!

El muchacho se llevó una mano al mentón y soltó a Cra, que acató la orden silenciosa de detenerse.

—En tus visiones, lo viste varias veces con el collar puesto —reflexionó—. Pero cuando Peat llegó, tuvo que haberse dado cuenta de que no lo tenía pues ya se lo había dado a su hijo.

—Es que esto lo explica todo —contestó Zoey, señalando la copa una vez más—. El dije en sí no era un collar, Peat no tenía ni la menor idea de que el rey ya se lo había pasado a su hijo. El dije era una esencia, algo que convivía con el alma del rey. Para que Peat no la obtuviera, creó un collar, lo transfirió ahí y ordenó que se lo llevaran. De modo que cuando Peat lo asesinó y descubrió que no había nada que absorber, ¡se enfureció, destruyó el reino y quemó el árbol!

Durante un breve momento de silencio, mientras ella recuperaba el aire, Zack la miró con una expresión socarrona.

—¿Todo esto lo viste en la visión o lo estás suponiendo?

Zoey puso los ojos en blanco.

—¡Zack, por favor! Tiene una explicación lógica, ¡tiene sentido! Si no, ¿cómo es que Peat no se dio cuenta de que el rey no tenía ya el dije al no ver el collar? Justamente porque no esperaba ver ningún collar. —Como él la siguió viendo con fingida duda, ella bufó. Dejó la copa en el borde del agujero y señaló al esqueleto del templario muerto—. Ayúdame a mover a este tipejo.

—¿Qué cosas dices? —soltó Zack.

Zoey no respondió, se ayudó de su magia para empujar al esqueleto. Enseguida, su novio la asistió.

La armadura rodó por el suelo, hacia un costado, casi perdiéndose debajo de la losa. Algunos huesos que ya estaban desprendidos en su totalidad quedaron en la tierra, pero ella los apartó con el pie. El esqueleto de ese hombre no importaba, tampoco que el grupo de templarios que escondió el arca decidiera que esa era una buena tumba. Lo importante estaba debajo.

La piedra redonda y tallada con el nombre del palacio del otro reino estaba ahí, más gastada que en la visión y también más enterrada en la tierra. Ya no sobresalía como antes, pero aún estaba entera y sana. Era un símbolo del otro mundo en el suyo, una conexión importante que esos hombres habían decidido ignorar para enterrar a uno de ellos y construir algo encima.

—No jodas —susurró Zack, agachándose para pasar los dedos por el nombre tallado—. Valaskjalf.

—Esto era el portal —dijo ella—. El portal que conectaba este templo con el palacio. El dije pretendía que lo abriéramos con la profecía y que huyéramos directo al otro mundo. Exactamente cómo se abriría con todo el templo encima, no lo sé. Pero sí sé que la presencia de esta piedra aquí debe tener algo que ver con el hecho de que la escuela sea un lugar seguro, algo que se relacione con el otro mundo y con que Peat no pueda ingresar por sí mismo.

Zack se puso a murmurar palabras en latín que ella no entendió,

como si estuviese atando cabos. En ese momento, cansado de tanto esperar, Cranium comenzó a correr por alrededor de borde del hueco en la losa. Pasó a tan solo unos centímetros de la copa y, aunque su cuerpo no la tocó, sí lo hizo la punta de su cola huesuda.

—¡Cranium! —gritó Zack, apenas anticipando el movimiento por un segundo.

Cuando el animalito saltó al interior del hueco, la copa ya estaba cayendo. Se estrelló contra el suelo y se quebró en dos pedazos gigantes.

—¡No! —gritó el muchacho.

Zoey contuvo el aire a causa de la impresión. Se tapó la cara con las manos y se quedó quieta, entre Zack y Cranium, que se habían agazapado contra la armadura del caballero.

—Cranium malo, malo —berreo el animalito, haciendo que los dos sintieran un poco de pena a pesar de las ganas que tenían de darle un coscorrón.

—Cranium —bufó de vuelta Zackary, agachándose para levantar los dos pedazos de la copa—. Rompiste el santo grial.

Cra quiso enterrar la cara en la tierra, pero Zoey se apresuró a darle unas palmadas en la cabeza. Luego, ante la mirada absorta de Zack, se inclinó para agarrar un pedacito de cristal que había quedado en el suelo al desprenderse de los dos más grandes.

—La copa es solo una copa —aclaró ella, con tono bajo y quizás algo desanimado—. No sirve nada más que para recordar algo que dejó de existir hace mucho, como el palacio que también destruimos. No tiene propiedades mágicas. Es una reliquia y ya —dijo, poniéndole en las manos el pedazo restante—. No nos ayudará a matar a Peat.

Guardaron silencio durante un minuto entero, mirando la copa rota. Al final, a pesar de las visiones y de la información que tenían, estaban en el mismo lugar que antes. No tenían un arma secreta, nada que pudiese matar a Peat. Seguían siendo ellos mismos, solos, sin un dije que los aconsejara y con simples sonrisas de un rey que llevaba siglos o milenios muerto.

—Lo único nuevo que tenemos es información —susurró ella, sentándose sobre la piedra ceremonial que tenía el nombre del palacio.

Después de haber corrido el esqueleto como si nada, no le importó apoyar el trasero donde antes había estado el muerto. Cranium esperó que lo ignoraran para empezar a roer un hueso en paz.

La sensación de no saber qué hacer ni cómo continuar regresó al instante. Peat tenía a Jessica y ellos estaban ahí, junto a un montón de

huesos, a una copa rota y a un portal que ya no servía, pues el palacio, en el otro mundo, estaba destruido.

—La información es importante —dijo Zack, metiendo entonces los trozos de copa en la caja. Como Zoey tenía las manos en la cara, no vio cómo él sacaba algo del fondo del arca—. Aunque sería genial saber para qué sirve esto.

Ella levantó la mirada. Zack tenía una pequeña bolsa de tela en la mano. Había dejado el arca en el suelo y examinada el textil con detenimiento.

—¿Qué tiene? —preguntó Zoey.

Él descargó el contenido de la bolsita en la palma de su mano. Había muchísimas semillas diminutas, cubiertas con una fina capa blancuzca y frágil, como una hoja. El muchacho se inclinó hacia su novia y se las mostró.

—¿Por qué guardarían semillas en una caja en una tumba improvisada? —dijo él, revolviéndolas con un dedo.

Zoey se rascó el mentón. La asaltó la repentina idea de que *eso* tenía sentido y que le sonaba de algún lado. Frunció el ceño y tomó una de las pequeñísimas semillas con curiosidad. La hizo girar delante de sus ojos mientras se preguntaba qué podría crecer de ella. La piel blanquecina que protegía parecía estar a punto de deshacerse.

—¿De qué serán? ¿Trigo? —aventuró ella, sin tener la más pálida idea—. Los europeos trajeron el trigo a América, ¿no?

Zack asintió, pero negó al instante, como si acabase de procesar lo que ella había dicho.

—No son de trigo. Pero sí es cierto que los europeos lo trajeron.

—¿Entonces de qué son?

Él tomó una de las semillas por sí mismo. Despegó también con la yema de los dedos la hoja fina que las cubría y se quedó un momento en silencio.

—Son las semillas de algún árbol.

Los dos se miraron al mismo tiempo. Sus miradas se cruzaron, tenían la misma idea en la cabeza. Zoey dio un brinco y empezó a agitar la semilla en el aire.

—¡Son las semillas del árbol de nombre extraño del otro mundo! —exclamó, completamente convencida.

Cranium soltó su hueso, que chocó con la armadura, y se escondió debajo de la losa mientras Zack observaba a su novia entre divertido y asustado por el alto nivel de sus chillidos.

—¡Ya sé dónde lo vi antes! Tenía la misma sensación cuando encontramos el tronco quemado —añadió ella—. En la entrada al

portal del Antiguo fuerte había una leyenda, algo que traduje, que hablaba sobre semillas. Claramente hablaba de estas, ¿de qué otra cosa podría hablar?

Zack se echó brevemente hacia atrás cuando ella casi le brincó encima y protegió el resto de las semillas de sus saltos. Se apresuró a guardarlas en la bolsita otra vez y le hizo un gesto para apaciguarla.

—Creo lo mismo, sí. Pero —añadió, levantando un dedo índice— no te acuerdas de lo que decía esa leyenda, ¿no?

Zoey se detuvo.

—No —admitió—. La verdad es que me resultaba muy difícil de traducir y lo olvidé rápido —Exhaló y torció el gesto—. Bueno, al fin y al cabo, esto tampoco nos sirve para nada, ¿o sí? No tenemos nada.

Él le frotó un hombro con la mano que no sujetaba la bolsa.

—Zoey, tener información es importante. Atar estos cabos sueltos debe tener una razón de ser. Nos prepara para saber más sobre Peat. Además, si ya sabemos que la copa no sirve de nada, dejaremos de dar vueltas. Vinimos aquí por Jessica y la encontraremos. La única arma que necesitamos está aquí —añadió él, soltándole el hombro y plantándole el dedo índice en el pecho—. Con el dije, contigo.

Ella lo observó en silencio un momento. Sospechaba que el dije era compatible solo con aquellas almas que descendían del rey y que por eso ella había terminado metida en el asunto sin ser una casualidad. Quién había enviado a Zack de regreso lo sabía.

De todas formas, había algo que la preocupaba y que la hacía ver el asunto de forma bastante pesimista.

—Si el rey era el humano ideal, ¿por qué no se enfrentó él con Peat? Si el dije es tan poderoso y puede vencer a Peat, ¿por qué no peleó? ¿Por qué ahora sería diferente conmigo?

Zack se mordió el labio inferior. Se notaba que no tenía una respuesta para eso y, cuando Zoey bajó la mirada, se dijo que nada de lo que él pudiera decir para animarla cambiaría la historia. Era un hecho que el rey había orquestado la huida del dije con su hijo, era un hecho que no se había enfrentado a Peat. También era un hecho que ellos morirían pronto. En el caso de Zackary, definitivamente.

—Zo…

—No me siento especial ni capaz de salvar al mundo —interrumpió ella—. Al menos intentaré salvar a Jessica. A mi familia, a la tuya. —Levantó la mirada hacia él—. Si muero, ¿podrías perdonarme por no cumplir mi promesa de darte un cuerpo, de darte otra oportunidad?

Una sonrisa tiró de los labios de Zack. Pero esta no era una sonrisa alegre, había un signo de dolor muy claro en ella, una muestra clara

de cuán resignado estaba también. En sus ojos, por un segundo, a Zoey le pareció ver lágrimas, como si él pudiese ponerse a llorar.

—Linda —susurró él, tomándole de pronto las mejillas—. No tengo nada que perdonarte —añadió, acercándola hasta apoyar una frente contra la otra—. Estamos juntos en esto, ¿lo olvidas?

Zoey asintió. Cerró los ojos y notó que sus propias lágrimas bajaban hasta toparse con los dedos de Zack, que no la soltó ni un poco. Cuando él besó su nariz, el llanto la embargó por completo. Se aferró a las manos de Zackary y no pudo ocultar cuánto había anhelado darle otra oportunidad, dársela a ambos. Nunca podrían recuperar sus vidas, jamás volverían a casa, no tendrían un futuro juntos ni un camino para elegir. No habría más nada.

Ese momento era único lo que podrían atesorar, quizás aún más fuerte y significativo que todos los besos y encuentros íntimos porque, aunque Zack no tenía lágrimas para derramar,
sí estaba llorando con ella. Los dos compartían sus decepciones, sus miedos y sus anhelos; los dos estaban lamentando lo que no había sido, lo que sí fue y lo que nunca sería para ninguno de ellos.

Mientras ella le sujetaba las manos mojadas por sus lágrimas, temblando, aún sin verle la cara, que supo que nunca podría haber conocido a alguien mejor para ella. Estaba segura de que se había encontrado con su alma gemela y no sabía a quién debía agradecerle los momentos que le habían permitido compartir. Aunque hubiese sido poco tiempo, los llevaría consigo a donde fuese.

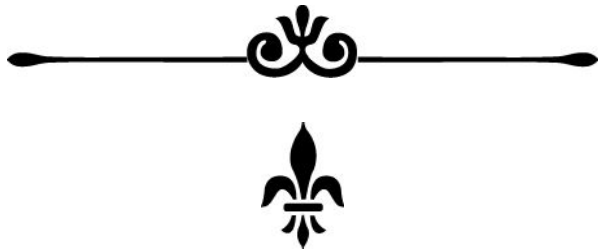
Cuando Zoey abrió los ojos y vio la aceptación en la mirada gris de Zack, también lo aceptó.

—Te quiero —le dijo él.

—Yo también te quiero.

Ella se estiró para darle un beso suave en los labios. Apenas pudo tocarlo, escuchó una risa desagradable y fingida que intentaba ser divertida. La paciencia se había ido de su tono, se había esfumado de su voz.

Con el terror creciéndole en el estómago, Zoey cerró los ojos una vez más y se apretó contra Zack. No necesitaba levantar la cabeza para saber que Peat los había encontrado a ellos.



Capítulo 30

Zoey abrió los ojos. Hubiese deseado mantenerse con Zack así para siempre y escapar de la realidad, pero no era posible. El miedo le trepó por el pecho y hasta la garganta. Alzó la vista y se encontró con la mirada gris de su novio, eso la ayudó a contener un gemido de angustia que pujaba por salir de su boca.

—Zo —musitó él. Le agarró la mano y se la besó con cariño y con fuerza. Hizo luego un asentimiento con la cabeza, para armarla de valor.

—Estamos juntos en esto —dijo ella, apenas moviendo los labios. No quería que Peat los oyera. Ya era bastante tenerlo de espectador y no quería darle el lujo de inmiscuirse en la intimidad de esas palabras. No le daría esa satisfacción.

Zack volvió a asentirle.

Los dos, tomados de las manos, se voltearon para ver al enemigo mientras Cranium se escondía debajo de la losa, temblando. La criatura reconocía la voz del ser que tanto lo había atormentado en Rosslyn.

Tuvieron que buscarlo con la mirada. Como el escudo seguía firme en la linde del claro, sabían que Peat estaba junto a los árboles chamuscados más lejanos. En cuanto encontraron sus ojos violetas, también vieron lo que él arrojaba al suelo, delante de sus pies: Jessica.

—Jess —gimió Zoey, adelantándose y aferrando la losa del templo.

Su amiga era un estropajo pálido y desarmado. Apenas si se movía, apenas consciente de lo que ocurría a su alrededor. Desde donde estaba, Zoey fue capaz de notar su aspecto demacrado y las ojeras bajo sus ojos. Estaba claro que Peat le había quitado más que solo sangre.

—Aquí tienen a su insoportable compañera —musitó el enemigo, colocando un pie sobre el hombro de Jessica. El sonido ahogado que se escapó de la garganta de la chica les hizo saber que se había hartado de gritar hacía mucho—. Los estuve esperando por un largo

rato. Pensé que mis marionetas los traerían antes —añadió—. Pero parece que no resultaron ser tan efectivas —finalizó, rechinando los dientes de forma sutil y con los ojos violetas enfurecidos clavados en Zoey.

Ella no quiso contestarle. Reclamarle lo que le había hecho a Jess era un sin sentido para un ser que no tenía ningún problema en matar. Peat podía destruir a su mejor amiga en ese mismo instante y liberarla de su sufrimiento frente a sus ojos. Por eso, ella prefirió guardar silencio y no provocar ninguna reacción desmedida.

Zack, a su lado, también continuó callado. No hicieron ningún movimiento mientras esperaban que Peat dijese algo más.

—Zoey —rugió el enemigo, haciendo un gesto obvio hacia Jess—. Ven aquí. Y quita tu asquerosidad brillante.

Ella observó el escudo de reojo. Peat no se estaba yendo con rodeos, el único motivo por el que no mataba a Jessica porque pensaba usarla para chantajearla, para que se deshiciera del escudo y para que él pudiese acercarse. Zoey tragó saliva, dispuesta a dar los pasos necesarios con mucha calma.

Entonces, se le ocurrió una idea.

Lentamente, se trepó a la losa y Zack, todavía con la boca cerrada, la empujó. Ella solo le dio un último apretón antes de soltar su mano y serpenteó por encima de los trozos rotos del templo hasta las escaleras.

Tomó aire, como si se preparase para ir hacia Peat, resignada y temerosa de que le hiciese daño a su amiga. Y, en el último instante, frunció el ceño y le dedicó su mejor mirada de odio, al mismo tiempo que empujaba el escudo más allá, dejando solo a Jessica adentro.

Peat voló por los aires y se estrelló contra los árboles. Los troncos detrás de él se partieron al medio, el sonido amortiguó el grito de victoria de Zackary, que saltó por encima de la cabeza de Zoey y alcanzó a Jessica en un segundo.

Al siguiente momento, él le traía a su amiga, que tenía los ojos cerrados y marcas horripilantes por toda la cara.

—Jess, Jess —musitó Zoey cuando la tuvo cerca.

El muchacho la puso delicadamente sobre el suelo para revisar su estado. Los hematomas que Jessica tenía eran horribles. Su piel parecía un papel de seda, estaba tan blanca por la pérdida de sangre que ya parecía muerta. Solo su respiración pausada y casi inaudible era el indicio de que su corazón seguía latiendo. Zoey le pasó un dedo por los labios agrietados y partidos, señal de que estaba muy deshidratada, y contuvo las ganas de llorar.

—¿Jess, me escuchas? —preguntó ella.

La chica abrió un poco los ojos. Tenía la esclera inyectada en sangre y, aunque hizo un esfuerzo por buscar la voz, tuvo que cerrar los párpados otra vez.

—Su corazón está muy lento —dijo Zack, apoyándole la palma de la mano en el pecho.

—Está muriendo —contestó Zoey.

La muchacha metió las manos dentro de la camiseta sucia de Jess, buscando las heridas que pronto encontró. Peat le había hecho tajos en el abdomen, además de aquellos en las muñecas que se veían con facilidad. Tenía trapos anudados en los brazos para detener las hemorragias, pero estaban tan empapados que no habían frenado la sangre.

El aspecto tan despojado que presenciaba su amiga hizo que Zoey temblara. Jessica estaba muriendo lentamente delante de ella, incluso luego de haberla alejado de Peat.

Zoey se dio cuenta de que estaba llorando cuando Zack le agarró la muñeca.

—Oye —la llamó en voz baja—. Puedes salvarla, puedes hacerlo. Curaste sus heridas muchas veces antes. Con lo que has mejorado, esto tiene que ser bastante más fácil para ti.

Zoey tragó saliva. Él la soltó lentamente y permitió que su novia pusiera una mano sobre el corazón casi inaudible de Jessica.

La última vez que la chica había sanado las heridas de Jessica había utilizado un montón de palabras en latín que nunca se le dieron bien. Pero desde su partida al otro mundo no necesitó utilizarlas otra vez; la magia del dije estaba atada a sus pensamientos. Los hechizos eran más sencillos y automáticos. Sin embargo, curar a una persona a la que se le extinguía la vida con cada suspiro suponía una responsabilidad que ella jamás había acarreado.

Reconoció su propio miedo otra vez en medio de las sensaciones que la embargaban. Aun así, Zoey supo que no podía entretenerse con pensamientos innecesarios. No había tiempo para reflexionar, solo para actuar.

Empujó la magia a través de las heridas de su amiga, surcando sus venas, buscando llenarlas de vuelta. Imaginó la sangre, se inventó la sensación que la misma tendría si estuviese entrando en su cuerpo. Imaginó que el líquido rojo reparaba todo a su paso y trató de no sorprenderse cuando hilos brillantes de agua rojiza aparecieron a su alrededor y entraron en los tajos de la piel de Jessica.

Zack observó con atención y se apresuró a desanudar los paños

alrededor de las muñecas de Jess para que los hilos de sangre nueva pudiesen entrar también por ahí. Le sonrió a su novia, pero no dijo nada cuando ella no le respondió el gesto porque estaba completamente concentrada en lo que hacía.

En un par de segundos, la respiración de Jessica cambió y su piel empezó a recuperar color. Cuando Zoey sentía que faltaba poco para traerla de regreso, escucharon el rugido de Peat a las afueras del escudo.

—¡Collins!

Zack levantó la vista. Zoey también se desconcentró. Los dos jadearon y, por un momento, se olvidaron de Jessica.

Peat sostenía a Samantha del cuello. Él sonreía como si hubiese estado esperando para jugar esa carta desde el principio y los chicos comprendieron que Jessica solamente había sido el primer cebo.

Sam tenía los ojos clavados en su hermano, con un miedo latente y una expresión suplicante. Lloraba en silencio una palabra muy clara: «Sálvame».

—No —dijo Zack, levantándose con lentitud.

—A ver si le ponemos fin a esto —murmuró Peat cuando dos hombres completamente negros aparecieron junto a él.

Desde donde ellos estaban, podían ver las grietas grises de sus rostros. Se trataba de los seres que él había utilizado para secuestrar a Mateo tiempo atrás, el día en que Zoey se convirtió en el dije.

Peat hizo un gesto hacia el hombre a su izquierda.

A Zoey se le cayó el alma al piso, pues el demonio sostenía al bebé como esa misma noche horripilante. Mateo no lloraba, estaba serio y parecía que la buscaba a ella con la mirada. Su hermanito había crecido muchísimo desde la última vez que lo había visto, pero seguía siendo un frágil bodoque regordete cuya vida era insignificante para aquellos seres.

Antes de que la chica pudiese reaccionar, apenas medio segundo después de notar a su hermano en la escena, Peat ensanchó su sonrisa con verdadero cinismo. Liberó una mano del cuello de Samantha y, veloz como un rayo, hizo aparecer un cuchillo largo y fino que deslizó por la garganta de la muchacha. Sam cayó al suelo como un saco de patatas, muerta.

Zack enloqueció.

A Zoey se le quedó la mente en blanco por varios segundos. No se dio cuenta de que había empezado a gritar debido a que su novio soltaba aullidos ensordecedores, llenos de dolor e ira.

Un instante después, Zack comenzó a correr hacia Peat, fuera del

escudo.

—¡No! —gritó Zoey.

En el momento en el que Zackary abandonó la seguridad de la coraza brillante, ella se giró hacia Mateo. Actuó por puro instinto, previendo primero la seguridad del infante, pensando que la furia de Zack podría desatar una orden implícita de Peat para matar a su hermano.

Parte de su magia se convirtió en un nuevo brazo y sujetó al bebé para alejarlo del demonio negro. A su vez, con la mano izquierda, con la que nunca había probado eso, apuntó hacia la criatura y descargó un flechazo de energía luminosa. El demonio estalló en humo y cenizas, pero Mateo estaba ya volando por los aires, sujeto por la mano mágica que lo depositó pronto en el suelo, junto a Jessica, a la que había tenido que abandonar en su recuperación.

Al mismo tiempo, Zack se estrelló contra Peat. Todo eso había pasado en un brevísimo instante que a Zoey le pareció que fue una eternidad dolorosa en la que había tenido que priorizar a uno antes que al otro. Desde donde estaba, observó. Y sintió angustia cuando Peat se sacó a Zack de encima con un manotazo insignificante. El chico salió despedido por encima de las copas chamuscadas de los árboles, más allá de donde ella lograba ver.

Zoey se puso a la defensiva cuando su enemigo pasó por encima del cuerpo de Samantha, cuyo cabello rubio se teñía de sangre. Peat iba directo hacia ella.

La chica mantuvo su escudo en alto y las manos preparadas, pero el enemigo desapareció poco antes del límite de su escudo. Cuando reapareció, a unos diez metros de ella, Zoey soltó un jadeo a causa de la sorpresa y retrocedió tan rápido que tropezó con los escombros del templo.

Antes de que Peat pudiese hacer un nuevo movimiento, Zoey redujo su escudo al máximo, limitándolo a donde solo estaban ella, Jessica y Mateo. A la vez, procuró extender su magia también por la tierra, bloqueando cualquier acceso que Peat pudiese utilizar.

En cuanto ella levantó la mirada hacia los ojos violetas del cazador eterno del dije, supo que había dado en el clavo y que él había utilizado esa debilidad para ingresar, pero ahora ya no podía hacerlo. Mientras el escudo estuviese totalmente cerrado sería impenetrable para él.

—Maldita mocosa —susurró.

Zoey tragó saliva, estaba dispuesta a todo para defender a sus seres queridos. Le respondió al enemigo con una verdadera expresión de desafío; tras haberle dado a su sirviente con la mano izquierda, se

sentía más segura de sí misma. No pensaba dejar que su hermano o que Jessica corrieran el mismo destino que Samantha. No iba a dejar que él utilizara a todos los que ellos amaban para chantajearlos.

La chica levantó la mano derecha y concentró el poder en sus dedos. Pensó en acumular su magia e imaginó a Peat desapareciendo de la faz de la tierra, tal y como lo había hecho con el demonio. Entonces, Zack salió de la nada y saltó sobre Peat otra vez.

—¡Zack! —chilló Zoey, cortando sus poderes a tiempo, pues sabía que eso podía dañarlo también a él.

El enemigo no se andaba con rodeos y, una vez más, quedaba claro que Zackary era una simple marioneta creada por alguien más; no tenía oportunidades contra alguien como él.

Peat lo atajó del cuello, apenas si le dirigió una mirada de molestia y de desprecio. Aunque el muchacho intentó atacarlo
y liberarse, le fue imposible.

Al siguiente instante, el monstruo apretó con sus dedos el cuello del muchacho y un sonido extraño y estremecedor inundó el claro.

La cabeza de Zack cayó hacia atrás y Zoey sintió como el alma se le caía a los pies. El corazón casi se le detuvo por un instante; estaba presa del pánico y del horror, aunque sabía que era imposible que Peat le partiera el cuello o la columna a su novio pues él no tenía nada de eso. Lo que acababa de ver no tenía sentido, pero se le estrujó el estómago pues parecía que el enemigo lo quebraba como si fuese un palillo de madera.

—No —gimió Zoey. Era incapaz de entender lo que pasaba, hasta que Peat giró la cabeza hacia ella.

Su expresión turbada hizo que se le helara la sangre. Los ojos violetas se habían vuelto negros. Cuando ella descubrió que el enemigo estaba dentro del cuerpo de Lucas Marín, se dio cuenta de que no era humano, de que no tenía ningún rasgo de humanidad y había quedado impresionada; sin embargo, en esos momentos no tenía palabras exactas para describir en qué clase de pesadilla se había convertido ese ser.

Peat era terrorífico. Podía poner a temblar a cualquiera, eso ella lo sabía muy bien. Había estado asustada de él muchísimas veces. Pero la magnitud de su odio y de su desesperación, lo habían convertido en una criatura tétrica y antinatural. Zoey se dijo a sí misma que algo así no debería existir, que no era compatible con su mundo ni con el otro. Él era algo creado de las sombras, algo que podría haber salido del mismísimo infierno, y quizás era ahí el único lugar al que podía pertenecer.

Mientras Zoey observaba con horror la mirada del enemigo, Peat

soltó a Zack, quién continuó flotando en el aire, inmóvil; el monstruo trasladó la mano con la que lo había quebrado a su pecho. Enterró los dedos en su cuerpo y no esbozó ninguna sonrisa cuando empezó a extraer su alma, compuesta por finos hilos de luz blanca que absorbía con lentitud. Parecía que retiraba algo del interior, tirando hacia fuera al empezar a sacar la mano.

Si Zack tuvo su momento de crisis al ver morir a su hermana, Zoey lo tuvo al verlo morir a él otra vez y para siempre.

—¡No! —chilló ella, desgarrándose la garganta y saliendo de su propio escudo sin siquiera pensarlo. Sintió que todavía podía salvar a Zack, que todavía podía detener a Peat. Estiró la mano derecha hacia él, juntando toda su magia de una sola vez.

Estaba a un par de centímetros de alcanzarlo cuando el enemigo le sujetó la muñeca y se la torció. El hechizo, un rayo de energía poderoso e incandescente, salió disparado hacia otro lado y dio de lleno en el otro sirviente de Peat, que se extinguió con un sonido ahogado, el mismo que hizo ella al sentir los huesos de la articulación destrozados.

Zack cayó al suelo, inerte, y Zoey puso la otra mano en hombro de Peat para atacarlo con todas las fuerzas que le quedaban. El segundo hechizo no salió como hubiese esperado y ella se vio envuelta por una nube de fuego. Lo siguiente que supo fue que volaba por los aires y que Peat aún la tenía amarrada de la muñeca rota.

La cabeza de la muchacha dio contra el piso y casi que pudo escuchar cómo el cráneo se le partía. Lo ocurrido fue tan rápido que ella apenas comprendió lo que estaba sucediendo. El golpe la dejó obnubilada por unos cuántos segundos mientras intentaba procesar lo que pasaba. Sin embargo, no llegaba a conectar el dolor con sus propios razonamientos.

A unos metros de distancia, Mateo lloraba junto al cuerpo inmóvil de Jessica, pero ambos estaban al salvo, dentro del escudo.

—¡Lapis Exilis!

Le pareció escuchar que la llamaban desde las ruinas del templo. Aunque quiso decirle a Cranium que no se acercara, no pudo hacerlo; ella estaba volando por los aires otra vez.

Zoey chocó con un árbol quemado en la anterior pelea. Peat la había soltado para volver a arrojarla con verdadera saña. El golpe provocó una oleada de dolor intenso por sus ya maltrechos huesos. Se le escapó un jadeo y le costó llenar los pulmones de aire. Parecía que estaban apelmazados contra su espalda, contra el tronco del árbol. Como pudo, se enderezó e intentó recuperar el aliento. Arrodillada, logró escupir algo de saliva y, cuando esta cayó sobre sus piernas,

notó cuánta sangre estaba perdiendo, no sabía de qué parte precisa venía el dolor. Ni siquiera era capaz de volver a gritar.

Trató de respirar otra vez y, al levantar la mirada, se encontró con Peat, que saltaba hacia ella para darle un puñetazo.

El enemigo le clavó el golpe en medio de la frente y le sacudió el cerebro. La visión de Zoey se llenó de puntos negros, los oídos le zumbaron; luego, escuchó un pitido agudo que se tragó todos los sonidos que se alzaban a su alrededor. El mareo no le permitió notar las astillas que se le clavaban en los brazos y en la cintura.

Durante un segundo, a medida que su mente luchaba por aclararse, pudo notar a la bestia cerniéndose sobre ella. A través de un lejano eco, le empezaron a llegar los gruñidos de odio que lanzaba.

«Tienes que defenderte, pelear», dijo una parte de su cabeza. Era su parte razonable, la única que seguía funcionando a pesar del estupor.

Zoey deseó que fuese el dije hablando por ella, aconsejándola y acompañándola porque, como entendió después, se había quedado sola. Samantha estaba muerta, Jessica lo estaría pronto si ella no volvía para terminar de curarla, Mateo moriría abandonado allí y Zack…

La rabia la hizo salir de su aturdimiento de forma milagrosa; Zoey ignoró el dolor que la embargaba, invocó un escudó y lo interpuso entre ella y el puño de Peat, que estaba lleno de sangre —de *su* sangre —. El estruendo que ocasionó el impacto activ**ó** un llanto más desgarrador en el bebé, así que la chica decidió regresar hasta él. Empujó la coraza hacia afuera, lejos, y Peat salió despedido hacia el otro lado del claro.

Sosteniéndose la cabeza, Zoey se sentó en el suelo. Estaba rodeada de trozos de troncos y de ramas; se dijo que nadie debería haber sobrevivido a eso. Ni Zack lo había sobrevivido. Lo buscó con la mirada y, en efecto, lo encontró en el mismo sitio donde lo había dejado Peat, inerte. Había un brillo tenue que se escapaba de su pecho, como una bolita de luz, parte de su alma que aún seguía intacta.

Tal vez, eso fue lo que le dio a la muchacha un brillo de esperanza. Si ella aún estaba viva, podía salvar a Jess, a Mateo y a Zack. Solo tenía que seguir moviéndose.

Trato de levantarse. La sangre le chorreaba por la frente, se la quitó con el dorso de la mano temblorosa para poder ver mejor su objetivo. Necesitaba llegar hasta sus otros seres queridos y entramar un nuevo plan. Su mejor opción era seguir utilizando sus escudos y tratar de encerrar a Peat en uno. Lo tendría controlado, inmovilizado, para intentar recuperar lo que se había devorado de Zack y destruirlo

alguna forma.

Apenas logró dar unos pasos cuando Cranium la llamó otra vez; el perro había logrado trepar fuera del foso y, aunque estaba aterrado y temblaba, no le quitaba la mirada vacía de encima.

—Cra —musitó ella, con un hilo de voz. Tenía las cuerdas vocales desgarradas y cada paso era un sinfín de púas clavándose en su piel. Sentía las piernas como una gelatina, le costaba hacer que acataran sus órdenes. Durante algunos instantes, los tobillos se le torcían y los músculos se le vencían. Era doloroso, pero no se detuvo—. Entra… al… escudo —intentó decir ella.

Peat la tumbó de vuelta justo cuando estaba a nada de alcanzar a su hermano y a su amiga. Le apresó el cuello con las manos y suprimió su entrada de oxígeno. Casi al instante, empezó a arrastrarla por el suelo, sin liberar su garganta, lejos de los demás.

—Voy a destrozarte. En cuerpo y alma voy a destruirte —rugió el enemigo.

Ella luchaba por respirar. No podía concentrarse ni atacar mientras él le nublara la razón, privándola de utilizar lo que quedaba de sus pulmones.

—Te mataré a ti, mataré a tu amiga, mataré a tu hermano y a las Collins que me quedan. Seguirán tus padres y cada maldito ser humano que alguna vez hayas amado —amenazó Peat.

Parecía como si Mateo pudiera entender las palabras porque su llanto aumentó los decibeles, era lo único que se podía oír en el claro, además de los jadeos de Zoey.

De repente, también se escuchó el grito ansioso de Cranium, que se acercaba a ellos.

El perrito intentó atacar a Peat. Pese a todo el miedo que le tenía, su fidelidad por Lapis Exilis era más fuerte. Logro morderlo en la pierna.

Zoey quería intentar detener a su huesudo amigo, pero no podía; se le estaban cerrando los ojos cuando Peat le dio a Cra una patada tan violenta que el sonido que hizo el perro al estrellarse contra las escaleras del tembló estremeció a la muchacha. El corazón se le arrugó de la pena.

Sin embargo, no pudo lamentarse demasiado por Cra ni encontrar la manera de averiguar si estaba bien. Se le agotaba la fuerza para pelear, sus movimientos eran cada vez más lentos.

Pasados unos segundos, Zoey cerró los ojos, desfalleciendo a pesar de sus esfuerzos por continuar en el mundo. Muchas lágrimas se deslizaron por su cara sucia.

Cuando Peat lo notó, aligeró la presión en su cuello y la sacudió contra el suelo.

—¡Escúchame! —exigió, sorprendiéndola y despertándola.

Zoey aceptó la cantidad de aire que de buena gana echó sentido a su mente, lo suficiente para notar que todavía él ni la mataba ni absorbía su alma como tantas veces había prometido. No estaba listo para hacerlo, quería torturarla y pensaba destrozarla de verdad, arrancándole todo del cuerpo. Era una venganza irracional y una gran debilidad de su parte, porque seguía mostrando un lado poco práctico y emocional.

Eso mismo había hecho Peat con el rey. Había destruido su cuerpo, su mundo y un símbolo importante para los habitantes del lugar. Ahora, planeaba destruirla a ella y quebrar su voluntad hasta que no le quedara nada más por lo que luchar. El enemigo perdía el sentido de su misión, el hilo conductor, cuando estaba enfurecido.

Y eso era todavía mantenía a Zoey ahí, respirando, despierta, acumulando su energía para cuando pudiera luchar otra vez.

—Es una pena, sobrina —musitó Peat, clavándole las uñas en el cuello y desgarrando parte de su piel—. Podríamos haber sido una bonita familia, lástima que hayas nacido.

Terminó de escupir la frase con una nota de cinismo que no llegó al resto de su rostro. Era como si él intentase todavía mantener algo de su fachada jovial y que esta no coincidiera para nada con la turbación permanente de su rostro. Él sabía que Zoey sabía quién era ella y de dónde venía. Ella tuvo deseos de responderle que, de no haber nacido, alguien más hubiese ocupado su lugar. Hubiese sido Mateo, Zack, Samantha o cualquier otra persona que descendiera del rey, de J. D. Clarence, y que desde siempre habían podido ingresar al colegio solo por tener la sangre correcta.

Entonces, ella se dio cuenta de que la pequeña tregua por el placer de hacerla sufrir estaba llegando a su fin. Peat estaba por dar el último golpe.

Zoey infló sus pulmones tanto como pudo. Si ella moría, Jess, su hermano y miles de personas más también lo harían. No podía permitirlo, no iba a dejar que sucediera.

Cuando Peat la levantó un poco del suelo, sujetándola todavía desde el cuello, Zoey pudo notar un gran magnetismo que tiraban de su consciencia. Percibió con una claridad extrema cómo el monstruo succionaba su alma, cómo intentaba despegarla de su cuerpo. La sensación era espantosa y, por momentos, su mente se desconectaba, como si tuviese una interferencia similar a la de los televisores antiguos.

Desesperada, aterrada por la sensación espeluznante, la muchacha intentó a aferrarse a su espíritu tanto como pudo. El miedo de perder su propia existencia determinó todos sus movimientos, más que cuando estuvo asustada por sus seres queridos. El instinto de supervivencia ante el terror extremo se activó de golpe. No entendió bien cómo seguía siendo capaz de moverse, pero exhaló el aire que tenía en los pulmones y sujetó el brazo de Peat con una mano. Luego, puso la otra encima. Quería resistir, evitarlo a toda costa, aferrarse a su alma con uñas y dientes.

Sintió su pecho vibrar, su alma retorciéndose, resistiendo.

Los ojos de Zoey brillaron. Se convirtió en una bola de fuego, en *Lavagirl* otra vez. Peat la observó con aborrecimiento, sabiendo que intentaba recuperarse. Pero, antes de que él pudiese acelerar el proceso, el fuego dio paso a una luz incandescente que los cubrió a ambos por varios segundos.

Cuando la luz se apagó, Zoey estaba de pie, todavía aferrada a Peat con determinación y con energías renovadas. No sintió más dolor, fue como aquella vez que el dije la sanó al fusionarse con ella. Tenía un nuevo plan, una mejor idea y el cuerpo entero bajo su control, al igual que su espíritu, que en parte iba camino hacia el interior del mismísimo diablo a través de su brazo.

Podía percibir lo que él había logrado robar de ella, pero comprobó que seguía entera, pues no existía la manera de diseccionar un alma en partes.

Ya no era el dije interviniendo ni explicándole en voz clara qué había que hacer. Ya no la poseía, porque hacía tiempo que el dije no estaba más como tal dentro de ella. Ya no existía por sí mismo como un ente separado de su propia consciencia. Zoey era solo Zoey. Era una nueva versión de sí misma, ya no la misma que había sido a principios de año, pero no había nada dentro de ella que se sintiera extraño, ajeno. La esencia que alguna vez había sido el collar estaba completamente fundida y no había dos, sino una única existencia. Ella sabía quién era, sabía quién había sido y, sobre todo, quién quería ser y qué quería hacer.

Y, en esos planes a futuro, no estaba Peat. Ni en ese mundo ni en ningún otro.

Zoey dejó entonces que él tomase más de su alma. Dejó que tirase más de ella hasta que poco permaneció aferrado a su cuerpo mortal. Su espíritu se volvió un delgado hilo flexible que se separaba y que se estiraba, pero que jamás se rompía. Se concentró en retener la última parte. El resto se puso en contacto con Peat, con lo más negro y profundo de su esencia.

Ella tuvo que resistir los escalofríos que le producía la sensación. Él era denso como el alquitrán, con un sabor amargo que daba ganas de vomitar y de retorcerse del asco. Tenía tanta historia encima, tanta muerte y tanto odio que, si ella no hubiese estado tan segura de sí misma y de sus capacidades, si siguiera siendo la simple Zoey Scott humana, hubiese deseado morir tan solo con tocarlo.

Pero no era el caso, y ese era el único modo de darle al monstruo en lo que más le dolía.

La chica soportó el aura oscura que se pegaba a su ser, intentando obtenerlo todo; así fue consciente de los puntos más suaves dentro del enemigo. Instintivamente, ella pensó en Zack y buscó su alma en ese mar negro, tratando de captar un punto más brillante. Vio varios y deseó que alguno de ellos fuese él. Lo llamó, tratando de recuperarlo; dos o tres puntos brillantes se acercaron a su alma, atraídos por la pureza de esta, pero Peat se preparaba, todavía creyendo que llevaba la delantera, para dar el tirón final. A ella no le quedó tiempo de averiguar cuál de los tres era su novio. No se dio cuenta de si llegaron a tocarla o no.

Zoey canalizó entonces sus poderes de una forma distinta, todavía pensando en Zack y llorando por lo que iba a hacer, llorando por él.

No tenía otra opción…

Peat tiró con violencia de ella, estaba a una centésima de segundo de arrancarle el alma de su cuerpo. Era ahora o nunca.

El dolor y la culpa tuvieron que esfumarse de la mente de Zoey. Si esperaba más, moriría y Peat ganaría.

Invocó una gran energía, lista para lanzarla como un disparo atronador, pero en vez de lanzársela en el pecho al enemigo, la redirigió hacia su propia alma, hacia el hilo etéreo que se escurría entre su pecho y hasta las manos del demonio. La envió a su interior, para así inyectársela directamente a él.

Al principio, Peat no supo qué ocurría. Pensó que ella intentaba resistirse y que él seguía ganando. Pensó que la elegida no era tan fuerte como se suponía. Y Zoey lo supo por la mirada oscura que tenía, supo que el enemigo estaba confiado en su propio éxito.

Apenas el hechizo ingresó en su cuerpo, Peat entendió que algo no estaba bien. Quien tembló fue él. Apretó los dedos en torno a su propia garganta, resistiendo el espasmo ocasionado por el ataque que lo carcomía por dentro.

Zoey no sintió dolor alguno. En cambio, empujó más poder, más magia, más fuego incandescente y concentrado.

Él se contorsionó. Soltó a Zoey, pero ella no lo soltó a él.

La muchacha siguió sujetando a su enemigo. Por más que él intentaba detener la absorción del alma, ya no había forma de evitar que ella introdujera su poder, que le trasmitiera el ataque que quemaba la masa oscura que vivía en su interior. Los horrores que albergaba empezaron a desaparecer con gritos afónicos que ella pudo oír desde el fondo de su espíritu.

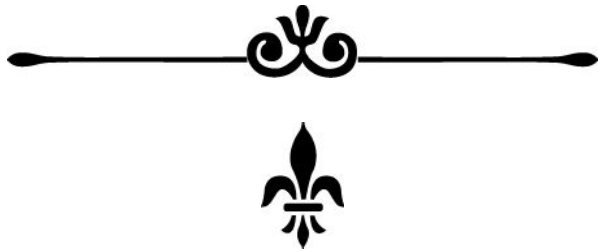
Después, escuchó los gritos de Peat en la realidad.

—Aquí tienes mi alma —susurró ella, todavía con la garganta rota.

A Peat le brillaron los ojos, eso no tenía nada que ver con sus poderes negros y tenebrosos. Ese brillo era la magia de Lapis Exilis que llegaba al clímax, destruyendo todo por dentro de él, incluso los puntos centelleantes.

Un sonido ronco se escapó de la boca del monstruo mientras que Zoey ahogaba sus propias dolencias y la pena por abandonar a Zack, una sensación que la carcomía hasta lo más hondo de su existencia. No podía detenerlo ya, había tomado su decisión.

Peat empezó a derrochar incandescencia por las fauces y por cada uno de sus poros. Se agitó descontroladamente hasta que un estallido ensordeció a los presentes. El resplandor hizo que Zoey dejara de percibir el bosque a su alrededor. La luz se comió el paisaje y el mundo se volvió un manto blanco sin fin ni tregua.



Capítulo 31

El cielo azul se extendía sobre los ojos de Zoey. No se oía ni el cantar de un pájaro y, durante algún tiempo, ella no supo dónde se encontraba. Solo podía perderse en los rayos de sol que se colaban entre las nubes.

Después, muchísimo después, pudo oyó llanto a su alrededor. Se escuchaba lejano, parecía venir de otro mundo.

Al cabo de otro rato, se dio cuenta de que estaba mucho más cerca de lo que había creído en un comienzo y de que era, además, un llanto con altibajos. Quien lloraba estaba cansado, era un bebé.

Ese simple pensamiento la disparó hacia la realidad.

—Mateo —susurró.

La muchacha se incorporó. Seguía en el claro del bosque, nada se movía a su alrededor. El templo destruido no presentaba grandes cambios, aunque la linde del bosque se había ensanchado debido a los árboles que se habían destruido en la pelea.

Todo estaba en calma, excepto por su hermano, que seguía quejándose cada vez más tenue, extenuado.

Zoey miró a su alrededor. El escudo que había protegido a Jessica y al bebé se había esfumado. Ella aún seguía en el limbo entre la consciencia y la inconsciencia. Entendía que Mateo estaba acostado a su lado, se agitaba sin parar bajo los rayos directos del sol. El calor de la tarde debía molestarle, de seguro tendría sed o hambre. Ella no podía estar segura.

La chica se llevó una mano a la frente y se preguntó de repente por qué ella no sentía la temperatura. Con lentitud, deslizó los ojos hacia las escaleras del templo, un poco más allá de su ubicación. Había un montículo de huesos y de pelo, inmóvil y desarmado. El pobre de Cra se había roto por intentar salvarla; se le retorció el corazón y bajó la mano hasta su boca, compungida. Luego, buscó a Zack, ansiosa.

Él seguía en el piso, entre las cenizas y la tierra, con el cuello dislocado. Desde donde ella estaba, no podía verle el rostro, tampoco estaba segura de querer hacerlo. No sabía con qué se iba a encontrar al observar sus ojos. No tuvo valor para ponerse de pie e ir por él. Se quedó allí, inmóvil, observando el cuerpo vacío con dolor y con culpa, dos emociones que crecían en su interior a cada segundo que pasaba.

Ella había destruido a Peat sabiendo que él se había llevado casi todo —si no era todo en verdad— de Zack. Aunque lo buscó dentro de su esencia maquiavélica, no pudo darse el lujo de esperar hasta hallarlo. Podría haber sido cualquiera de los puntos brillantes que danzaron alrededor de su alma, respondiendo a sus llamados, pero jamás lo sabría.

A pesar de estar segura de su plan, confiarse en Peat hubiese sido un error muy grande. Él podría haber adivinado sus intenciones y haber tirado con más fuerza aún de los hilos que quedaban de su alma aferrados a su cuerpo. Si ella no hubiese actuado con prisa, todos estarían muertos.

Zoey se tapó la cara con las manos y empezó a llorar con tanta desesperación que se olvidó de que tenía a dos personas vivas por las cuales velar. Cuando la noción de ello regresó, entendió que debía moverse. Se tironeó del pelo rubio y pateó el suelo, que había quedado negro allí donde Peat se había extinguido.

La muchacha se puso de pie.

Apenas lo hizo, fue consciente de que ya no tenía dolencias físicas, de que quizá su propia magia la había sanado.

Trastabilló hacia su hermanito, expurgando a su corazón roto en voz alta. Pasó de largo, por delante de Zack, apretando los dientes y con los ojos cerrados mientras dejaba escapar un gemido agónico.

Cayó de rodillas entre el bebé y Jessica y se apresuró a tocarlos a ambos para comprobar, por muy idiota que fuese, que estuviesen vivos.

Su mejor amiga estaba tibia y tenía un color saludable en la cara. Parecía dormida, relajada, y para ella esa era una muy buena señal, lo que la dejó tranquila. Ya no tenía graves heridas y la expresión de su rostro no evidenciaba dolor ni miedos. Lo único que deseó fue que, al menos, si estaba soñando con algo, no fuese con pesadillas.

—Estás bien —susurró Zoey, acariciando una y otra vez el rostro a su amiga para limpiarle los restos de lágrimas. Le acomodó bien las piernas y los brazos para que estuviera más cómoda y se giró hacia el bebé.

Mateo hipó cuando la vio y ella le pasó los dedos por el rostro a él también. Estaba muy caliente, así que se dispuso a aliviarlo y a

estabilizarlo. Su magia hizo efecto de inmediato y el niño dejó de llorar.

En ese momento, ella se dio cuenta de que tenía las manos limpias, de que no tenía restos de sangre encima y de que incluso su ropa estaba intacta. Las lágrimas que se le caían de la cara no arrastraban suciedad alguna. Era extraño.

Confundida, se puso de pie y giró sobre sí misma con cuidado. Pronto, su mirada chocó con el cuerpo inerte de Samantha, a bastante distancia; y se topó también con algo que la dejó en estado de *shock:* el cuerpo de una chica que estaba junto a la marca negra en el suelo donde Peat se había extinguido.

Sintió que se le secaba la garganta, aunque una parte de su mente le decía que eso era imposible.

Si lo que estaba viendo era real...

No pudo moverse, creyó que había dejado de respirar.

Casi un minuto después, se atrevió a dar pasos temblorosos hacia el pequeño cráter negruzco que había quedado entre las cenizas. Le tembló el labio inferior cuando se vio a sí misma en el suelo, ensangrentada. Rota.

Muerta.

Peat había hecho estragos en ella. La había destrozado y, aunque había sufrido cada uno de sus golpes, nunca imaginó que el enemigo había causado tanto daño en su cuerpo. Tenía la piel cubierta de magullones rojos y morados, el pelo oscuro apelmazado por la sangre y las facciones del rostro hinchadas e irreconocibles. Él había descargado niveles de fuerza y de violencia extrema sobre ella. El simple hecho de que Zoey hubiese sobrevivido por tanto tiempo con esas heridas había sido un milagro.

Pero, al final, estaba muerta. Se veía a sí misma desde afuera y creyó comprender que, en el último instante, Peat había conseguido separarle el alma del cuerpo. Sin embargo, ya era demasiado tarde para él: no había conseguido salvarse a sí mismo ni devorarla.

Zoey cerró los ojos y tragó saliva. No toleraba verse así. No podía evitar recordar a Zack sin vida, atrapado en la máquina del sótano, t la impresión que le dio encontrarse con la escena. Sin lugar a dudas, verse a sí misma muerta era miles de veces más traumático y difícil de procesar. Saberse fuera de su propio cuerpo era una sensación extraña e intensa.

La muchacha se pasó las manos por la cara mientras intentaba comprender qué sería de ella y por qué seguía allí si, al fin y al cabo, había fallecido.

Y, como por arte de magia, como si el dije aún existiera como tal y le cantara las respuestas, de repente supo a qué se debía su propia presencia.

—Lapis Exilis es el santo grial de la vida eterna —musitó, dejando caer las manos.

Era inmortal. Podría haber perdido su cuerpo, pero su esencia y su espíritu no lo necesitaban. Ella seguía allí incluso después de haberse desprendido de su recipiente material, todavía era capaz de tocar cosas y de moverlas. No era un fantasma, era algo más.

Como se trataba del dije, de la fusión de este con un alma humana, quizá lo que ocurría no era tan extraño o absurdo. Era, más bien, lo que debía ser. El rey había cambiado las reglas cuando decidió dividir al Lapis Exilis de su propio ser y separarlo con la promesa de salvarlo y de, quizá, juntar sus destinos una vez más en un futuro.

Ella era parte de ese destino y, aunque no sabía por qué había sido la elegida entre Zack, Mateo o cualquier otro descendiente de Clarence, el dije había vuelto a su estado natural, aferrado y atado a un espíritu humano.

Zoey exhaló con lentitud y con dificultad. Entender lo que había ocurrido podría haber sido un alivio en cualquier otra circunstancia. Saber que había matado a Peat de una vez por todas y que nadie más peligraría por su culpa debería haberla hecho feliz. Pero ser Lapis Exilis de forma literal, cumpliendo con la profecía en cada forma posible —aun con las licencias de interpretación— no la hacía feliz.

Ella podría sentarse en el trono de su antepasado, podría ser eterna, podría ser la heredera de ambos mundos y tener las semillas de un árbol que replantar, pero la muerte rondaba su mente y la persona que la había acompañado, protegido, salvado y amado ya no estaba siquiera en el mundo espiritual.

La muchacha se giró hacia Zack y se mordió el labio inferior, que no paraba de temblarle. Había logrado cumplir la misión gracias a él, y estaba segura de que no sería capaz de pasar la eternidad sola, sin él para hacer los chistes malos y para darle ánimos en momentos difíciles.

Volvió a dejar escapar algunas lágrimas. Se las tocó, sin sorprenderse por qué tan reales se sentían. Observó luego a Samantha, tampoco deseaba ver su rostro porque le dolía mucho su muerte. A pesar de ello, algo más fuerte que la desolación que sentía la llevó a alcanzar el cuerpo de la hermana de Zack de todas maneras.

Tuvo la fuerza suficiente para tomarlo entre sus brazos y para cargar a la muchacha. Reteniendo un gemido, la depositó con cuidado junto a Zack, todavía actuando con precaución para no mirar con

atención a su novio. Quería retrasar el momento tanto como pudiera.

Con un nudo en la garganta, Zoey se enderezó y fue por Cranium. Los huesitos que conformaban su cuerpo estaban regados por el suelo, sucios y rotos. El cráneo estaba separado del lomo de armadillo. Irónicamente, a pesar de que algunas extremidades se habían quebrado, parecía que iba a moverse en cualquier momento y a estornudar con su habitual y particular alegría. Juntó cada huesito que vio y los tomó entre sus brazos para llevarlo junto a Zack y a Samantha.

Entonces, tuvo que cerrar los ojos cuando vio por accidente la expresión que había dejado Peat en su novio, después de quebrarlo. A la chica se le hizo un nudo en el estómago, tuvo que quedarse un momento allí, agachada a su lado, sin poder moverse o destaparse la cara que se había cubierto con las manos. La punzada que sintió en su corazón le arrancó un alarido de los labios.

Se atrevió, después de unos segundos, a abrir los ojos otra vez y a levantar la cabeza para enfrentar lo único que sentía que faltaba. Se puso de pie y caminó hasta su propio cadáver, reteniendo la angustia que le producía la situación. Se tomó así misma en brazos y se llevó hasta el sitio donde había alineado los otros cuerpos. Con paciencia, todavía reticente a mirar a Zack con detenimiento, se acomodó a su lado, con Cranium en el medio de ambos.

Recién en ese instante se giró hacia su novio.

Zack tenía los ojos cerrados y una mueca extraña en la boca. Estaba torcido sobre sí mismo, quizá por eso a ella le había
costado tanto detenerse a observarlo. Verlo en ese estado le dolía incluso más que el día que lo encontró en el sótano, porque sabía que esta vez no iba a regresar ni a tener una vida después de la muerte, allí a donde sea que fuesen las almas.

Zoey tragó saliva y se pellizcó así misma, notando que podía sentir ese dolor físico apenas como una nimiedad. Luego, se estiró hacia él.

Enderezó el cuerpo de Zack, acomodó su cabeza y su cuello quebrado. Lo puso bocarriba y le pasó los dedos por el rostro. El tacto de su piel era el siempre, no había ninguna otra señal de que ya no estuviese ahí, de que su alma lo hubiese abandonado. Simplemente parecía dormido.

La muchacha bajó sus manos por los hombros y por los brazos de él; detuvo su atención en sus dedos, extendidos hacia ella, que por casualidad apuntaban a la mano magullada del cuerpo mortal de Zoey. Destrozada emocionalmente, ella apretó los labios y se esforzó por ignorar la nueva puntada de angustia que sentía. Entre sollozos, entrelazó los dedos de él con los suyos propios lo mejor que pudo.

Después, se sentó allí, entre ambos, admirando todo lo que no había podido ser e imaginando qué hubiese pasado con esas manos unidas si hubiesen tenido otra oportunidad.

De pronto, una pequeña nube cubrió al sol y el claro quedó en penumbras, casi como si se hubiese puesto de acuerdo con sus pensamientos.

—Estamos juntos en esto —murmuró Zoey, reanudando con fuerza su pena en voz alta. Así como podía sentir y tocar, también podría sollozar para siempre. No había un límite para ello y no sabía cómo frenarlo. Sentía que no existía nada que pudiese detener su eterna tristeza.

Pero fueron los sonidos de protesta de Mateo los que la obligaron a parar calmarse. Su hermanito estaba bien, pero necesitaba atención. Por mucho que ella sufriera, no había nada que pudiese hacer con personas que ya estaban muertas.

Zoey se limpió las lágrimas de la cara y se dispuso a ponerse de pie cuando sus ojos captaron un pequeñísimo y tenue fulgor sobre el pecho de Zack. Apenas lo advirtió cuando la nube dio paso al sol nuevamente. En ese brevísimo segundo, estuvo segura: era el alma de Zack —o lo poco que quedaba de ella—.

La chica se lanzó sobre el pecho de su novio y tomó el destello entre los dedos, como si fuese el objeto más preciado que podría tener jamás. Acunó el alma, sorprendida por qué tan fácil era sostenerla y por lo frágil que parecía. Quedaba tan poco de ese espíritu que ella sabía que, aunque hiciera lo imposible para regresar el alma al cuerpo correspondiente, lo único que tendría a cambio sería un vestigio de lo que él había sido alguna vez. Peat había absorbido la mayoría y ella había destruido el resto. Eso que sostenía entre sus dedos era simplemente un recuerdo.

—Perdóname —musitó, llevándose las manos acunadas a la cara, como si abrazara a Zack de nuevo, como si juntaran sus frentes una vez más—. Siempre estaremos juntos, te lo prometo —añadió.

No se le ocurrió mejor opción que atesorar a Zack. Lo guardó donde estaría seguro durante toda la eternidad; Zoey bajó las manos hacia su pecho y empujó los restos del alma hacia su propio interior. Lo tendría siempre consigo, acompañándola de alguna forma, aunque no fuera de la manera que había soñado.

Mantuvo las manos en su corazón, allí donde ardían sus sentimientos por él. Jamás lo olvidaría, jamás podría querer a alguien más de la manera en la que lo habría querido a él. Lo había amado y, aunque era joven y no tendría una vida corta, sabía que nadie nunca ocuparía su lugar. Si algún día lograba enamorarse de otra persona,

Zack estaría siempre primero.

Zoey sintió un poco de alivio cuando levantó la cabeza y exhaló lo que quedaba de llanto de forma pausada. Seguiría de duelo, pero en verdad tenía que calmarse para hacerse cargo de Mateo y de Jessica. Tenía que llevarlos a sus casas, dejarlos en un lugar seguro para que descansaran y brindarles un poco de tranquilidad a sus familias.

Después, tendría que ver qué hacía con los tres cuerpos que tenía allí. Debería buscar un lugar para enterrarlos. Miró a Samantha y pensó que quizá lo mejor sería entregarla a su familia.

Se limpió la cara una vez más y asintió. La familia Collins sabía que Zack tenía un nuevo cuerpo y lo mejor sería entregárselos también para que tuvieran la oportunidad de decidir qué hacer con él. Se guardaría para ella misma el detalle de que él ya no existía, más allá del pequeño trozo que había guardado junto a su propia alma. No querría causarles más dolor.

La muchacha recordó de pronto las palabras de Peat en referencia a las Collins y el corazón le dio un vuelco. Si él había atrapado a Samantha, por supuesto que tenía a los demás: a la abuela, a la mamá y a la hermana mayor de Zack. No estaban a la vista y quizá Peat las habría retenido en otro sitio como últimas opciones para ganar.

—Tengo que ir por ellas —asintió Zoey en un susurro.

Se giró hacia Mateo, que estaba podrido de estar recostado en el suelo entre la mugre y las cenizas, y hacia Jess, que seguía inconsciente, y estuvo a punto de alcanzarlos cuando algo en su corazón se retorció.

No tenía nada que ver con sus penas y pérdidas, sino con algo que estaba literalmente dentro de ella y que se movía con prisa, que se agitaba. Zoey se sostuvo el tórax, tratando de entender qué sucedía, pero con la certeza de que no tenía nada que ver con Peat: el enemigo estaba muerto, esa sensación no se relacionaba con su aura oscura y pérfida.

La chica sintió ganas como de vomitar. Se inclinó hacia abajo, dispuesta a quitarse de dentro lo que fuese que se agitaba más y más a cada momento como si sintiera desesperación por escapar de su interior. Zoey tiró de sí misma, de su esencia, con la yema de los dedos. La sensación de incomodidad desapareció a medida extraía lo que la incomodaba. Dio entonces un respingo; las ganas de vomitar se fueron mientras sobre sus palmas caía una bola de luz tibia y hermosa, del tamaño de una pelota de tenis.

La reconoció al instante, como cuando había tomado un fragmento del cuerpo de Zack. Era su alma completa. Había estado, ansiosa, en su interior desde hacía un rato.

Sorprendida ante el descubrimiento, una imagen reapareció en la mente de Zoey, un recuerdo fugaz que le hizo comprender lo que había sucedido en el último momento de la pelea cuando, dentro de Peat, ella llamó con todas sus fuerzas a Zackary y le pidió que fuera hacia ella.

No le quedaron dudas: Zack la había escuchado y, gracias al cielo, él había sido uno de esos puntos brillantes que se sintieron atraído hacia ella. Aunque Zoey no se había dado cuenta en el momento, porque intentaba concentrarse en destruir a Peat. De alguna forma, él la había alcanzado y la había usado para escapar.

Esa era la única explicación posible ya que, al fin y al cabo, el alma de Zack estaba allí, entera y entre en sus manos; él estaba sano y salvo.

La alegría que invadió a Zoey ahogó casi todos los lamentos que llevaba acumulados. Abrazó el alma de su novio con cuidado de no llevarla nuevamente a su interior otra vez, aunque estaba segura de que él no toleraría estar allí otra vez y que intentaría salirse de vuelta.

La muchacha derramó más lágrimas, pero de felicidad y de alivio.

Zoey se giró hacia su amiga y hacia Mateo, que protestó otra vez por ser ignorado, y corrió a alzar al niño con una sonrisa gigante en sus labios. Tomó en brazos al bebé, que se quedó por fin en paz al estar con su hermana, y le mostró la pequeña bola de luz que flotaba a unos centímetros de su piel.

—Traigamos a Zack de vuelta —dijo, llena de nervios, mientras pensaba que sus cambios emocionales le pasarían factura en el futuro, estuviese muerta o no, fuese inmortal o no.

Se encontraba extremadamente emocionada y había olvidado cada una de las fatalidades que creyó que recordaría por siempre.

Zoey corrió hasta Zack y se agachó a su lado, con mateo sobre su regazo. Extendió la mano izquierda con la que sostenía su alma y la dejó caer sobre el corazón de su novio. Desde allí Peat había extraído el espíritu en primer lugar, así que le pareció el mejor lugar para devolverlo.

Al principio, la esfera de luz se mantuvo en el aire, levitando sobre el cuerpo, dándole tiempo a Zoey para reconsiderarlo. Ese cuerpo, al fin y al cabo, no estaba vivo. Lo devolvería a una marioneta rota y lo regresaría al estado que había mantenido durante los últimos meses. Y ella no quería eso para él, quería darle una oportunidad, incluso si ella misma no tuviera un cuerpo propio para seguir con vida de la forma en la que había esperado. Zack tenía derecho de elegir su propio camino.

La chica asintió para sí misma y retiró el alma. Luego, miró a

Mateo, como si esperase una opinión o consejo de su parte. Al final, se mordió el labio inferior.

Nunca estaría preparada mentalmente para intentar crear a un ser humano vivo. Le parecía complejo y debería tener muchísimas cosas en cuenta para que funcionara como correspondía. Solo con pensarlo por algunos minutos entendió qué tan valiosa era la creación humana como algo perfecto.

No sabía a quién debía admirar por ello, pero sintió que se relacionaba con quien había enviado a Zack de regreso, con quien había creado al dije y había sido el padre del rey y de Peat. No sabía si era el Dios sobre el que le habían enseñado en la escuela o no, no podría ponerle un nombre a la entidad. Lo llamaban de muchas formas distintas y quizá hasta fuese posible relacionarlo incluso con Odín.

En el fondo, ella sentía que ya lo sabía —de alguna forma inexplicable—. Le daba un poco de miedo y se sentía incómoda con solo suponerlo. Afirmarlo estaba en otro nivel.

Fuese cual fuese la historia que la había precedido, ya se había terminado para el hijo renegado. Las cosas serían muy diferentes a partir de ese momento.

Zoey miró una vez más a Zack, evitando a propósito poner sus ojos en su propio cuerpo muerto, junto al de él. Se preguntó qué haría consigo misma, si valdría la pena intentar recuperar el cuerpo, si sería capaz de revivirlo.

Con esa idea en la cabeza, miró a Samantha y se hizo varias preguntas más: ¿Sería capaz de traerla de regreso si sanaba las heridas físicas de su organismo? ¿Tendría ese permiso de quien había decidido enviar a Zackary de vuelta? No lo sabría hasta que lo intentara, aunque si podía crear algo vivo —un nuevo cuerpo para Zack—, creía que sería capaz de lograr cualquier cosa.

La chica tomó aire, decidida e inflándose de confianza, y acomodó a Mateo en el suelo, como si estuviese sentado entre sus piernas. Dejó el alma de Zack flotando en el aire, a la altura de su cabeza, y extendió las manos hacia el cuerpo falso del muchacho. Era un buen punto de partida, un buen «molde».

Zoey cerró los ojos y dejó fluir su imaginación. Jamás había tocado a Zackary Collins cuando él estaba con vida. Nunca había tenido la oportunidad de apreciar la temperatura de su piel, su respiración o la dureza de sus huesos bajo los músculos. No había podido experimentar en él todas aquellas cosas que hacen que una persona sea un ser vivo. Inventar sensaciones y recuerdos basados en otras experiencias, como había hecho con las trasfusiones de sangre para

Jessica, era el único modo.

La concentración que le requirió imaginar cada ínfimo detalle que consideró importante la separó un poco de su realidad. Los cabezazos involuntarios que el bebé le daba en los muslos la mantuvieron anclada al bosque a medida que el tiempo comenzaba a transcurrir. Zoey perdió la noción del paso de los minutos, hasta que se dio cuenta de que lo que planeaba era prácticamente imposible porque ella no tenía el conocimiento suficiente sobre el organismo humano como para recrearlo con fidelidad. Al final, decidió ser más general. Lo imaginó vivo y sano, lo imaginó como debería haber sido antes de su fatal destino.

Cerró los ojos y, en su mente, lo vio sonreír, lo vio respirar, toser y enfermarse de gripe como una persona normal, a sabiendas de que podría curarlo siempre. Lo imaginó caminando, corriendo, saltando y cansándose por ello. Escuchó su risa, su voz ronca cuando intentaba ser coqueto; imaginó las lágrimas que podría llorar.

Zoey se estiró hacia delante para tocar a Zack y abrió los ojos cuando sus dedos se toparon finalmente con él. Seguía acostado en el piso, pero ya no era una marioneta rota. Mientras su magia brillante y colorida seguía trabajando, ingresando en el cuerpo para completar sus fantasías de lo que él había sido y de lo que sería, se quedó observándolo con cariño.

—Vivo, humano y sano —repitió ella, alzando los brazos una vez más para dar el último énfasis con sus poderes, que aumentaron en intensidad y en brillo.

Supo por sí misma, como si estuviese conectada con él, cuando el trabajo estuvo terminado.

La magia se detuvo. El cuerpo de él seguía inmóvil. Zoey contuvo la respiración, se inclinó hacia él y tocó sus piernas primero. Al hacerlo, notó que su piel estaba tibia; revisó sus músculos, los huesos de sus rodillas. Se sentían como los suyos propios.

Sosteniendo a Mateo de nuevo con su brazo derecho, la muchacha subió por el torso de Zackary hasta su pecho con la otra mano. Pudo tocar por encima de su piel la definición de sus costillas; vio las líneas de algunas venas: había sangre caliente y fresca dentro de ellas.

Zoey sonrió, pero se frenó a ver la mano limpia del muchacho, que todavía sostenía los dedos negros de su cuerpo muerto. Eso borró ligeramente su sonrisa.

Con lentitud y valor, los separó. Colocó el brazo de la Zoey que yacía en el suelo sobre su propio abdomen con delicadeza y le dirigió un gesto de agradecimiento por haberla llevado dentro durante toda su existencia.

Luego, la chica volvió su atención a Zack y se inclinó sobre su corazón. Por supuesto, latía. Ella había pedido un cuerpo vivo para él, lo había imaginado funcionando a la perfección, así como su mamá lo había traído al mundo. Pero le faltaba un alma, estaba vacío. Por el momento, al menos.

Zoey miró la bola de luz que seguía flotando cerca de los pies de Zack y la hizo acercarse a ella. La atrapó con la mano que tenía libre y la deslizó suavemente hacia su novio. Se tomó un segundo para desear que todo saliera bien, que él la recordara, que fuese como siempre, que su personalidad no se hubiese perdido cuando estuvo dentro de Peat.

Mateo hizo un sonidito gracioso y ella lo tomó como un: «¡Anda, hazlo!».

Sonriente, la muchacha empujó el alma de su novio hacia dentro del cuerpo, hacia el corazón que latía con buen ritmo. Luego, esperó. Contuvo las ganas de morderse las uñas mientras estrujaba a su hermano contra su pecho, incluso el niño parecía estar expectante.

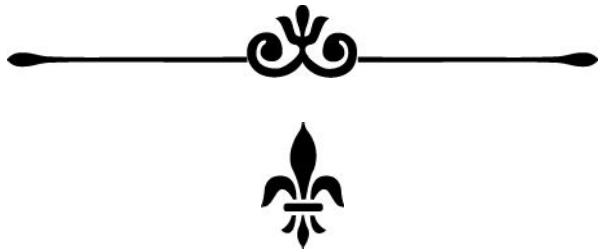
Zackary infló el pecho. Inspiró profundamente y exhaló, aún inconsciente, por la boca. El resoplido se deslizó por entre sus labios mientras que una cascada de alivio se deslizaba por los hombros tensos de Zoey. Él apretó los parpados, incómodo, y movió la cabeza un poco para el lado contrario. Cerró las manos en puños y las relajó al instante como si, sin darse cuenta, estuviese probando su movilidad.

—Zack… —susurró ella, atreviéndose a llamarlo.

Él dejó de moverse.

La muchacha creyó que su novio la había escuchado, eso la hizo contener el aire y estrujar aún más fuerte a su hermanito. Lo único que le dio fuerzas para continuar fue el suave cabeceo del bebé en su pecho, como un pequeño gesto de ánimo.

Un segundo después, que se sintió como una eternidad para Zoey, Zack abrió los ojos.



Capítulo 32

Zoey retuvo las ganas de gritar y de lanzarse sobre Zack solo porque no quería apresurarse. El cuerpo nuevo parecía funcionaba bien, pero ella aún no sabía qué pasaba con su espíritu y con su consciencia. Tuvo que esperar quieta, inmóvil, mientras él miraba el cielo y el sol que le daba en la cara.

Zack pestañó, mostrando cuanto le molestaba el brillo, y giró la cabeza hacia su lado, pero lo primero que vio no fue a la chica sana sosteniendo al bebé regordete, si no al montón de huesos y a la muchacha destruida por la lucha. Dio un respingo, aterrado, y se echó hacia atrás, tratando de alejarse.

Zoey se lanzó hacia delante, agradecida por haber separado los dedos de ambos a tiempo; quería cubrir la visión que él tenía del cuerpo inerte de ella. Luego, intentó llamar su atención al poner una mano sobre el hombro de él, que intentaba erguirse.

Sus miradas se encontraron. Ella intentó trasmitirle calma a él, pero Zack pasó del desconcierto al terror. Se sentó en el suelo y se alejó todavía más, arrastrándose hasta toparse con Samantha, recostada a su otro costado.

Zoey se quedó quieta, con la mano estirada en el aire, e hizo una mueca preocupada cuando notó el creciente miedo en la expresión del chico.

—Zack —susurró ella.

El chico pasaba sus ojos de Sam, a la Zoey muerta y luego a la Zoey «viva» con el bebé en brazos. No le respondió a su propio nombre, se puso de pie y se agarró el cabello con las manos. Empezó a retroceder, concentrándose en su hermana y en el cuerpo de su novia.

Él estaba tan nervioso y asustado que Zoey pensó que algo en su alma se había dañado; quizá los recuerdos, quizá su personalidad. O quizá simplemente no entendía lo que pasaba y estaba lleno de dolor.

—Zack… —repitió ella. Se puso de pie y acomodó a Mateo sobre su

cintura—. Mírame —pidió.

El muchacho obedeció, pero no fue suficiente para que ella supiera si había respondido a su nombre o solo a la petición. Él la analizó, al igual que al bebé, y volvió a jalarse el cabello con fuerza.

—¡Ay! —gritó él de repente. Colocó su mano frente a su rostro y miró el mechón rubio que se había extraído del cuero cabelludo. Totalmente estupefacto, consciente del dolor, dejó caer el cabello al suelo, lleno de cenizas.

—Zack, ¿me estás escuchando? ¿Sabes quién soy? —susurró Zoey, dando un paso trémulo hacia delante.

Ella se detuvo cuando él giró sobre sí mismo y observó lo que los rodeaba. Analizó el templo, los árboles destruidos, a Jessica —todavía inconsciente— y al montón de huesitos que había quedado junto al cadáver de su novia.

—Zoey —gimió él. Miraba al cuerpo en el suelo.

El dolor con el que se expresó hizo que la chica se desinflara como un globo, con un peso menos de encima. Se pasó una mano por la cara, como si estuviese sudando de la ansiedad, y no se dio cuenta cuando él pasó corriendo hacia el cadáver.

La tocó con tanto cuidado, con tanto amor y con tanta delicadeza que ella se puso la mano en la boca, conmovida. Zack le corrió el pelo oscuro de la cara y le pasó los dedos por el rostro. Se detuvo con especial cuidado en sus parpados hinchados y en el contorno de su mejilla. Ahogó un gemido y se giró hacia su hermana. La cara se le transformó otra vez.

—Zack —insistió ella, cuando él le aferró el rostro a la Zoey muerta —. Estoy aquí —dijo, acentuando la última palabra—. Estoy muerta.

Él no quiso escucharla y ella llegó a pensar que no podía verla, aunque sabía que la había escuchado antes. La chica se quedó en su lugar, sosteniendo a Mateo y mirando al bebé como si este pudiese entender el desconcierto que sentía. Era fácil ver qué tan confundido se sentía Zackary.

El muchacho se puso los dedos llenos de sangre frente a los ojos. Los observó, seguramente notando la textura húmeda del líquido, que estaba frío desde hacía un rato, y que él tenía el tacto suficiente como para percibir lo que antes le era imposible.

—¿¡Qué!? —susurró él, exaltado, sin mirar a la Zoey que estaba de pie en el claro. Se limpió la sangre en los pantalones y detuvo la yema de los dedos el textil, frotándolos contra el *jean*.

Como si le hubiesen dado un choque eléctrico, se alejó del cadáver de su novia. Se arrastró apenas dos metros más allá, hasta Samantha,

y también la tocó. Presionó sus muñecas y acarició su cabello. Volvió a mirarse a sí mismo y, después de buscar el corazón silencioso de su hermana, se concentró en el propio. Se tocó el pectoral izquierdo y fue consciente de sus propios latidos, intensos y rítmicos.

—Estás vivo —dijo Zoey desde donde estaba.

Zack continuó dando tumbos, tal vez pretendiendo ignorarla por algún motivo. Cuando por fin le devolvió la mirada, con las pupilas dilatadas y jadeos repentinos, ella bajó un poco la cabeza.

—Te hice un cuerpo nuevo.

Él la veía y la escuchaba. Zoey suponía que, la única razón por la que su novio se negaba a responderle, era porque temía ser víctima de un engaño, de una ensoñación. Debía pensar que ella era una creación de Peat o una ilusión creada por su mente. Después de todo, ella realmente había dejado un cuerpo destrozado detrás de sí.

La chica mantuvo la cabeza gacha mientras le movía el poco pelo que Mateo tenía en la frente, aceptando que tendría que esperar por Zack, que él necesitaba un poco de tiempo.

Zoey marchó hacia el templo y se sentó en las escaleras. Sostuvo a su hermano y se dedicó a quitarle la mugre del cabello y de la ropa. A pesar de que el bebé estaba recuperado de posibles deshidrataciones y del calor de la tarde, se lo notaba cansado. ¿Cuántas horas llevaba lejos de su mamá? Zoey intentó comportarse con él de la forma en la que lo haría una madre; lo acunó y trató de que se relajara en sus brazos. Si se dormía, sería mejor para todos.

Pasados algunos minutos, la chica escuchó unos pasos que se acercaban, pero solo levantó la vista cuando tuvo a Zack frente a ella. Él se había detenido a un poco menos de un metro, con los brazos ligeramente abiertos. Todavía estaba agitado y confundido, pero la observaba de forma directa, sin rechazarla.

Ella se quedó callada cuando él acortó la distancia y le tocó el mentón, sintiéndola y comprobando que era real. El tacto suave y temeroso la hizo estremecer por dentro y reavivó sus ganas de llorar, pero con Mateo entre sus brazos no pudo moverse. Dejó que Zack la acariciara un poco más y que la aceptara como lo que era ahora, aunque todavía fuese imposible de entender para él. Zoey cerró los ojos y agradeció poder percibir el calor en su cuerpo, el temblor de sus dedos y su respiración entrecortada.

—Zo —susurró él, cayendo de rodillas a sus pies.

Zack se puso a llorar con tanta fuerza que ella terminó por imitarlo. La muchacha sostuvo a su hermano con un solo brazo y se tapó la cara con el otro, apretando su mano contra su frente. Era la primera vez que veía a Zack derramar lágrimas, que lo veía expresar su dolor de

esa manera, pues con su cuerpo prestado no había podido llorar ni cuando Peat los interrumpió a ambos, horas antes.

Ambos permanecieron así hasta que él se arrodilló entre las piernas de Zoey para poder alcanzar su torso y abrazarla. Zack le rodeó la cintura a su novia y apoyó sus frentes una contra la otra con suavidad.

Varias veces él quiso formular palabras que quedaron ahogadas entre las lágrimas; le acariciaba el pelo rubio a Zoey, compungido y en silencio.

Ella decidió dejar caer su cabeza sobre el hombro de él, y sonrió al notar que el chico incluso moqueaba por la tristeza. Ningún ser humano lloraba sin dejar salir un par de mocos, y eso resultó tan mortal y obvio que a ella se le apachurró el corazón de alegría.

Zack estaba vivo. Y lloraba porque los cuerpos que estaban más atrás significaban el mundo entero para él. Aunque Zoey seguía allí, a su manera, Samantha ya no. Ella no regresaría.

—Se terminó —explicó ella entonces, cuando él pareció relajarse un poco—. Lo asesiné. Y morí en el proceso.

—Pero estás aquí —contestó Zack, con la voz ahogada, casi sin aire y con el tono húmedo.

—Sí, porque soy Lapis Exilis —replicó la chica. La mención del nombre le recordó a Cranium, desarmado más allá—. Soy inmortal, ¿lo olvidas?

Ella se tomó un momento para apreciar el color de los ojos de él, y se alegró de que siguiesen viéndose como siempre, con todas las vetas que componían su iris. Con la cara cubierta por lágrimas y con su expresión adolorida, Zack se veía hermoso.

—Lapis Exilis es el santo grial de la vida eterna. La vida se sentará en el trono de oro y reinará con el bastón de mando en mano. —Zoey repitió parte de la profecía—. Está hecho.

Ella pasó sus dedos por el rostro mojado de él y trató de sonreírle, de demostrarle que estaba bien.

Zack la observó a los ojos durante varios segundos. Tragó saliva y arrugó la frente. Su boca de convirtió en una mueca extraña que amenazaba con romper en llanto otra vez. Zoey lo instó a acercarse más y el muchacho lo hizo, con cuidado de que Mateo no sufriese con ellos tan apretados. El bebé no se quejó, se aferró a la ropa de Zack.

—Tú… —susurró él, atrapando la manito del niño y acariciándola. Se lo quedó viendo con una mezcla extraña de sorpresa y de maravilla mientras reflexionaba acerca de lo que ahora era capaz de sentir, de lo que había recuperado y que había olvidado cómo era—. Tú hiciste…

—No fue difícil —admitió ella mientras se encogía de hombros—.

Tú mereces esto, Zack.

Él apretó los labios y cerró los ojos, le sujetó la mano a su novia y la presionó contra su mejilla.

—Estoy vivo —susurró, alabando la palabra al decirla. Salió suave y profunda de su boca, la disfrutó y la sonrisa que empezó a tirar de sus labios se deformó lentamente—. Estoy vivo… Y… Y Sam…

«Y Samantha está muerta», pensó Zoey. No se animó a completar la frase. Deseó poder abrazarlo más fuerte, poder darle una felicidad total, completarle la alegría al traer a su hermana de regreso, pero no estaba segura de poder hacerlo. La propuesta pujó por salir, aunque el miedo de darle esperanzas en vano la mantuvo callada.

Zack se levantó lentamente y se sentó a su lado en las escaleras. Sin soltar su mano, se inclinó sobre las piernas de ella y ahogó unos cuántos gritos frustrados contra sus rodillas. Se mantuvo así, agitado, apretando los dedos de su novia con todas sus fuerzas y evitando mirar a su hermana. Parecía confundido entre lo que debía hacer, a quién debía prestarle atención y por quién debía llorar primero, eso se notó en sus movimientos erráticos y en las veces que levantó la cabeza y la sacudió antes de enterrar de vuelta la vista.

Zoey lo esperó, se mantuvo tan firme como pudo. Sintió la responsabilidad de ser un pilar, de no derramar ni una sola lágrima más mientras él hacia su catarsis por Samantha, o por todo a la vez. Él lo había hecho por ella durante mucho tiempo. Zackary soportó con rigidez y fuerza cada uno de sus llantos, sin flaquear jamás, sin demostrar cuán afligido estaba por dentro.

Así que ella lo aguantó. Tragó saliva y mantuvo la mirada en los árboles rotos de más allá durante el tiempo que fue necesario. Mateo, con su suave respiración y con los pequeños gorgoteos que soltaba, le dio fortaleza a ella para ser el pilar de alguien más.

Zoey bajó la mirada hacia su hermanito y le agradeció en silencio, esperando que él jamás tuviese que saber lo que había pasado ahí. El niño le devolvió la mirada con sus ojos claros, que con el tiempo se pondrían más azules, y ella asintió.

Estaban bien, todos estarían bien. Ese día quedaría enterrado en sus memorias y construirían un futuro limpio y agradable. Fue ese valor lo que la empujó a soltar la mano de Zack y a tocar su cabeza rubia y despeinada.

—Si estás de acuerdo… —musitó ella, no muy segura de lo que estaba por proponer. No quería jugar con las ilusiones y con los sentimientos de Zack, pero no sabía realmente hasta dónde llegaban sus posibilidades y, si había una mínima posibilidad, debería intentarlo—. Podría intentar traer a Samantha de vuelta.

Él se irguió, cubriéndose la boca con las manos. Se le habían puesto los ojos rojos y la piel de las mejillas estaban coloradas.

—Yo… no… no sé —exhaló—. Sam… Sam… ¿Será posible?

Zoey apretó los labios.

—No lo sé. En tu caso, tenía tu alma entre mis manos. Creé un cuerpo vivo y ya. Pero con Samantha… no sé dónde está su alma ahora. Pero puedo intentarlo. Sé que las cosas no estarán bien para ti hasta que ella esté bien y… además, tenemos que considerar que Peat de seguro también se llevó a tu abuela, a tu mamá y a tu otra hermana. Debió haberlas capturado cuando huían.

Zack se puso de pie de un salto, empezó a dar vueltas sobre sí mismo hasta que se tropezó con Jessica. La observó como si recién la hubiese visto.

—Diablos, Jess —murmuró él, agachándose junto a su cabeza. Le tocó el rostro y le tomó el pulso en el cuello—. Está bien, la salvaste.

—Sí —dijo Zoey—. Si no ha despertado es porque no puede hacerlo aún. Estuve muy… muy confusa desde que noté que estaba fuera de mi cuerpo. Todavía no sé bien qué hacer —admitió ella, consciente de que él se encontraba de la misma manera, debatiéndose entre moverse hacia un sitio del claro o hacia el otro.

Zack se giró y corrió hasta su novia otra vez. Volvió a abrazarla con fuerza, frente contra frente.

—Ay, Zoey, lo siento, lo siento mucho —masculló—. Fue mi culpa. Me volví loco, salté fuera del escudo. Quería matarlo, creí que podría hacerle daño por lo que le hizo a mi… —Se le quebró la voz mientras ella negaba con la cabeza—. No estuve ahí para cuidarte. Prometí que te cuidaría —sollozó—. Y él te dejó así
—añadió, echándole un vistazo a su cuerpo.

Zoey le atrapó el rostro y le prohibió volver a ver el cuerpo.

—Peat estaba ensañado conmigo. Lo que te hizo a ti lo hizo solo para dañarme a mí. Lo que le hizo a Sam, lo hizo porque sabías cómo ibas a reaccionar. Yo hubiese hecho lo mismo. Hice lo mismo cuando te quitó tu alma —explicó ella—. Salí del escudo y me expuse para intentar detenerlo. No lo logré. Arrebató tu alma y me quitó la mía. Y fue así como lo derroté, pero ya se acabó. No tiene sentido hablar de esto ahora, lo haremos después. —Hizo una pausa y le pidió a él que la observara a los ojos— Zack, no puedo prometerte nada y sé que es una pregunta difícil, pero quizá mientras más tiempo pase, más difícil sea traer a Sam de vuelta. No haré nada que tu no me permitas. Es tu decisión, ella es tu hermana.

Él se tomó un momento para reflexionar. Se volteó hacia su hermana, le recorrió la cara con la mirada y asintió.

Zoey le entregó a Mateo, se levantó de los escalones y fue hasta Samantha, con un nudo en el estómago. Repentinamente supo lo que tenía que hacer, pero de ahí a que funcionara había un largo trecho. No podía jurarle nada a Zack, no podía prometer que fuese a funcionar. Ella podía tener muchísimos poderes, pero siempre había un límite. Ella no era una diosa; tal vez eso era algo que estaba fuera de su alcance.

Se sentó en el suelo junto al cuerpo de Samantha, cruzó las piernas y puso las manos sobre su pecho. Buscó alguna señal de su espíritu dentro de ella y tragó saliva cuando no percibió absolutamente nada. Estaba tan vacía como lo había estado el cuerpo falso de Zack momentos antes.

La angustia por haber expuesto al chico que quería a esperanzas nulas apareció de golpe, Zoey se odió a sí misma casi al instante. Odiaba haberlo sugerido, odiaba no poder encontrar el alma de Samantha. De verdad quería traerla de vuelta. Su muerte había sido rápida e impensada, una injusticia.

Pero la joven Collins ya no estaba allí, no había ni un solo rastro de su espíritu y, aunque Zoey reparara su cuerpo, su alma no podía regresar. Derrotada, se quedó callada y observó el cadáver. Volvió a tragar saliva y trató de que no se le notara cuánto le temblaban los labios. Tenía ganas de ponerse a llorar otra vez y de darse golpes contra el suelo por haber intentado solucionar cosas que no le correspondían. Ser el pilar de Zackary no significaba salvar a todo el mundo y arreglar las cosas mágicamente.

De pronto, Zack le agarró los dedos. Zoey dio un respingo y se giró hacia él, no lo había oído acercarse. La mirada gris del muchacho estaba nublada, triste. Sus ojos retenían las lágrimas, pero también había un rastro de resignación y de comprensión.

—Lo entiendo —murmuró él, con la voz a punto de quebrarse.

Zoey lo observó en silencio y bajó la cabeza mientras retiraba las manos del cuerpo de Sam.

—Lo siento —musitó ella. El sonido se le quedó pegado a los labios, apenas si salió un murmullo.

Zackary tomó aire, cerró los ojos y le soltó la mano a su novia. Sin más, le puso a Mateo en el regazo y se inclinó sobre Samantha. Pasó los brazos por debajo del cuerpo y apretó la mandíbula cuando quiso levantarla y recordó que ya no tenía la superfuerza de los últimos meses.

Zoey se dispuso a ayudarlo, con la culpa todavía inundándole el pecho, pero él la rechazó.

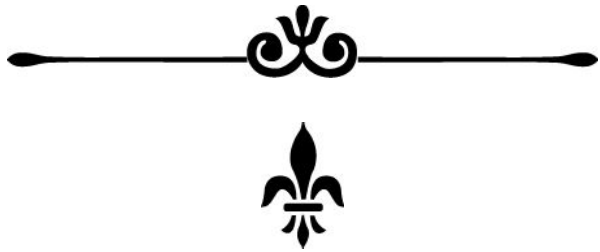
—Yo puedo —contestó Zack. Contuvo el aire y se irguió con Sam

en sus brazos; la cabeza de la muchacha colgaba hacia atrás—. Yo… necesito un momento.

El chico caminó con dificultad por entre las cenizas y los escombros. Zoey se puso de pie y sostuvo a Mateo con el nudo en el pecho pujando por hacerla llorar otra vez.

No siguió a Zack, dejó que él se alejara por el bosque hasta que no pudo verlo más.

Cuando lo perdió de vista, la chica dejó salir finalmente las lágrimas y se abrazó al bebé, a su hermano. Momentos después, un grito lleno de dolor interrumpió el silencio entre los árboles. Zoey lloró en su sitio mientras Zack lo hacía en la distancia.



Capítulo 33

Zoey acunó a Mateo mientras revisaba a Jessica. Su amiga había empezado a quejarse, todavía dormida, hacía unos instantes. Había pasado ya un largo rato desde que Zack se había marchado y, aunque ella esperaba que no se hubiese perdido, no se atrevió a ir por él porque necesitaba estar solo.

La muchacha paleó la sensación de que él podría estar enojado con ella. La idea se desvaneció pronto porque ella era consciente de que Zack era mucho más comprensivo que eso.

Sin más, esperó arrodillada junto a Jess, que comenzaba a despertar.

Hubiese deseado apartar su propio cuerpo muerto de allí para que su mejor amiga no lo viera, pero se acordó de ese detalle demasiado tarde, cuando Jessica abrió los ojos y los posó en el cielo, que empezaba a teñirse con los colores del atardecer.

—Zoey —susurró Jessica. Levantó una mano para tocarla, como si quisiese asegurarse de que no era un sueño—. ¿Estoy viva? —murmuró.

—Estás viva y estás bien —aseguró ella, sonriéndole apenas.

Jessica arrugó la frente.

—¿Lo destruiste?

Zoey asintió y le tendió la mano para ayudarla a sentarse. Por suerte, el cuerpo quedó a sus espaldas.

Jessica se irguió, se tocó la cabeza y se revisó a sí misma, buscando los cortes que sabía que Peat le había hecho.

—Estás bien —repitió Zoey—. Te curé. Aunque puede que necesites algunos días para recuperarte del todo.

—Me siento muy cansada —murmuró Jess, mirándose las muñecas. Entonces, se fijó en el bebé—. Veo que Mateo está bien —suspiró.

—¿Viste cuando Peat fue por él? ¿Y por Samantha? —Zoey la

sostuvo por la espalda y se acomodó a su lado.

Su amiga endureció el gesto por un segundo. Bajó lentamente los brazos y se mojó los labios, que todavía estaban agrietados y pálidos.

—No lo vi, lo escuché. Hace días que no estoy segura de lo que ocurre.

—¿Qué hizo Peat contigo, Jess? —preguntó Zoey, sabiendo cuál sería la respuesta probable. Lo intuía. La cantidad de sangre que su amiga había perdido y la sangre que había visto en la base del templo eran una conexión obvia.

Jessica se estremeció y se abrazó. Flexionó las piernas, como si quisiera hacerse un bollito, cerró los ojos durante un momento y apretó los labios. La tortura que él había perpetuado sobre su cuerpo estaba sanando de forma física, pero le llevaría muchísimo tiempo recuperarse de las secuelas psicológicas.

A Zoey le parecía les tomaría años recuperarse de lo ocurrido.

—Él… usó mi sangre —respondió Jess.

—¿La usó en el templo?

—Era para construir esas… cosas —sollozó Jess, tapándose la cara con las manos—. El cadáver de Adam —gimió—, los huesos de Zack y de su abuelo. Los mezcló con mi sangre porque decía que yo… que yo…

—¿Que tú qué?

Jessica levantó apenas la cabeza. Miró a su amiga con los ojos rojos y mojados, por encima de sus dedos.

—Que yo tengo sangre especial, que a mí se me permite entrar.

Algo así había supuesto Zoey. Después de todo, Peat había aclarado que no todas las personas podían entrar al colegio porque se necesitaba cierto código genético, cierta herencia de sangre. Al final, tanto Jessica como Lucas Marín o James o los Collins o incluso Mariska y Adam debían tener algún gen que les permitiera pasar a los terrenos de la escuela sin problemas. Jude, por ejemplo, jamás lo había tenido.

El hecho de que Peat hubiese elegido a Jessica podía ser una trampa, un juego más.

—Entonces, ¿con tu sangre pudo hacer entrar esas marionetas al otro mundo?

—Mi sangre puede abrir los portales —contestó ella entre titubeos.

Zoey quedó estupefacta durante un momento. Aunque suponía que Peat debía haber hallado una manera de abrir los portales, ella no había imaginado que la sangre de una heredera funcionara de esa manera. Se le debió notar el desconcierto en la cara, porque Jessica

bajó las manos y agregó algo más.

—Dijo que la de Adam también. Que Adam siempre se había creído demasiado solo por descender de un idiota templario que se llevó el dije de Europa.

Zoey abrió y cerró la boca varias veces. El idiota templario no podía ser otro que J. D. Clarence y enterarse que Adam descendía de él también era como recibir un cachetazo. No había podido verlo en las visiones que le habían contado toda la historia.

—¿Y tú? —murmuró ella—. ¿Tú desciendes de él también?

—No sé. No entendí bien —susurró Jess, encogiéndose—. Creo que solo ciertas personas pueden entrar o abrir los portales, aquellos que tienen una herencia determinada. «Herederos del viejo mundo», logré oír en un momento. Creo que… mencionó algo de que todos los que no habían conseguido morir en «ese momento» habían dejado sus…, ¿semillas? Dando vueltas por el mundo. O algo así, ¿tiene algún sentido? —Hizo una pausa—. Mencionó que yo soy una de esas semillas.

Zoey no dijo nada. No sabía realmente qué decir. Jamás hubiese imaginado que Jessica estaría relacionada con el «viejo mundo». Pero eso solo significaba, de nuevo, que aquellos que habían podido entrar a la escuela alguna vez también lo estaban, de una manera u otra.

¿Descendían de Clarence? Era difícil de asegurar. Si realmente muchas personas lograron escapar de la destrucción de Peat, estaba claro que se habrían diseminado por el mundo con el paso de los siglos. Podrían haber llegado a América de la manera tradicional que la historia conocía. Después de todo, la destrucción del otro mundo había ocurrido muchísimo tiempo atrás.

Lo que Zoey no lograba explicarse era cómo fue que tantas personas relacionadas con el dije, con Clarence y con el otro mundo habían terminado viviendo en los alrededores de un pueblo pequeño de Buenos Aires, incluso sin saber que había algo relacionado con su pasado allí. ¿Una coincidencia mística, tal vez? Zoey no podía asegurarlo. Después de todo, que Zack y ella también estuvieran tan cerca podría haberse considerado una casualidad, al igual que el hecho de que el dije terminara en sus manos.

—Pero —Jessica tomó aire y retomó su confesión—, también dijo que al final me había elegido a mí, de entre todas las opciones, porque sabía que te dolería. Fue muy confuso. Me cortó muchas veces. No sé bien lo que pasó. Solo sé que él no podía entrar por sí mismo, por eso me usó.

La muchacha volvió a estremecerse y Zoey le frotó la espalda con las manos. Aunque tenía dudas y preguntas, no quería que su amiga

hablara más sobre tema. Era fácil ver cuánto la había traumado el secuestro, necesitaba dejar de pensar en ello.

—Ya se terminó, Jess. Peat está muerto y no volverá a lastimarnos nunca. Te llevaré a casa, ¿sí?

Su amiga asintió, pero continuó hecha un bollo en el suelo ceniciento y no se movió ni siquiera cuando Zoey se puso de pie, con los ojos clavados en su cadáver mientras buscaba la manera correcta de explicarle cómo había muerto, cómo era que estaba ahí todavía y qué había pasado con Zack.

—Jess —empezó—. Es muy largo explicar todo lo que ha pasado desde que perdiste la consciencia, pero… ¿podrías sostener a Mateo por mí y no voltearte para nada?

Ella levantó la cabeza, confundida. Sin cuestionar a Zoey, estiró los brazos para recibir al niño.

La muchacha marchó hacia el despojo que había quedado en el suelo y tomó el cuerpo entre sus brazos sin ningún esfuerzo. No era capaz de percibir peso, así que llevó el cadáver hacia los árboles, en la dirección contraria a la que había marchado Zack, con mucho cuidado de no quedar expuesta a la mirada de Jessica.

Observó su propio rostro desfigurado y no se reconoció. Con el pelo oscuro, la cara magullada, morada e hinchada, no encontró nada de sí misma en esa chica. Peat había intentado llevarse todo de ella, incluso su apariencia.

Se detuvo detrás de un sector con árboles enteros, ya a unos cuántos metros del claro. Desde allí no podía ver a Jess, así que suponía ella no podría verla tampoco. Se depositó entre unas raíces y apretó los labios, mientras dudaba cuál sería su próximo paso.

Sabía que debía enterrarse, le pareció que era mejor ahorrarles a sus seres queridos ese proceso. Después de todo, ella seguía allí. Solo había muerto su cuerpo.

Usó su magia para cavar una fosa entre dos árboles bonitos que estaban sanos y verdes. Los eligió por sus colores brillantes, por los troncos oscuros. Sintió que ese sitio estaba a miles de años luz de la batalla campal que se había llevado a cabo junto al templo, aun cuando estuviese a menos de cien metros en realidad. Creyó que era un buen lugar y que, además, podría recordarlo.

Se levantó a sí misma del suelo y se ayudó con sus brazos luminosos para dejar el cuerpo en el fondo de la fosa.

—Esto no parece un entierro digno —murmuró—, pero es lo mejor que puedo hacer.

En poco tiempo, ese cuerpo volvería a la tierra y nadie tendría

porqué enterarse de ello. Sus brazos mágicos empezaron a echar la tierra y, cuando su rostro quedó cubierto, sintió que finalmente había cerrado ese círculo.

Apretó la tierra con las manos y empujó su magia por encima para que creciera el pasto y algunas flores. Luego, sacudió los dedos en el aire y creó una pequeña piedra del tamaño de una pelota de tenis y del color del dije. La escondió allí con el único objetivo de marcar el lugar para sí misma, por sí algún día deseaba volver.

Se irguió y, sacudiéndose la tierra de las manos, volvió al claro. Zack no había regresado y Jessica seguía en el mismo lugar, meciendo a Mateo. El sol se ponía y arrancaba destellos anaranjados en el cabello de su amiga.

—Pronto nos iremos a casa —susurró Zoey.

Jessica se volteó hacia ella y se puso de pie con mucho esfuerzo. Aún no estaba bien del todo y las ojeras bajo sus ojos eran una señal de cuánto necesitaba descansar. La magia podría haberla curado, pero ella necesitaba un poco de paz en su propio hogar.

Zoey recordó de repente lo que habían ido a buscar al templo, además de a su mejor amiga. Trepó por las escaleras para llegar al hueco que Zack había abierto en el suelo. Se metió dentro y agarró los restos de la copa. Se vio reflejada en ella. Notarse tan sana y rubia de nuevo le arrancó un suspiro.

—¿Qué es eso? —preguntó Jess, asomándose desde la base del templo con dificultad.

—El santo grial —contestó Zoey, agarrando también la caja de madera y la bolsita de tela con semillas—. Te presento el arca de la alianza —le mostró a su amiga.

Jessica frunció el ceño.

—¿Eso?

—Pues sí, así de sencilla. Pensé que nos serviría para vencer a Peat. Pero el Grial es solo una copa. El dije fue hecho de este material —añadió, mostrándole un pedazo roto—. Pero lo importante del dije no era la piedra preciosa, sino lo que había dentro.

—Que ahora está dentro de ti.

—Sí —contestó Zoey con lentitud—. En cuanto a estas cosas…

Vació el contenido de la bolsita en su mano y repasó con los dedos las semillas hasta desarmar la piel que cubría una de ellas.

—¿Semillas?

—De un árbol. Había un árbol en el otro mundo, uno que Peat quemó hace tiempo. Es la única conexión que se me ocurre.

Jessica se quedó un momento en silencio, con los ojos cansados fijos en las semillas. Solo cuando Zoey volvió a meterlas en la bolsa de tela pareció encontrar finalmente el hilo de sus pensamientos.

—Peat dijo algo sobre un árbol… —susurró la chica.

Zoey levantó los ojos hacia ella.

—¿Cómo?

—Dijo algo como: «Ese estúpido árbol» o «Por ese estúpido árbol». Lo siento, no lo tengo bien fresco —explicó, con incomodidad—. Pero parecía que se desquitaba, que le echaba la culpa de todo a ese árbol. ¿Será que es el que tú dices?

Volviendo a mirar la bolsita, Zoey frunció el ceño.

—¿Culpa de qué?

—De que tuviese que desangrarme a mí para crear a esas cosas para entrar.

Zoey sostuvo la bolsa un momento más, hasta que decidió meterla en la caja y salir de ahí. Cerró el arca y la llevó fuera del templo, con más de una idea en la cabeza, pero que, como siempre, eran solo conjeturas.

Sabía que tenía que haber una conexión entre esas semillas, el árbol quemado y Peat. Sospechaba que haberlo destruido era la causa de su destierro, el motivo de no poder entrar; pero ella no sabía ni entendía por qué. No sabía qué otra función tendría ese árbol más que ser un símbolo espiritual, como había dicho Zack.

Lo otro que se le ocurría era que esas semillas, celosamente guardadas con el grial, fuesen semillas para reponer el árbol destruido.

Zoey avanzó hasta su amiga, todavía dándole vueltas al asunto, pero se detuvo cuando vio los huesitos de Cranium otra vez. Eso la distrajo y decidió que podía dejar sus razonamientos para otro momento. Todavía había muchas cosas que hacer.

Se agachó y empezó a recoger uno a uno, hasta que sintió la presencia de Jess a su lado.

—¿Qué son esos huesos?

—Un buen amigo —contestó Zoey, preguntándose si podría traerlo de vuelta. Después del intento fallido con Samantha, no estaba segura de poder hacerlo o de querer pasar por la decepción. Pero, casi al instante, recordó que Cranium nunca había estado vivo, que posiblemente jamás hubiera tenido un alma. Solo era una… cosa. Quizá—. No te aterres de lo que verás —avisó de pronto a Jess.

Zoey puso las manos en el aire y le ordenó a su magia armar a Cra de nuevo, unir sus huesos de la forma en la que lo habían estado

siempre. Sus patitas se reacomodaron, su cráneo encastró a la perfección con ese extraño cuerpo de armadillo y, como si nada, el animalito estornudó.

Jessica chilló y retrocedió tan rápido que sus piernas la traicionaron y cayó de culo al piso, aferrado de forma segura de Mateo, que empezó a llorar por la sacudida.

Cranium dio una voltereta en el suelo y Zoey quiso llorar también, pero de la alegría.

—¡Cra! —gritó, extendiendo los brazos hacia él.

La criatura dirigió su cabeza hacia ella y estornudó otra vez.

—¡Lapis Exilis! —exclamó. Saltó a sus brazos y se estrelló contra su pecho, refregándole el cráneo duro.

Con el alivio corriéndole por las venas, Zoey lo rodeó con los brazos y acarició sus orejas peludas. Él estaba bien, entero. Solo se había desarmado por el golpe de Peat, pero no podía morir, al menos no de esa forma.

—Gracias por intentar defenderme —dijo la chica mientras le acunaba la cabeza—. Eres un buen amigo.

Él se acercó para frotar el morro contra su mejilla y ella recordó la primera vez que lo había visto y el asco y el miedo que le había dado el bicho. Ahora no era capaz de sentir eso por él, la embargaba un profundo cariño.

—¿Qué es esa cosa? —exclamó Jessica.

Zoey se giró para presentarle al animalito.

—Qué es, no lo sé. Pero su nombre es Cranium y nos ha ayudado muchísimo. Es inofensivo y muy cariñoso —explicó, tomándolo en brazos y dejándolo en el suelo frente a Jess—. Cra, ella es mi amiga, Jess, y él pequeñito es mi hermano, Mateo. Por favor, sé amistoso con ellos.

Jessica no se movió ni un poco cuando Cranium estornudó en su dirección y se acercó a olfatearla.

El animalito declaró que ella olía como las marionetas y a Zoey le tocó explicarle que ella era buena y que su relación con las marionetas no era algo fortuito. Por suerte, Cra no hizo más preguntas al respecto y guardó silencio hasta que se dio cuenta de que alguien faltaba en el claro.

—¿Zack? —preguntó, levantando la cabeza hacia Lapis Exilis.

Zoey abrió la boca, justo cuando Jessica parecía percatarse de lo mismo y recorría el claro con la mirada. Pero, antes de que pudiese decir algo, el chico salió de entre los árboles rotos.

—Aquí estoy —dijo él.

Todos lo miraron, pero solo fue Zoey la que contuvo el aire. Él tenía el rostro rojo, marcas de dedos que bajaban por sus mejillas y la piel mojada por tanto llorar.

Cuando él se acercó, Zoey le agarró el rostro y le pasó la yema de los dedos por los cachetes. Se había rasguñado a sí mismo.

—Zack —susurró ella, pero él no le devolvió la mirada. Parecía que observaba algo que estaba detrás de Jessica, incluso como si ella no estuviese ahí—. ¿Te arañaste? Podrías haberte lastimado.

Él asintió lentamente.

—Lo olvidé —respondió.

Entonces, tomó aire, se enderezó y puso su habitual máscara de «nada ha pasado aquí» que Zoey había aprendido a reconocer con facilidad. Ella apretó los labios y lo atrajo a su pecho. Lo abrazó tan fuerte como pudo y lo retuvo allí hasta que Cranium empezó estornudar de forma exagerada y Jessica se acercó a ellos.

—También estás bien, Zack —dijo la chica.

Cuando él se separó de Zoey y la observó de lleno, Jess dio un respingo. Acaba de notar las marcas en sus mejillas, las lágrimas secas y su respiración irregular. El impacto la dejó clavada en su lugar y se quedó boqueando, incapaz de decir algo.

Zoey volvió a limpiarle la cara al muchacho y usó su magia para sanarle las mejillas. Era tan obvio que había descargado la frustración y el dolor por su hermana en sí mismo, tanto como que ahora estaba tan vivo como la misma Jess.

La muchacha se preguntó cómo se veía ella, si se notaba que en realidad no estaba viva y que su cuerpo muerto acababa de ser enterrado más allá.

—No… no puede ser —Jessica se recuperó y se acercó a él. Le puso una mano en los brazos desnudos, percibiendo su calor y los latidos que pulsaban por sus venas—. Estás vivo, Zack.

Él no contestó. Deslizó sus ojos por el rostro de Jess por un momento, pero bajó la cabeza. La pena no le permitía ya emocionarse por su propio estado y, más que nunca, Zoey temió que esa máscara que colocaba sobre su rostro lo afectara para mal.

Pero Jessica no se dejó molestar por la actitud. Con el brazo libre, el que no sostenía al bebé, atrajo a Zackary y le dio un abrazo.

—No sé cómo lo hicieron, pero estoy feliz por ti —murmuró, mostrando que también tenía aprecio por él y no solo por haber salvado a su amiga durante los últimos meses.

Él le agradeció por lo bajo, intentando devolverle el gesto, pero su respuesta fue algo torpe y lenta. Parecía cansado; agotado física y

anímicamente.

Zoey apretó los labios cuando él no dijo nada más y se quedó parado entre ellas como si fuese un ente. Jessica retrocedió un poco, confundida, y miró a su amiga esperando una explicación. Todavía no entendía nada.

—Debemos buscar a tu mamá, a tu hermana y a tu abuela —añadió Zoey—. Peat no debe haberlas dejado muy lejos. Y estoy segura de que están vivas, Zack. Peat me dijo antes de morir que iba a asesinarlas en el futuro.

El muchacho levantó la mirada y asintió. Exhaló lentamente y se pasó las manos por los ojos.

—Sí, tienes razón.

Cómo no sabían dónde estaban los rehenes, Zoey pensó que la mejor forma de ubicarlos era con su magia y, por supuesto, con la ayuda de Cranium, al que llamó con un gesto. El animalito se plantó junto a ella, no sin antes ponerse a olfatear a Zack, que ahora tenía un olor distinto.

—Cranium —saludó Zack, agachándose—. Qué bueno que estés bien —dijo con tono neutro. Le puso una mano en la cabeza y él animal pasó el morro por su palma.

—Sangre, sangre, Zack huele a sangre.

—Lo que es bueno para ti, porque tu olfato es genial, ¿no es verdad? —dijo Zoey, inclinándose—. Busca donde haya personas con ese olor, Cra. Puedes oler la sangre y reconocerla, así como reconociste la de Jess. Necesitamos encontrar a la familia de Zack.

Cranium acató la orden de inmediato y, en un instante, los tres —junto con Mateo, ya en brazos de Zoey— estaban marchando por el bosque en dirección al río. Zack ayudó a Jessica a sortear varios troncos y raíces y, en menos de lo esperado, divisaron unas cabezas rubias en el suelo.

Zackary soltó a Jess y corrió hacia ellas. Zoey corrió detrás de él, solo para respirar aliviada y comprobar que las cabezas correspondían al cuerpo de las tres mujeres maniatadas, temblorosas y asustadas. Estaban vivas y, cuando él se arrojó sobre ellas, arrancando las mordazas y las sogas, las tres empezaron a llorar a los gritos.

Zoey hubiese deseado darles su espacio, pero ellas podían estar heridas y el *shock* podía causarles daño. La abuela de Zack era mayor; su hermana y su mamá no habían visto a Zack desde su muerte.

Con cuidado, le entregó a su hermano a Jessica otra vez y le pidió a Cranium que se mantuviera apartado.

Luego, fue a ayudar.

La abuela Collins le agarró la mano en cuanto ella pudo liberarla.

—Mi niña —musitó, con la voz seca y desgarrada. Había llorado y gritado mucho. Estaba pálida y su aspecto asustaba.

—Señora Collins —susurró Zoey, pasándole las manos por la cara. Empujó su magia con el afán de sanar cualquier herida.

Enseguida, la expresión de la anciana se suavizó. Relajó sus músculos y le apretó la mano otra vez a Zoey. Se centró luego en su nieto, que miraba a su madre con una mezcla de miedo y de anhelo.

Zoey también los observó, a la espera de una reacción. No sabía cómo iba a manejar Zack la situación, por lo que se dedicó a sentar a la mujer en el suelo y a apoyarse contra un árbol.

El chico quitó las últimas cuerdas y la cinta de la boca de su mamá y ella ahogó un extraño sonido en su garganta. Deslizó los dedos por los brazos de su hijo, tanteándolo, asegurándose de que fuera real. Por un instante, pareció que no lo creería.

De repente, sin embargo, tiró de él con tanta fuerza que Zack tuvo que tragarse el quejido de dolor. Un instante después su rostro reflejó el alivio de estar de vuelta entre los brazos de su mamá. Su hermana mayor, Elizabeth, también lo rodeó con los brazos.

Pasó un largo momento así, mientras Jessica se limpiaba una lágrima de emoción y Zoey tragaba saliva. La parte difícil estaba por llegar y, aunque Zackary no se movió ni un poco de ese abrazo tan fuerte y necesario, ella sabía que él estaba pensándolo también.

—¿Dónde está Samantha? —preguntó la abuela Collins, bajito, más para Zoey que para sus nietos o para su nuera.

Ella contuvo el aire. No podía responder. Desvió la mirada hacia su novio, que se desprendió lentamente del abrazo y miró fijamente al suelo, evitando los rostros de su familia.

—Sam…

A Zack se le quebró la voz. No pudo decir nada más; Zoey abrazó más fuerte a la anciana y escondió la cara con todo el cabello rubio.

La primera que se puso a llorar fue la abuela. Entendió antes que las demás lo que eso significaba. Se abrazó a Zoey como si ella misma fuese su nieta y no la soltó cuando Zack empezó a suplicar que lo perdonaran. A partir de allí, todo fue muy confuso. La madre de Zack y su hermana tuvieron que salir de su impresión, de ver a su muchacho de vuelta y de entender que habían perdido a Samantha. Lloraron de vuelta, entre gritos, abrazos y frustración.

Zoey quiso decir algo, pero no había nada por añadir. Sus palabras

no aplacarían el dolor ni tampoco había forma de cambiar lo sucedido. Al menos, no con Sam.

Tardarían muchísimo tiempo en recuperarse. Zack necesitaría meses, de años quizá, para superar lo que sentía dentro de él.

Zoey lo sabía. Él podía poner su expresión implacable las veces que quisiera, pero ella ya no le creería. Jamás volvería a dejarlo solo en un momento difícil. Lo acompañaría, así como él la había acompañado a ella con sus llantos y con sus miedos.

La culpa y el sentimiento de injusticia que se estaba instalando en el alma de Zack crecerían, pero ella lucharía para controlarla. No era justo que Samantha hubiese muerto, pero tampoco era justo que Zackary sintiera que él le había robado la vida a su hermana, que había ocupado su lugar, uno que ya no le correspondía.

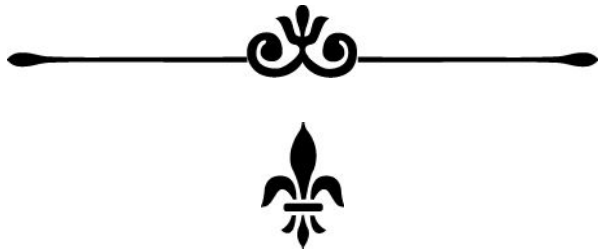
Ella no pudo estirarse para tocarlo o para decírselo. Solo podía mirarlo y prometerle que lo apoyaría siempre.

Entonces, como si Zack hubiese estado escuchando sus pensamientos o percibiendo que ella lo observaba, o quizás simplemente recordando que su novia estaba también allí, levantó la mirada y la buscó. Cuando los ojos de ambos se cruzaron, pudieron decirse muchas cosas en silencio.

Aunque la expresión de Zackary seguía siendo desolada, aunque había tristeza y furia, se relajó cuando ella le hizo un gesto lleno de calidez. La comprendió sin necesidad de palabras. La conexión entre ellos se había vuelto tan fuerte que había cosas que no necesitaban decirse en voz alta.

Él cerró los ojos y su rostro derrochó aceptación. Quizá no hacia la muerte de Sam ni hacia lo que sentía sobre sí mismo y su segunda oportunidad, sino a la promesa silenciosa que ella hacía de acompañarlo. Él había dado cuenta de que Zoey no iba a tragarse nada de lo que fingiera.

Con eso, la chica apoyó la mejilla sobre la cabeza de la abuela Collins y suspiró. El futuro era incierto y sería doloroso, pero tendrían que confiar en las oportunidades que todavía tenían. Después de todo, Peat ya no estaba allí. No lo estaría jamás.



Capítulo 34

Zoey esperó, sentada en el techo de la casa de Jessica, a que su mejor amiga terminara de hablar con sus padres. Desde que había regresado sin explicaciones lógicas, su madre le había impuesto una charla diaria en la que intentaba que ella contara lo sucedido. Pero Jess jamás había abierto la boca. Si no lo hizo con Peat y con sus torturas, obviamente no lo haría con su familia.

La chica balanceó las piernas. No sabía qué era más difícil: no decir nada a tus padres o tener que contarles todo. Cuando ella misma volvió a su casa con Mateo, fue extremadamente difícil explicar lo que había ocurrido. Además, era la primera vez que hacía algo sin Zack y tuvo que valerse de sus pobres discursos para contar de principio a fin la historia. La verdadera historia. Después de recibir incredulidad y retos, Zoey logró convencer a sus padres de que decía la verdad al mostrarles su magia, que era cada vez más sencilla de realizar y que ahora le permitía saltar al techo de una casa como si tuviera resortes en los pies. O, más bien, como si tuviese el antiguo cuerpo de Zackary.

Todavía no podía explicar qué era ella en realidad. Su cuerpo original estaba muerto, pero el que tenía en esos momentos no; y tampoco estaba vivo. Podía moverse, pero también podía sentir por sí misma e incluso llorar, cosas que Zack no había podido hacer. Parecía que no existía nada que pudiera lastimarla, lo comprobó cuando se traspasó la mano con un cuchillo de cocina y no sangró ni sintió dolor. Era como atravesar la nada misma.

Estaba muerta, después de todo. Al menos, en el sentido humano y figurado. Quizá la explicación era sencilla: Zoey ya no era humana. Era el dije, y eso equivalía a tener grandes habilidades, muchas más de las que manejaba cuando estaba viva.

Pero había cosas que la magia no podía arreglar. Por ejemplo, no podía cambiar el hecho de que Zack estaba muerto para quienes lo conocían. Durante las dos semanas que habían pasado desde la batalla, Zoey pensó en numerosas opciones para arreglar ese asunto,

pero ninguna era buena. Tendría que borrarle a todos la memoria y hacerles creer que él jamás había sufrido un accidente, sino que lo había hecho Samantha en su lugar. Era imposible modificar un hecho semejante cuando Zack era noticia en todo el país. Por YouTube se veían numerosas copias de los videos de las cámaras seguridad, sobre él corrían los rumores del chico muerto que se había llevado a otra muchacha de un colegio. Cambiar algo de tal magnitud hubiese requerido modificar también lo que se había dicho en los noticieros sobre su propia desaparición.

Zoey todavía no tenía una opción alternativa. Por el momento, Zack vivía con abuela, a las afueras de Villa Helena y sin salir de la casa. Su hermana, Elizabeth, y su mamá, en cambio, estaban de vuelta en la ciudad, arreglando algunas cosas para irse de la zona. Como los vecinos empezarían a notar la falta de Samantha, lo mejor era marcharse a la casa de la abuela Collins hasta que supieran qué hacer o a dónde dirigirse.

Ella presentía, por algunas miradas y por la forma en la que la familia de Zack había callado cuando la vieron entrar en la cocina un par de días atrás, que habían decidido mudarse lejos. A Zoey le dolía la idea, no podía evitarlo. Asumía que Zack estaba al tanto de ello y le incomodaba que él no se lo hubiese dicho todavía, que hubiera preferido apartarla de las conversaciones y de los susurros que flotaban por el hogar.

En eso, Jessica golpeó el vidrió de la puerta corrediza de su balcón para llamar a su mejor amiga. Zoey miró hacia abajo, la otra chica trataba de sonreír, pero más su mueca denotaba preocupación.

—Mamá me ha prohibido volver a hablar contigo —confesó Jess, cuando Zoey bajó de un salto y se metió en su cuarto—. Otra vez.

—Supongo que es lo lógico —dijo ella, alisándose la falda que se había puesto—. Menos mal que no se enteró de que estaba aquí.

Jessica puso los ojos en blanco y tuvo cuidado de revisar que la llave en la puerta estuviese bien colocada. Desconfiaba de su madre, no dudaba que ella intentaría abrir con su propia copia en cualquier momento, como lo había hecho un rato atrás.

Hacía una hora, ambas chicas habían estado charlando cuando la mujer abrió la puerta con su propia llave, dándole solo unos segundos a Zoey para poner un hechizo de invisibilidad sobre sí misma y ocultar que había estado ahí. Eso le valió a Jess unos cuántos gritos de su madre, que exigía saber dónde había escondido su hija el celular que se había robado, porque obviamente la había escuchado hablar con alguien. Sabiamente, Jess dijo que estaba cantando y que no había tocado el teléfono que le habían confiscado y que se encontraba en el cajón de la encimera de la sala —verdad que su mamá pudo

comprobar cuando la obligó a bajar a la charla diaria—.

—¿Hablaste con Zack, entonces? —preguntó la muchacha, retomando la conversación donde la habían dejado inconclusa.

Zoey se sentó en la silla de la computadora y jugueteó con los rizos de su cabello.

—Muy poco, la verdad. Ayer lo llamé, hablamos por el teléfono de línea porque… ya sabes, no tiene un celular —explicó.

Ella había creado teléfonos para los tres. Jess mantenía el suyo oculto de su mamá, pero Zoey no había podido darle el suyo a Zackary todavía porque hacía más de una semana que no podía verlo.

Después de sus primeros escapes, la madre de Zoey había notado algo raro en sus ilusiones: su hija dormía demasiado y no quería comer, descansaba siempre custodiada por el perro Beagle que hablaba —ella le había explicado que era por un hechizo—. A Elena Scott no le agradaba mucho Cra, y eso que no podía verlo como lo que realmente era.

Pero el problema no era su mascota en sí, sino que hacer esa jugarreta tan seguido para ver a su novio y a su amiga estaba resultando sospechoso. Zoey tuvo que pausar las escapadas por algunos días para actuar con normalidad. Después de todo, estaba castigada y no tenía permiso para salir.

Zoey no solo había tenido que explicar a sus padres lo que había ocurrido, sino que tuvo que inventarse una treta que presentar a la fiscalía, porque la denuncia por su desaparición seguía vigente para ese entonces. Tuvo que declarar y que pasar por cuestionamientos de policías, de abogados y de terapeutas que intentaron averiguar quién diablos se la había llevado, por qué el secuestrador se parecía a un chico muerto y demás. Por suerte, ella contó con el apoyo de sus padres y, cuando se retiró la denuncia, el caso dio por finalizado. Aún había cuestiones legales que resolver, pero Zoey ya no tenía un pedido de búsqueda sobre su cabeza; lo que, irónicamente, no significaba que pudiese salir a su gusto. Más allá del castigo por haber huido, la gente del pueblo hablaba sobre ella. Algunos se detenían frente a la puerta de su hogar más de lo necesario.

¡Y ni hablar de su familia! Tuvo que encerrarse de verdad en su cuarto y fingir que dormía para no soportar a Maggie y a su tía con sus preguntas. Zoey no estaba dispuesta a escuchar cómo su prima insistía sobre Zack, Adam o cualquier otra cosa. Especialmente, sobre Zack y los videos de YouTube.

—Quería ir a verlo hoy y aprovechar que dejé la ilusión en mi cuarto, pero justo su mamá y su hermana se mudan a la casa de la abuela Collins y la casa será un caos. No quiero molestar. Ya sabes que

ellas se sienten un poco incómodas con mi presencia —musitó Zoey, tirando de un mechón de pelo hasta dejarlo liso.

Ana, la madre de Zack, y su hermana todavía no sabían cómo tratarla. Aunque habían escuchado toda la historia y estaban enormemente agradecidas porque ella les había devuelto a Zack y porque había intentado salvar a Sam, se mostraban un poco incómodas con la idea de que Zoey fuese el dije. Aunque a ella la lastimaba un poco esa noción, lo comprendía. Estaban atravesando momentos muy duros como familia y ella, ciertamente, no era parte de *esa* familia.

—He hablado con James hoy —contestó Jessica, a su vez—. Él quería ver a Zack también. Me preguntó cuándo podríamos reunirnos. Quiere asegurarse de que ambos están bien, «vivos» —añadió ella, haciendo comillas con los dedos.

Jessica ya sabía lo que realmente le había ocurrido. Sabía que la Zoey original había muerto porque, después de que llevaran el cuerpo de Samantha a la casa de la abuela para cremarla con sus poderes en un ambiente controlado y para darle un descanso más pronto y acertado, Zack le preguntó en voz baja a su novia qué había pasado con su cuerpo. Allí, ella tuvo que explicárselo a Jess y a la familia de su novio.

Zoey sonrió. James preguntaba casi todos los días por ellos. También le había hablado por Facebook, aunque ella no se conectaba casi nunca para no ver lo que sus compañeros decían sobre tema.

—Dile que estamos bien. Yo misma ya se lo dije yo anteayer —aseguró Zoey, riendo por lo bajo—. Pero no creo que Zack pueda reunirse ahora. Aunque le vendría bien. Lleva dos semanas encerrado en la casa. Cuando estaba muerto y era un conejo tampoco podía salir. Ahora que tiene su vida de vuelta…

No era de forma tan literal. Zack estaba vivo otra vez, pero no podía recuperar su vida anterior.

Todos estaban atravesando una difícil transición.

—Podemos ir los tres el fin de semana a su casa, ¿no? —propuso Jess—. Además, creo que crearle una nueva identidad puede funcionar, como te dije ayer.

Zoey apretó los labios. Jessica había estado pensando en cómo podían ayudar a los Collins a retomar sus actividades y los cursos de sus vidas. Una de las ideas había sido crear una nueva identidad. Una con magia, que le diera a Zack un nuevo apellido, un DNI y un pasado creíble. Pero eso solo funcionaría si se marchaban de la zona.

La chica ocultó su inconformidad un poco tarde y Jessica suspiró, al notarlo.

—¿No has hablado con él de esto? —preguntó.

Zoey negó.

—Los días que he estado allí llegué a escuchar los murmullos. Pero los apagaron antes de que entrara los entendiera. También me dio la sensación de que Zack quería apartarme del asunto. Cuando hablamos por teléfono, no ha tocado ese tema para nada.

—Quizás Zack no quiere irse —sugirió Jess—. Tienes que hablar con él sobre esto en algún momento, te noto apenada. Quizás a él le apena igual y tiene miedo de decirte algo.

Y ella estaba segura de que así era. Pero, desde que él había vuelto a la vida, con su familia que no se habituaba a la idea de recuperar a un hijo y perder a otro, Zoey se sentía una intrusa, y la incomodidad que mostraban las Collins hacia ella también le preocupaba.

Zoey había pasado pocos momentos a solas con su novio y no estaba segura de cómo entablar esa clase de conversaciones. Lo que más le dolía era cuánto extrañaba al Zack muerto que estaba todo el tiempo pegado a ella, dándole lo que quisiera. Le dolía porque era egoísmo puro y, aun así, lo extrañaba.

Dejó a Jessica después de pasar un rato hablando *sobre* ella. Su mejor amiga había tenido pesadillas constantes con Peat y tenía problemas para conciliar el sueño. Sus padres la habían mandado a un psicólogo, que también se quejaba de que Jessica no abría la boca en las sesiones; la muchacha tampoco había ampliado su declaración por su propia desaparición.

—Estoy bien —había dicho la chica.

Pero había momentos en los que Jessica se quedaba callada, con la vista perdida, y se estremecía. Las secuelas de su secuestro y tortura se notaban a simple vista, al menos para Zoey. Su mejor amiga se esforzaba por ocultar estas emociones delante de otros.

—Te hablaré en la noche, hablaremos hasta que te quedes dormida —prometió Zoey, dándole un abrazo.

Jessica esbozó una sonrisa triste y le preguntó cómo volvería a casa.

—De la misma forma que vine —contestó ella, justo antes de saltar del balcón al jardín—. ¡En bus!

Jess puso los ojos en blanco.

—¡Practica lo de teletransportarte! —chilló su amiga.

Zoey la ignoró y empezó a alejarse. No se dio la vuelta, preocupada por el hechizo que tenía que colocar sobre sí misma. Ella también tenía que ocultarse, pero a diferencia de Zack, podía poner una ilusión sobre su rostro y nadie vería a Zoey Scott.

La muchacha bufó al llegar a la esquina, con las palabras de Jess todavía en su mente, y se ofuscó consigo misma. Ella tenía la teoría de que, si ahora era todo poderosa, lo suficiente como para crear algo vivo, también debería ser capaz de aparecerse donde quisiera sin necesitar usar el transporte público o de pedir permiso para salir, pero a Zoey le daba un poco de miedo intentarlo y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Muchos de sus poderes se habían vuelto fáciles, pero había un amplio espectro que dependía de su imaginación —la de ella y a la de su mejor amiga—. Por ello no tenía ni la menor pista de si era posible o no hacer ciertas cosas. Al menos, hasta que lo intentara.

Zoey esquivó a una señora distraída y pensó que, si lograba teletransportarse, podría ver a Zack todos los días, incluso si él se marchaba muy lejos.

Ella sabía que sí o sí tenían que hablar del tema, que él mismo tenía que decirle qué iba a hacer de su futuro. Allí entraba otro de los miedos de Zoey, otra inseguridad, porque si no aprendía a transportarse, sentía que iba a perder a su novio para siempre.

Le asustaba pensar en lo que ella misma sentiría cuando él le dijera que iba a marcharse a la otra punta del país —o del mundo—; le aterraba la realidad que se tejía por debajo de sus narices y la noción de que le costaría superarla si no conseguía hallar una forma para seguir cerca de Zack.

Zoey tenía en claro que era imposible vivir de la forma en la que habían vivido durante el año anterior. Él era libre ahora, ese había sido su mayor sueño. El de ambos, aunque ella se sintiera sola sin su compañía.

—Es solo la falta de costumbre —se dijo mientras caminaba por las calles hacia la parte céntrica de la ciudad. Sin embargo, casi por inercia, terminó dando una vuelta y espiando la casa de Zack desde una esquina.

Al acercarse y observar por la ventana con disimulo, se dio cuenta de que Elizabeth y Ana guardaban algunas cosas en cajas, eran objetos que pertenecían a la habitación de Zack. Por un instante, Zoey tuvo deseos de tocar la puerta y ofrecerse a ayudar para tener la excusa de ir a verlo después. Pero no quería ser una entrometida.

Dejó escapar un suspiro y retomó el camino hacia la zona transitada. Arrastró los pies por las veredas, apenas prestándole atención a los negocios que vendían regalos para el día de Reyes. Había mucha gente comprando a último momento, como en Navidad, y ella se detuvo en la puerta de una tienda de juguetes, pensando en Mateo.

Aunque su hermano no lo sabía, y no lo sabría probablemente

nunca, él había estado en serio peligro por culpa de ella; también la ayudó a concentrarse en momentos difíciles. Zoey tenía mucho que agradecerle y, aunque ahora pasaba casi todos los días atendiéndolo para distraerse y para aprovechar cada segundo a su lado, sentía que podía darle algo más.

Entró a la tienda solo a mirar. Desde que tenía la habilidad de crear lo que quisiera ya no necesitaba gastar dinero, pero a veces requería de ideas. Como no sabía mucho sobre juguetes, esa tienda era una muy buena opción.

Zoey buscó algo que fuese divertido para su hermano, que tuviese colores y sonidos. Eligió un *set* de sonajeros bonitos y con muchas decoraciones. Después de todo, no había podido darle nada por Navidad y sus padres, debido a la desaparición de ambos, tampoco se habían preocupado por ello.

Memorizó el juguete, mirándolo por todas partes para luego replicarlo cuando saliera. Lo dejó en un estante al terminar, segura de que lograría algo parecido, y pasó por la caja para que vieran que no se había llevado nada.

Entonces, notó detrás del mostrador una estantería llena de muñecos de felpa. Había un conejo blanco que se parecía mucho a Zack. Tenía una diferencia obvia en el bordado del rostro, pero una idea brillante cruzó por la cabeza de Zoey y, con eso en mente, se apresuró a salir a la calle.

Pidió un taxi para ir hasta Villa Helena lo más pronto posible. Si Ana y Elizabeth todavía estaban en su casa, ella tenía tiempo para ver a Zack y para hablar con él sin molestar a nadie.

Zoey contuvo los nervios. No se habían visto en varios días y temía a la conversación. Se mordió las uñas durante el recorrido entre una ciudad y la otra. El viaje fue muy costoso, lo pago con dinero que había creado esa misma mañana.

Llegó a su destino casi una hora después. Agradeció al taxista y se bajó en la puerta de la casa de la abuela Collins. Agradecía recordar la dirección.

Tocó el timbre, balaceándose de un lado al otro con nerviosismo, y no se sorprendió cuando la atendió el fiel mayordomo de la familia. El hombre la vio, la saludó y se hizo a un lado para que ella pudiera entrar. Zoey caminó hasta la sala y se quedó allí por un instante. Aprovechó la soledad para crear una perfecta bolsa de regalo con un muñeco de felpa en su interior.

Antes de que alguien la viera, se asomó al interior del paquete para evaluar su creación, y sonrió al ver al conejo con las orejas bien blancas, con los ojos bordados y con una expresión incierta que le

había visto miles de veces antes de que empezara a hablar y a dar miedo.

Lo estaba mirando como una boba cuando su nombre sonó en las escaleras. Zack estaba bajando, sorprendido, apenas vestido con un pantalón corto y una camiseta; iba descalzo.

—¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que te quedarías en tu casa unos días —dijo él.

Zoey se mordió el labio inferior mientras pensaba en qué le diría, temía estar siendo inoportuna.

Sin embargo, apenas él llegó hasta ella, la rodeó con los brazos e intentó levantarla del suelo, ignorando por completo lo que ella tenía en las manos. La fuerza de sus brazos en torno a su cintura tomó a Zoey por sorpresa, tanto como el que él pudiese alzarla como antes, como cuando estaba muerto y no había límite para sus habilidades físicas.

—¡No pesas nada! —se rio él en su oído.

Su aliento suave le provocó cosquillas y, mientras sus labios llegaban a la mejilla de ella, Zoey se derritió. Él siempre le había gustado, pero nunca había podido sentir algo así como su respiración contra su cuello, algo que la estremecía de placer. Esa clase de tonterías le parecían el cielo.

—Te extrañé —susurró ella, abrazándolo también. Lo apretó tanto como pudo, hasta que el que se quejó de dolor fue el mismo Zack.

—*Ouch* —murmuró—. Qué fuerte eres ahora.

—Tú sigues siendo igual de fuerte que antes —contestó ella con una sonrisa.

Zack bufó.

—No, tú eres la que no pesa. Supongo que es porque no tienes un cuerpo normal. Hoy quise correr la cama de lugar y estuve maldiciendo durante quince minutos porque estos muebles viejos de roble son más pesados que una piedra —contestó él, agarrándole las mejillas a su novia para atraerla hacia él y plantarle un beso en los labios—. ¿Cómo es que te escapaste esta vez?
¿O te dejaron venir?

Zoey puso los ojos en blanco y él alzó las cejas.

—No me dejaron… obvio que no. Pero no importa, quería verte y hablar contigo. ¿Podemos? Hace muchos días que no nos vemos.

—Lo sé, eso se siente raro —contestó él—. ¿Vamos a mi cuarto?

Subieron las escaleras tomados de las manos.

Zoey no vio a la abuela Collins por ningún lado, tampoco preguntó.

Entraron a una habitación pequeña, con cortinas blancas de encaje y muebles bastante antiguos. Por supuesto, no tenía nada de la personalidad de Zack, pero él ya había recuperado algunas cosas de su habitación y las había acomodado en las repisas y encimeras de roble.

Él cerró la puerta con mucho cuidado, alegando que hacía un chirrido terrible si se la empujaba fuerte y que la abuela estaba, después de muchos días, durmiendo un poco por fin. Entonces, se sentó a la cama junto a su novia y le señaló el paquete que todavía tenía en las manos.

—Ah —dijo ella, tendiéndoselo lentamente—. Es… para ti.

Zack tomó la bolsa y de su interior sacó al conejo. Lo sostuvo entre sus manos y se quedó en silencio, reconociendo que obviamente era igual a él. Tocó con la punta de los dedos los ojos bordado y, al final, levantó la cabeza hacia ella con una sonrisa traviesa.

Zoey se mantuvo quieta. Cuando captó esa expresión él dio un respingo. Si ella todavía tuviese un corazón humano y mortal, estaría sufriendo un síncope. Por alguna razón, el Zack vivo enloquecía incluso más su alma enamorada, como si todo lo anterior solo hubiese sido una faceta artificial de él.

—¿Qué vas a hacer con esto? —inquirió él—. ¿Darle vida y…?

Antes de que él pudiera hacer una broma idiota, Zoey le arrebató el juguete de las manos y negó.

—¡No, idiota! Lo hice para ti —explicó, acomodándole las orejas con un gesto mohíno.

Zack rio y se inclinó para darle un beso en la mejilla, sobresaltándola de nuevo.

—Gracias por mi regalo —dijo, recuperando al conejo y extendiéndolo en el aire para mirarlo mejor—. Cuando lo vi en la bolsa, pensé que solo similar. ¡Pero es idéntico! Aunque en verdad pensé que te lo quedarías tú, ya que no me tendrás contigo todo el día como antes.

Ella apretó los labios. Sí, esa había sido su idea inicial, pero le pareció que el muñeco estaría mejor en otra parte. Al menos, ese conejo puntual. Ella podría crear otro luego.

Ese muñeco había marcado a ambos. Había sido una parte importante de sus vidas. Y, cuando él se fuera, quería que lo tuviera para recordar esos momentos juntos.

—Tú tampoco me tendrás contigo todo el día —apuntó ella, juntando las manos y clavando la mirada en las cortinas de encaje.

Zack guardó silencio y jugueteó con el peluche durante un rato. Zoey sabía que él estaba pensando en los próximos pasos que daría su

familia. Aguardó un poco a que su novio lo confesara, pero los minutos pasaban y él no lo hacía. La impaciencia amenazaba con hacer que ella perdiera la paciencia; mantuvo los dientes apretados hasta que no pudo más.

—¿Por cuánto tiempo vivirás aquí? —dijo Zoey, después de que él probara al menos siete posiciones para las orejas articuladas del muñeco en un extraño y temeroso silencio.

Él tomó aire, pero no contestó de inmediato. Sopesó sus palabras un poco y luego se giró a verla con lentitud, previendo cualquier reacción de su parte. Zoey mantuvo una expresión neutra, no quiso mostrarse ansiosa ni apenada.

—No lo sé —admitió—. Mamá y Elizabeth vendrán a vivir aquí también, como te dije, pero…

Él cerró la boca y rehuyó de la mirada de ella. No se atrevía a decirle lo que había estado charlando con sus seres queridos, pero la verdad se notaba en sus ojos, en el brillo que de pronto se había apagado.

Zoey apretó los labios. Aunque trató de contener sus impulsos, no fue capaz de hacerlo. La ansiedad le ganó de nuevo.

—Sé que ellas quieren mudarse, Zack. Mudarse lejos, contigo —contestó—. Y sé que nadie me lo dice porque… bueno, quizá no es asunto mío. Y tú no me lo dices porque tienes miedo... Miedo de lo que yo pueda pensar, ¿no?

El muchacho se mordió el interior de la mejilla, mortificado, y apartó al conejo. Le tomó una mano a su novia y la arrastró hasta su regazo.

—Aún es muy pronto, Zo. Sam apenas… —titubeó, todavía sin poder mirarla a la cara—. Todo es muy repentino y yo… todavía no sé qué sentir al respecto. Mamá me abraza todo el tiempo que puede, me pide que jamás vuelva a irme. No quiere dejarme nunca solo. Pero la oigo llorar en las noches por Samantha. Yo…

Zoey miró sus manos entrelazadas y se concentró en el calor que emitía su piel. Durante años había deseado disfrutar de un futuro prometedor con Zack, y ahora no sabía qué iba a pasar entre ellos. Se aferró a la idea de la teletransportación y pensó que lo intentaría tanto como pudiera; mientras tanto, no podía evitar sentirse mal.

—Entiendo —susurró ella.

Él chistó y negó con la cabeza, tirando más de su mano para acercarla a su pecho.

—¿Estás segura?

—¿Por qué no lo estaría?

—Porque tu cara dice otra cosa —aseguró él.

Zoey se enderezó y se tocó el rostro con la mano libre. Había estado concentrándose en no mostrar ningún tipo de dolor o molestia. Zack le había dicho, cuando estaban en el palacio del rey, que él deseaba un futuro para sí mismo, y ella no deseaba entrometerse en eso. Si él debía irse para ser libre, ella lo entendería.

A pesar de eso, fue sincera.

—Es que… no estoy acostumbrada a estar lejos de ti.

—Tampoco yo —contestó él, atrayéndola otra vez. Pasó un brazo por su cintura y la instó a abrazarlo. Zoey se fundió con él, apoyó la cabeza sobre su hombro y pegó la nariz a su cuello—. He dormido contigo durante meses. Ahora, si alguien me empuja en la noche, tengo que preocuparme —bromeó, pero su tono no fue alegre y, aunque ella sentía que el corazón se le estrujaba de congoja, se atragantó.

—Eso no es gracioso —se quejó ella—. No me gustan los fantasmas.

Zack se agitó, riendo por lo bajo.

—¿Vas a enojarte conmigo? Porque sí tengo miedo de lo que vayas a pensar —añadió, refiriéndose al tema central de la conversación.

Ella suspiró.

—Jessica me dijo que quizá lo mejor sea crearte un DNI falso, con un nuevo nombre, y que fingieras ser alguien más. Bueno, tú y toda tu familia. No pueden quedarse en la ciudad porque notarán que has vuelto y que Samantha no está. Es mejor que sigan creyendo que lo que vieron en las cámaras de seguridad es un mal chiste. Ya tengo bastante con ese tema y con los policías y terapeutas que quieren saber quién era el chico —parloteó Zoey, sin respirar—. Tampoco es que voy a poder volver a la escuela con facilidad, seguro tendré que hacerlo en otro sitio. Pero no importa a donde vaya, me perseguirá el rumor de que desaparecí con un muerto. Y me preocupa hacerlo sin ti, porque he hecho todo contigo durante un año y, aunque Cra me hace compañía en las noches, mi habitación se siente muy vacía. Te extraño y a veces no puedo dormir. Sé que lo de Jess es peor porque no para de tener pesadillas con Peat, trato de hablarle por teléfono hasta que se duerma porque tiene miedo de que él se le aparezca en la oscuridad como la última vez y…

Zack le puso una mano en el pecho.

—Respira —le pidió—. Entiendo que ya no lo necesitas —aventuró él—. Pero te vas a atragantar. ¿Es eso posible?

Zoey se dio cuenta de que había hablado como si fuese una máquina. Cerró la boca y ahogó un sonido frustrado en la garganta. Se

había ido por las ramas y gran parte de lo dicho no tenía que ver con Zack ni con el hecho de que se iría, sino consigo misma.

—Soy una mala novia —rezongó—. Estábamos hablando de ti. Yo no estoy muerta para nadie y lo mío siempre será menor que lo que tú has vivido.

Él la soltó y le dirigió una expresión negativa.

—Zoey, tú estás muerta. Tu cuerpo murió y no te puedo explicar cómo me sentí cuando te vi ahí tirada. Él te mató y yo no estuve ahí para ti, no minimices lo que te ha ocurrido solo porque yo… —Exhaló y le agarró la mano otra vez.

—Bueno. Yo sentí eso cuando te vi atrapado en la máquina del sótano. Después de todo, el dije te ha quitado más de lo que te ha dado —respondió ella, con cuidado de no contradecirlo.

—Te tengo a ti gracias a él —respondió Zack de pronto, mirándola a los ojos con ferocidad. El brillo en sus ojos había vuelto y la forma en la que la sostenía denotaba la intensidad de sus palabras.

El gesto conmovió a Zoey profundamente y, aunque hubiese deseado girar el rostro para que no la viera llorar como una tonta, no pudo escapar al embrujo de su expresión, al cariño que él le profesaba. Eso hubiese estado mal, hubiese sido como si rechazara sus palabras.

—Zoey —siguió Zack—. Yo sé lo que te dije. Sé que te dije que quería una vida y que quería un futuro que fuese mío. Es casi seguro que mamá, Elizabeth y yo nos mudemos a otra ciudad, quizás a otra provincia donde nadie sepa sobre nosotros. También es posible que nos llevemos a la abuela y a Samantha —explicó, haciendo un gesto para indicar que se refería a sus cenizas—. Sé que significa que tendré que alejarme también de ti. Pero…
eso no va a cambiar el hecho de que eres la chica de la que estoy enamorado y con la que quiero estar siempre. Tampoco va a cambiar que vamos a vernos cada vez que podamos. ¿Sabes? Ahora quizá pueda elegir una universidad y tal vez nos veamos ahí el próximo año, ¿no? Podríamos ir juntos. Tendríamos que ir a Capital Federal para eso, o a otra provincia. Podríamos incluso… vivir juntos.

Él dejó que su voz se convirtiera en un murmullo. Mientras Zack hablaba, Zoey siguió viéndolo a los ojos y pudo notar en ellos esas posibilidades. Imaginó una oportunidad de avanzar, de crecer con los tiempos correspondientes para cada uno, de encontrar sus caminos y de reunirse para continuar su historia en la compañía del otro.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y asintió. Todavía no sabía qué decir; no tenía palabras porque, aunque la emocionaba la forma en la que él la miraba, con más de una promesa grabada en el rostro, todavía sentía algo de angustia.

—Y tienes razón, debes volver al colegio. Pensar en qué quieres estudiar. Yo también lo haré. Ahora tengo la oportunidad, gracias a ti. —continuó Zack. Le sonrió, inclinándose hacia ella. Le sujetó el rostro y la besó la punta de la nariz—. Ahora puedo… no sé, pensar en si quiero volver a hacer deporte, si quiero estudiar o trabajar. ¡Puedo hacer cualquier cosa! Aunque me odio en las noches porque creo que le he robado el lugar de Sam, aunque tú tengas razón al decirme que no es así... —exclamó, refiriéndose a las tantas veces que habían hablado sobre eso por teléfono—. Aunque la muerte de mi hermana la sienta en como mí propia culpa, no puedo evitar estar agradecido por esta oportunidad. Me alegra saber que tengo la opción de elegir quién seré, y que podré pensar en eso contigo. Es algo que durante meses ahogué porque sabía que solo nos lastimaría a ambos.

Volvió a besarle la nariz a su novia una y otra vez. Pasó los labios por sus mejillas y bajó hasta que atrapó su boca; la ferocidad que había expresado en su mirada la trasladó a sus labios. Zoey dejó que él la arrastrara hasta subirla sobre sus piernas; se sentó sobre él y pegó su pecho al de él.

De un momento a otro, y sin separar sus labios, ella tumbó a su novio sobre la cama. Las manos de Zackary subieron por sus piernas desnudas, por debajo de la falda y hasta sitios que él conocía muy bien y que los llenaba a ambos de deseo. Él gruñó en medio de su beso, cada vez más violento y desenfrenado. Cuando ella se retorció sobre su cuerpo, buscando cerrar cualquier espacio entre ambos, el gruñido de Zack aumentó de volumen.

Zoey gimió, tan excitada como él, pues podía sentir las reacciones de su cuerpo humano; él respondía a sus caricias, al toque nada tímido de sus labios y al estado de su falda, enrollada alrededor de su cintura.

Entonces, escucharon un sonido y un par de voces en el pasillo, del otro lado de la puerta cerrada. Se acercaban al cuarto.

Zoey pegó un brinco, rodó lejos de Zack y terminó en el suelo, despeinada, con las mejillas calientes y con las bragas en el aire. Se tocó la cabeza, que se había golpeado con la encima, pero que no le dolía.

Lo único que vio, desde el piso, fue la mirada divertida de Zackary, que se había apoyado sobre un codo en la cama y que señalaba la llave que estaba clavada en la cerradura.

—Está cerrado, lindura —dijo él, echándole un vistazo a sus bragas —. Me encantas tus esos corazones, ¿no te lo había dicho ya?

Zoey hizo un mohín y se acomodó el pelo. Se puso de pie de un salto y se bajó la falda. Enseguida, él le atrapó las muñecas y la atrajo a su regazo otra vez.

—Me asusté. Es tu hermana, reconozco la voz. Sabe que estoy aquí —explicó, sentándose sobre sus rodillas.

Él le corrió un rizo de la frente y se lo colocó detrás de la oreja.

—¿Y qué? —preguntó él.

Zoey no supo qué contestar, así guardó silencio y siguió estirándose la ropa, avergonzada. Después de todo, esa era la casa de la abuela Collins y habían estado a nada de arrancarse hasta la última prenda. No había sido correcto.

—Zoey… —murmuró él.

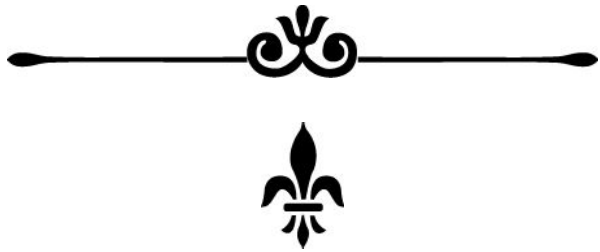
Ella levantó la cabeza y se encontró con una mirada llena de cariño y de dulzura. Una expresión de devoción había reemplazado a la seductora y a la burlona en Zack. Él siguió tocándole el pelo mientras ella esperaba, pues sabía que venía algo más.

—¿Sí?

—Te amo —dijo él, estirando las palabras—. A donde sea que yo vaya y donde sea que tú estés, y más allá de lo que hagamos mañana o pasado, nada importa. Te amo.

Zoey le sonrió, esta vez convencida de sus palabras y agradecida de ya no sentir, de pronto, ese dolor y esa angustia en el fondo de su corazón al pensar en que tendrían que despedirse en algún momento. Ya no le dolió porque sabía que no sería impedimento alguno para ellos; más bien, lo entendió al fin como algo normal, algo que debía pasar y que de seguro muchas parejas enfrentaban al volverse adultos. Decidir qué quiere ser uno no es fácil y puede tomar muchos años. Encontrar el camino y un lugar sano y seguro para hacerlo, también. Nada de eso significaba un adiós para siempre, solo una transición más que debían afrontar.

—Te amo también —contestó ella, inclinándose hasta apoyar la frente contra la de su novio; Zack cerró los ojos y ella hizo lo mismo —. A donde sea que vayas y sea lo que sea que decidas hacer, siempre te amaré.



Epílogo

El reino estaba en penumbras, como siempre. No había ningún sonido más allá de sus pasos; cada vez que se detenía para observar los alrededores, una sensación abrumadora de soledad y de congoja se apoderaba de ella.

Estar sin Zack ahí se sentía raro. Durante los días que habían pasado allí, hacía más de un año, la compañía de él había evitado que ella sintiera miedo de esos sitios oscuros y muertos. Ahora, sin embargo, solo los estornudos de Cra le daban consuelo de vez en cuando, también interrumpiendo el silencio.

Zoey se apresuró detrás de la criatura. Aferró las tiras de su mochila y esquivó los escombros del suelo mientras echaba un vistazo a los restos del palacio. Se volteaba a verlo a cada rato. No podía evitar que esa sensación de angustia se acrecentara cada vez que posaba sus ojos en las ruinas. Algunas partes se sostenían en pie, pero eran muy pocas. Ya casi no quedaba nada del lugar perdido en el tiempo que había sido su refugio por varias noches. A pesar del paso del tiempo, seguía sintiendo un extraño anhelo en relación con ese lugar. No lo olvidaba ni dejaba de desear verlo en pie otra vez.

—Qué triste —murmuró ella.

Su voz hizo que Cranium se detuviera y la observara.

—¿Lapis Exilis? —preguntó, preocupado por ella.

Desde que él vivía en su mundo y con su familia, jugaba mucho con Mateo y había aprendido a captar mejor las palabras y a entender a los seres humanos de una forma más certera. La palabra tristeza no le gustaba, por ejemplo, porque cada vez que Mateo lloraba y Cra se asustaba, Zoey tenía que explicarle que el niño lo hacía porque estaba «triste».

—Descuida, no voy a llorar. Es solo una expresión, Cra —avisó ella, alcanzándolo.

Ya no necesitaba que él la guiara.

Zoey acababa de divisar la entrada al viejo templo del reino. Se aproximó e invocó un par de bolas de fuego para que le iluminaran los pasillos. Luego, aminoró el paso cuando se dio cuenta de que dentro era fácil perderse y, de nuevo, solo Cranium sabía cómo llegar al árbol.

—Después de esto, podremos ir a almorzar —prometió ella, para sacar conversación. No le gustaba estar allí en silencio—. Papá hará un asado excelente. ¿Tú qué quieres, Cra? ¿Qué tipo de huesos?

Cranium estornudó.

—¡Fémures, muchos, muchos fémures!

Cra nunca innovaba. Aunque ella le diese a elegir, él siempre escogía el mismo hueso. Suponía que, por su tamaño y facilidad de comer, era su favorito. Cada vez que se lo creaba, le ofrecía algún otro como aperitivo, pero como su mamá se ponía histérica al escucharlo hablar, y más al verlo comerse los huesos, el animalito se aferraba a su alimento y corría para alimentarse en el patio trasero. En ocasiones, Mateo lloraba porque quería ir a comer huesos con Cra.

Muchas cosas habían cambiado en ese tiempo. En primer lugar, Zack se había ido a vivir a otra provincia. Toda su familia, incluyendo a la abuela, se habían mudado a Córdoba, donde nadie los reconocía y él podía gozar de una nueva identidad. Se había tomado el año para pasarlo con su familia y para pensar en su futuro.

Hacía mucho que Zoey no lo veía. Aunque había aprendido a teletransportarse, no tenía tiempo de acercarse a su nueva casa. Se habían visto algunas veces para fechas especiales, como su cumpleaños o en las vacaciones de invierno, pero ella misma había tenido que lidiar con una mudanza a otra ciudad. Eso significó separarse de Jessica y forjar nuevas amistades en otra ciudad. Al contrario de Zack, a ella seguían reconociéndola como la chica que había desaparecido, y eso le buscó amistades interesadas y curiosas, así como también gente que intentó provocarla.

También tuvo que rechazar el contacto de todos sus antiguos compañeros de escuela. Recibió unas cinco solicitudes de amistad de Facebook de Rick Davenson, hasta tuvo que bloquearlo.

Para su suerte, había logrado al menos terminar el año escolar, rendir las materias, despedirse de gente que no le importaba para nada y mirar hacia delante, hacia una nueva vida llena de oportunidades. Ya había elegido una carrera universitaria y, aunque tenía miedo y se sentía insegura de lo que eso significaba, no podía evitar estar emocionada. Se trataba de un suceso importante en su vida, era un nuevo comienzo para todos.

Al igual que con ese árbol.

Zoey se detuvo cuando entraron a la sala circular que aún tenía el tronco negro y marchito en el centro. Cranium se sentó y esperó, girando la cabeza hacia ella luego de haber cumplido con su tarea.

—Bien hecho —dijo Zo, pasando, acariciándole las orejas peludas.

Ella se acercó al gran macetero y revisó las inscripciones y los dibujos con renovado interés. Desde lo ocurrido con Peat —la muerte de su cuerpo y la inmortalidad obtenida por el dije—, leer y traducir la lengua perdida le resultaba tan sencillo como hacer magia. Podía ver las letras y entenderlas sin ningún problema.

Y estaba feliz de haber regresado allí para analizar el texto.

Zoey se entretuvo leyendo por largos minutos y Cranium empezó a correr por diversión alrededor del macetero. Ella perdió la noción del tiempo, sumergida en las leyendas y mitos allí narrados, y encontró también la confirmación que esperaba.

—«Lapis Exilis, la vida eterna y el pilar del árbol sagrado que conecta y alimenta, regresará y vencerá a la muerte y al infortunio. Espíritu eterno que habita en su alma, ha de venir a sanar lo que se destruirá por avaricia y por rencor. Odio negro y profundo quemará, pero sus llamas no podrán dañar. Lapis Exilis, fuego eterno, todo lo reparará» —pronunció en voz alta—. Es otra profecía.

Se giró hacia el árbol. Hablaba tanto de Peat como de ella. Hacía referencia a dos tipos de fuego y, por supuesto, desde siempre había quedado claro que el de Peat era el que estaba lleno de odio. Así fue como él había destruido el árbol y había dañado la conexión entre los dos mundos mortales, y quizás de más.

Durante ese último año, además de estudiar en la escuela, Zoey se había tomado el trabajo de leer mucho sobre mitología nórdica y sobre catolicismo y cristianismo. Había aprendido un montón y ahora era capaz de enlazar diferentes hitos en ambas historias. Por ejemplo, se decía que tanto Odín como Jesús habían muerto y resucitado, casi como ella. Quizás esa era la mejor forma de describir lo que era ahora, pues el dije la había elegido por una razón muy obvia y tenía que existir una conexión, si era parte de su descendencia y si existía la posibilidad de que el rey del pasado hubiese sido alguno de ellos. O ambos.

En otro ejemplo, el árbol Yggdrasil de la mitología nórdica conectaba nueve mundos, entre ellos, el de los dioses y el de los mortales. Quizá por eso Peat no había podido entrar otra vez. Él no era mortal, pertenecía a otra categoría de ser. Y, dentro de esa misma mitología, él era más bien como un dios oscuro. En el caso del catolicismo, Peat parecía más bien un demonio. El diablo mismo.

En otras historias, una zarza había representado la conexión entre

Dios y Moisés, quizás era una reversión de ese mismo árbol. Zack había tenido razón al señalar que existían muchísimos árboles de la vida en múltiples religiones y mitologías, a ella eso le parecía fantástico. Era maravilloso y curioso.

Del modo en que ella lo veía, el árbol había sido una conexión entre ambos mundos que permitía el paso de uno al otro, de humanos y de dioses.

Había un sinfín de elementos que Zoey todavía no entendía, quedaba mucha tela por cortar en esa trama. A veces se preguntaba por qué existían los dos mundos mortales que ella conocía, ese y el suyo. Y dónde estarían los otros, si es que también eran reales. También se preguntaba de dónde venía el creador del dije, del rey y de Peat y por qué no había intervenido en la lucha.

A pesar de las dudas, Zoey confiaba en que, con el paso del tiempo, encontraría más respuestas a sus teorías. Después de todo, ella era el dije y tenía un futuro planeado en el que se incluían las investigaciones pertinentes. Tenía fe.

Se quitó la mochila y tomó del interior una bolsita de plástico con las semillas que había encontrado dentro del arca. La de tela, con cientos de años de antigüedad, ya la había tirado a la basura hacía meses. De tanto toqueteo se había roto y su mamá no la quería en la casa.

—Bueno, Cra, tenemos que hacer jardinería —explicó ella cuando el animalito frenó a sus pies.

Zoey se trepó al macetero, pasó al otro lado y aterrizó entre las cenizas. Pensó en la mejor manera de quitar el viejo árbol, sus opciones involucraban magia y pulverización. Además, tenía que limpiar la tierra, algo que demoraría un rato.

Al final, estiró los dedos hacia el tronco para darle una despedida. Tal y como la otra vez, cuando lo tocó, tuvo una visión. Esta fue veloz, pero bastante clara. Mostraba la larga vida de ese árbol y su función como conector. Era una parte de los dioses, o de Dios, en ese mundo, no solo un símbolo. Por eso había sido adorado y por eso Peat lo había quemado. Quiso quitar todo rastro de su padre de allí, aunque no tuvo en cuenta que se borraría a sí mismo también.

Entonces, después de que las imágenes deambularan por su mente, donde incluso pudo ver la cara del rey plantándole sus respetos al árbol, el tronco se deshizo entre sus manos. Cayó al suelo en forma de polvo y se mezcló con las cenizas de sus hojas. Había cumplido su tiempo y había mostrado todo lo que tenía para revelar. Ya no tenía razón siquiera de seguir siendo un esqueleto visible.

Zoey apretó los labios al comprender que algunas de sus teorías

eran ciertas. Hizo una inclinación, como la que había hecho su antepasado miles de años atrás. Le rindió sus respetos y le dio una despedida al árbol viejo.

—Gracias —musitó. Le agradecía por haberle mostrado el pasado.

La chica se agachó y puso sus manos en la suciedad del suelo. Le ordenó a su magia limpiar el espacio; tuvo que sacar varias capas de desechos hasta alcanzar casi un metro de profundidad. Con eso listo, Zoey imaginó la tierra más rica y sana que podría existir e hizo levitar la bolsita de semillas por encima del cantero.

Agarró una de las diminutas piezas, la que le pareció la más entera después de tanto manoseo en los últimos meses, y le infundió sus poderes, con buenos deseos para que creciera pronto. Había pasado tantos siglos en una caja que no sabía si la semilla podría brotar por sí misma, por lo que la puso en un hueco en la tierra con mucha ansiedad.

Usó las manos para taparla y para afirmar un montoncito casi negro sobre ella. Cerró los ojos y creó agua que se impregnó de a poco sobre lo que había plantado.

—Por favor, crece, crece —pidió ella, empujando de vuelta su magia hacia la semilla. Había sido capaz de crear un cuerpo vivo y muchas cosas más, así que deseó que sus poderes pudieran también ayudar en una situación así.

Mantuvo las manos allí durante varios segundos, proyectando e imaginando sin parar, hasta que un delgado brote se escapó de la tierra y tomó altura, hasta alcanzar unos quince centímetros.

Con un grito de júbilo, Zoey se puso de pie y se asomó por el cantero para decírselo a Cranium, que la esperaba sentado junto a la mochila.

El perrito estornudó y ladeó la cabeza, curioso por lo que ocurría a sus espaldas.

En eso, ella se giró al sentir un temblor bajo sus pies. El brote tenía ya, de la nada, el aspecto de un árbol pequeño. Y no paraba de crecer.

—¡Creo que fue demasiado! —gritó Zoey, saltando fuera del macetero y corriendo hacia Cra y hacia sus cosas.

Las raíces del nuevo árbol empujaron los muros del cantero, explotándolos a su paso.

Las hojas recién nacidas, pero fuertes y verdes, ocuparon todo el recinto, hasta el techo y a través del hueco que dejaba pasar el aire. Zoey se refugió con un escudo justo antes de que un pedazo de roca del cantero le volara la cabeza a Cra.

Viendo que el árbol no paraba de crecer y que las raíces serpenteaban hacia los pasillos del templo, a riesgo de inundarlo todo y de tapar las salidas, ella apuntó las manos hacia el tronco otra vez.

—¡Detente! —ordenó, retirando su magia.

El árbol se tambaleó, pero por fin dejó de crecer. Era muchísimos metros más grande que el anterior y las raíces, gruesas como serpientes gigantes, ocupaban el suelo por todas partes, casi sin dejar espacios visibles. Algunas hasta se habían enredado en las columnas.

Cuando todo se detuvo, Cranium pegó un grito.

—¡Lapis Exilis! —exclamó, olfateando hacia arriba.

Ella siguió la dirección de su hocico y dejó caer la mandíbula. Entre las ramas y las hojas se colaban pequeños rayos de luz.

—No entiendo —susurró ella.

Alzó a Cranium y agarró la mochila. No sabía dónde habían quedado el resto de las semillas, pero ya no importaba. Empezó a saltar por encima de las raíces hasta que llegó al pasillo de salida. Corrió con prisa al notar cuán claro estaba el exterior, que ya no parecía un sitio terrorífico. Alcanzó la puerta que daba al reino con el corazón en la boca.

Era de día. No veía el sol por ningún lado, pero estaba iluminado y muchísimas plantas y árboles crecían entre los escombros. Junto con el árbol, el conector de mundos, volvía la vida al reino.

Maravillada, con Cranium entre sus brazos, Zoey se dejó llevar por la emoción. Soltó una exclamación de júbilo y pegó un salto. Lo que veía era hermoso y alucinante. El verde devoraba todo y llenaba de alegría un sitio que había sufrido el silencio de la muerte por siglos. El perrito olfateó los aromas que empezaban a llegarles desde las plantas. Había frutas y flores inundando el paisaje en lugares en los que alguna vez había existido el miedo.

—«Lapis Exilis, fuego eterno, todo lo reparará» —susurró ella, repitiendo lo que había leído en las paredes del templo del árbol—. Está hecho Cra, terminamos el trabajo. Después de tanto tiempo, lo hemos finalizado.

Cranium alzó la cabeza hacia ella y estornudó, feliz solo porque ella lo estaba. Zoey lo abrazó y lo dejó en el suelo para que pudiese disfrutar de la naturaleza por sí mismo. Después de todo, hasta la ciudadela había un largo trecho que ahora podrían caminar mientras disfrutaban del paisaje.

Zoey miró su reloj de pulsera y comprobó que apenas eran las diez de la mañana.

—¡Tenemos tiempo antes de ver a Zack en Córdoba! —exclamó,

instando a la criatura a correr entre los árboles.

Para llegar al reino, se teletransportó desde la ciudadela hasta allí mismo. Pero ahora quería aprovechar el recorrido. Vio los campos crecer ante sus ojos y a Cranium revolcarse entre las flores mientras estornudaba sin parar y rezongaba porque no crecían huesos también.

El trayecto se pasó rápido.

Al llegar al portal, que no había sido destruido por las marionetas del Peat, encontraron las paredes y la muralla cubiertas de musgo y de enredaderas. Esas mismas marionetas debían haberse destruido solas cuando Peat murió, pero gracias a las plantas, no podía apreciarse ningún resto de ellas. Zoey también había evitado recorrer esa zona a pie en un principio solo miedo a ver eso.

Cuando ella abrió el paso una vez más, miró un lado y el otro. Ambos mundos estaban cubiertos de vegetación diversa, pero ese sitio, aunque tenía vida, no poseía ni animales ni insectos.

Con una idea genial en la cabeza, Zoey dio un paso hacia afuera.

—¿Qué dices, Cra? ¿Lo dejamos abierto un tiempo? —preguntó—. Solo necesitamos algunas criaturas que quieran mudarse.

—¡Y huesos, muchos huesos! —exclamó Cra. Por supuesto, más animales significaría que algún día morirían y que dejarían huesos. Eso era todo lo que importaba para él.

Zoey rio y echó una pequeña ilusión al portal, una que pudiesen percibir los humanos para seguir viendo rocas, pero no los animales, para que pudiesen entrar. Al fin y al cabo, con la renovada luz en ese otro mundo, el portal perdía su esencia y no se notaba la diferencia entre un lado y el otro.

La muchacha agarró al perrito en brazos, se ajustó la mochila, cerró los ojos e imaginó el sitio donde quería estar: cerca de la base del cerro, donde sus padres la esperaban con Mateo mientras preparaban un asado para disfrutar en familia.

Corrió hasta ellos y dejó al perro, que se veía como un Beagle otra vez, para abrazar a su hermanito.

—¿Ya llegaron? —exclamó.

Estaba nerviosa. Era la primera vez que sus padres se veían con la familia de Zack y habían acordado ir a pasar el día al cerro para que todo fuese un poco más distendido. Luego, volverían a verse el día siguiente en la casa de Zack, que estaba cerca, para arreglar los detalles para la universidad.

Empezarían a cursar juntos. Habían decidido ir a la capital e inscribirse en la Universidad de Buenos Aires. Rentarían un departamento que el papá de Zoey ya había ido a visitar. Solo faltaban

la mudanza y los trámites pertinentes. Luego, quedarían las inscripciones finales.

—Aún no —dijo Helena, dándole a Mateo una galleta, que estaba feliz de que su hermana y su perro volvieran. Había llorado cuando ambos se fueron a hacer sus cosas mágicas secretas—. Pero no debe faltar mucho, cariño. ¿No te habían avisado que quizá llegarían un poco más tarde?

Zoey asintió y se quitó la mochila. La dejó en el suelo y le indicó a Cranium que se quedara cerca.

—¿Hiciste lo que tenías que hacer? —preguntó su madre—. Tardaste un montón de tiempo. Como dos horas, ¿no?

—¡Ca! —chilló el niño, arrojándole la galleta directamente al perro.

Su madre puso mala cara, pero no retó al pequeño. Mateo amaba a Cranium y no había forma de evitar que intentara alimentarlo con comida humana o con los huesos que Zoey creaba.

La muchacha se sentó en una banca de cemento y apoyó los codos sobre la mesa, del mismo material, mientras su padre se giraba hacia ella y le mostraba la carne que cocinaba sobre el asador comunitario del parque en el cerro. Habían llegado muy temprano para ocupar los mejores sitios bajo los árboles.

Ella revisó su teléfono celular, era casi mediodía.

—Está hecho. Todo ha crecido —contó—. El mundo está vivo otra vez. Más tarde, voy a llevar a Zack para que lo vea.

No había querido ir con él todavía porque no habrían tenido una buena excusa que darle a las Collins para pasar tanto tiempo perdidos en la montaña. Además, no había nada atractivo en el otro mundo que él no hubiese visto ya. Además, le preocupaba que al otro lado del portal pudiesen encontrar los restos de las marionetas. No hubiese tenido forma de adivinar que el mundo mutaría con el árbol, de lo contrario habría deseado que lo vieran juntos.

Además, Zack le había pedido que no mencionara ni al otro mundo ni a Peat. Su mamá, su hermana y su abuela habían decidido que querían vivir como si eso no existiera y como si Samantha hubiese muerto de otra cosa. Así que, pedirle a su novio frente a ellas que la acompañara a plantar un árbol sagrado del otro lado de un portal no quedaría bien.

Mostrarle la ciudadela era otro asunto. Sería bonito y tenían la excusa de un corto paseo de enamorados por el cerro. No tardarían demasiado.

Zoey buscó en los mensajes de su teléfono alguno de Zack y maldijo por la mala. Los Collins no vivían muy lejos de Capilla del Monte, el

pueblo turístico de la provincia cordobesa que jactaba de tener el cerro más lleno de alienígenas del país. Pero, recorrer esa distancia con la abuela y con sus piernas cansadas podía demorarlos más de lo previsto.

Poco después, mientras ella peinaba el parque con los ojos, escuchó su nombre y vio un grupo de cabezas rubias que se acercaba lentamente. La muchacha se puso de pie de un salto, Mateo se sobresaltó y derramó su vaso lleno de jugo sobre Cranium.

—¡Ya llegaron!

Zack le sonrió a la distancia y se contuvo de correr, pues traía una heladera portátil en una mano y una bolsa llena de cosas para el almuerzo en la otra.

La que corrió fue ella. Saltó sobre él y le rodeó el cuello con los brazos. Su novio bajó las cosas y le devolvió al abrazo con intensidad.

—Mi novia —susurró en su oído—. ¡Cuánto te extrañé!

Sin importar que sus padres y que la familia Collins estuviesen viendo, Zoey corrió el rostro y buscó los labios de Zack. No lo veía desde hacía tres meses y siempre que no estaban juntos el tiempo se le hacía eterno.

Él la levantó ligeramente del suelo, besándola solo un poco más, y la soltó cuando su mamá y su hermana los alcanzaron. Detrás de ellas venía la abuela Collins en silla de ruedas, con su mayordomo y la enfermera que la acompañaba desde hacía unos meses.

—Qué bueno verte de nuevo, Zoey —saludó Ana. Le dio un pequeño abrazo y le dirigió una sonrisa; luego, Elizabeth se inclinó para besarle la mejilla.

A diferencia del año anterior, ambas habían asimilado lo que Zoey era, la aceptaban y la querían.

—¿Ese es tu hermanito? —preguntó la muchacha, echándole un vistazo al niño—. ¡Es hermoso!

Cuando la Collins llegó hasta ellos, le pidió a su nieta postiza que le diera un buen abrazo. Zoey se inclinó hacia ella y se alegró de verla entera. El desgaste por lo ocurrido en ese tiempo se evidenciaba en su salud, pero ella era una mujer dura como una piedra; vivir con su familia y rodeada de afecto la ayudaba muchísimo.

—Cada vez que te veo estás más alta —dijo la abuela con picardía, apretándole la mano—. Y más bonita —añadió, guiñándole un ojo—. Por cierto, ¡yo también quiero ver a ese bebito lindo!

Zoey se hizo a un lado y ayudó a Zack a llevar las cosas hacia el sitio que habían ocupado con su familia. Pronto, empezaron las presentaciones. Ella tuvo que tragarse los nervios porque todo ocurrió

con naturalidad. Mateo era un rompecorazones y se ganó a cada una de las Collins con un par de miraditas vergonzosas. Incluso Zack, que solo lo había visto en fotos desde la pelea en el bosque, tuvo un flechazo con el niño.

La comida estuvo lista pronto y las Collins pusieron sobre la mesa las diversas ensaladas y aperitivos que habían traído. La abuela anunció que había realizado un postre delicioso de chocolate y que esperaba que tanto a Zoey como a Mateo les gustara.

De la nada, todos los miedos que ella había acumulado durante días se habían esfumado. Pudo reír y disfrutar del momento.

Apenas tuvieron un rato libre, horas más tardes y después del postre, Zoey y Zack se excusaron para dar un paseo. Mateo no lloró esta vez al ver que su hermana se iba, porque Cra se quedaba y porque Elizabeth no paraba de hacerle juegos divertidos.

La pareja prometió regresar pronto. Se tomaron de las manos, tranquilos, y se alejaron del grupo.

—Tengo algo que mostrarte —susurró Zoey cuando estuvieron fuera de la vista de sus familias.

Tiró de Zack hacia una parte poco concurrida, lo rodeó con los brazos y cerró los ojos. Los teletransportó a la cima del cerro y se hizo a un lado para que él pudiese ver el portal a través de la ilusión. Él no tuvo mucho tiempo para prepararse mentalmente, su expresión pasó de la confusión al asombro en un solo segundo.

—¿¡Qué!? —Zack dio unos pasos hacia delante y se detuvo donde el césped del otro mundo y del propio se mezclaban.

Había ligeras diferencias de color, pero Zoey había comprobado que en el interior del portal todo había seguido creciendo y expandiéndose en el último rato, hasta salir de él hacia donde estaban ellos.

—Planté el árbol —le contó ella, deteniéndose a su lado—.
Y todo… ¡PUM! Revivió.

Él se giró hacia Zoey, con una sonrisa incrédula.

—¿Bromeas?

—Y… pienso dejar el portal abierto —anunció la chica—. Tiene plantas y frutos, pero no hay animales o insectos. Creo que debe ser poblado de nuevo, ¿tú no?

Zack rio y negó con la cabeza, emocionado.

—¡Tengo que verlo!

Corrió hacia el interior del portal, Zoey lo siguió. La ciudadela parecía un paraje fantasioso. Aunque el cielo en el otro mundo no tenía sol, el brillo que emitía le daba un toque especial. Parecía un

sitio completamente distinto al que los había abrigado al huir de Peat. Las ruinas no se veían tétricas, sino interesantes y dignas de explorar.

—Wow —exclamó Zack, con la mirada perdida en lo que tenía frente a él.

Zoey le agarró la mano y le señaló los árboles con flores.

—Es muy hermoso.

—Le puse magia al árbol —explicó ella—. No sabía si la semilla iba a crecer después de tanto tiempo en esa bolsa. Y creo que le puse demasiado poder, porque explotó el macetero y creció unos cuántos metros más que el anterior.

Él se giró hacia ella.

—¿Que explotaste qué cosa? —soltó. Podía sonar a reto, pero la expresión de su novio estaba entre la diversión y la fascinación.

—Podemos ir a verlo otro día —replicó ella, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que otro día? ¿Cuánto tiempo crees que tendremos aquí, en Córdoba? —añadió Zack, señalando con el pulgar hacia atrás, por encima de su hombro—. Nos iremos a Buenos Aires pronto, Zo. No volveremos aquí en mucho tiempo. Es ahora o nunca.

Recorrieron la ciudadela entre risas y exclamaciones, señalando todo lo que había crecido. Había decenas de especies distintas de flores y se cruzaron con varios árboles de frutas que no pudieron evitar probar.

Brincaron por encima de los escombros cubiertos de musgo y entraron en una casa antes de que el campo se abriese frente a ellos.

—¿Y la luz? —preguntó Zack mientras se asomaba por una ventana para ver el cielo. Se veía algo azulado por un lado y amarillo por el otro. Se parecía al suyo, al de su mundo, pero no era igual.

—Volvió cuando planté el nuevo árbol.

—Llévame ahora, teletransportémonos otra vez. Ya no puedo correr a toda velocidad para cargarte hasta allí —dijo él, señalando al reino, mucho más allá.

Zoey puso los ojos en blanco y abrazó a su novio otra vez, pero ahora por detrás. Apoyó el mentón sobre su hombro y le dio un beso en la mejilla.

—Pero solo por un rato, ¿sí? No olvides que tu mamá no debe saber dónde nos metimos.

—No sabe que hay un portal aquí —respondió él—. Omití ese detalle cuando nos mudamos a La Falda.

Ella suspiró, con una sonrisa tirando de sus labios.

—Está bien, podemos darnos un rato.

Zoey cerró los ojos una vez más y transportó a ambos hasta un pasillo del templo del árbol. Prefirió que él se adentrara de poco a la sala circular y que descubriera lo ocurrido por sí mismo. Con un gesto alentador, le señaló el camino y lo siguió en silencio hasta que las primeras raíces se hicieron visibles por el suelo gris.

Zack las sorteó con agilidad, aunque era humano y mortal otra vez, no dejaba de ser grácil, y soltó una exclamación cuando notó que se volvían más gordas al llegar a la sala.

—¡Me jodes! —exclamó. Tuvo que treparse por encima de ellas para poder pasar y admirar el gran tronco que ocupaba al menos tres cuartos de lo que había sido el salón—. Es enorme, es increíble, Zo.

—Casi nos aplasta a mí y a Cra —bromeó ella, parándose sobre una raíz y mirando hacia arriba, hacia las ramas que rozaban el techo—. Pero tiene su encanto, aunque haya destruido los lindos dibujos del cantero.

—Al menos no destruyó las paredes —rio él, señalando las escrituras—. ¿Ya sabes qué dicen?

—Muchas cosas bonitas y heroicas sobre mí —contestó Zoey, con una expresión que variaba entre la solemnidad, el ego y la diversión.

Zack chistó y le guiñó un ojo.

—No lo dudo. Aunque es una pena que no incluyeran profecías sobre el increíble conejo de felpa que salvó a Lapis Exilis en primer lugar —añadió él, ensanchando su sonrisa y señalándose, como si ella no fuese capaz de captar la indirecta.

—Oh, vamos.

Zoey se bajó de la raíz y pasó junto a él, solo para darle un coscorrón. Zack se acomodó el pelo y la siguió hasta el tronco, todavía haciendo chistes sobre lo glorioso, lo magnífico, lo sensual y atrevido que había sido el maravilloso conejo en la historia del dije.

—No habrá otro igual y, por supuesto, nadie será más *sexy* —continuó él.

Zoey se cruzó de brazos y lo enfrentó, enarcando las cejas.

—También deberían haber relatado cómo Lapis Exilis estaba muerta por él. Ya sabes, de forma literal lo revivió para hacer rituales sexuales.

Zoey rio y le dio un golpe suave en la mejilla.

—Compórtate, estamos en un lugar sagrado. Y este árbol no será el que quemó Peat, pero es el mío y es muy joven para escuchar estas sandeces.

—Solo lo dices porque no quieres admitir que sí lo hiciste por eso

—insinuó él, con un brillo peligroso en los ojos.

Hacía tiempo que él no tenía la oportunidad de ponerse así, de inclinarse hacia ella con una llana expresión de deseo. Las pocas veces que se habían visto durante el año no habían tenido ratos a solas. Siempre estaba familia en el medio, y era lógico, pues deseaban recuperar el tiempo perdido. Pero hacía más de un año que no tenían sexo y Zoey sabía que eso se saldría de control muy rápido. Si caía en su juego, no pararían de besarse ni para sacarse la ropa, estuvieran en un lugar sagrado o no.

—Por supuesto que no voy a admitir esa estupidez. ¿Esclavo sexual? Para eso tengo un novio, ¿o no? —contestó ella, besándole la nariz antes de que Zack pudiese acortar la distancia entre ellos de otro modo.

Zoey se alejó de él para quedarse a más de un metro de distancia, mirando el tronco grueso con cariño.

Zack bufó y luego resopló, frustrado, aunque estaba de acuerdo con el tema del «novio».

—Sí, tienes razón en eso. Cuando tú quieras… —señaló.

Ella ahogó una risa y puso las manos sobre la corteza. Durante un momento, creyó que recibiría memorias. Pero ese árbol no era el anterior. Podría cumplir la misma función a partir de entonces, pero ya no tenía nada que mostrar del pasado; salvo quizás, a ella plantándolo. Era un lienzo en blanco, una hoja nueva para Zoey y para el mundo entero.

—Es un nuevo comienzo —murmuró ella, deslizando la yema de los dedos por los surcos en la madera—. El árbol registrará una nueva historia.

Zack le rodeó la cintura por detrás, y, tal y como ella había hecho antes, apoyó el mentón sobre su hombro.

—Como nosotros, ¿no te parece? Con el árbol nuevo, un mundo que resurge como nuestras vidas han resurgido. Tenemos nuevas aventuras por delante. En unas semanas, estaremos solos en un departamento y no podrás escapar a mis insinuaciones
—añadió Zack—. Y créeme, cariño, lo voy a aprovechar. —Le dio un pequeño mordiscón en la oreja a Zoey y ella se retorció, llena de placer.

La chica se giró, tan rápido que él se tambaleó sobre la enorme raíz en la que estaban parados. Ella le rodeó el cuello con los brazos, pegó su frente a la de él e inhaló su aroma, su perfume, antes de juntar los labios de ambos.

—Sí que te voy a dejar que lo aproveches —susurró ella—.
Y todos los días despertaré contigo, otra vez.

—Todos y cada uno —prometió Zack, ensanchando su sonrisa—. Y compartiremos la ducha también. Hemos tenido momentos interesantes bajo el agua, ¿no crees?

Ella se tragó una risita histérica. Recordaba muy bien casa uno de esos instantes.

—Me ayudarás con las materias de la universidad, ¿no?

Esta vez, fue Zack el que ahogó una carcajada.

—¿Y quién me va a ayudar a mí? Seré Ingeniero en Petróleo y ganaré muchísimo dinero, pero primero necesito aprobar las materias y quizá no soy tan inteligente como para eso, ¿no crees? —sugirió—. ¿Tú no vas a ayudarme?

—¿En qué te puedo ayudar yo, si soy terrible hueca para esas cosas? —contestó ella, haciendo un mohín—. Además, yo solo seré una historiadora.

—O podrías cambiar de opinión y ser una gran arqueóloga para seguir descubriendo cosas interesantes de este mundo y del otro. ¿No es eso lo que quieres? Hay muchas cosas de este mundo que aún no hemos resuelto, así como sus conexiones con el nuestro. Eso lo podrás hacer muy bien —aseguró él.

Zack sabía muy bien dónde pincharla. Zoey había elegido Historia solo porque la universidad que la dictaba estaba más cerca del departamento que la que dictaba Arqueología, en el sur de la provincia de Buenos Aires.

Sin embargo, ella sabía que quizá Historia no le daría los elementos que necesitaba para investigar algunas cuestiones a las que no había encontrado respuesta aún. Como, por ejemplo, las señales bajo el templo del colegio, que evidenciaban la intervención de la gente del otro mundo en el suyo, así como el pequeñísimo asunto que todavía no permitía que aquellas personas que no tenían la ascendencia indicada pudiesen entrar a los terrenos de la escuela y a la vieja casa de la abuela Collins.

Había una obvia conexión entre la sangre que se requería para abrir los portales y el acceso a la escuela. Zoey sospechaba que eso también se relacionaba con ese árbol quemado. Pero exactamente qué ocurría, todavía no podía saberlo. No tuvo la oportunidad de regresar al bosque y a la escuela para revisar los pasajes de la logia entre el sótano del colegio y la iglesia. O para iniciar algún tipo de excavación como hacían los verdaderos profesionales. Imaginaba que, si esa piedra labrada estaba allí, indicando el portal, también debía haber restos del otro mundo bajo la escuela. Quizás algún edificio, algún otro lugar sagrado importante que había sido olvidado.

Pero tenía tiempo. Tenía tiempo para regresar en algún momento y

ponerse a investigar. Descubriría la conexión, todos y cada uno de los elementos importantes de esa historia. También tenía tiempo para cambiar de carrera universitaria si lo deseaba. Ser historiadora le permitiría hacer una excelente investigación y recabar muchos datos importantes, aunque no fuera lo mismo que la arqueología.

—Quizá más adelante. Soy inmortal, ¿lo olvidas? Quizá pueda hacer veinte carreras y no envejecer ni un poquitito —recordó ella, inflándose otra vez.

Zackary ladeó la cabeza y la observó con ternura. Llevó una de las manos que tenía en su cintura a su mejilla y le corrió algunos rizos. Como en las películas, se los depositó con dulzura detrás de la oreja.

—Sí, podrás hacer todo lo que quieras, mi *huequita*, mi rubia —murmuró—. Y estaré contigo.

—Yo estaré contigo —afirmó Zoey, apretando los brazos alrededor de su cuello—. Mientras buscamos nuestros caminos.

—No sueño con otra cosa —respondió él, acercándose otra vez.

Ella se puso en puntas de pie y besó a Zack con tantas fuerzas que creyó que lo dejaría sin aire. Pero él en ningún momento intentó alejarse. La abrazó con todo su cariño y amor mientras ella suspiraba entre sus labios. Ella le agradecía por cada momento compartido, él por haber recibido una nueva oportunidad para vivir.

Zoey no podía imaginar un futuro en el que no estuviesen amándose y apoyándose. Pero, sobre todo, no podía imaginar un futuro en donde no avanzaran juntos como lo que eran: un gran y único equipo.

FIN

Agradecimientos

Es muy difícil llegar al final de este libro y encontrar las palabras correctas. Creo que esto va a ser un barboteo incontrolable y emocionado.

Para empezar, ni siquiera puedo creer que esto esté pasando y que realmente hayamos llegado a este punto. Ha pasado tanto tiempo desde que empecé a escribir esta saga que nunca me detuve a preguntarme cómo sería o cómo me sentiría al terminarla. A decir verdad, todavía no sé cómo sentirme. Tengo nervios, miedos, alegría, ganas de que lean el libro, de que lloren y de que rían —y de que no decidan matarme por lo ocurrido en este último tramo de la aventura, claro—.

Por un lado, es inevitable sentirme orgullosa y feliz por haber acabado la trilogía. Al mismo tiempo, han pasado tantos años desde que la comencé que la noción de que no escribiré más sobre Zoey y sobre Zack me resulta terrible, horrenda.

Cuando una historia forma parte de tu vida por tantos años, es imposible no sentir que, al despedirse de los personajes, te queda un huequito en el corazón que no podrás llenar con nada ni con nadie. Zoey y Zack siempre tendrán un lugarcito en mí. Al mismo tiempo, me preguntó cómo lo verán ustedes, porque desde el 2011 esta pareja dispareja y perfecta a la vez los tiene dando idas y vueltas sobre misterios, risas, escenas subiditas y momentos dramáticos.

De hecho, esa es una de las partes que me ponen más nerviosa. Lo que he hecho con esta historia lo he hecho intentando darles lo mejor de mí, la mejor solución posible y el mejor desarrollo de personajes y de trama que puedo brindarles.

Como autora y como creadora, estoy absolutamente orgullosa de mis bebés, de lo que han atravesado y de cuánto han crecido, puntualmente en *El arca*. Si bien el desarrollo de ambos ha sido paulatino en los libros anteriores, aquí han logrado madurar de más de una manera.

En medio de lo que significa dejar su casa y a sus seres queridos, Zoey ha podido pensar en más que en su propia vida. Zack, por su parte, aprendió y aceptó que tiene que haber un lugar para sí mismo

en su propia existencia, que debe preocuparse no solo por los demás, sino por él. El hecho de que ambos hayan podido poner en común esas cuestiones, manejarlas como amigos y como pareja, me parece muy rico y fuerte para una relación sana y bien construida. Sentí que esto era lo que ambos merecían, como personas y como niños que son.

Hablando sobre eso, no quise dejar de lado lo que implica crecer. No solo es madurar y aprender sobre nosotros mismos y sobre demás, sino pensar en el futuro y encontrar nuestros propios caminos. Así como yo he crecido durante estos ocho años, también lo han hecho ustedes. Muchos han atravesado ya el difícil momento de pensar qué querían ser y hacer luego de terminar el secundario, y no quería dejar ese tema de lado para Zack y Zoey. Me parecía que ambos necesitaban proyectar el futuro juntos, como compañeros de equipo y no solo como pareja.

Por eso mismo, aquí empiezo con mis primeros agradecimientos. El desarrollo de la trama y de los personajes me llenó de dudas, tuve muchas trabas a la hora de plasmar lo que deseaba transmitir.

Mis hermosas y divinas chicas de Nova Casa Editorial, todas esas autoras y amigas que me han sostenido en mis inseguridades cada vez que les mandaba un mensaje en plena histeria, pidiendo consejos, no saben cuánto les agradezco que me hayan apoyado y escuchado. Tenerlas no solo me ayudó a terminar esta historia, sino a sentirme motivada a hacerlo gracias sus palabras de aliento. En verdad, gracias, chicas.

Gracias también, especialmente, a Brisa Novas Passo, a Beca Abeerden y a Lucila Martinez por revisar los últimos capítulos de esta historia y por decirme sus opiniones al respecto. Ya se los dije, pero me ayudaron de una manera indescriptible.

Gracias a Lucia Silva (L. B. Silva) y, de vuelta, a Lucila Martinez, no solo por escucharme, sino por ser mis amigas. Por estar conmigo en cada una de las presentaciones, firmas y eventos; por echarme porras. Han formado parte de todo lo que ha ocurrido de bueno con esta trilogía y sé que seguirá siendo así, de la misma forma en la que yo siempre voy a estar para ustedes. Las amo y estoy orgullosa de sus logros.

Gracias en especial también a Nathalia Tórtora (uutopicaa), por ser una excelente correctora, consejera y también maestra, porque aprendí con sus correcciones como nunca antes. No podría haberle confiado mis obras a nadie mejor.

Gracias a mi familia, por estar conmigo sustentando este sueño. A mi papá por sus sonrisas de orgullo cuando me escucha hablar en público, a mi hermano por oír mis cuentos cuando éramos chicos y, sin saberlo, me preparaba para esto. A mis abuelos: Elsa, Lucho, Juana

y Antonio, por sus enseñanzas de la infancia. A mi mamá, por escucharme tanto como mis amigas y compañeras autoras cuando entraba en crisis al escribir esta historia.

A Nova Casa Editorial, muchísimas gracias por haber creído en esta trilogía. No solo en *El dije*, sino en la historia completa. Por haber creído en mí, por escucharme con cada uno de mis caprichos y sugerencias, por permitirme llegar a mis lectores de una forma diferente. A más de tres años de la publicación de *El dije,* no puedo más que repetir mi eterna gratitud por hacer esto posible.

Por último, pero lo más importante de todo, gracias a ustedes. Gracias a ti, lector/a por haberme elegido como esa lectura sin expectativas en Wattpad o en Fanfic.es. ¡Han pasado siglos desde que nos vimos por primera vez las caras en esos tímidos y poco pensados primeros tres capítulos de *El dije* que subí a internet!

Ese 23 de septiembre de 2011 fue el comienzo de esta aventura y de seguro una parte de ti querrá matarme por haberme tardado tanto tiempo en terminarla. En aquel entonces, muchos me preguntaban cómo iba a acabar esta trilogía, quién era el malo en verdad, qué era lo que iba a pasar. Admito que mi yo de 19 años no tenía idea de nada. Me tomó varios años encontrar el rumbo, decidir cuántos libros serían y más o menos cómo iba a terminar la trama. Y sí, este fue siempre el final que tuve definido; al menos, el de Zoey. El de Zack… fue otro asunto que quizá podamos discutir algún día, ¿va? Porque las anécdotas son graciosas, principalmente porque yo la pasé muy mal y porque merecen reírse de mí luego de todo lo que los hice esperar.

En verdad, gracias por haber llegado hasta aquí. Gracias por haber esperado tantísimo tiempo, por no haber olvidado este último libro ni a sus personajes. Por haber comprado *El dije* y *El alma* a pesar de ya haberlos leído, por releerlos mil veces en Wattpad. Gracias por seguirme a mí con mis demás proyectos mientras aguardaban por este final, por confiar en mi habilidad para continuar construyendo obras. Gracias por pujar para conseguir que esta trilogía estuviera en físico. Ustedes han querido verme triunfar y perseguir mis sueños más que nadie, y no saben cuánto los quiero.

Gracias, lectores, por quererme también, por enviarme su cariño a través de la distancia. No siempre puedo estar cerca de ustedes, pero he pasado momentos maravillosos que me han hecho llorar con algunos de ustedes —y que me están haciendo llorar otra vez ahora—. Les agradezco por haber participado de mis firmas en Buenos Aires y en Santiago de Chile, por todos esos abrazos que me llevé a casa y que espero recolectar en otras partes del mundo. Son esos abrazos los que me permitieron llegar a esto. Porque este libro es por y para ustedes. Es para ti, mi conejito, mi conejita, mis conejos hermosos y

luchadores, que han crecido conmigo, con Zoey y Zack.

Espero de todo corazón que el final haya sido lo que esperaban, que cumpliera con sus expectativas. Que, aunque los haya hecho llorar, también les haya sacado unas sonrisas. Ojalá la espera haya valido la pena. Y ojalá este libro se quede siempre con ustedes, dejándoles más que solo lágrimas y risas, sino también algún mensaje sobre la amistad, sobre el amor y sobre el valor de luchar por nuestro futuro y por quienes amamos.

Hasta pronto, mis conejitos Collins. Hasta otra nueva aventura y camino que andar juntos.

Los quiere, **Ann.**

NovaCasaEditorial

novacasaeditoria l

Nova Casa Editorial

NovaCasaEditors

NovaCasa Editorial

#novacasaeditorial #le yendoaNov a